

IDENER LIBRARY
IX DXFF /

Afr 1755.13

VERJ
TAS
CA
1877
CHRISTO ET ECCLESIA
18779
HARVARD
308
COLLEGE
LIBRARY
From the Fund
Given by
The Class of 1877
For the Purchase
of Books
On International Relations
Especially
Of the Far East
TO
In Memory of
EDWARD HENRY STROBEL

ALPHONSE
LIBRAIRIE
ANCIENNE
PICARD & FILS OCCASION
EDITEURS
2
--
COMMISSION
RUE BONAPARTE LIVRES NEUFS
-82-
PARIS VIARROND
FRANÇAIS
ETRANGERS
&

Melilla 1909
DIARIO DE LA GUERRA

CRONICA DE UN TESTIGO
Enrique López Alarcón.

3

MELILLA, 1909

1

CRÓNICA DE UN TESTIGO

KARVARE

URIVERSして

LIじんい

MELILLA, 1909

DIARIO DE LA GUERRA

escrito durante las operaciones militares en el Rif, por Enrique López Alarcón.

"

Madrid.

Editado para los lectores de

EL MUNDO MILITAR

1911

The 195

HARVARD

COLLEGE

OCT 14 1914

LIBRARY.

(Class of 1877)

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID. - Imprenta de los Hijos de R. Alvarez, á cargo de M. Alvarez. - Ronda de Atocha, 15. - Teléfono 809.

RARYARE

PRIVERST

ELERAL

DIARIO DE LA GUERRA

I

REDEDOR de la guerra del Rif se ha producido voluntariamente, conscientemente, una atmósfera política de lucha encarnizada y de honda reconvención.

Cada uno, con diversa mira, ha formulado su informe, ha inquirido el intento nacional, la gloria y el provecho del resultado.

Los unos piensan que no hay en toda la Historia error comparable á este yerro de haber lanzado nuestras tropas contra los riscos y sobre las llanuras de Guelaya, cuando el país estaba ayuno de energías y exhausto de fuerzas agresivas.

Los otros dicen que no puede alcanzarse acierto ni triunfo diplomático digno de contraponerse al que se recabó para España en la Conferencia de Algeciras, ni más gallarda afirmación de nuestra personía en lo internacional que esta de Melilla, por virtud de la

5

Crónica de un testigo.

*

cual pusimos bajo el sable de Marina 40.000 hombres y muchos kilómetros cuadrados bajo el poder efectivo de los españoles. Estos afirmaban que la guerra ha acercado á nuestros días en muchos quinquenios la hora de la rehabilitación.

Yo no tengo tesis que defender en esta disputa, y si la tengo me la callo y la doy por sepultada para siempre bajo la blanca losa de estas cuartillas, cuya albura me dispongo á manchar con los apuntes de mi crónica. Ni siquiera anoto el reparo de que en todas las cuestiones que se ventilan sobre el tapete del porvenir nacional aparece muy luego el apasionamiento y el encono. Se exagera la afirmación falseando á la postre un punto de vista que era en los comienzos propicio al hallazgo de la verdad.

Los que han sentado afirmaciones y mantienen prejuicios y se aprestan á defenderlos en las Cortes y en los libros, tendrán sus estudios hechos y sus razones á punto. En esta clase de negocios, lo que no se apoya en argumento que lo esclarezca hasta la claridad de la luz meridiana, es como si no se hubiese dicho. Aunque se afirme con gesto de tribuno, entre el fragor de los mítines, por un apóstol de las muchedumbres, si no lleva el aditamento de una argumentación inflexible... son palabras vanas, hogar sin rescoldo animado fugazmente por una fogata de virutas.

Aun cuando, por el contrario, la equivo-

6

Diario de la guerra.

cación sea defendida desde el banco azul, con el eco tonante de una mayoría enardecida, si el designio que se ha de justificar fué torcido y equivocado, y los móviles permanentes no son rectos y patrióticos, los Gobiernos caen y las fracciones parlamentarias, antes poderosas y fuertes, quedan mudas é ineficaces.

La razón no tiene más que un camino, y es ancho y derecho, y está encauzado y ceñido y limitado infranqueablemente. ¿Quiénes son los que están en este camino? ¿Los que condenan la guerra en todas sus fases como un vampiro del cuerpo social, como un baldón, imborrable ya, de nuestros gobernantes? ¿Los que preconizan y elogian la gue-

rra por ser un tónico que nos vigoriza y un viento fresco de montaña que ha dado expansión en los aires á los esplendores de nuestra bandera?

Tengo el propósito, que no quisiera ver quebrantado, de hurtar la contestación categórica á estas preguntas, de que no haya en lo que se escriba después una sola consideración, un solo comentario que pudiera, confrontándose con la terrible interrogación, dar la clave del oculto secreto.

Yo, ahora mismo-seis meses después de la campaña-, no podría responder en conciencia. Si los hechos que voy a referir influyen en uno ú otro sentido con su penetrante elocuencia en la persuasiva sugestión del lector, culpa será del lector y no mía. Y

7

Crónica de un testigo.

á fin de cuentas, ¿quién será bastante osado para rebatir tales conclusiones, para rechazar el comentario que sin insinuación se venga á los labios del curioso observador, del lector reflexivo?

8

II

ECHA esta salvedad en cuanto á la finalidad de las palabras se refiere, haré otra más en lo atinente á la intención del narrador. Leyendo ahora artículos ya publicados con mi firma y notas de otras reseñas que no se publicaron, y asociando recuerdos y visiones que estaban no más que en la memoria, he podido apreciar que se desprende de ellos un aroma de entusiasmo, de afecto, de seducción del escritor por la bizarría y el valor de los que mandaban, por el profundo estoicismo de los que obedecían. Y ahora digo que esta entonación, un poco arrebatada y marcial, no era un ardid periodístico ni un truco de escritor pintoresco que quiere dorar sus informaciones para el público. Yo en aquellos instantes sentí de corazón ese transporte febril, y con ingenuidad lo transmitía al lector, tal como se apoderaba de

9

Crónica de un testigo.

mí. Procuraré ahora, que escribo y reviso más fríamente, dar de mano á la trompa épica y elevar mi vista sobre la preocupa-

ción del momento, para que estas líneas no tengan ninguna sonoridad de himno y puedan pasar por una crónica, si no del todo imparcial, á lo menos sincera y bien enca- minada.

Pero este buen propósito que acompaña á mi iniciativa no será radical, absoluto y completo. Lo que se me ha pedido y lo único que yo puedo hacer - es relatar las noticias adquiridas por mí, con la impre- ción marcada entonces en mi espíritu. Lo que he de hacer es retrotraer mi imagina- ción á los días de la guerra y reflejar el re- lato que pude hilvanar en aquel tiempo, si en vez de ir á informar por telégrafo y por correo a un periódico diario, hubiera anda- do á caza de detalles y de escenas para los capítulos de un libro.

Aunque han transcurrido unos meses des- de aquellos momentos á los de ahora, no han de aparecer en estas páginas aportando jui- cios hechos à posteriori. Yo no me encargo de enjaretar este relato por la condición de «técnico» en la milicia que no me acom- paña por mi desgracia-, ni de sabio en asuntos marroquíes. El amigable editor de estas cuartillas recurre á mí y publica mis escritos porque tuve la fortuna de presenciar una gran parte de las operaciones militares. Si acaso entrevé en mí otra condición

10

Diario de la guerra.

buena, no es ella el intenso estudio que yo tenga hecho del problema rifeño, sino que me suponga dotado de una sensibilidad ar- tística capaz de hacer la evocación de los días sangrientos con la suficiente amenidad para que el lector soporte con paciencia el Diario de la guerra.

Y estas humildes palabras se atribuirán, no á una proyección de mí modestia, que acá para inter nos no se me deja sentir de- masiado, sino á que practico en mí mismo el propósito que tengo de poner las cosas en su punto.

De toda esta consideración preliminar to- mará el lector el convencimiento de que no me atormenta la pretensión vana de ofrecerle un libro que contenga la verdad sobre la guerra de Melilla. Mis historias no desmen- tirán las de ningún otro escritor, ni siquie- ra refutarán el parecer de esos oradorcillos de café, eternos detractores de todo lo que

va acaeciendo. La verdad, la certeza; la evidencia misma la tienen los otros cronistas- mis compañeros y mis amigos-, vinculadas para siempre en los puntos de sus plumas, expresivas, certeras, gráficas, como el cincel, como el buril de los artistas clásicos. Yo, en cambio, cuando tenga mejor logro, habré conseguido tan sólo empujar al lector hacia un otero de pendiente suave, sin vientos de pasión y desde el cual se vea un aspecto pasajero de la verdad.

La Verdad, esa verdad desnuda, amarga

11

Crónica de un testigo.

y clamante

por ahora clamante en el desierto -, debe de estar sepultada en el profundo pozo donde habitó desde el principio de los días. Yo no la encontré nunca. No la he buscado mucho, es verdad. Pero he de advertiros que su voz lamentosa y cruel no ha llegado á mis oídos, ni para hablarme de la guerra ni para darme la clave de ningún arcano de la vida, ni aun de aquellos que me tocaban al alma y al corazón, como toca el muérdago á la encina, la luz al sol y el miedo tenue y punzador del caminante sin guía perdido en medio de una noche oscura.

12

III

A idea de una declaración de guerra á las kabilas marroquíes vibró en el ambiente público de España con la ruda sacudida de un latigazo.

No hay que quitar una brizna de esta gráfica imagen. La sensación nacional era de tormento, de un dolor agrio, inconsolable y deprimente. El pueblo temía la derrota y hacía un descarado alarde de sus temores. Las recientes disputas sobre las pérdidas coloniales, los discursos de propaganda radical y la imputación hecha á los altos negociantes de querer unirse con la sangre de la guerra, ahogaron la opinión popular en una tempestad de angustia y de susto.

Los que debían ser colaboradores del Gobierno en todos los problemas nacionales se inhibieron del que se había planteado en Melilla desde el término de la recolección en el verano de 1909.

13

Crónica de un testigo.

Los poderes solos no tienen fuerzas bastantes para encauzar la opinión de todos por el derrotero de una aventura popular. En una forma de gobierno legalmente democrática y parlamentaria, esta condición del apoyo de todos es imprescindible.

Dicen las gentes cultas que en los países del extranjero acontecen las cosas de este modo.

El Gobierno discurre una reforma, la contrasta con los elementos directivos, á veces la modifica y siempre la mejora, y luego, para implantarla, se le otorga una tregua por sus enemigos, por sus adversarios y por los simples disidentes y todos, los interesados en la reforma y los que simpatizan con ella, se unen á la gestión gubernamental aportándoles las garantías sociales que no pueden prestar los profesionales de la política. Se logra así que se puedan alterar los cauces más hondos de la vida política sin que se turbe el orden público. Cuando más levantiscos se alzan éstos ofendidos por el cambio, se enchufan las mangas del riego municipal, y los que prometieron motines escapan á sus casas con la rauda carrera del gato escaldado.

★

Yo no sé decir si es que el Gobierno no la pidió ó si le fué denegada por una opinión exquisita que huía de la sangre con un gesto de piedad y de repulsión. El hecho es que

14

Diario de la guerra.

expiró el mes de junio y que el Gobierno no había adquirido la confianza del país, que es necesaria para que una guerra marche sin más contratiempo que la guerra misma, ya que no sea, por amada del pueblo, fuente copiosa de escenas marciales y épicas canciones.

Los órganos de publicidad pudieron haber explotado el fracaso de nuestro embajador como una grave ofensa al pabellón hispano. Esta mentira piadosa hubiera resbalado sobre sus austeras conciencias como un mal menor que los otros males, entonces verosímiles tan sólo, poco después verdad triste y deplorable, pero sin remedio ni consolación. No es aventurado suponer que en aquellos días se cruzaran entre el general Marina y el Gobierno de Madrid pliegos y comunica-

ciones, detalladas relaciones de verosimilitudes, seguridades y conjeturas. El Gobierno tantearía la opinión, según su leal saber. Y enviaría al general órdenes terminantes, concretas, que no dieran lugar á una interpretación demasiado amplia.

Estos interesantes pormenores no han llegado á mostrarse ante la plena luz, porque el Gabinete cayó arrastrado por el fragor de los sucesos de Cataluña, cumpliendo el axioma de buena política en el que se prescribe que todo Gobierno que tiene la desdicha de que bajo su mando se ensangrienten las calles, es un instrumento inútil para la gobernación de un pueblo. El orden público

15

Crónica de un testigo.

es el eje de diamante sobre el cual han de girar las instituciones del Estado y sus organismos, y gestión política que no cuenta con su guardia y custodia y primera conservación, es pintor que ciega, mercader que malversa, poeta que enloquece, marino desdichado que se deja arrebatar la brújula por un golpe de mar.

En estas circunstancias cruzó el recinto de España la nueva infausta de la guerra próxima, inevitable ya, y el pueblo, atónito, la soportó como el chasquido apocalíptico de una fusta y con la zozobra le salió á la cara el temor y no se oían más que palabras de inquietud y profecías de mal agüero.

Sin embargo, de esto había sonado la hora de la intervención. Se había encauzado la acción hacia el Africa, se habfan puesto sobre los hombros del país unos compromisos de honor que estaban vencidos en el plazo y en sazón de cumplirse.

Es de otro lugar, y no de aquí, el análisis de estas perentorias obligaciones. ¿Estaban bien adquiridos los compromisos? ¿Eran justos ó injustos? ¿Podía España alzar con fácil gallardía el obstáculo de su camino, ó era, por el contrario, un valladar demasiado alto para ser destruído sin agotar las energías de todos?

Esto no podía tenerse como una condición resolutoria. No era el momento de deliberar, era la hora de la ejecución.

Entonces el pueblo se desasogaba, y sin

16

Diario de la guerra.

meditar sus palabras, volvió sus ojos al Rif, y ya que no podía otra cosa, cayó con su censura sobre lo que se llama el interés español en Marruecos. Se hizo una somera y equivocada revista de nuestro arraigo mercantil en aquel terreno, y se la desdeñó con acre desprecio y se aplastó todo lo que había allí, escupiéndoles la sentencia de aventureros-que quería decir merodeadores - y presentándolos como esclavos de un logro irregular y buscavidas de un tráfico inconfesable y deshonesto.

Hay que tener presente que el comercio, la industria, todas esas explotaciones que con el nombre de «intereses nacionales», se van á vivir á la frontera de expansión, al «extrarradio» del país - si se me permite la palabra-, no ostentan en su conducta la norma moral de la ternura patriótica. El Gobierno que las ampara tiene que contar con esta característica práctica y mercantil de sus organismos y aceptarlas tal como son para exigirles siempre la parte que al fisco corresponda en el zumo que pueda extraerse de la riqueza virgen.

Ningún negociante de ningún país va á la lucha económica por patriotismo, por un deseo altruista de que su pueblo aumente la influencia mercantil, el catálogo de sus mercados ó las líneas navieras de su pabellón. Van primeramente á extraer dinero, ganancia, y como no huye el mercader su riesgo personal ni la fatiga de su cuerpo, y

2

17

Crónica de un testigo.

como á menudo pone todas sus reservas en una sola operación, franquea sin recatarse la divisoria del contrabando y vive en un semifraude, que sería inmoral en la Puerta del Sol ó en las Ramblas, pero que en los caminos de las tierras salvajes aparece revestido de una pacatez y de un comedimiento admirables.

Los mandatarios y gerentes de empresas de alto vuelo viven y desarrollan su actividad dentro de unas instrucciones precisas, tienen que dar cuenta centesimal de su gestión á unos Consejos supremos que radican en Europa y que en el trayecto que media de los despachos centrales á la mina ó al taller en tierras vírgenes, se han dejado la mitad de los gastos reproductivos.

Las campañas modernas no son un vano empeño de conquista. No ha querido España reverdecir laureles antiguos, todavía inmarcesibles, haciendo que Marina emule la gloria épica de Cisneros. No; las guerras de ahora tienen un interés práctico inmediato, son letras aceptadas que vencen y se cobran. Se ocupa territorio para un alto y superfino empeño de civilización, y por eso en lo que se conquiste hay que implantar negocios que tributen luego al país, que lo prosperen enérgicamente. Por eso se dice todavía que la sangre es fecunda, por eso existen aún diferencias de escalafón entre las naciones que pesan en el concierto y en el equilibrio de Europa.

18

Diario de la guerra.

Los millones que se gastan en las guerras es dinero que se pone á rentar. Una parte, la más pequeña, se gana en prestigio nacional, en los gabinetes diplomáticos y en la seguridad interior, y otra parte, la más crecida, se cobra luego en tributos, se recauda en fomento del país, en circulación del dinero y de los valores.

Si hemos de intervenir en los campos del Rif cercanos á Melilla, será sólo por aflojar un dogal que tenían trenzado los moros alrededor de la ciudad española y que estaba á punto de ahogarla. El aumento de la villa y del campo que precisaban sus habitantes para vivir, han hecho indispensable que la frontera se corriese desde el Hipódromo hasta Seluán. Y habrá que tomar toda la riqueza de la nueva zona, utilizar sus venenos, cultivar sus campos. Tal es el complemento de la guerra. Detenerse ante las dificultades amistosas del acoplamiento de todos los intereses en la paz, sería una estafa á la Nación, sobre una burla á los héroes de la guerra que empieza.

Si luego hemos de intervenir en Ceuta, con la diplomacia ó con las armas, no será tampoco por gusto de rehacer las hazañas de Prim ni por rectificar el itinerario del 60, sino para abrir caminos, para fundar una nueva producción entre los límites. ¡Que no parece, por lo que se ve, sino que España quiere acotar, entre fortines y blocaos, campos de desolación y de ruina donde no vi-

19

Crónica de un testigo.

van más que los cuervos del aire y los reptiles de la tierra!

Es preciso ordenar el espíritu, y no digo esto como una afirmación ocasional para el ambiente de abstención que nos rodea. Ahora-para la guerra ó contra la guerra, como quiera que sea-, hay que tonificar la intrepidez nacional; hay que enardecer para el día de hoy, y sobre todo para las azarosas fechas del mañana-, la acometividad colectiva, el deseo de afecto, de simpatía, de solidaridad que una al que emigre con el que está quieto, al que huya del solar patriótico con los que aquí se queden guardándolo. Por lo pronto debe acompañar á los atrevidos luchadores de la vida nuestra estimación, nuestro buen deseo. Es preciso que cada español que salga de casa pueda hacer, como un confortante examen de sus reservas, el recuento del subsidio de la nacionalidad.

Los que van en busca de sustento ó de riquezas á tierras extrañas no son pícaros ni son tampoco desertores. Hay que arrancar de las frentes de los hombres intrépidos que estimulan su actividad en tierra africana el estigma del logro y de la sinecura y desnudarlos del sambenito de aventureros. Esta palabra, mote de hombres de valor y de andanza en lo antiguo, tiene que ser reintegrada á su pristina significación, á su saludable y confortante sentido. Lo que nos pierde es la carencia de espíritu inquieto; el miedo dei

20

Diario de la guerra.

dinero y del trabajador es lo que hay que combatir.

Estamos hartos de oír llorar porque España sea el país de las cuentas corrientes inactivas, de los depósitos de valores muertos, del dinero parado. Y ahora que la Nación abre caminos nuevos para sus energías, ¿vamos á sacar el cristo de que el provecho de nuestra intervención sea para cuatro habidosos que exploten el nombre de España, la bandera y su poderío?

Los aventureros alemanes ó italianos que se han desparramado por toda la América latina han hecho por sus países tanto, á lo menos, como un Ministerio, como una oficina de penetración y confraternidad. Y sin necesidad de emigrar á ultramar por el

ejemplo, ¿no sabemos todos que esos aventureros ingleses que pululan en Galicia y Andalucía tienen, siempre que su interés lo exige, el apoyo formal y eficiente de sus cónsules primero y de la Cancillería británica después, siempre á reserva de movilizar todas las divisiones de cruceros que el honor inglés requiriera?

Este es el terreno firme. Marina y García Aldave habrán dicho al Gobierno y al Rey que más que un batallón conquistan cien jornales, una cantina y cuatro cobertizos que se construyan para viviendas. Hacia este criterio tenemos que marchar sin vacilación. Pero hoy que el león español ha puesto una garra suya en Melilla, es fuerza extraer el

21

Crónica de un testigo.

fruto de este desperezo tan doloroso, comenzando por ayudar el impulso del zarpazo. Antes debió esquivarse la aventura guerrera con todas las diplomacias, con las más astutas componendas y dilaciones; ahora no es la ocasión de vacilar. Tenemos que acudir al peligro por sentimiento, por cálculo y por pundonor.

22

IV

El día 2 de julio.

Al iniciar el cuarto capítulo con esta fecha memorable del verano último, se da de barato una buena porción de noticias que en guerras de otra diferente índole, con otro enemigo y con una génesis diversa de la que incubó esta operación militar, no habría más amparo que recoger minuciosamente para desentrañarlas y mostrar su augurio. Y aquellas noticias deberían ser consideradas por nosotros con la continuidad y la dependencia mutua de los eslabones de una cadena.

¿Podremos penetrar alguna vez en el hondo y recatado misterio con que se nos escapa el acuerdo de una junta de cabila? ¿Llegaremos á adquirir para nuestros documentos literarios la mágica palabra con que los jefes descontentos en su ambición ó defraud-

23

Crónica de un testigo.

dados en sus ilusiones movían las masas rifeñas contra nosotros, lanzando sobre el

«enemigo cristianos falanges de guerrilleros que quizás no hubieran puesto una sola vez su planta en el recinto de la ciudad española?

Hemos de inhibirnos á esta averiguación por falta de oportunidad para consagrar á un esclarecimiento tan dificultoso, nuestra imaginación. No queremos salir del paso tampoco con un lugar común que pretenda explicarlo todo con una de esas grandes síntesis políticas que para nada sirven fuera de la tribuna ó del escaño rojo. El hecho de admitir aquí un rumor, más ó menos grave, que lanzado en los zocos del Rif por una boca prestigiosa y grave, conmovió á los miles de guerreros los cuales tuvieron en jaque á España durante un mes entero sería dar plaza al absurdo. Los rumores no levantan á las masas-aunque las masas sean rifeñas -.

Una amenaza, por muy encarecida que se propale, no tiene valor de redoble sino es ante pueblos de antemano preparados para caer sobre las armas. No se sabe que haya existido por ahora, ni en el Querb ni en el Muluya ni en el Seluán, ninguna sirena suficientemente embaucadora para trocar al miserable campesino en ardiente caballero del ideal. El motivo de lo fanático es desdeñable por entero.

No menos absurda es la hipótesis de una constante predicación de los santones en los

24

Diario de la guerra.

atardeceres, á las puertas de los morabitos. Los «santos» moros tienen mucha influencia con los rifeños, ejercitan un gran ascendiente sobre ellos y saben inspirarles una fe ciega y una veneración ilimitada. Pero un jornal de dos ó tres pesetas que se brinda seguro por espacio de una semana, de un mes, de un año quizás, tiene cerca de los moros una persuasión más decisiva que todos los sermones de todos los morabitos del mahometismo. No olvide el lector que á este dogma de la teología parda se blandean - por distinta medida - los «rifeños» de todas las cabilas que hay en el globo terráqueo. La leyenda poética de un sedimento de odio de raza, removido por las pláticas pérfidas, es desestimable también.

Esta apreciación última me lleva de la mano á buscar el fundamento económico de la hostilidad moruna contra España.

El moro no pudo abrigar en ningún momento la esperanza de mejorar de vida combatiendo contra nosotros. La guerra le ocupa el tiempo de trabajar. Mientras duran los días de la jarka, todos los beligerantes están con las armas en la mano y el merodeo es imposible y la lucha intestina, fuente copiosa de botín, se aplaza en una tregua fraternal que impone el enemigo común. Cada combatiente se ha de procurar de su peculio las municiones de fusil, que van encareciéndose con la demanda hasta unos precios incalculables.

25

Crónica de un testigo.

Además, la codicia de riqueza puede determinar la invasión guerrera ó la penetración pacífica, y de ninguna manera la hostilidad, la antipatía, el odio de un pueblo para otro. Y mucho menos esta enemiga de los rifeños en contra nuestra, que era puramente sentimental é instintiva - atávica tal vez

y no calculada ni cubierta bajo una ambición imposible de satisfacer.

Más bien pudo determinar la ruptura de relaciones que se verificó durante el mes de junio de 1909, el sesgo que se dió á la política colonial desde la marcha del Roghi de la alcazaba de Seluán.

Nuestra actitud en el Rif era quizás demasiado encogida, excesivamente respetuosa. Yo no censuro en mis palabras ni á las autoridades de allá ni al Gobierno de aquí; pero tengo por elemental que una plaza fuerte albergue de una población civil de muchos miles de almas y de una colonia hebrea importante, rica y numerosa, debiera ser la cabeza de la región, el centro mercantil, el depósito de energía que más y con mayor fuerza irradiara sobre los comarcanos.

Pues á pesar de que ello sea todo lo elemental y todo lo axiomático que el lector y yo convengamos aquí, nuestra influencia se acababa en las propias fronteras, se desvanecía en la boca misma de los cañones, no era segura más que en el terreno que pisaban los caballos de las parejas de límites.

26

Diario de la guerra.

El general Marina tenía bajo su mando

menor cantidad de kilómetros que cualquiera de los caídes poderosos que nos odiaron. La posada del Cabo Moreno ha sido siempre para nosotros la puerta de lo desconocido, y esto se prueba con la necesidad en que nos vimos de establecer el campamento en el Hipódromo, erigido por el malogrado Álvarez Cabrera varios meses antes de la guerra.

Y bendito Dios cuando el peligro reculaba hasta el campo exterior. Por temporadas se hacía temerario el pasear por las lomas de Cabrerizas y por la barrancada de Sidi-Guariax y por los altos de la derecha del río, frente á nuestros amigos de Mezquita. El camino que pasando por el polígono de Rostorgordo conduce á la Puntilla y á Beni-Sicar, á las huertas de Talfarat y á la playa, se hundía para siempre en las tinieblas de lo irremediabilmente desconocido en los sotos blancos de nuestro campo, á un tiro de piedra de los centinelas.

Estábamos tan fuertemente «aconchados», tan metidos en lo nuestro, que la comunicación con el moro era una función encomendada á los asistentes y á los servidores domésticos que compraban por la mañana en el mercado. He de decir que me refiero á la convivencia, á la comunicación social, no al contacto de oficio y de las autoridades. Por lo demás, estas relaciones, por ceremoniosos debères del cargo, no son nunca un medio

27

Crónica de un testigo.

de colonizar; antes han sido - en Melilla y en todos los países del mundo-traba y cortapisa de la verdadera compenetración de pueblos.

No doy por infalible esta hipótesis de que la guerra se haya producido por nuestra falta de agresividad para dominar en el Rif pacíficamente por el dinero y por el trabajo. No puedo suponer que nuestra actitud de dejación y retraimiento por sí sola determinase á los moros á amenazarnos con ira y con desprecio. El apocamiento de la plaza no tenía por sí sólo virtud bastante para acarrear la catástrofe. Existió la colaboración de otros factores, que serán desde luego los que antes he rechazado. La esquivada de España trajo aparejada la indefensión y el abandono en que se veía Melilla, y este olvido por llamarlo de una manera sua-

ve-, olvido que no alcanza á un ministro ni á una situación ni á un solo grupo político, puesto que es «manera» de España, ocasionó la indefensión-como he dicho, y la falta de fuerzas dió causa á todos los reveses de la primera parte de la guerra.

Claro es que además de este punto de nuestra debilidad también influyeron en la apurada situación de comienzos de julio el factor poético de la predicación de los santos y el aspecto económico en la labor personal é interesada de los jefes de la rebelión. Cada uno de estos elementos intervino en una medida que yo no puedo precisar,

28

Diario de la guerra.
porque, como advertí en la primera página, no soy sabio en asuntos marroquíes, ni aun en la parte que toca á los campos de Melilla. Es una lástima; pero por el momento no lo puedo remediar.

29

V
E razonado más de la cuenta aquella situación de la ciudad y de sus habitantes, que quería evocar delante de los ojos del lector como el preludio de la guerra. Perdónenme mi amor á las digresiones y cuenten que esto es fruto que da la relación de hechos que se han de anotar en este libro. Yo debo transmitir á los demás mi impresión de cada uno de los momentos, y para cumplir mi cometido no dejo á salvo consideración que se me quede en el tintero, ni atisbo resquicio alguno sin llamar la atención de mi compañero el lector para que mire por él y se satisfaga. Antes he dicho que los moros tenían trenzado un dogal que oprimía á la población española, á punto de ahogarla. Y ahora digo* que aquella imagen es impropia y poco expresiva. Por encima de las líneas fronteras,

31

Crónica de un testigo.
sacudiendo las piedras blancas de nuestros límites, venía como á azotar la plaza un viento de odio y de aversión. La tempestad contra España estaba bien cargada y podía desgajarse en cualquier momento. Los rumores más estupendos llegaban del campo vecino. Las nuevas más alarmantes

venían á poner en zozobra á las gentes que vivían en paz.

Se daba por levada y puesta en armas una harka capaz de hombrearse con los ejércitos de Jerjes. El jefe de estas formidables gavillas guerreras había escrito á Marina una atenta carta comunicándole todos sus planes, y entre ellos se contaba como el más saliente y primoroso el designio de forzar la plaza, aouchillar á su guarnición y tomar café el guerrillero moro y el general cristiano en la azotea de la plaza del Algibe. Como puede verse, á la bizarra aspiración del caudillo rifeño no le faltaba el más leve rasgo para que su frase fuera épica é histórica. Tiene concisión lapidaria, revela un atrevimiento legendario y despide un tufillo sangriento que pone al que lo exhala entre los chacales, hórridos capaces de ser protagonistas de una cromolitografía.

Esta situación de tirantez vino á encarnarse en un hecho: la sección de policía indígena que prestaba servicio en la Restinga sufrió una agresión. El general determinó que se había de castigar á los malhechores, buscándoles en sus casas y arrasando todo aque-

32

Diario de la guerra.

llo que prestara asilo y defensa á los enemigos de España.

Y el día 2 de julio se pertrechó una columna con fuerzas de todas las armas, y fué puesta al mando del general D. Pedro del Real. Al amanecer, partieron los expedicionarios, entre nubes de polvo, por el camino del Hipódromo, y por la lengua de tierra sobre la playa de la mar libre.

Yo no había llegado aún á Melilla el día en que se inició esta operación militar. Pero he podido apreciar luego, al reconstituir en interrogatorios aquella parte de la guerra no presenciada por mí, que la impresión no fué de sorpresa, fué más bien de ansiedad, no porque se temiera nada, sino porque se sospechaba la intensidad de la repercusión que tendría en España y en su Gobierno el acto que había empezado en aquel momento. El camino de Melilla á la Restinga era entonces penoso y duro; se hacían las jornadas por la playa, á la orilla del agua, andando sobre un lecho de conchas cortantes, picudas, esquinosas, que entorpecían la marcha con su movedizo apoyo y rodeaban las san-

dalias de los soldados con el tenaz abrazo de unas raíces.

Sin embargo de esta dificultad, desde el mes de febrero de 1907 que se había ocupado la Restinga, no se intentó jamás hacer por mar los relevos de fuerza - dos compañías de Infantería del regimiento de Melilla y sección de Artillería, de Ingenieros y

3

33

Crónica de un testigo.

de Administración -. Bien es verdad que se quiso mantener una política de confianza frente á los moros que vivían en la vertiente Norte del Gurugú. Se confiaba en ellos lanzando á las fuerzas sobre la playa para recorrer á pie más de 20 kilómetros. ¡Quién sabe si el lector supondrá que lo más político hubiera sido trazar un buen camino militar sobre el firme de la lengua de tierra; pero esa reforma no se dispuso!

Hacia las once de la mañana del viernes llegó á la Restinga la columna de Del Real y acampó dentro del recinto atrincherado. Inmediatamente se enviaron embajadas, que salieron á uña de caballo hacia los poblados de Lehedara y Cheraut; aquella misma tarde comparecieron los kaides á presencia del general jefe de la columna. Los moros prestaron grandes y expresivas y aparatosas protestas de amor á España. Hicieron luego la confesión de que pertenecían á tribus de su mando los agresores de la policía. Y añadieron, por contera, que no respondían del porvenir si la fuerza española hacía una incursión en territorios de las kabilas.

Quiso saber el general qué actitud produciría en los propios kaides la resolución de invadirles su comarca. Los moros, hábiles y penetrantes como lince, zalamearon por todo lo más oriental, y pusieron por condición que ellos guiarían la tropa en su paseo militar y de captura por las llanuras de Lehedara.

34

Diario de la guerra.

Don Pedro del Real hizo aún otra advertencia última. Si de «hoy á mañana» le eran entregados los culpables, renunciaría á toda violencia y se abstendría de franquear la llanura del Arkemán. Los kaides miraron al cielo con mucha desolación y mostraron al

general español cómo les era imposible otorgar lo que se les pedía, pues los bandidos agresores, espoleados por su crimen, habían huído á tierras lejanas.

Ya no se habló más. Los kaídes fueron instalados en el barracón donde estaba el despacho de la comandancia. La tropa se aposentó á reposar, y Real comunicó puntualmente á Marina el estado en que se hallaban sus gestiones.

Al amanecer del sábado 3 se tocó diana y generala en el campamento, y después de tomar la tropa el café humeante y reparados, se pusieron en marcha, con cinco compañías del regimiento de África, una sección de jinetes y otra de artilleros. Los kaídes, en sus caballos pequeñitos y vivos, caracoleaban junto al general. Por primera vez, 700 hombres de España ponían su pie en aquellos llanos de tierra parda y suelta, socarrada por el sol de África-sol tiranohaciendo el camino entre los arenales de la mar grande y los lamedales legamosos y muertos de la Mar Chica.

Poco después de las doce, las parejas de exploración volvieron á rienda suelta sobre sus pasos á comunicar al general que, ante

35

Crónica de un testigo.

las vanguardias, había un poblado, cuyos moradores, despavoridos, estaban á punto de enloquecer de pánico.

La tropa montó su guardia de vigilancia y se tendió á descansar, mientras se entablaban las conversaciones.

De los dos agresores á quienes se había de capturar, uno, el más noble, se entregó voluntariamente á las fuerzas expedicionarias.

El otro agresor, más esperanzado ó más díscolo, trató de huir, y fué preciso husmear en los aduares para reducir á prisión al moro rebelde y contumaz. Uno y otro, el dócil y el resistente, tenían en sus casas caballos, armas y municiones.

Ya en la tarea de las pesquisas, fueron presos también algunos agitadores muy conocidos del general, deudores de cuentas de gratitud al Gobierno militar de Melilla.

Los poblados cercanos se estremecieron de horror instintivo, irrefrenable, al ver las bayonetas españolas moverse entre las chumberas como en país conquistado. Pero no puedo decir que se hizo resistencia. Si hubo

realmente tiroteo como algunos sostienen-, la oficialidad ha guardado sobre el asunto un secreto impenetrable.

Á las puertas mismas del poblado de Lehedara se estableció el vivac para pasar la noche. Desde un otro se trabó la comunicación heliográfica con la Restinga y de allí con la plaza. Del Real habló nuevamente con Marina, dándole estrecha cuenta de todo lo

36

Diario de la guerra.

pasado. El general gobernador tuvo frases de felicitación y de cariño para sus tropas. La noche transcurrió tranquila y sin incidente que haya de mencionarse.

Á la diana del domingo la expedición se dispuso á retornar á la Restinga. Á mediodía entraba en el recinto atrincherado. Á la tarde, el cañonero General Concha zarpara para Melilla, llevando á bordo la redada de prisioneros.

La noche del domingo durmió la columna de Del Real en la Restinga.

El lunes, á las diez de la mañana, entró la tropa en Melilla, entre la curiosidad admirativa y cariñosa de la ciudad. El mismo lunes, al anochecer, zarpó para España el cañonero Pinzón, trayendonos las noticias minuciosas de la primera jornada guerrera.

37

:

VI

Las hostilidades.

El regreso de la columna expedicionaria que hizo incursión en Cherrahuit y Lahedara, se ahondaron más profundamente las diferencias y los odios entre el campo y la ciudad. Nos era conocida la deliberación de una asamblea de magnates rifeños celebrada cerca de Nador.

Los montes de toda la comarca se vieron sembrados de candelas y luminarias. El viejo romance castellano revivía de noche en los retamares, y las adargas avisaron á los fuegos y los fuegos á las atalayas. Los llamados acudieron puntualmente, con una oportunidad sorprendente é insólita.

El caid Chaldy y el santón Mizzián, de Benibuifrur, habían sido estopa y fuego en este cónclave, que se incendiaba al soplo

Crónica de un testigo.

de la pasión. Las voces de algún caid que quiso mostrarse hispanófilo, se ahogaron entre amenazas y conminaciones. Todos los beneficios-grandes y chicos-que la plaza con pródiga mano venía repartiendo á la comarca, se olvidaron y retrocedieron para dar paso al desdén, al rencor, á la venganza.

Los revoltosos amigos del pillaje que ya estaban en pie, se sintieron de improviso bajo el amparo de la asamblea. Se acordó también hacer imposibles los trabajos mineros, arrasar las casetas de la vía férrea, levantar los rieles y alzar trincheras en el Ataláyón - lugar estratégico - para oponerse á cuanto saliera de Melilla, fuese de guerra ó de diplomacia.

El cumplimiento de aquellas órdenes comenzó apenas se vió salir de la ciudad la columna mandada por Pedro del Real. Sangüinarias promesas, amenazas contundentes cayeron sobre los tibios, sobre los adeptos á la fuerza española. Se estimuló la propaganda guerrera y se dirigieron emisarios persuasivos á las gentes de Beniurriaguel y de M' Talza.

Á la noche seguían brillando en los picos enhiestos de los montes las luces siniestras de los fuegos avisadores, como si la cabellera de las montañas se hubiera tocado con brillantes capellares de oro pulido, con broches de claros rubíes fulgorosos.

*★★★

40

Diario de la guerra.

El caid Chaldy, para unirse á la tropa capitaneada por el santón Mizzian, trasladó su familia, sus ganados, sus riquezas á una casa oculta en lo más escarpado de Benibuifrur. La residencia habitual del Chaldy estaba en término de Mezquita, á 800 metros de la frontera, entre las viviendas de nuestros adeptos más fervorosos. Estaba, y ya no está, porque la metralla española barrió aquel cubil de la ingratitud, hasta no dejar piedra sobre piedra.

Parece que el jefe de los enemigos había recibido favores y protección de la plaza española, donde encontró lecho en un hospital para curar de sus heridas y defensa contra

enemistades peligrosas que el Chaldy había contraído en sus peligrosas andanzas por la vida. Dicen los que le vieron que es enjuto y cetrino, vivo de mirada y tenaz en sus odios, como supone el proverbio que son los africanos. Su casa de Mezquita tuvo el aspecto de una fortaleza; ha reunido en ella algunos tesoros, y se cuenta de él que fué alternativamente secuaz y enemigo del Roghí, según convenía á los intereses del ambicioso caid, nuestro vecino.

La actividad del campo moro repercutía dentro de la ciudad. El mercado se animaba desde el amanecer con una fiebre de negocios absolutamente nueva. Los moros comer-

41

Crónica de un testigo.

ciantes acudían con sus mercancías dispuestos á vender á cualquier precio. Aunque la baratura de la oferta aumentó las compras, no disminuyó la cantidad de productos ofrecidos. El campo moruno se desgajaba sobre Melilla, ansioso de cambiarse por dinero. Los mercaderes no hacían adquisición ninguna después de vender. Se embolsaban el dinero y salían presurosos en busca de su aduar.

De la comarca asentada á la derecha del Gurugú y sobre la playa en Tres Forcas, venían noticias confusas y embrolladas. Las gentes de este lado son las más ricas, las más numerosas, las mejor armadas de todas las que rodean los límites. Entre ellas vive el enigmático personaje conocido por el nombre de Santón de la Puntilla, nombre sangriento para España y evocador de celos, de desprecio y de ansias vengadoras.

El mismo día 9, trágico y brioso, cundían por toda la nación informaciones periodísticas en las que se daba por cierta la adhesión de los sicaritas. Más aún: se afirmaba que las gentes de aquel terreno habían pedido á la plaza fuerzas de protección contra las agresiones de la harka, que amenazó con imponer represalias y tomarlas de los indecisos y de los perezosos en combatir.

Para alejar este peligro el santón discurrió la más peregrina estratagema que ha brotado jamás en mente de diplomático: montó á caballo y se encaminó bien aprisa en busca

Diario de la guerra.
de la rebelión. Compareció ante el jefe de ella y le habló largamente. Sus palabras fueron de este modo:

- «Conozco á los españoles bien, porque vivo y me enriquezco más á la vera de ellos que ninguno de vosotros. Sé que vamos á la guerra, y, en ese caso, aspiramos á la derrota.

Pertrechémonos perfectamente. Alleguemos armas y recursos: dinero, caballos, municiones. Esperemos sobre todo á que regresen de la Argelia, donde ahora trabajan, nuestros hijos y nuestros hermanos. Ellos retornarán con dinero, con fusiles tal vez, con noticias de Francia y de España, noticias mejores y más nuevas que las ya conocidas por nosotros.

Entonces será la ocasión de la guerra; cuando la hagan todos y con toda la eficacia que nos sea posible. Al levantar en armas al Rif debemos pensar en la conquista de Melilla y en el exterminio del español. Mientras esta roja esperanza no sea más que un sueño, guardemos el coraje y atengámonos tan sólo á la labor de alzar en los límites que nos separan de su campo un muro tan alto y tan fuerte que no lo pueda romper ni salvar la inhábil política de España.

No puedo sumarme á los combatientes.

Hoy seré neutral, y cuidado vosotros, los guerreros, de que en la batalla no se llegue á perder para siempre la independencia de estos campos, la sombra mágica de nuestros

43

Crónica de un testigo.
caminos, la impenetrabilidad de las chumbe-
ras ante el mortífero fuego del cañón.»
Este discurso del santón de la Puntilla se ha podido rehacer, íntegro en sus conceptos, porque él no lo ha recatado ni lo atenuó jamás... ni siquiera el día en que los batallones de cazadores penetraron en la sagrada casa del morabito de la playa occidental. De estas palabras se deduce que ni un solo corazón de rifeño era ajeno y desentendido de la guerra. Los más sagaces la querían aplazar, los más pacíficos anhelaban rehuirla hasta terminar los pertrechos. Ninguno la odiaba, nadie pensó un punto tan sólo en someterse. La paz era un estado inferior y deshonoroso, al cual no podía llegarse más que en el caso infeliz de la derrota.

Los caídos de Cherahuit y Lehedara, compañeros de Real en la excursión de captura del día 3, se acogieron otra vez al recinto Restinga, declarando ante el comandante militar que las cabilas de Benibuyajem y Ulad-Settut habían proferido amenazas contra los amigos de España. Los habitantes de sus poblados leales bien pudieran resistir tres días el ataque de los adversarios; pero al cabo se habían de ver precisados á rendirse si no les acorría el Ejército español para repelar á sus enemigos. La ira de los de la harka contra leheraditas y cherahuitenses se avivó al saber que no se había recibido á balazos á la columna Real. Se nos escapaba al enemigo el campo de Arkemán, al Oriente de

葡

44

Diario de la guerra.

la línea, y desde allí se extendía una barrera de odio hasta el pie de Ataque Seco y las ensenadas de los Galápagos, al extremo occidental. Todo el frente escarpado y abrupto del Rif nos era adverso para la paz y para la guerra.

Se veía, á punto de palparlo, que no encontraríamos en todo el horizonte más amistad ni más apoyo que nuestro esfuerzo. Todo el territorio limítrofe nos sería hostil y agresivo con la traidora punción de las chumberas del barranco. No podríamos avanzar ni un solo centímetro de los límites sin el aparato guerrero de una columna invasora.

En esta situación, se ordenó en Madrid que la brigada de Cazadores de Cataluña se reforzara á escape para aumentar con ella la guarnición africana. Los reservistas se incorporaban á filas con toda premura. Los oficiales, llamados por telégrafo, corrían á sus destinos. El plácido vivir del veraneo se vió roto por la preocupación de la guerra cercana, sangrienta y ruda.

El 7 de julio-fecha gloriosa de la historia de España quedó ordenado el envío de las nuevas tropas. Se dió el mando de los seis batallones al general Imaz. Saldría primero la media brigada, compuesta de Alfonso XII, Estella y Reus, al mando del coronel Fer-

45

Crónica de un testigo.

nández Cuerda. El Almirante Lobo fondeó

en aguas de Barcelona. Una batería del 1.º de montaña, que estaba practicando en el campo de Vicálvaro, salió á escape para su guarnición. Se dispuso alguna fuerza de Treviño. Cataluña, Aragón y Valencia se estremecieron brutalmente al ver que le arrancaban pedazos de su entraña para exponerlos á las balas enemigas. El estupor pasó de Melilla á España, agrandado por la distancia y por la falta de una publicidad rectamente dirigida.

Luego se supo que los trabajadores moros levantiscos y dados al motín exigían el pago diario de sus jornales, y que sus conversaciones estaban llenas de desprecio y de odio para lo español.

A pesar de todo, ordenó el general que se continuaran los trabajos de la vía férrea con los moros que quisieran acudir y con los obreros de Melilla que ya estaban contratados. La tranquilidad oficial venía á ocultar la falta de sosiego de todos, y se adivinaba que íbamos á recoger la amenaza, que el más leve gesto sería interpretado por nosotros como nefanda provocación, á la cual contestaríamos con una dureza inolvidable y con las represalias más sangrientas.

En la historia puntual de los prolegómenos de la campaña faltan otros detalles de menor bulto que aquí no se reseñan; algo se les ha de otorgar, mas no por mi pluma, sino por palabras de ellos mismos, que lo han de

46

Diario de la guerra.

ofrecer más gráficamente que nosotros y nuestro comentario.

Y para remate del cuadro de estas gestiones, se ha de tener en cuenta que hubo quien trato de desvirtuar la verdad de los hechos, y la agencia Fabra acogió con su crédito la versión que dice:

M

«Tánger 8.

>>Se ha sabido aquí, por referencias de indígenas, que la columna que al mando del general Del Real salió estos últimos días á recorrer las cabilas á que pertenecen los moros agresores de la policía indígena de la Restinga, tuvo que regresar precipitadamente á Melilla llamada por el comandante general de la plaza.

Obedeció esa repentina orden de regreso á que gentes de las cabilas del interior se di-

rigían sobre el Atalayón, sitio estratégico de gran defensa, en donde se están haciendo fuertes para impedir el avance de los trabajos mineros por allí.

>>También dicen los indígenas que al regreso de la citada columna se observaron en ella señales de cansancio y que había sufrido muchas bajas producidas por lo duro de la jornada, pues calculan que los tres días que estuvo fuera de Melilla hubo de recorrer más de 100 kilómetros con mucha impedimenta.>>>

*

**

47

Crónica de un testigo.

Y en estas circunstancias salieron de la ciudad, al amanecer del día 9 de julio, los trabajadores de la vía férrea camino del tajo. Circunstancias que luego determinaron la segunda jornada militar y la primera acción de la etapa cruentísima de esta guerra del Rif.

48

VII

El día 9 de julio.

A leyenda extendida por ahí para afirmar que la provocación del día 9 de julio hecha á España con el asesinato de sus obreros fué un acto inesperado y súbito, es absolutamente falsa. La otra parte de la narración, popularizada por la fantasía general, diciendo que la salida de fuerzas se hizo poco menos que á la deshilada y abotonándose las guerreras en el camino, tiene un cariz irreflexivo, propio de la imaginación calenturienta de un lector de folletines.

No se ha de entender en mis palabras que yo quiera mantener el absurdo de que sabiendo las autoridades á ciencia cierta que se iba á consumir la agresión sangrienta, arrojaran la carne desdichada á las fieras del Gurugú para experimentar la actitud moruna con tanteos in anima vili.

4

49

Crónica de un testigo.

Roía las conciencias de todos el temor de una sospecha de agresión. Las catástrofes se insinúan, antes de visitarnos, con algunos

fenómenos sugestivos que nos debieran prevenir, y esos síntomas se habían apreciado en la vida normal de la población bajo mil formas más expresivas que la corazonada y más considerables que el simple rumor. Por eso el asesinato de los obreros fué una gran desgracia; pero de ningún modo podemos condolernos porque haya sido una sorpresa. El día 8 á última hora quedaron completos todos los preparativos para una expedición guerrera, que podía salir á cualquier hora, sin más preámbulos que un toque de llamada, formar y... al campo. Hay que hacer el encomio, sin pasar adelante, de la labor prestada por todos los jefes y oficiales de la guarnición de Melilla antes de la guerra. Cada día sin excusa ni pretesto-, durante un mes y otro, las unidades de fuerzas habían hecho toda clase de ejercicios militares. Desde la más elemental instrucción de recluta hasta el más grave servicio de campaña; desde el manejo y limpieza de armas á los tiros á blancos complicadísimos..., todo lo había practicado la guarnición. El soldado, sobre sus condiciones de valor, resistencia, sumisión y entusiasmo, tenía la aptitud guerrera que da la práctica constante, diaria, permanente. La tropa salió al campo en tiempo de paz todos los días, cada día..., cuando llovió torrencialmente, cuando el

50

Diario de la guerra.

soplo del Levante esgrimió sus agujas punzadoras, cuando el Poniente, revuelto, alzaba tolvaneras de polvo cegador, todos los días, cada día. Y la intemperie y la fatiga fueron los dos últimos maestros que la revalidaron para combatir y para vencer.

Toda esta fuerza estaba pertrechada y advertida, los equipos y las dotaciones á la mano, los oficiales en sus puestos, las acémilas atalajadas y las cornetas limpias y más sonoras que nunca.

En el campamento del Hipódromo, donde vigilaba una batería de montaña y un batallón de Infantería, estaba todo dispuesto para lanzarse al camino. El teniente coronel Baños, jefe del punto avanzado, bendecía la suerte que reservó para el servicio de él la hora de combatir. Los «números» de la brigada disciplinaria daban por bieu empleados los peligros de la refriega ante la posibilidad de proveerse de gallinas en alguna

casa conquistada á bayonetazos.

Después de todo este preliminar, se dieron instrucciones al trabajador. Se les dictó la manera de avanzar hasta el tajo; se les ordenó que no comenzaran la tarea hasta que no se hubieran incorporado á las cuadrillas los obreros moros; se les encargó que no se diseminaran confiadamente, sino que se mantuvieran formando núcleos numerosos para evitar las aprehensiones; y, por último, se les advirtió que tuviesen todo el día prevenido, y á punto de partir á escape, el tren

51

Crónica de un testigo.

;

minero, puesto en presión, al extremo de los rails. Á la más pequeña alarma los obreros deberían acogerse al ferrocarril y correr á todo vapor en dirección al Hipódromo.

Estas preparaciones llegaban sobradamente al límite de las precauciones exigibles á la autoridad más desvelada. No había, por otra parte, amenaza formal y perentoria de peligro alguno; los trabajadores moros acudieron á su jornal con gran precisión y se mezclaron con los nuestros. Bien es verdad que luego se reconstruyó la actitud de los rifeños y se vió que vacilaban y que se mostraron inquietos y desasosegados. Pero es que después de la desgracia se perciben demasiado claramente los anuncios de ella y los remedios para evitar que sobrevenga, sólo que entonces es demasiado tarde. La afirmación perogrullesca de siempre se puede repetir ahora: si hubiéramos sabido lo que iba á acontecer, los trabajadores no hubieran salido, y no saliendo, no les acaecería ningún mal, puesto que á sus casas no habían de alcanzar los disparos morunos. Esto es de una evidencia meridiana y abrumadora. Pero en la tierra hay algo más que las cuatro líneas rectas que reducen las mentes axiomáticas á las proporciones del tablero de una mesa de noche.

Los trabajos de la vía llegaban ya al barranco de Sidi-Musa y los obreros estaban afirmando el puente que había de vadear la hondonada de la torrentera. La muda inte-

52

Diario de la guerra.

rrogación que formulaba para los invasores el siniestro barranco del Lobo se había

quedado á la espalda.

El secreto que les guardaba el Atalayón, se alzaba allá, á la izquierda del horizonte, con la rebelde esquivez de la esfinge impasible. Tendido el puente que se construía, quedarían sólo por finar pequeños trabajos de escasa monta. Dentro del mes de Julio, quizás, el tren, cardando su penacho de humo en una bandada de golondrinas civilizadas, entrará, jadeante, en la estación de Nador, despertando con la flauta poderosa de su silbato las huertas dormidas en la llanura y las lindes enroscadas á las albercas arcillosas de los brocales.

A primera hora de la mañana del día 9 llegaron los trabajadores con su capataz, Gregorio Otero, junto al emplazamiento de los firmes de Sidi-Musa. Se suponía que los presuntos atacantes debían de estar á aquella hora en una junta convocada con carácter decisivo para tomar un acuerdo último. Sin embargo se temía la emboscada, y alguien, en aquel momento, lo hizo saber, con mucha crueldad, á los animosos obreros.

El arroyo que corre á veces por el lecho de la torrentera estaba seco. El terruño, sin una mancha de humedad, obedecía dócilmente al azadón y á la espiocha. Ningún ruido temeroso rompía el silencio augusto de los campos. Los operarios se colocaban en sus puestos y comenzaban á trabajar.

53

Crónica de un testigo.

Fué obra de unos minutos. Del lugar donde se situó la cuadrilla más avanzada vino el golpeteo duro y penetrante de una descarga de fusil. Se vió cómo caían al suelo, rebotando en las piedras, algunos de los trabajadores. De la parte de la vertiente que da á la segunda ensenada de Mar Chica salían balas de mauser y avanzaban á la carrera los tiradores rifeños. Las cuadrillas de trabajadores se partieron en dos grupos, que corrían en dirección opuesta. Los moros se iban al monte. Los obreros españoles asaltaron á escape los asientos del tren, que, ya prevenido, se puso en marcha á todo vapor hacia la ciudad. Tal vez en la precipitación y el ajetreo de la huída no brotó de ningún labio una frase de compasión para los españoles que quedaban en el campo, lugar de la celada.

Si entonces hubo turbación y olvido, bien

pagados están, porque sus nombres han pasado á los fastos de la Historia por la noble y gentil portada del martirologio nacional.

**

No fué el teléfono quien dió la orden de ataque, ni fué un jinete presuroso, que al conducir un pliego, reventó su caballo. El solo paso del tren minero que venía huyendo de las obras de Sidi Musa puso sobre las armas á la guarnición del Hipódromo, que destacó dos compañías de infantes, y sin detenerse se apoderó del alto de los lavaderos de mineral.

54

Diario de la guerra.

Las compañías invasoras tendieron el flanco sobre las vertientes del Gurugú, y avanzaron más, siguiendo la derecha de la vía.

Entre el terraplén de los rieles y la montaña queda una faja de terreno descubierto, sin defensa. A la tropa le es imposible caminar por el llano sin enlazar con algunas guerrillas los peñascos abruptos de la primera estribación. No hay zona en la llanura que no esté á merced de los que tiran desde la montaña. Los fusiles, manejados desde una altura no muy grande, pero ya inexpugnable, dominan con su tiro eficaz hasta las olas de la playa. El movimiento de avance de las tropas se hizo, pues, doblando las puntas de vanguardia siempre á la derecha, si se mira dando la espalda á Melilla.

Las fuerzas que salieron del Hipódromo se vieron solas no más de diez minutos. Los cuarteles de la plaza comenzaron á lanzar soldados, que se unieron á la carrera con las gentes del teniente coronel Baños.

Sin detenerse un punto, las tropas siguieron avanzando. Los moros, que atacaban en grupos á los obreros, se diseminaron al empuje de la guarnición. Buscaban los pedruscos del terreno, las defensas naturales del monte, el abrigo de las casas repartidas arbitrariamente en las laderas. Y las casas caían incendiadas por la metralla de los cañones y los corralizos utilizados como parapetos eran conquistados á la bayoneta.

55

Crónica de un testigo.

No fué sólo una salida de fuerzas militares; fué, además, un derramamiento sobre los campos limítrofes de toda la energía es-

pañola, acumulada entre los muros de Melilla. Fué una acción de arrojo y de temeridad, en que no se tenía más empeño que correr hacia el enemigo. Lo que salió de la ciudad parecía una tromba. Se tuvieron cuarenta bajas. Pero aunque se hubiera producido doble número de ellas se hubiera llegado á la misma hora á los riscos de Sidi-Ahmet. Era el instante de la lucha, el momento anhelado como remate y aplicación de tantos paseos, de tantas prácticas de tiro, de las marchas y de las fatigas. El designio era arrollar á los rifeños, revestir el ataque de la contundencia ruda, inmediata y deprimente de una bofetada que, instantáneamente después de la ofensa, estigmatiza la faz del que la recibe.

Y arrollando y tundiendo y matando, llegó la tropa al barranco de Sidi-Musa. Los cadáveres del asesinato fueron recogidos en el regazo maternal de la bandera y puestos en camino de Melilla. Y las tropas siguieron su excursión á la montaña, dejando á la izquierda las paredes nuevas y enlucidas de la caseta número dos. Y á media ladera del monte siniestro, en un rellano de la vertiente, se adquirió la posición llamada de Sidi-Musa, en la segunda ladera que se había ganado pecho arriba y dando la cara, el corazón y la bayoneta á los peñones del camino.

56

Diario de la guerra.

Aún se recuerda cómo dos compañías de África, enardecidas en el combate, se apoyaron en la nueva situación y escalaron la cumbre del monte. Nombre de España que se inscribió en el triste día de las conquistas en lo más alto de la montaña, que se había de contrapesar con una cumbre más alta aún de abnegación, de heroísmo, de firmeza. Pero había que hacer más. La tercera, dominante-contando á partir del barranco-, debía ser tomada y puesta bajo el amparo de España. Fuerzas de Melilla se lanzaron sobre Sidi-Ahmet. La posición fué tomada luego. El centro principal de nuestra ofensiva se levantaba muy gallardo, muy alto y muy atrevido, batiendo lo desconocido, como perenne recordación de un formidable ademán de ataque.

El general tenía un plan fijo, y si formado de antemano, contrastado ahora con el estudio del terreno y con la seguridad de

sus tropas. El centro avanzado se localizaría en la segunda caseta. En ella estará la comunicación ferroviaria con la plaza, el depósito de municiones, la artillería gruesa, y, si es posible, el teléfono con el Gobierno. Cierto que de la cumbre de Ait-Aitsa dispararían los moros sobre la guarnición como sobre un blanco de ensayo; cierto también que la aguada era peligrosa y expuesta á un balazo enemigo... pero el plan era éste. Para defender puesto tan importante, nos apoderamos de la llave de la barrancada al

:

57

Crónica de un testigo.

ocupar el alto de Sidi-Musa. La posición del monte que ampara y defiende-estratégicamente nada más la posición del llano se ha de conservar sin evacuarla nunca «cueste lo que cueste».

Se conservaría también la avanzada intrépida de Sidi-Ahmet y aquellos hombres, llenos de ardor, bajarían de las altas cumbres, insostenibles en dominación, y ocuparían posiciones intermedias que enlazarán los principales destacamentos que ya se estaban fortificando á toda prisa. El general clavó su bandera á quince kilómetros de la ciudad, en un punto perdido en la serranía escarpada de una hospitalidad traidora.

*

*

Las tropas españolas, la exigua guarnición de la plaza de Melilla, sin más elemento de ayuda que su valor bizarro, se entraron monte adelante, arrollando lo que había á su paso, y vivaquearon en los picos de las cumbres cercanas, en los cortes y terraplenes de las líneas ferroviarias en construcción, muy adentro de la tierra enemiga, á 10, á 15, á 20 kilómetros de los límites.

En la fecha histórica de hoy no se ha de recordar nada de lo que tenga un alcance político en lo que se relaciona con la preparación de la guerra. En los principios de Julio de 909 teníamos del asunto africano noticias vagas, imprecisas, sin trabazón ni orden dialéctico. La alarma no había cundido

58

Diario de la guerra.

aún en España. Hoy mismo se llenaría el ámbito del país con el estupor de la noticia

al conocerse juntamente el crimen y el castigo. El Ministro de Estado veraneaba tranquilo y con sosiego en su finca de las tierras vascuences. Se aguardaba una embajada del Sultán que deslindaría los campos rifeños y normalizaría la situación por un conducto diplomático que a pesar de nuestra larga experiencia queríamos aún aplicar á los moros vecinos. Sin embargo de esto, se había dado la orden de concentración á todos los contingentes de la brigada de Cataluña, y Reus y Olot y Manresa y los otros pueblos guarnecidos por los batallones de Cazadores, vieron imprevistamente el fantasma de la guerra con sus visajes más dolorosos, más tristes, más desoladores.

Pero no se había enviado en el día que se rememora un solo hombre de refuerzo, no se había ultimado ningún preparativo; los pertrechos todos estaban realizándose todavía en la Península, separados de África por una banda de mar suave y esmeraldino y poético, mas tan caprichoso, que se cierra con viento de Levante y se escuda con brisas del Poniente, y sólo abre paso franco hasta el malecón de Florentina con la rara intermitencia de los albedríos crueles de una mujer coqueta.

Por la mañana del 9 se reconcentró la población al conjuro de la terrible noticia, que voló como un ave siniestra, picoteando los

59

Crónica de un testigo.

labios de todos. Ya los bravos destacamentos españoles establecían vigilancia y alzaban parapetos en el campo, en la llave del barranco de Sidi-Musa, en Sidi-Ahmet, el nuevo cuartel general de las tropas, que miraba porfiadamente con ira y con amenaza á la cumbre de Monte Arbós. Sidi-Ahmet, roca viva de la tierra virgen donde en unas horas tan sólo se había tallado un pedestal firme para nuestra bandera, que ondeaba alegre y tranquila al revuelo de unas auras que soplaban de Mar Chica para orear el frecuentado camino de Seluán á Benisicar.

Esta es la fecha cuya historia se escribe hoy. A la primera hora de la mañana, los obreros del trabajo español, sangre nuestra y cobijo de nuestra bandera, fueron asesinados desde los matorrales, desde los peñones, por las balas de los moros enemigos.

Y á la noche del mismo día, España, ven-

gativa y poderosa, se había adueñado de unas cuantas leguas de la tierra salvaje, como proemio de otras más extensas conquistas. Yese dominio nuevo se acogió, mientras hubo pocos soldados, con la cubierta de un palio de valor, de fe, de sacrificio; cuando hubo bastantes combatientes, se amparó con un mar de sangre, prodigada sin tasa y sin medida, y cuando hubo muchos guerreros, se extendió sobre esas tierras nuevas la paz y la seguridad, nuncios de una civilización y de un vivir próspero inmediatos.

60

Diario de la guerra.

La jornada del día fué dura y peligrosa. El hecho temerario de marchar, con el flanco al monte, á ocupar posiciones lejanas, costó la vida de un bizarro oficial de filas, y fueron heridos otros dos oficiales y treinta y cinco soldados. Uno de los ayudantes del general, mientras ocupaba su puesto en el Estado Mayor, recibió una herida gravísima. La sangre se prodigó con un desinterés asombroso. La guerra se iniciaba sin escatimar el sacrificio personal. La lucha había de ser así, y un pueblo valiente debía afrontarla como le correspondió en la suerte de sus destinos.

Esto fué lo acontecido en la primera jornada, que ya fué sangrienta. Y después del momento emocional en que se recuerda líricamente el glorioso combate, hemos de reprimir la turbación con la férrea mano del hombre moderno, imponer el mando del entendimiento sobre el corazón y formular el anhelo de la Patria, interesándose porque esa sangre sea fecunda, materialmente reproductiva; porque esos millones sean la base de una riqueza para todos, siendo del país, y porque aquella actividad de los días tristes y crudos no sea una excepción, sino una pauta, un compás para el trabajo constante sobre aquel terreno que se incorpora á : España.

La mejor honra que puede tributarse á un conquistador moderno es implantar el progreso en lo que él ganó. La ofrenda más pura

61

Crónica de un testigo.

para nuestros militares es la de mostrar el esfuerzo constante que se realice para que

sea un verjel de riqueza aquella tierra, la que recibió la primera lluvia benéfica de la sangre generosa.

Lo que costaría mantener esta línea exterior ya se ajustaría luego después. Por ahora se amontonaban sacos llenos de tierra, se * trazaron reductos, se excavaban fosos y parapetos, se tendían alambres espinosos como un cinturón de rosales que habían de dar flores sangrientas, rojas, de dolor y de pena. Cada cual habría de permanecer en su puesto por el mandato y por voluntad propia. Después, al día siguiente, se mandó un destacamento al promontorio llamado el Atalayón para que se mantuviese allí. El tren minero se puso en marcha con el primer convoy. Y Marina, después de dar una somera y escueta reseña de sus operaciones, envió un telegrama al Ministro, en que se decía: «En las posiciones avanzadas no ocurre novedad.»>>

62

VIII

A historia de los días de la guerra al menos en la primera parte se ha de dividir en novenarios. El preliminar de la campaña, lo que ya se ha relatado, bien á la buena de Dios, ocupa desde el 1 al 9 de julio. La segunda etapa alcanza del 9 al 18 de ese mismo mes, desde la toma y fortificación de la línea exterior de nuevos destacamentos hasta el ataque de la harka en la temible noche del domingo rojo.

Y el tercer novenario, el novenario de la muerte, que se extiende del 18 al 27 de julio. El período del holocausto y de la sangre, los días terribles y temerosos en que no cesó un punto el tiroteo, en que el cañón no descansó una hora, en que el tableteo de las descargas y el ruido loco de la ametralladora se enseñoreó, de noche y de día, de todo el ambiente y llevó de continuo la zozobra á todos los habitantes de Melilla.

63

Crónica de un testigo.

En nueve días se aguzó la preparación y el tanteo antes del ataque, del látigo, de la conquista. El día 9, la acerada bayoneta de España entró como una recia cuña en el corazón del Rif, y durante nueve días se es. tuvo golpeando con el mazo para forzarla

del todo. Después apareció la reacción del moro, el esfuerzo enemigo por expulsar de sí la penetración española. Fué un impulso brutal, desaforado, á la desesperada; un combate de nueve días mortales, en que la victoria no se mantuvo indecisa, sino que se presentó á nuestro requerimiento con una vestidura cruel y manchada de sangre y de Ilanto.

Pero entre el dolor y el enojo de tanta desolación, pudimos sentar este postulado categórico é indestructible: «Después del lucioso 27, los moros cesaron en su ataque y huyeron de nuestra vista.» El 23 y el 27 marcan un precio desde luego exorbitante; pero á trueque de estas jornadas, aquellas leguas de terreno abarcadas con sólo la temeridad, el día 9 de julio se vieron incorporadas en definitiva al suelo español.

Esta subdivisión del tiempo en novenarios es arbitraria y caprichosa, no tiene otra justificación, á mi juicio, que la pura casualidad, y no se separan entre sí más que por indicaciones engendradas en el campo enemigo.

Pero ya que así fué, aceptamos, sin más análisis, estas etapas, marcadas clara y si métricamente, y seguimos adelante.

64

Diario de la guerra.

Día 10.

El general Marina dirigía al Gobierno de Madrid un lacónico telegrama, redactado en estos términos:

«Melilla 9.

>>El gobernador militar al ministro de la Guerra:

>>Esta mañana, á eso de las ocho, cayeron grupos de moros sobre trabajadores de las vías férreas, pasando á cuchillo varios españoles.

>>Inmediatamente sali con brigada disciplinaria y seis compañías de Africa, seguidas de cerca por otras de Melilla, las baterías de Artillería, una compañía plaza, sección de Ingenieros y escuadrón. Encontré fuerzas enemigas parapetadas en los obstáculos naturales del terreno sobre las alturas que dominan el camino á las vías por el flanco derecho.

>>Después de cañoneada la posición, ha sido desalojado el enemigo de tres alturas por el frente, y otras más á la derecha, hasta coronar la estribación del grupo designa-

do en el croquis con el nombre del Yebel
Sidi Ametil Hach.

>>>El combate ha terminado á eso de la una
de la tarde, quedándome con las fuerzas en
las posiciones conquistadas. Las bajas, aun-

5
65

Crónica de un testigo.

que sensibles, no parecen numerosas; hasta
ahora se conoce muerte del teniente Salce-
do, de la brigada disciplinaria; heridos ca-
pitán Riquelme, de la oficina indígena; te-
niente Molina, de la brigada, y unos treinta
individuos de tropa, entre muertos y heri-
dos. El espíritu de la guarnición es exce-
lente.>

Y poco después este otro despacho:

«Como ampliación de mi telegrama ante-
rior, debo añadir que hay un oficial del re-
gimiento de África contuso, siendo el núme-
ro exacto de muertos y heridos, además de
los oficiales ya expresados, cinco soldados
muertos y 22 heridos, cuatro paisanos muer-
tos y un herido. Las tropas continúan ocu-
pando las posiciones tomadas. En las plazas
menores de África no ocurre novedad.>>

Desde estas posiciones avanzadas á que el
general se refiere, no se alcanza á ver nin-
gún moro. No porque estén de paz, sino por-
que preparan la maquinación de guerra que
pueda ser capaz de escarmentarnos. Se sabe
que la harka ha puesto todos sus recursos en
juego; predicán en los zocos, se van incorpo-
rando á ellos uno á uno, 10 á 10, los trabaja-
dores que llegan de la Argelia, con armas y
dinero. Se previenen para la venganza, y el
ataque, no por tardío será menos feroz, me-
nos valiente, menos sanguinario; mas en el
día de hoy la tranquilidad es completa, la
ausencia del enemigo absoluta.'

Á mediodía fondea en la rada de Melilla

66

Diario de la guerra.

el Maria de Molina de regreso de Cabo de
Agua. Conduce á bordo la compañía de Áfri-
ca, mandada por el capitán Fernando Fer-
nández Cuevas.

El bizarro oficial hacía lamentaciones por-
que no tuvo la fortuna de entrar en fuego en
la toma de Sidi-Mussa. El destino le tenía
reservada en esta guerra una suerte aciaga
y dura, donde se malograron sus altas con-

diciones militares. Su nombre también estaba escrito en el libro de las víctimas del honor y de la Patria.

Día 11.

S. M. el Rey D. Alfonso XIII recibe, en su palacio de Madrid, á la embajada del sultán mogrebino. Se decía que uno de los asuntos que habían de ser tratados en la entrevista tendría un alcance definitivo en la guerra del Rif. La embajada se instala en un hotel lujoso y sus negociaciones no tienen eficacia fuera de lo puramente diplomático y secreto.

En Melilla crece el temor por momentos.

Los moros que entran á diario en la plaza, anuncian con gran aparato y muchos aspavientos temerosos, el crecimiento fabuloso de los soldados de la harka.

Los vecinos de los barrios exteriores comienzan á sentir temor y se acogen á pasar las noches dentro del recinto murado, ante

67

Crónica de un testigo.

el rumor de un inminente ataque á la ciudad.

El convoy comienza á marchar cada mañana entre la plaza y sus posiciones, conduciendo hasta los destacamentos el agua, la leña, las vituallas y las municiones de fusil, de ametralladora y de artillería.

La cresta del Atalayón y las cumbres del Gurugú son los puntos de acecho para nuestro enemigo.

La tranquilidad se va turbando lentamente y el sosiego no preside ahora el descanso de España.

Día 12.

El interés de la mañana de este día se encuentra en el muelle de Melilla. Algunos barcos de los que hacen la carrera del Norte de África están anclados en la rada.

Moros mercaderes, hombres ricos y pusilánimes que no confían en los suyos ni tampoco en nuestra protección, se encaminan á Tánger, á Tetuán, á Argel. Toman delante de sí sus mujeres, sus hijos, sus equipajes y su riqueza, y huyen del suelo donde vivían, fugitivos, ante el fantasma de la lucha.

Envuelven sus actos de un particular azoramiento, que tal vez aumente á nuestros ojos por la prisa que quieren darse los viajeros. Las mujeres moras, cubiertas de velos, han dado, con sus figuras anchas, achatadas entre las ropas complicadísimas de sus ves-

Diario de la guerra.

tidos, una nota pintoresca que, entre la fácil poesía del amor á la familia, merecería de nosotros un comentario duro. Los niños, temerosos, llorones y sucios, adhiriéndose á los blancos albornoces de las moras, daban la idea de que Herodes estuviera paseando su regia figura por los muros del torreón del vigía.

Los buques zarparon á media tarde, con las toldillas nevadas de jaiques tan albos como la nieve. Más que las aguas revueltas del mar de Levante, fueron rémora al giro de la red fortísima de tristes miradas, que se tramaba desde la borda de sotavento á las blancas casitas, á las verdes chumberas, á los pardos terruños de Beni-Ensar y de Frajana.

Los moros emigrantes fueron despedidos por el magno acento de las olas que comenzaban á encrespar sus cárices altivas con el recio empuje del temporal. Y á pesar de todo, aún hubo en la fecha de hoy otro suceso en el mar de más transcendencia guerrera.

Moros amigos de la kabila de Benisicar dieron parte al general Marina de que los de Bugafar, influídos por los de Beni-Said, proyectaban subir la costa del lado Norte y atacar á las tropas desde el Gururú, para coger entre dos fuegos la parte más desgarnecida.

El general Marina comunicó el aviso al general Del Real, que también había recibido

69

Crónica de un testigo.

do las mismas noticias por confidentes, agregando que el punto de reunión de las kabilas de Beni-Said, Bugafar y algunos de Benibuifru era la desembocadura del Quert.

Inmediatamente, el general Del Real dió órdenes al Maria de Molina, que zarpó á escape, dobló el cabo Tres Forcas y siguió á lo largo de la tierra, procurando acercarse todo lo que permite su calado.

Sin novedad llegó el cañonero á la vista de la barra arenosa del Quert, y allí empezó á ver grupos de moros armados á pie y á caballo. Al divisar el barco los moros se acercaron más á la playa y dispararon sus fusiles, sin que llegaran las balas á bordo. El

María de Molina se acercó á medio kilómetro de la playa y abrió el fuego contra los grupos. Se vió muy distintamente que una bomba caía entre varios moros, y después de estallar, unos huían y los otros se inclinaban en tierra para recoger sus bajas. Los moros dispararon también, y una bala rebotada hirió levemente á un marinero. Como la exposición era inútil, siguió el María de Molina el cañoneo desde mayor distancia, y en pocos minutos hizo desalojar la playa y las colinas próximas.

Los moros dispersos se refugiaron en los aduares, pero también allí les persiguieron las granadas del María de Molina, que incendiaron las casas y causaron grandes destrozos. Pudo apreciarse desde el buque que ardían graneros y depósitos. Los moros

70

Diario de la guerra.

huían, llevándose sus ganados hacia el interior.

El barco corrió la costa cañoneando todos los aduares y disparando más de 200 granadas. Cuando estuvo iniciado el fuego en todos los poblados y los moros huyeron, el María de Molina regresó á Melilla.

Á la hora de la descubierta se extendió una avanzada por las laderas bajas, descendiendo después á la playa muerta de Mar Chica. Era la expedición el contingente exiguo de un destacamento ligero de Infantería. Sin obstáculo alguno llegó á posar sus plantas en la cumbre estratégica del Atalayón. El promontorio que reina sobre el espejo azulino del gran lago salado quedó por España también, como Sidi-Mussa y Sidi-Ahmet. Si nos representamos esta línea avanzada por una fiera aguerrida en actitud de acometer, sus garras son Sidi-Ahmet y el Atalayón. Para apreciar el símil podríamos decir que el pecho del dragón-pecho atrevido, temerario - está en Sidi-Mussa y el estómago en la segunda caseta. Sus pies se apoyan, firmes en la plaza, sobre la guarnición del Hipódromo y de la Posada del Cabo Moreno. La mano de apoyo hundida y firme en el Atalayón en los muros del mar, y la garra amenazadora crispada en Sidi-Ahmet, sobre los precipicios de la montaña.

71

Crónica de un testigo.

Día 13.

Hemos de recordar que esta guerra se hace en la punta más meridional de toda España. Que Melilla es una ciudad más de la Andalucía baja, y que en la historia de una guerra tal ha de imponerse la superstición con un símbolo análogo á la cabeza de Medusa, para que sea gráfica y expresiva. El día 13 había de ser un día aciago y triste, y lo fué, sin que al decirlo se nos pueda tachar de que busco en una original gitanería, amena vestidura literaria.

El sherif Sidi-Mohamet Mirrián recibió contestaciones á sus requerimientos de ayuda. Los emisarios del santón--que partieron á galope, en una noche oscura que ya se reseñó--volvieron pidiendo albricias.

La guerra fué proclamada en los zocos. Bocoya y Beni-bugajar, Beni-burriaguel y Beni-burriaga, los costeños ricos y bien armados que tienen bloqueada á Alhucemas y los montañeses de Atlatén y de Huixam, se disponían á venir contra España. La tropa enemiga crecería en número y en calidad de guerreros como la espuma revuelta y sucia de un torrente despeñado.

Nuestros vecinos de Frajana, los que tenían sus viviendas bajo las granadas de Sidi-Guariax, se nos querían mostrar adversarios. Los indomables pastores de Beni-Sicar--pastores y guerrilleros de otras veces -

72

Diario de la guerra.

tomaban la senda de la guerra, tras proveerse de cartuchos en los alijos contrabandistas de la playa de los Pájaros.

El Rif se alzó vengativo y rebelde contra la tropa de Marina. La guerra se pregonó en un día tocado de jettatura, en que para remate de toda desdicha el Buenos Aires y el Montevideo, que llegaban cargados de tropas, tuvieron que huir con sus soldados á bordo, buscando, de arribada forzosa, el amparo de Chafarinas.

Con el enemigo ante sí, crecido y envalentonado y los refuerzos y los auxilios navegando en los mares á merced de la mar brava de Levante, durmió España en la noche oscura, evocadora y triste del día 13 de julio.

73

IX



MI EQUIPAJE

o siento muchísimo, bien lo sabe Dios, empezar esta nota de reporterismo haciendo mención especial de la persona del cronista. Nadie tiene derecho a dudar de mi modestia, y si alguno alcanza, por su desgracia, un grado tal de malicia que me la niegue, concédame al menos aquel culto de la buena crianza suficiente para tratar primero de las cosas agradables al interlocutor. Pero hete aquí que el buen servicio de la información requiere un orden graduado de elementos que se han de jugar á su tiempo oportuno. Y esos elementos los ha de conocer el lector, no sea que luego esperen de mí una noticia y yono la dé; aguarden de mi mente un juicio, y yo no lo aduzca; adivinen en mi pluma una opinión, y yo no la formule. Una mala inteligencia

75

Crónica de un testigo.

entre el lector y yo sería una horrible desgracia, no para el lector, que todo lo entiende y todo lo juzga y todo lo sentencia, sino para mí, pobrecito, que harta desgracia tengo con ver mi natural pacífico entre ametralladoras, fusiles y caballos de guerra. Por eso quiero que sepáis todos los auxiliares que me he dispuesto, todos los tranquilillos que moralmente abren mis párpados. Os diré lo primero, con la ruda franqueza del marino, lo que llevo dentro de mi maleta, en mi equipaje material; lo que llevo dentro de mi cabeza, que es otro equipaje, no es del caso; ya lo verá el lector conforme nos llegue la hora, que plegue á los Hados que sea pronto.

LA ROPA

Un corresponsal á quien se le envía á seguir unas operaciones de guerra, lo primero que debe hacer es revestirse de valor. El aplomo y la intrepidez son una vestidura que no da calor aunque reine julio y el lugar de la acción sea el campo del Rif. Yo no quiero aludir á esta primera envoltura; me refiero á la maleta en sí misma, en su representación textil y de sastrería. Yo he desdeñado la alpaca. Tengo, entre mis convicciones más antiguas, la creencia

indumentaria de que una tela bronca y rebelde, brillante en la apariencia como un
76

Diario de la guerra.

broquel y pertinaz en la arruga como la cartulina, no puede inspirar garantía alguna para un traje de faena. Además, que no me crea el lector, pero tengo la seguridad de que una chilaba de alpaca desentonaría siempre, lo mismo de unos dátiles azucarados que de una higuera chumba punzadora y meridional.

He caído, pues, sobre el «kaki». Una tela de algodón de Tarrasa color de chocolate de á peseta y un par de pantalones de rayadillo pajizo, son todos los recursos que me ayudarán á conquistarme las noticias durante el verano.

En el fondo de mi maleta se guarda, como en un tabernáculo, el traje de corresponsal en África. Polainas, espuelas, breeches, americana larga y entallada y fieltro flexible con las alas hacia abajo. Esta ropa, como comprenderá el lector, no me la pondré en África ni un solo día, porque pudiera ajarse.

Me la ceñí en Málaga unos momentos para ir á casa del fotógrafo. Me puse en la mano derecha una fusta y en la otra un carnet y me erguí delante del objetivo. Luego la guardé, bien dobladita y para siempre, porque, ¿quién escribe con las espuelas puestas?

EL LÁPIZ

Conviene saber de una manera definitiva, para siempre ya, si hemos de llevar sobre
77

Crónica de un testigo.

nosotros á toda hora una pluma ó un lápiz. Escritores conocemos el lector y yo que dejan traslucir en la prosa qué días han escrito con tinta las cuartillas y cuáles otros han laborado al correr suave de una barra B. B. B. Verdad es que también transciende á las veces en los párrafos de nuestros amigos el lugar donde se escribieron. Escritores hay que dan á sus frases un aroma especial de franqueza é intimidad las veces que escriben después de quitarse la americana.

No digo yo que desentone en la figura de un periodista con vocación una batería de guardapuntas avanzando en línea por la boca del bolsillo alto del chaleco. Un lapicero de metal colgado de la cadena del reloj,

si vive libre aún, y otro lapicero al remate de una cadena del cinturón, si el hombre lo hubiera de menester. Yo, con deciros el que llevo, cumplo, y continúo; el lector que ponga su comentario después, y tan amigos como antes.

Mi lapicero es un tubito de plata labrada, de escaso valor material. Guardo en él un trozo de lápiz de los que venden á 15 céntimos en la Puerta del Sol, sujeto á una conterita de metal que luego ha de enchufarse en el tubito de plata de escaso valor. Todo ello de un largo de siete centímetros y dispuesto en una forma chafada para darle conformidad con la condición de su dueño, que soy yo, mientras no se demuestre lo contrario.

78

Diario de la guerra.

En una de sus caras tiene escrito un nombre que coincide con el mío, y en la otra una fecha que se ajusta á la efemérides más importante de mi vida. De la argolla que tiene á su extremo pende porte-bon-heur, un 13 inscrito dentro de una circunferencia del mismo metal.

Las noticias que lleguen hasta vosotros por mi actividad serán todas ellas escritas con ese famoso artefacto. Si no son de vuestra satisfacción, no culpéis al lápiz, que es atildado y decorativo. Si os complacen, no habréis de achacar ningún mérito á la bien cortada pluma de este cronista africander.

LA PISTOLA

¿Se puede ir á Melilla en las actuales circunstancias sin un arma de fuego? He aquí el primer caso de conciencia que se me presentó al conjuro de los billetes de Banco que Zuazagoitia iba deshojando ante mis ojos, desojándome.

La pistola que guarnezca y artille vuestra cintura, ¿debe ser comprada ó prestada?

Esta consideración secundaria parece que se relacionaba con los antedichos billetes. Y renuncié á ella de contado.

En estas cavilaciones pasó algún tiempo, no mucho; pero pasó tiempo y no salíamos del atolladero. ¿El arma blanca tal vez...?

¡Dios mío - dije guardándome el dinero bien

79

Crónica de un testigo.

dosificado en mis bolsillos-, aparta de mí

este cáliz de tener que invertir en armamento una parte de las pesetas que me han sido confiadas! Con esto abandoné toda idea belicosa y defensiva y tomé el tren.

A poco me vi al borde del muelle, sin lápices, sin revólver y casi sin ropa, porque los trapitos de corresponsal guerrero ni á tres tirones los saco de su tabernáculo de cartón.

X

La brigada de Cazadores.

Día 14.

ESDE el amanecer se muestra el cielo más clemente con Melilla, martirizada siete días con disciplinas de esmeraldas y espumas, chasqueadas por un mar furioso.

A media mañana comenzó el desembarco de la brigada de Cataluña. Los contingentes del batallón de Barcelona pusieron su pie en la tierra con gran fatiga y mucho peligro. Los Cazadores de Barcelona no son más que un aviso de toda la brigada tercera que está reforzada y lista en los muelles de Barcelona, dispuesta á embarcar. Los desembarcos durarán tan sólo hasta el 18. La conducción de fuerzas se hace á escape y sin tolerar retardos.

6

81

Crónica de un testigo.

1

Del campo exterior vienen rumores muy temerosos. Parece que los enemigos han puesto una aduana en el vado del Muluya, y que todo rifeño que pasa por allí, de regreso de la Argelia, se engancha al banderín de rebeldía y de guerra contra España. Dicen también que los jefes moros han recibido promesa de muchos poblados del interior y de los contingentes de la derecha del Quert. Algunos, como los de Bugafar están, según nos dicen, completando sus preparativos para caer sobre nosotros con terrible ímpetu. No se ha de decaer por causa de estas amenazas de la guerra. Nada son ellos por sí, si el mar, como hace hoy, nos franquea siempre el camino azul que conduce á la playa española del otro lado del Mediterráneo.

Día 15.

El nuevo día nos descubre en la rada, ma-

gestuosamente fondeados, el Montevideo y el Buenos Aires.

Los soldaditos de Alba de Tormes, los artilleros de montaña y los jinetes de Treviño, se agrupan en las bordas. Todo el día es el muelle un hervidero de gentes nuevas que entran en la ciudad por la estrecha escalinata del espigón militar. Hay mucha prisa por rematar el desembarco, porque en la fecha de hoy zarparán de Cataluña el Rabat y el

82

Diario de la guerra.

Alfonso XII con más contingentes de fuerzas.

Nuestra esperanza va hacia el mar, pero algún acontecimiento de sangre llama también nuestra curiosidad hacia la montaña. Ayer ha sido tiroteado el destacamento que guarnece el Atalayón.

Los convoyes llevan hacia la línea avanzada sacos, estaquillas y alambre espinoso, punzador como los tallos de una rosa. Según se dice, las fortificaciones de Sidi-Ahmet son ya tan respetables como las de una antigua fortificación. Dos cañones de 9 centímetros, que fueron traídos de otra plaza africana, han sido hoy emplazados en el reducto de la posición principal.

Los soldados han hecho un acoplamiento en sus toques de servicio para consagrar seis horas cada día al trabajo de atrincheramiento. Un toque de llamada los congrega después del desayuno hasta la hora del primer rancho, y al atardecer, antes de la segunda comida, los mantiene en actividad hasta la queda de la tarde.

Vienen noticias de España, diciéndonos rumores que producen mucho estupor. Llegan confusos y amontonados, agrupando con la una los detalles de la otra. La población está demasiado requerida por los sucesos de que se trata para tomar razón de lo que hasta hoy no es más que un síntoma.

Al anochecer truena el cañón lejano como un recuerdo constante de esta triste condi-

83

Crónica de un testigo.

ción de la guerra. Perdidos en la inmensidad de los campos llegan hasta aquí los estampidos llenos, acompasados, tranquilos de su poder y de su fuerza, como el resuello de un gigante dormido á la orilla del mar.

Día 16.

Para celebrar la fiesta del Carmen se izó la bandera en la posición de Sidi-Ahmet. La solemnidad augusta fué del momento y no de la ceremonia, sencilla y austera, como es toda la vida de campaña.

El general Marina habló confidencialmente y sin lírica de ocasión á los soldados de su mando. Rodaron los compases de marcha de las trompetas por los barrancos salvajes y la emoción hacía presa en la garganta de todos, atascando las frases en un dogal suave y momentáneo.

El rosario de lanchas que se tiende desde hace días entre los barcos y la tierra no cesa de pasar sus cuentas una y otra vez entre los dedos vigorosos del espigón.

Del Cataluña, que amenaza con su quilla tajante y segura el rompeolas de Florentina, desembarca el general Imaz. En la explanada del muelle abrazó fuertemente á Real, y en la misma explanada montó á caballo y galopó hacia Sidi-Ahmet, donde le aguardaba el general Marina.

El heliógrafo del Atalayón comienza á

1

84

Diario de la guerra.

transmitir señas y referencias á los artilleros de Sidi-Ahmet. Y al atardecer, hoy como ayer, mañana como hoy, extremece la augusta soledad de los campos el estampido sordo y ensordecedor de los cañones. El ocaso soleme de este sol africano está marcado por el compás del cañón como el tic-tac de un reloj bastante grande, para medir los lentos y enormes trayectos de un crepúsculo eterno.

Día 17.

El Levante sopla con fuerza sobre la playa. El mar se dilata altanero y rudo entre los malecones llenos de fardos. Es el mar un amante celoso y tosco que quiere mostrar á la ciudad, su amada, un tesoro imperial formado por todos los zafiros del mundo reunidos en el estadio ciclópeo de la bahía.

El remolcador Reina Victoria, ágil y esbelto, ligero y temerario, trafica sobre las aguas como en un día de calma absoluta.

En uno de sus viajes, el destino impío lo aguardaba rebelde y contrario en la espalda de alguna ola. Cayó la gabarra con la carga preciosa de un centenar de soldaditos y de

los oficiales que lo mandaban. El batallón de Mérida, núm. 13, que salió el 13 de Barcelona, fué una víctima de superstición. Ya en la orzada última se vió desde tierra cómo el cable se rompía y cómo el lanchón, sin

85

Crónica de un testigo.

mando y sin guía, se estrellaba contra las rocas del rompeolas.

El capitán Reyter y los tenientes Roca y López Hernández, con la compañía de su mando, zozobraron en las aguas, gustando antes que otro peligro ninguno el azar imprevisto del naufragio.

Cuantas personas observaban desde tierra la faena marinera del alijo de tropas, se lanzaron al salvamento de los náufragos. Los soldados, llenos de valor heroico y de disciplina, no lanzaron un sólo grito ni se dieron al pavor.

Los soldaditos de Mérida quedaron en el fondo de los mares como una ofrenda anticipada y famosa de esta brigada en el altar de las víctimas de la Patria. La atención del día se concentra en la desgracia del batallón recién llegado.

Los soldados, animosos y sonrientes, no tienen tiempo de relatarnos su impresión, porque apenas repuestos y secos, marchan hacia la garganta del barranco donde se asienta la enigmática prisión de Sidi-Mussa.

En el día de hoy se cierra el segundo novenario de la campaña. La situación es de pregunta, de ansiedad. El campo se ha ido cargando de presagios, cuyos plazos se van á cumplir. España está lacerada por el desorden interior que le amenaza.

La fecha del 18 se anuncia con un augurio sangriento y rudo, de mucha tristeza.

86

Diario de la guerra.

El día 18 de julio.

Los soldados de España contaban ya nueve días ocupando las posiciones avanzadas.

Una formidable flota mercante estaba enfrascada en la tarea de conducir fuerzas de Cataluña á África. El Buenos Aires, el Montevideo, el Cataluña, el Rabat, el San Francisco, el Almirante Lobo y algún otro barco más cruzaban el Mediterráneo en todas direcciones. Nuestro primer enemigo-el viento de Levante-, fué vencido á fuerza

de transatlánticos, de actividad y de dinero. Pero, á pesar de todo, no había á la sazón, bajo el mando de Marina, más que tres batallones de Cazadores y Artillería de montaña. La otra media brigada-Estella, Alfonso XII y Reus-, con su coronel Fernández Cuerda, andaba aún sobre la cubierta de los buques convertidos en transportes militares. En Sidi-Ahmet el Hach se trabajaba con gran tenacidad para abrigar el puesto con una fortificación importante. Se daría alojamiento para cuatro compañías de infantes, se emplazarían dos baterías y se acogerían al reduto el depósito de municiones y la sección de Ingenieros. La entrada al reduto está sobre el barranco, en la parte más escarpada y abrupta. Es, por eso, segura y bien defendida. No así el costado derecho, que vive perennemente dominado por el campo moro y por sus tiros.

87

Crónica de un testigo.

Delante de Sidi Ahmet, mirando al frente, hay otra posición pequeña, ocupada por un destacamento de Infantería. Parece una hija impaciente que, mientras su madre se detuvo rendida de caminar, ella corre y se aleja jugando en el camino.

1

Á la izquierda hay otro pequeño punto; hacia la comunicación con la segunda caseta hay otra hijuela guarnecida de la posición por un capitán y cien hombres. Como manda la táctica, en cada frente de Sidi-Ahmet hay. una avanzada, que sale fuera de los muros de piedra tosca.

El general Marina vive en esta posición desde el día 9 de julio. El heliógrafo le da las noticias y le acusa recibo de las órdenes que transmite.

1

Todas las mañanas suben unos mulos poderosos cargados de leña, de barriles de agua, de sacos, de cajas de municiones. Todas las tardes aquellos mulos fuertes y pacientes vuelven á bajar la abrupta pendiente guiados por los soldados acemileros, mientras los infantes tienden un flanqueo incansable por los vericuetos de la montaña.. En esta vida llegó el 18 de julio, que fué un día histórico. Las confidencias de los moros leales anunciaban un ataque. Era el reflujo con que el campo había de contestar á

la invasión, al desbordamiento de la ciudad, estaba próximo.

El general confiaba en sus tropas valientes y adiestradas. La mañana del 18 trans-

4
88

Diario de la guerra.

currió tranquila y sin incidente. Arribamos á la hora del mediodía sin disparar un tiro. Pero el 18 estaba señalado para el combate, para la sangre, para la Historia.

Los moros aparecían, por fin, á nuestros ojos. Luego se unieron en grandes núcleos, y los grupos comenzaron á andar hacia nosotros disimulándose entre los repliegues del terreno, entre las chumberas, en los peñascos.

Después de una orden se rompió el fuego. Tabletazos del Mauser, el tic-tac loco de la ametralladora, el ronco gemido del cañón. Como si fuera una consigna, los moros se iban viendo en número cada vez mayor. El enemigo aumentaba, como si de cada balazo que se estrellaba en tierra moruna brotara un combatiente contra España.

Á las dos horas de continuo tiroteo, la guarnición española estaba cercada de moros y batida á balazos morunos por los cuatro costados. Los enemigos apretaban el dogal de su cerco y se mostraban decididos y tercios, empeñados en llegar á la alambrada de los reductos.

Entonces se mandó reforzar la dotación de 'las pequeñas guarniciones de las hijuelas avanzadas, y el general comprendió que sería temerario pasar la noche sin hombres bastantes para cubrir bien los frentes. El capitán de Estado Mayor, Ricardo Guerrero, se encargó de llevar á Melilla la orden para que un batallón de Cazadores se pusie-

89

Crónica de un testigo.

!

ra en marcha, con una batería de montaña, camino de Sidi-Ahmet.

El bizarro oficial, encorvando su alta figura sobre la capotera, con los lentes firmes en la nariz y haciendo saltar de risco en risco su caballo, partió como una saeta hacia Melilla, escoltado por cuatro hombres y seguido de las esperanzas de todos.

Y no fué todo esta marcha correr á rienda

suelta hacia los cuarteles donde estaba la fuerza, hubo que luchar también para abrirse paso entre el enemigo. Guerrero mandó que su escolta se colocara uno detrás de otro á la izquierda del camino, y que con intervalos marcados por sus voces hicieran descargas cerradas sin dejar de galopar. Descargas cerradas de cinco tiradores, exploración y retaguardia de una columna de seis ginetes: Guerrero y su asistente y dos parejas de escolta.

La marcha del bizarro oficial fué brillantísima y de gran eficacia.

Antes de una hora y media el capitán Guerrero se cuadraba ante el general dándole por cumplimentada la orden. Antes del anochecer el batallón de Barcelona se entraba por el reducto adelante, trayendo algún consuelo á los bizarros defensores del reducto, que habían soportado ya cuatro horas de fuego.

La avanzada del flanco derecho de la posición, guarnecido por fuerzas de África, tuvo que ser abandonado. El teniente coronel

Diario de la guerra.

El jefe de la fuerza, D. Federico Julio Ceballos, pagó con su muerte la temeridad y el heroísmo de su comportamiento. El jefe dió en vida órdenes atinadas á sus soldados y al morir un estímulo de mucha ejemplaridad.

Al anochecer, después de un crepúsculo angustioso, todas las fuerzas que tenía Marina en Sidi-Ahmet estaban acogidas al reducto: la guarnición, los refuerzos y la dotación del convoy diario, que ante el ataque tuvo que renunciar al regreso y permanecer en el parapeto con las tercerolas en la mano.

El ruido de las descargas cerradas parecía un conjuro que evocaba los moros á centenares, á miles. Al asalto de Sidi-Ahmet se lanzaban contingentes de hombres que han sido tasados por gentes prácticas en más de 6.000. Nuestro número era bien inferior, la posición era endeble y ésta sin fortificar.

Á las nueve de la noche, el flanco izquierdo, donde estaban emplazadas las piezas de 9 centímetros, estaba materialmente mordido por los moros. La protección de las piezas había de ser hecha á pecho descubierto; no se habían tramado aún las alambradas.

No había más efecto positivo de protección que las bocas de los fusiles, que sin tregua

vomitaban balas.

Pero la decisión mora no tenía dique.

Hasta las bocas de los cañones llegaron los asaltantes en un esfuerzo supremo. La lucha se trabó cuerpo á cuerpo en el propio escalón de tiro de las piezas.

91

Crónica de un testigo.

Se rechazó á los moros á empellones, á puñaladas, á tiros de revólver...; todas las armas se emplearon en la zozobra de avalancha. Royo y Guiloche murieron abrazados á los cañones, como es tradición heroica de nuestra Artillería.

Al mismo tiempo, contingentes numerosos daban el asalto por la parte de la derecha y por el frente de gola, con ánimo de penetrar en el campamento. Los grupos eran diezmos por nuestra fusilería; pero algunos, más temerarios, más pertinaces, tocaban las alambradas, tanteándolas con el filo de las gumías.

En aquel momento crítico el capitán López Ochoa, de África, escoge cuarenta hombres entre los voluntarios de su compañía y sale fuera del reducto. Allí los arenga entre una lluvia de balas, los coloca rodilla en tierra, y á la voz de mando los tiene, haciendo descargas cerradas á pecho descubierto, hasta que el enemigo se retiró derrotado y maltrecho.

Este fué el eje de la apurada situación de Sidi Ahmet ante la insólita audacia del enemigo. El fuego no cesó. Cada dos horas venía un avance del enemigo, que había que repeler; sin embargo, después de las diez de la noche la audacia de los atacantes disminuyó gradualmente.

Al amanecer, después de diez y ocho horas de fuego, el campo enemigo se redujo al silencio. Nos había causado 18 muertos y 31

92

Diario de la guerra.

heridos, contando dos muertos y ocho heridos que vinieron de Sidi-Alí, donde se mantuvo un tiroteo nutridísimo-del mismo que Sidi-Ahmet-, bajo el mando del teniente coronel Aizpuru jefe del Disciplinario.

Desde la primera jornada memorable se notan las dos condiciones fundamentales de la guerra: el moro es intrépido; el español, inquebrantable. Y las dos notas mantenidas

siempre, de cada cinco bajas, una es de oficial ó jefe. La gorra blanca es guión de heroísmo, de sacrificio y de acicates para la tropa.

Día 19.

Comienza á hacerse por grandes rasgos la recapitulación del combate de ayer. Yo he querido dar un relato escueto. No se ha de hacer deferencia ni elogio en este diario más que cuando haya de desprenderse del mismo relato. ¿Es que valdría mi opinión apasionada, si yo no tengo más autoridad que la de ser un testigo presencial ó á lo menos cercano é inmediato?

Ya se ha dicho aquí que la guarnición de Melilla, toda ella-gracias al cielo y á la tenacidad de quienes la mandaban -, era insuperable en destreza guerrera, en disciplina y en valor. Cada soldado encomendaba su vida y su honra á la boca de sus fusiles y á su confianza en la voz del jefe.

/

93

Crónica de un testigo.

Con fuerzas tales bien podían, impartirse órdenes como la que circuló Marina á los comandantes jefes de guarniciones, diciendo que las «posiciones no se abandonan jamás». Ello explica también la generosa conducta del capitán Ochoa y de los suyos, sacando la guerrilla de tiradores fuera del parapeto, ordenándolos á pecho descubierto y haciendo descargas cerradas á la voz de mando como en el campo de tiro de Rostrogordo.

López Ochoa cerró la entrada de la gola de Sidi-Ahmet con el valor y la serenidad, que son las fortificaciones que nunca ceden, las únicas defensas realmente inconquistables.

A pesar de esta resistencia, los enemigos, despreciando intrépidamente el nutrido fuego que contra ellos se hacía, llegaron hasta las bocas de los cañones. El malogrado Guilloche tuvo que defenderse á sablazos en el emplazamiento de sus piezas, y murió herido de arma blanca.

El lector apreciará esta condición de nuestra guerra: en todas las acciones ha luchado la Artillería en la línea de fuego de la Infantería, Siempre ha habido un noble exceso de atrevimiento en los jefes de baterías, que han querido derrochar por partes iguales su juicio y su valor. La que ha servido en esta guerra responde, y lo atestigua desde el pri-

mer día de peligro, á la doble tradición de su historia. Esta es la alta, la sobria, la impertérrita Artillería española, la que inventa cañones Hontoria, Mata, Plasencia, Ver-

94

Diario de la guerra.
des, y la que defiende el Parque de Monteleón, no tanto con las bombas como con el pecho.

*

**

Se calculan en 6.000 moros los que pusieron cerco á Sidi-Ahmet. Dentro del reducto había un millar de hombres escasos. Se trabó el combate á media tarde y duró hasta la aurora.

En la descubierta se vió que las alambradas estaban cortadas con gumia y algunos cadáveres moros se enredaban en las espigas del alambre. Las acémilas que debían pasar la noche fuera del reducto, habían desaparecido en la refriega.

Hubo que recurrir á otros transportes para organizar el convoy de heridos, que fueron recibidos por Melilla con un raudal de lágrimas y sollozos.

Á mediodía se reanudó el trabajo de atrincheramiento de Sidi-Ahmet con la terrible indiferencia, con la muda y resignada naturalidad que nos impone la guerra.

El general Imaz recorrió la línea, inspeccionándolo todo, después de mandar el sangriento convoy, que vino custodiado por el batallón de Alba de Tormes.

Las armas de los moros.

En el ataque á Sidi-Ahmet no ahorraron

95

Crónica de un testigo.

los moros una sola munición. La leyenda de que estaban pobres y mal provistos de armas y municiones; la sorpresa de la opinión que había creído aquella impostura, fué desconsolada y llena de desaliento al ver que la harka estaba prevenida para mantener fuegos vivos de quince horas de duración. Esta circunstancia fué una de las que más contribuyeron á cambiar lo que comenzó por operación de policía, en guerra formal y sangrienta.

Ello merece algún comentario, y antes de pasar adelante se ha de referir algo que con esto se pueda relacionar, si no es que le con-

cierne substancialmente.

El cañonero Pinzón zarpó un día urgentemente de la rada de Melilla. Se había recibido una confidencia afirmando que en la caleta de Cañaveral, cerca del Peñón, se preparaba un alijo de armas y municiones en cantidad importante..

El comandante Guerra salió con su barco, dobló el cabo Tres Forcas y se mantuvo á media máquina en aguas españolas, recorriendo el frente de las plazas menores. Cárabos tripulados por moros astutos y fuertes navegaban de aquí para allá con una actividad sospechosa. El Pinzón, entre ellos, se mantuvo á la expectativa.

Luego apareció en aquellas aguas el Castelaccio, un vapor italiano de mediano porte que venía como de la parte del Estrecho, y trataba de fondear en la cala. El Pinzón le

Diario de la guerra.

habló, y el Castelaccio dijo que venía á Melilla, y enfiló la punta de la rada. El cañonero español avivó la marcha detrás de él.

El día antes los cárbos moros amigos-y tan amigos-preguntaron al Pinzón si pasaría la noche en la cala y si querían víveres. Ante la respuesta del Pinzón, los cárbos se perdieron en el horizonte.

Seguido del Pinzón, el Castelaccio empezó á navegar con rumbo á Melilla. El Pinzón, con las piezas de artillería desenfundadas y cargadas y los botes de abordaje en zafarrancho, venía detrás, también con rumbo á Melilla.

Por fin fondeó el italiano, y el Pinzón, en escuadra con él, fondeó también.

Se tramitaron unos papeles, fueron y vinieron botes con oficiales, el comandante de este puerto, D. Bartolomé Morales, anduvo y escribió mucho. Y se comenzó á vigilar al Castelaccio.

Dijo el capitán italiano que venía de Ceuta, donde había dejado mucho pasaje de moros; se telegrafió á Ceuta, y allí no conocen al Castelaccio. Entonces se acordó registrarlo, y poco después se escudriñaron todos los rincones de la atrevida embarcación.

No se encontró ni una carabina ni un grano de pólvora. Sin embargo, al anochecer, seguía el Castelaccio anclado en aguas de Melilla. ¿Qué misterio se guarda á bordo de él?

La gente del pueblo, las mujeres sobre to-

7

97

Crónica de un testigo.

do, lo señalan con odio como sospechoso; así la opinión tiene por proverbial que la costa del Peñón es un depósito de fusilería y un enorme granero de cartuchos.

Ya sé yo, y el lector también, que la opinión va delante de los hechos. También sabemos que no se equivoca, sino raras y contadísimas veces. Es lástima que nuestras leyes y usos jurídicos y procesales no permitan que se fusile al sospechoso, aunque no tenga más pruebas en su contra que las acusaciones unánimes de la opinión pública.

Las heroínas.

Aunque quiero hacer una agrupación metódica de todo, no se piense que voy á quebrantar mi propósito. Pero he de comenzar por una excepción. Voy a hablar de las heroínas de la guerra, y las miento aquí, detrás de los primeros héroes de Sidi-Ahmet. Este comentario sobre el valor femenino podría ir en cualquier lugar de la CRÓNICA DE LA GUERRA. Esas notas son tan sentidas, responden á un aspecto tan desgarrador y tan insólito de la guerra, que quiero referirlo pronto para aliviar mi corazón de él y seguir adelante sin blandura ni emoción que me embargue.

Cada nueva guerra presenta á nuestra admiración una forma peculiar del heroísmo. La de ésta que ahora nos subyuga el interés es el heroísmo de las mujeres.

Diario de la guerra.

En los dibujos románticos que ilustran las informaciones de otras operaciones militares se han publicado siempre unos dibujos muy bien compuestos, en que se ven unas cuantas Hermanas de la Caridad asistiendo á unos heridos, y debajo del cuadro una línea que decía con una concisión lapidaria: <¡Heroínas!> Ellas son admirables, abnegadas y loables sobre toda ponderación. Pero no son las que han dado aquí esta nota impresionante, este vaho de sacrificio y de lágrimas que sublima el ambiente de las operaciones. Mis heroínas son las esposas, las madres, las hermanas de los militares que viven aquí.

Á la puerta de una de estas casitas bajas,

techada por una amplia azotea, entre andaluza y moruna, llega de repente un asistente con un pliego. El hogar se pone luego en zozobra, y siguen voces, y preguntas, y palabras en alta voz.

Luego parte el militar en su caballo, y en el vano de la ventana aparece una cara de mujer, desolada y triste, con los ojos bañados en lágrimas, apretándose contra los hierros de la reja para seguir viendo, hasta que se vuelva á mirarla el jinete desde la esquina para decir adiós.

El tiroteo del 18 se ha oído desde la plaza, distinto y claro, una y otra hora; la flor del heroísmo se reunía en la explanada del torreón, junto á la atalaya del vigía. El torreón de que os hablo es el sitio más elevado

99

Crónica de un testigo.

do del recinto de la población. Desde él puede seguirse con gemelos el movimiento de un jinete y las evoluciones de una sección en el campo de operaciones.

Allí, en la alta atalaya, mirando al campo con ansiedad, se congregaban durante la tarde cincuenta, cien mujeres. Todas tenían la ansiedad en los ojos y el silencio en los labios. Cuando traía el viento el ruido de un fuego como el chisporroteo de la retama, subían al cielo exclamaciones y palabras de dolor: -¡Dios mío de mi alma! ¡Madre de mi corazón!-repetían cincuenta, cien bocas femeninas, mostrando una ansiedad suprema.

Esta es la nota más desgrarradora, más honda é irremediablemente triste de esta guerra: la muda resignación de la esposa, de la madre, de la hermana del militar que tiene su casa donde se oye el fragor del combate y la lamentación del herido.

Desde las azoteas puede seguirse con los gemelos toda la línea de combate, hasta lo más avanzado. Los disparos de la artillería hacen retemblar las paredes de las casas donde viven estas heroínas, que no tienen más consuelo ni más desahogo para su dolor que la plegaria y el llanto. Ni una sola de estas mujeres fuertes ha querido abandonar á los suyos en los momentos de ansiedad. Ni una sola de ellas tampoco ha dejado de asomarse á la azotea, á la ventana ó al torreón cuando ha comenzado el chisporroteo de la batalla.

100

Diario de la guerra.

Ha vuelto por fin el guerrero, tras una jornada de ansiedad y de inquietud, y al otro día bien de mañana ha vuelto á la casa el soldado con el pliego, ó con la orden verbal, á poner un velo de inquietud ante los ojos de la heroína. Esta es la nota más desgarradora de la guerra que estamos haciendo. Se ha repetido la escena muchas veces, y yo la he visto con dolor. Se repetirá mil otras más, porque el sufrimiento y la ansiedad no se mitigarán nunca ni disminuye ni puede extinguirse.

En el último día de operaciones será tan hondo el padecer como lo fué en el primero. Y en el momento de la victoria, la pena de la mujer será tan desoladora como el día de la desgracia y el descalabro. Es un heroísmo sin desmayo, sin alivio, sin premio y sin reposo, porque es el amor el que lo dicta y es el corazón quien lo padece. Son heroísmos éstos en que no hay derrota, ni vencimiento, ni entusiasmo que los impulse, ni estoicismo posible que los defienda. Mientras dure la separación, son cien puñales los que se clavan en el corazón de cada una de estas santas mujeres. Y la sangre les mana, en figura de lágrimas, por los ojos, desde que parte el amado hasta que regresa, sin término, sin premio y sin consuelo.

¡Benditas ellas-madres, hijas, esposas, hermanas-, porque son las que nos llevan á la lucha y nos alientan en medio del combate! Son ellas la causa y el sostén del he-

101

Crónica de un testigo.

roísmo individual. Son ellas el honor y el deber; por ellas se crea el estímulo y se respeta el pundonor.

De toda la amargura de la pelea nos indemniza y nos paga el momento inefable de relatar nuestra hazaña á la flor de una oreja rosada, á la luz de unos ojos temerosos y azorados.

Ellas son, en verdad, el premio de la contienda, y por su gracia, la dicha más alta del hombre es tomar una herida por defender la bandera si la hemos de sanar al arrullo de una voz amada y con el bálsamo de unos dulces amores.

Día 20.

Un destacamento de África, con una com-

pañía de infantes y una sección de ametralladoras, se tendió el día 9 hasta la extrema derecha de la línea y ocupó una posición en lo más escarpado del Gurugú. Esta posición se enmendó luego tácticamente y se trazó con cuidado, y se fortificó y se conservó hasta el fin de la guerra con el nombre de Sidi-Musa.

La situación del reducto de Sidi-Musa era, al decir de los entendidos, expuesta á un ataque eficaz del enemigo y de una defensa viable y lucida, solamente para tropas de mucho empuje.

La posición domina el barranco de Alfer

102

Diario de la guerra.

y las aguadas de Ait-Aixa. Es, por tanto, la llave estratégica de la segunda caseta, donde el general, en un arranque de valor temerario, había mandado concentrar la base y el depósito de municiones.

Veinte mil raciones y un millón de cartuchos custodiados por 800 hombres, cuatro cañones y una sección de ametralladoras, en la segunda caseta, tentaron la codicia mora con un fuerte requerimiento. En el saqueo de la ubérrima posición encontrarían carga abundante y provechosa las veinte acémilas conquistadas en el ataque á Sidi-Ahmet.

Los moros encauzaron sus esfuerzos hacia este objeto en la jornada del 20 de julio. Desde el amanecer comenzó á verse desde las avanzadas grupos de moros que se acercaban á nosotros, guardando una actitud agresiva, aunque sin llegar á tiro de fusil. Inmediatamente se estableció la comunicación heliográfica entre los destacamentos, y á poco se abrió el fuego de cañón, con mucha viveza, desde las tres posiciones artilladas.

Por el barranco de Alfer y por las crestas y cañadas de Ait-Aixa, pululaban enjambres de moros que aparecían movidos por un designio común y que se estacionaban en los puestos, avanzando luego á la deshilada hacia nuestro campo.

Fuerzas de Mérida y de Alba de Tormes y de Melilla guarnecían la segunda caseta,

103

Crónica de un testigo.

al mando del teniente coronel de Cazado-

res D. José Maldonado. Dos compañías de África, las de los capitanes López de Haro y Fernández de Celis, guardaban el reducto de Sidi-Musa, á las órdenes del teniente coronel D. José Martínez Pedreira. Ante el peligro se les envió una pieza de artillería y una compañía de Mérida, precisamente la que, mandada por el capitán Reyter, se hundió en el mar la mañana del 17 de julio á soplos del viento de Levante.

En el reducto se dispuso la fuerza, dejando á los Cazadores, que venían de refuerzo, la defensa del fuerte de gola y la custodia del puesto avanzado sobre el barranco de la torrentera.

Como á las dos de la tarde comenzó á llover balas sobre la exigua guarnición de Sidi-Musa. El sol batía ardorosamente los roses de los tiradores. Pedreira, irisada la frente bajo la visera de concha de su gorra blanca, inspeccionaba toda la defensa con la agilidad de un hombre mozo. Celis y Haro transmitían las órdenes á los suyos, envueltas en el ceceo dulce de Andalucía; en ese dudoso ceceo que no nos deja sabor si el que habla nos muestra activo desdén, frío sarcasmo ó solamente la serena agresividad de los hombres fatalistas.

A las cuatro se unió al chisporroteo de los disparos de Sidi-Musa, la fusilería de Sidi-Ahmet. Al anochecer el Atalayón y Sidi-Alí tiraban descargas cerradas, y al cerrar

104

Diario de la guerra.

la noche los cauces del torrente vomitaron una legión de atrevidos rifeños sobre los parapetos de la segunda caseta.

El centro del ataque, durante la tarde estuvo alrededor de la alambrada de Sidi-Musa.

Una formidable manada de moros se descuajó sobre la avanzada del frente dominado por la barrancada. Los Cazadores no pudieron resistir la avalancha que se les vino encima y abandonaron precipitadamente la posición avanzada y se acogieron al reducto. Las compañías de África hacían descargas cerradas con una precisión matemática. Entonces Pedreira, Reyter, Roca y López Hernández abandonaron las defensas y se pusieron en campo abierto.

Con la voz, con el ejemplo, poco menos que á empujones, colocaron nuevamente á

la fuerza de Cazadores formada en orden cerrada y con los cuchillos armados para cargar á la bayoneta. En la alambrada desplegó y salió á la carrera la sección del malogrado teniente Roca, para recuperar la posición abandonada.

Los bizarros Cazadores de Roca se enardecieron á la voz de sus jefes, y en un esfuerzo supremo llegaron á apoderarse de la avanzada, bajo una lluvia de plomo. La segunda línea de los Cazadores se detuvo, cortada por un muro de fuego enemigo. Los que llegaban al parapeto de la avanzada cayeron muertos ó heridos.

105

Crónica de un testigo.

En aquel punto avanzó á la bayoneta, por la espalda de los Cazadores, una sección de África, que protegió á los Cazadores en su marcha y condujo al reducto los heridos de Mérida, entre los que se contaba el teniente Roca. La posición estaba tomada. Los Cazadores, sobre la trinchera reconquistada, volvían á hacer fuego con mucha precisión.

Reyter, jadeante, sudoroso, extenuado, daba las voces con la garganta seca por el calor y por el cansancio.

Hubo un momento apuradísimo. Una de las piezas, cansada de hacer fuego, se averió en un disparo. Los soldados de la sección de Roca caían heridos alrededor del cuerpo del oficial, postrado en tierra de un balazo enemigo. El valor español se disponía á triunfar de una prueba durísima, y triunfó. Los cuerpos de los heridos fueron al cabo conducidos al reducto, y el oficial desgraciado tuvo, al menos, el triste consuelo de dar su último suspiro en el hospital de Melilla y no en el campo y entre los enemigos.

El destacamento de Sidi-Musa ahorró municiones para hacer fuego sin cesar hasta el amanecer, en que el enemigo, impotente y vencido, abandonó el campo vecino á la posición tras quince horas de un cerco, sostenido á la desesperada por ambas partes. Sidi-Musa mantuvo su pabellón á costa de 23 muertos y 37 heridos, largo precio que el hado nos quiso cobrar por la gloria.

★★★

106

Diario de la guerra.

Al amainar el fuego, ya de madrugada, en

Sidi-Musa, creció el ímpetu en los sitiadores de la segunda caseta.

La situación del recinto parapetado es impracticable para la defensa. Colocada sobre la vía férrea, en el fondo del valle, todos los puntos que la circundan la dominan, y son, más que plazas para el enemigo, puestos de cazador.

Se ha calculado que el enemigo cayó en número de más de 3.000 hombres sobre la segunda caseta. A pesar de ello, la posición, base de operaciones, se mantuvo firme por un prodigio del valor y de la tenacidad.

El capitán Roger, jefe de la batería de montaña que artillaba la segunda caseta, murió sobre sus cañones. Las alambradas que rodean la posición se vieron en las incidencias del combate tan cerca de los moros como de nuestras fuerzas. El destacamento alcanzó en el combate la cifra de 12 muertos, 32 heridos y algunos contusos.

El general Marina, que no abandonó el telégrafo luminoso en toda la noche, felicitó á sus tropas al salir el sol, y luego dispuso la evacuación de heridos en un convoy que el mismo general dispuso, para lo que se trasladó primero á Sidi-Musa y luego á la segunda caseta.

Después de la escueta narración de los
107

Crónica de un testigo.

combates, transcribiremos algún reflejo, aunque sea pálido, de las emociones de la ciudad y del campo.

La zozobra en la ciudad fué inexpresable.

Los rumores circulaban cargados de malos augurios. La opinión tenía un temor que estaba en proporción con la pequeñez de las guarniciones de los puntos atacados y con el atraso de las defensas. Real, con una columna de socorro, dispuesto a marchar al primer llamamiento, pasó quince horas en el Hipódromo. Los últimos contingentes de la brigada de Cataluña, ya desembarcados, estaban dispuestos para entrar en acción.

Hoy debían ser relevadas las fuerzas del campamento del Atalayón y las posiciones avanzadas. El general Imaz se encarga del mando de la línea avanzada, y Marina viene á la plaza después de doce días de incesante operación de campaña.

El general Imaz es prócer de estatura.

Anda encorvándose ligeramente hacia delante y arqueando los brazos sobre el fajín, ó doblándolos para jugar con un «stick», que no abandona jamás. Su traje de crudillo color «kaki» y sus botas de piel de Rusia son populares ya en la plaza. Monta el general ordinariamente un hermoso caballo rojo, de casta anglo-árabe, que escarba nerviosamente el polvo y vuelve el cuello con las orejitas adelante con mucha elegancia. El general recorre la línea todas las mañanas, atisbando con su «monocle» inteligentí-

108

Diario de la guerra.

simo y señalando con su mano enguantada de seda gris todos los movimientos de su ayudante, de su comandante de Estado Mayor, y de su escolta, una pareja de Caballería.

En la orden de la plaza de mañana aparecerá la colocación de batallones en las posiciones avanzadas. Parece que Barcelona, Alba de Tormes y Alfonso XII, los tres batallones de Cazadores llegados, con Imaz, ocuparán las avanzadas en las tres posiciones; Estella, llegado ayer, avanzará también para cubrir la retaguardia de la línea, y Reus, llegado hoy, se aposentará en el zoco nuevo. El general Marina regresa cubierto de gloria de la jornada del domingo. La tienda del general está acribillada á balazos. Los moros, dueños de Maüssers, saben perfectamente á qué sitio disparan, y sus municiones, no tan escasas como se creía, se gastan siempre con mucho tino y mala intención.

Parece que cunde la harka, y que el espíritu de las kabilas fronterizas y de otras que se tienen por devotas de España no es tan claro como hace unos días. No han hecho aún acto de hostilidad, pero su perseverancia en nuestra devoción inspira sospechas sobradamente fundadas.

Han acudido pocos moros al mercado, con escasísimas mercancías, sin duda atemorizados por el tiroteo que anoche se sostuvo hasta el amanecer.

Melilla le ha hecho á Marina un recibi-

109

Crónica de un testigo.

miento cariñoso. Más parece filial y agradecido, que entusiasta y populachero. La población adora al general y se pone en su

efusión á tono con el carácter del caudillo: frío, sereno... pero lleno de justicia y de amor.

LOS SAMARITANOS

El elemento civil está más entusiasmado por la guerra que los mismos militares. Los paisanos que viven en Melilla odian á los moros y los desprecian con un desdén olímpico, propio de la sangre andaluza que corre por las venas de los de esta ciudad. Tal vez influirá en ellos el recuerdo de la sangrienta agresión del día 9. Los que cayeron entonces ante los fusiles moros fueron paisanos, menestrales pacíficos, desgraciados obreros.

Los trabajadores de aquí no se parecen á los de otras partes de España. Tienen una marcialidad especial, un aire de seguridad, de firmeza, que riñe y contrasta con la humilde sencillez de los otros obreros españoles. El fuego de este sol incomparable se les ha entrado en el pecho y les sale á los ojos; la fuerza del Levante, que tanto azota esta playa, haciéndola inaccesible, les mueve el corazón animoso y violento como el de los viejos aventureros españoles.

En la jornada de ayer los paisanos presta-

110

Diario de la guerra.

ron, con grande abnegación, servicios muy apreciables. Uno de ellos llegó hasta la posición Sidi-Musa, mandada por el teniente coronel Pedreira. El paisano, que fué soldado de esta guarnición hasta hace poco, guarda un culto fervoroso por este bizarro jefe.

-Mi teniente coronel - le dijo -, deme usted un Maüsser, que yo quiero hacer fuego desde las trincheras.

El voluntario, con la venia del jefe, se armó un correa, requirió un fusil y empezó á tirar con mucho tino y serenidad. Mientras reponía el cargador, agotado, con la munición de otro, insultaba á los moros con encargos ponzoñosos.

Hasta aquella posición avanzadísima llegó luego otro paisano diciendo:

Mi teniente coronel, yo no sé tirar, y no tiro; pero estoy aquí para todo lo que usted me mande.

Los soldados se quejaban de sed. El sol latía en la montaña como una lluvia de fuego, y los dos paisanos, el tirador y el que no sabía tirar, bajaron del parapeto corriendo

como gamos. Una lluvia de balas de todos los calibres y de todos los sistemas salieron de los puestos moros contra aquellos hombres generosos que, sin miedo, llegaron á la segunda caseta del ferrocarril, donde está el depósito de víveres.

- Mi capitán - dijeron deteniéndose, jadeantes, ante un oficial -, los soldados de allá arriba tienen sed.

111

Crónica de un testigo.

-

Se enviará ahora mismo un convoy de agua - respondió el oficial, comenzando á dar órdenes.

¿Nos da usted las cubas, mi capitán, y nosotros las subiremos?

Esas que hay son de 50 litros, y pesan mucho.

-No importa-respondieron los dos hombres, repitiendo esta frase que ha llevado á la inmortalidad á todos nuestros héroes. Á poco subían por la ladera más resguardada los dos paisanos heroicos, con las enormes cubas abrazadas con fuerza contra sus corazones.

Yo hablé con uno de ellos cuando regresó de la posición, después de dejar el agua entre los soldados y el fusil en la compañía de donde lo tomara.

Mire usted me decía-, me han tira-

* do muchos, muchísimos tiros, y yo sabía que me jugaba la cabeza, pero cuando yo vi en el parapeto hombres como castillos babeando de sed detrás de las piedras, que se deshacían de secas que estaban... No hay que hablar..., por la cuba, aunque me hubieran hecho polvo. No puede ser, aunque me maten; no puede ser.

El paisano se limpiaba el sudor, llevando, mientras me hablaba, la camilla de un herido sobre el hombro. Y se me mostraba sofocado y jadeante, más que por el triste peso de su carga, por la firmeza de su afirmación. Me despedí de él, que siguió en busca del

112

Diario de la guerra.

hospital, y se alejó refunfuñando y diciendo siempre:

- No puede ser, no puede ser.

UN CORTO INTERREGNO

La resolución completa del combate

del 20 de julio y sus gravísimos resultados motivó la organización de la línea exterior con la base de los contingentes de la brigada de Cataluña, bajo el mando supremo del general Imaz.

Las unidades disponibles de la antigua guarnición de Melilla iban á ser de nuevo reforzadas por la brigada de Madrid, que se disponía á llegar, viajando con toda premura.

Razones conocidas de todos á estas fechas, hacían de la tercera brigada una tropa poco apta para la guerra, por la falta de aquella preparación que debe anticiparse á toda operación de guerra. El empleo inmediato en la campaña de la brigada de Cataluña hubiera impuesto á los oficiales sacrificios tan estériles como sangrientos. Ciertamente es que la responsabilidad de aquel espíritu decaído no alcanza á los jefes de las unidades que integran la brigada; pero no es menos cierto que, en conjunto, la tropa carecía de aquella suma de condiciones que, arrancando en el marcial continente, llega hasta la interior satisfacción, según las palabras de la vieja Ordenanza militar.

8

113

Crónica de un testigo.

Conviene advertir aquí que la oficialidad española ha dado en los combates que ya van referidos y en los que se referirán después-pruebas plenas, irrefutables y repetidas de un valor y un entusiasmo que excede en mucho á lo que humanamente podía esperarse en una guerra impopular, sin preparación y sin previa educación de la tropa combatiente. Ello es cierto, y yo me ufano de propagarlo, porque las glorias del Ejército son glorias de la Patria. Pero sin la dócil sumisión de las tropas, sin la comprensión súbita y la compenetración del inferior con los jefes, es inútil el mando certero, el ejemplo heroico y la generosidad como espejo.

La condición humana ha puesto á la iniciativa límites infranqueables que ninguna excelencia puede rebasar. La buena voluntad de unos aunque sean los más y los mejores-no puede obrar milagros. Se ha de dar tiempo al cambio y se ha de aguardar la evolución y la mejora. Así, pues, al discurrir un plan que no torciera lo ya concebi-

do y que no comprometiera la vida de ninguno, se distribuyó la fuerza recién llegada en los parapetos de la línea exterior. No le faltaba más perfección guerrera que la que se adquiere con el hábito. Lo demás lo tenían todo, ya que eran españoles, y españoles honrados. Y esto-lo poco que les faltaba-, lo adquirirían allá, frente al enemigo, confortándose con el peligro, viviendo en

114

Diario de la guerra.

el vicvac de la primera línea, de noche y de día.

La certidumbre de esto que digo y la violencia de los atacantes moros en los días 18 y 20 de julio, esparcieron el temor en la ciudad de Melilla. Desde el anochecer, familias enteras de las que habitaban en el barrio exterior se acogían al recinto murado de la plaza, llevando consigo mantas y almohadas, y se tendían en las calles a dormir ó á esperar la luz del nuevo día.

El eco de las descargas de fusilería, que llegaba á la ciudad tan sonoro como si se disparase al alcance de la mano, levantaba en las gargantas de las flacas mujeres y de los hombres cobardes un concierto de gritos y lamentaciones, que más parecían acompañamiento de duelos y quebrantos que comentarios á una guerra viril en que el dolor del estrago se deplora pero no se publica.

Esta circunstancia dió a los días, cuya reseña hago ahora, un cariz de amargura y de sobresalto y de tan hondo pesar para quien lo oía como pudiera ser la más sangrienta derrota. Ya se sabe que gritos de mujeres desoladas, alaridos de doncellas en tribulación, llegan al oído y al alma de los que las oyen. Se comprende también que los hombres que salían á pasear su temor por las calles no eran gentes de guerra, sino ancianos y negociantes, hebreos avarientos y astrosos y gentes del pueblo incultas y groseras.

115

Crónica de un testigo.

Las noticias que nos llegaban de la Patria comunicándonos la actitud en que el pueblo español se comportaba frente á la guerra no eran, por de contado, nada tranquilizadoras, sino muy alarmantes y muy enemigas de un porvenir abierto para la plaza de

Melilla. En la ciudad africana se mascaba la indignación contra los revoltosos de Madrid y Barcelona. Aquel pueblo sentía en la cara el chasquido de la fusta que esgrimían los rifeños. Se hubiera apetecido, no ya las brigadas de Cazadores..., los Ejércitos napoleónicos, con todos sus gloriosos mariscales de hierro, de sangre y de pólvora. Véase el rencor que les ardería en el pecho á aquellos buenos españoles cuando, tras un convoy de heridos que clamaba á voces venganza y exterminio del moro, se venían los agitadores con alquitarados distingos sociológicos por la paz, y no con fusiles y cañones para una guerra sin cuartel.

Las siguientes noticias, las que vinieron después de las nuevas desoladoras que ya se han dicho, ensancharon un poco el pecho de la población. Los batallones de Cazadores caminaban á toda prisa, cruzando en sus trenes las pardas llanuras de la Mancha y los verdes campos de Andalucía. Pronto llegarían á la playa, y una mañana tibia y sonriente los ventrudos transatlánticos mecerían majestuosos sus negras masas en la rada de Melilla.

El bizarro Alvarez Cabrera, bien llorado

116

Diario de la guerra.

ya porque se llevó al panteón de los héroes una esperanza del Ejército, llegó también al teatro de la guerra por aquel entonces. Todo en el ardoroso caudillo era valor y acometividad, impulso y arrestos, desprecio del enemigo y ciega confianza en sí, en su empuje y en su ejemplo.

Fué una ráfaga fugaz que pasó por Melilla, entre sus gentes todas, que querían y admiraban al valiente coronel. Fué un relámpago no más, porque apenas llegado murió luego, y no se sabe si lo mató su ardimiento ó su pundonor. Se sabe sólo que murió como bueno y que lo llevó á la muerte una condición ejemplar y que fué espejo de patriotas y de soldados.

EL 23 DE JULIO

Desde la víspera.

La ruda lección del martes 20 se iba borrando de la mente del moro. El recuerdo les duró lo que se tarda en dar tierra á los muertos y consuelo al herido. Los grupos, rechazados con bravura, en una refriega de escarmiento, se volvían á arremolinar

con un aire amenazador ó al menos sospechoso.

Á la caída de la tarde del 22, artillería y ametralladoras de las cuatro posiciones avanzadas y el Hipódromo y fuerte de Camellos vomitaban plomo ardiendo sobre la

117

Crónica de un testigo.

vertiente del Gurugú. No había piedra donde no estallase una granada, ni barranco donde la metralla no hiciese trepidar el lecho del torrente seco.

Antes que los grupos se acercaran á nuestro campo, habían venido ya las confianzas que anunciaban el ataque de la harka á las posiciones avanzadas. Las precauciones estaban bien tomadas y todos los peligros atendidos en la medida que era posible.

El general no quería que se repitieran los sucesos del 18 y del 20, en los que las fuerzas se mantuvieron por su solo esfuerzo en los parapetos, realizando una misión meramente pasiva. Quería el caudillo que, además de defender las posiciones, se atacase á los moros con una fuerte columna volante, cayendo sobre los sitiadores, persiguiéndolos y castigándolos eficazmente.

Para este fin destinó al coronel Álvarez Cabrera y puso bajo su mando seis compañías de Infantería y dos piezas de montaña. El jefe, bizarro y duro, sin miedo y sin tacha, era el mejor cortado para una marcha de resistencia y de intrepidez. Conocía Cabrera á los moros de su larga permanencia en Melilla y sabía comunicar á los que eran sus inferiores y auxiliares aquel brío, aquella acometividad que ha caracterizado siempre al español en su lucha con la morisma.

¿Qué órdenes le dió Marina á su amigo, á su jefe de confianza? Esto no se ha llegado á saber. No por la táctica, por la lógica, po-

118

Diario de la guerra.

dremos afirmar que la fuerte columna de Cabrera tenía la misión de acudir en socorro de cualquier destacamento atacado por el enemigo, abrirse paso á viva fuerza hasta hacer contacto con los sitiados y desposeer á los moros de sus posiciones, arrollándolos y desbaratándolos, apoyado en los fuegos de la posición defendida. Esta es una de las hipótesis admitidas por los augures, pero no

es más que una hipótesis.

Otros exégetas, que caminan, como nosotros, sólo por la senda de la verosimilitud, opinan que la misión encomendada al coronel jefe de la columna se encerraba en estos términos: ocupar la altura de Ait-Aixa y aguardar órdenes allí.

La posesión de la cumbre de la colina llamada Ait-Aixa parece, á ojos de un profano, como cosa envidiable, y más que conveniente, necesaria para nosotros. Con ella hubiéramos tenido libre la vía minera por donde caminaban los convoyes, inmune al fuego enemigo la segunda caseta y enlazados los fuegos de cañón de la línea avanzada con los de las baterías del Hipódromo.

Era, claro está, difícil de tomar y peligrosa de mantener; pero alambrada y atrinchada, hubiera sido luego inexpugnable.

El macizo montanoso del Gurugú corre su cadena de cumbres hacia el mar. En la vertiente de Beni-Eusar se ve tan cerca de la costa, que se derrumba sobre la playa con barraneos abruptos y desfiladeros infran-

119

Crónica de un testigo.

queables. Las aguadas son torrenciales; los declives, precipicios; derrocadas en un cataclismo ciclópeo sobre las aguas de la bahía, las mesetas se han apurado tanto, que apenas pueden sustentar nidos de águilas.

El frondoso anfiteatro no se abre en estribaciones escalonadas, sino que huye hacia el cielo ó se hunde en profundos abismos.

No queda en aquellas ruinas, de una gran catástrofe geológica, más que la cúspide de Ait-Aixa, galleando su cumbre verdosa bajo la recia espalda monstruosa de la montaña salvaje.

Ait-Aixa es custodia del valle, guarda del camino, centinela de la playa. Los tiradores moros que se escondían en la meseta de la montaña han puesto en su haber muchos cientos de heridos, muchas docenas de muertos. He aquí por qué los testarudos exégetas que adoptaron la segunda hipótesis defienden aún que la intención de Marina fué lanzar el ardimiento de Cabrera y los suyos á conquistar la cumbre de la fatídica colina.

Marina no ha roto el secreto de que se rodea el objetivo de la operación. Álvarez Cabrera se llevó á su tumba, en el panteón de

los héroes, la orden de avance. No tenemos más elementos de juicio que la conjetura y el buen juicio.

Ait-Aixa fué ocupada luego - el 23 de septiembre, por el coronel de Melilla, número 59, D. Miguel Primo de Rivera-, y se ha

120

Diario de la guerra.

conservado y conserva, y por el pie de ella pasa un camino muy importante para las comunicaciones militares con los destacamentos del alto Gurugú.

El coronel Cabrera, impetuoso y franco, no se recató para hablar de sus planes en la noche del 29. Ya sé yo que las interpretaciones de los profanos no expresan nunca bien las órdenes de la milicia; pero el coronel dió algunos croquis é itinerarios, que se publicaron después. Pero con tan autorizada referencia no se destruye la certidumbre de ninguno de los dos augurios, antes se fortalecen y tienen más causas en su abono.

Todo lo que antecede no es más que una argumentación sin eficacia ni realidad alguna. La suerte desvió su protección de la columna expedicionaria y frustró el esfuerzo y el valor, que derrocharon los militares sin tasa ni medida. Si fué á ocupar la cumbre, no la ocupó. Si debió apoyar á Sidi-Musa, la libró por lo pronto de un ataque; pero la inmunidad de la posición costó más sangre y dió más quebranto á la Patria que víctimas cuesta un nutrido fuego que se sostuviera durante doce horas. ¿Es la responsabilidad del comandante en jefe? ¿Es del coronel Álvarez Cabrera? No es de nuestro dictamen la respuesta. La sangre, que todo lo borra, ha puesto un velo de silencio sobre la desdichada operación, y hoy sólo nos toca llorar por los héroes, que, cuando no supieran otra cosa, supieron morir con el gesto de los va-

121

Crónica de un testigo.

lientes, de los que hacen de su deber un sacerdocio y un martirio.

*

**

La columna expedicionaria salió un poco antes de media noche de su campamento del Hipódromo, enfilando la posada del Cabo Moreno, hacia el barranco de los Lavaderos del mineral.

Se pierde luego la referencia del camino que seguía la tropa y vuelve á reaparecer junto á los parapetos de Sidi-Musa. El teniente coronel Baños, jefe del destacamento, acoge bajo sus fuegos de artillería una parte de la columna, mientras Cabrera, con un escaso contingente de Infantería, se lanza por la vertiente arriba.

Los moros huían, aterrados, ante el épico empuje de las bayonetas de África y de Melilla. Cabrera había encontrado en la brillante oficialidad de las compañías á su mando hombres que comprendieran el lenguaje del sacrificio y de la ciega obediencia. Las poderosas guerrillas habían recorrido más de mil metros dentro del campo enemigo, avanzando envueltos en una sábana de fuego que amenazaba con sepultarlas para siempre.

Cuando la muerte revoloteaba ya con pertinacia entre las filas españolas, Cabrera exigió más aún de sus soldados: «El que se

122

Diario de la guerra.

1

tenga por español y por valiente que me siga-gritó, y salió á la carrera contra el enemigo á entregar su preciosa vida en roja ofrenda para la Patria. Los moros diezmaron la tropa, y murieron al frente de ella, con Álvarez Cabrera, el bizarro capitán Fernando Fernández Cuevas y los tenientes Labrador, Reyes, Ochoa y Pérez Prado.

Para proteger á los fugitivos, restos de la heroica vanguardia, avanzó el comandante Lacanal con sus Cazadores de Alfonso XII para reunir los restos dispersos de la heroica tropa. Lacanal fué herido, y los tenientes Hueso y Suárez Alvarez, también. En el desorden avanzaron los moros triunfantes con saña tal, que los residuos de aquella fuerza, que salió con tan gallardo talante de Melilla, tuvieron que acogerse al amparo del reducto.

Á la tarde, la columna, quebrantada y maltrecha, condujo, en sangriento convoy, sus heridos á la segunda caseta. Y al anochechar volvieron los supervivientes á dormir en los mismos campamentos que abandonarían la noche antes con tanto entusiasmo.

Hay una interrogación que pesa sobre la conducta militar del último día de Álvarez Cabrera. Yo pido desde aquí un poco de pie-

dad para la memoria del malogrado jefe. Él supo revestir sus actos - entonces, como siempre- de un valor y un desinterés que lo consagran como espejo de militares y de caballeros españoles.

123

Crónica de un testigo.

DURANTE EL DÍA 23

La columna mandada por Álvarez Cabrerá no tenía eficacia alguna para el objetivo especial de proteger el convoy. Á la hora en que la caravana de cada día habría de pasar el 23 por los sitios de peligro, la tropa, que salió á la madrugada de su campamento del Hipódromo, estaba ya deshecha y sin jefe. El convoy se había de aventurar en una marcha peligrosísima, puesto que las lomas estaban llenas de moros envalentonados y con sed de sangre.

Aunque no se hubiera tenido la certidumbre de que los enemigos preparaban un audaz golpe de mano, la conducción del convoy diario á las posiciones era una empresa tan formidable como la conquista de una ciudad.

Bien es verdad que se batía la ladera con muchos tiros de cañón disparados desde los puestos fijos; es verdad también que en las chumberas que hay pasada la primera caseta se albergaba la batería de la columna y lanzaba trombas de fuego sobre el campo enemigo. Pero es verdad también que nada de eso alejaba á los audaces rifeños y que la teoría de cada una de estas operaciones era tender esas guerrillas sobre la derecha de la vía y mantenerlas bajo el fuego moro mientras pasaba el tren y los carros algibes y las

124

Diario de la guerra.

recuas de mulos cargados de galleta ó de cartuchos.

La loma de los Lavaderos estaba desguarnecida en cuanto á eficacia ofensiva. En la posada del Cabo Moreno terminaba nuestra protección, y desde allí se aventuraba el convoy en un terreno enemigo, lleno de chumberas impenetrables, de muros que fueron casas, hoy á medio derruir; de casas de piedras tan fuertes como trincheras de fábrica; de barrancos inexplorados, libres, por su configuración y topografía, del fuego pertinaz que los artilleros lanzaban contra ellos.

Todos los días pasaba la columna-á la misma hora, en igual orden de combate - bajo estas horcas caudinas, y todos los días regresaba á la población con cinco, con diez, con veinte bajas, tributo que cobraban los fusiles moros, puestos en sus escondites seguros y libres de peligro.

Hay que reconocer también en abono del general que la dotación de fuerzas de su Ejército era muy exigua para cubrir una línea tan dilatada y hacer los servicios y amparar la plaza contra el enemigo y contra el miedo de los habitantes. Y se sabe que eran pocos al ver cómo lanza el general al fuego de ese día 23 los batallones de Figueras y Barbastro apenas pusieron el pie en tierra, sin pararse á mirar que aquellos hombres llegaron á Melilla extenuados por un viaje penoso y encogidos de corazón por una despedida traidora y desencantada.

125

Crónica de un testigo.

Aunque había un corto cupo de combatientes, era forzoso precaver al convoy de un contratiempo inminente, si se atendía al incremento del enemigo y á la fortaleza de sus envalentonadas guerrillas de merodeadores. Así, pues, el coronel Axó, con dos compañías de su regimiento de África y todo el batallón de Barbastro, avanzó, protegiendo la caravana de mulos y vagones y carros por el camino de la muerte, que entonces conducía á la segunda caseta.

*

**

No bastaba lo hecho. Del monte enemigo venía un vaho de guerra y de audacia que no podía ser respirado. Con la columna Cabrera, que andaba por los campos aún, y con el convoy de Axo, que comenzaba á extenderse con los rails del tren, se había comprometido una jugada, en la que el triunfo podía revestirse de un cariz sangriento demasiado caro para nosotros.

Entonces Real apoyó la extrema retaguardia fuera de las alambradas del Hipódromo. Emplazó una batería rodada en la loma de los Lavaderos, y agrupó, para protegerlos, dos compañías de Infantería y algunos caballos, y abrió fuego de cañón sobre los enemigos que brotaban de los picachos cercanos.

Entretanto, el teniente coronel Aizpuru,

Diario de la guerra.

con medio batallón de África y la brigada disciplinaria, franqueó los límites por el camino del barranco y siguió á la derecha de la vía.

Desde el primer momento cayó sobre él una lluvia de balas. Aún se andaba la retaguardia de la columna-Cazadores de Melilla, á caballo en los sitios de nuestro campo y ya la vanguardia, formada por el Disciplinario, tenía que iniciar un cambio de frente y tumbar las guerrillas frente al monte, aceptando el combate con los moros, que se le venían encima sin miramiento ninguno. El capitán Pastorfido emplazó sus cañones para disparar desde el principio botes de metralla sobre un enemigo que se acercaba á menos de un kilómetro de las guerrillas. En condiciones tan duras y tan excepcionales se mantuvo la refriega durante dos horas de un tiroteo intensísimo. La Artillería agotó su escalón de municiones. La Infantería echó mano de su dotación regimental y armó los cuchillos-bayonetas, como una razón suprema para morir en sus puestos sin retroceder.

Real, ante la insuperable y avasalladora resistencia que hacía el enemigo á las fuerzas de Aizpuru, agotó sus municiones de cañón para ver si barría el frente enemigo. Poco después, para sacar al Disciplinario del aprieto en que se veía su valor, ordenó que la compañía de Melilla, mandada por el capitán Gil, saliese á la carrera y ampa-

1

Crónica de un testigo.

rase á los combatientes, tomando el puesto de ellos en la extrema vanguardia.

La bizarra gente de Melilla cumplió su cometido con toda premura, entrando en fuego con mucha intrepidez y reconquistando la posición que había sido ocupada por el Disciplinario. El avance, tan brillantemente rematado, les costó la vida del capitán Gil y del teniente Guevara; pero la tropa llegó al punto de su destino y á su amparo pudo rehacerse y municionarse el quebrantado contingente de la brigada disciplinaria. Los moros no cedían ante el tesón y la acometividad de los nuestros. Tenían una

presa en la mano y no querían soltarla sino vendiéndonosla á subido precio. El enemigo, lejos de huir, se corrió súbitamente con animo de envolvernos el otro flanco.

La segunda compañía disciplinaria, que llevaba tres horas de fuego, recibió sobre sus bayonetas el alud de moros desgajados del monte. El choque fué tan violento, que la lucha, cuerpo á cuerpo, alcanzó hasta el emplazamiento de los cañones. Y una de las piezas cayó á tierra volcada, y el teniente Molina, muerto entre sus gentes de la brigada de penados, que andaban con los moros á brazo partido. La gumía atacaba y se defendía la culata del fusil. Los artilleros, con los machetes desnudos, amparaban la pieza tendida en tierra. El teniente Carrasco ordenaba á sus tiradores de Infantería, y, muy cerca de las ruedas del cañón, logró que comen-

Diario de la guerra.

zaran á hacer descargas cerradas contra el moro. A poco, la compañía de Cazadores de Estella, mandada por el capitán Del Nido, de guarnición en la Posada, avanzaba, seguida de otras fuerzas de Estella, hasta recuperar las piezas y darlas á la dotación de artilleros. Fernández Ampón, comandante de Estella, con dos compañías de sus Cazadores, cubrió la quebrantada línea de fuego, recogió los heridos y cubrió la retirada de la batería en marcha hacia el Hipódromo á buscar municiones.

Á nuestros tiros el ímpetu moruno crecía en vez de amenguar. El ataque - ya no resistencia - que oponían á nuestras fuerzas era brutal, intensísimo. Las bajas que ocasionó el cañón y la fusilería, en vez de atemorizarlos, los espoleaba á la lucha. Las compañías, que se retiraban rotas de la línea de fuego, volvían, luego de municionadas, al lugar del combate. La guarnición de la Posada estaba en el campo combatiendo y su puesto abandonado y solo. El jefe del Hipódromo, coronel F. Cuerda, formó su batallón de Alfonso XII para entrar de sostén, necesario en una línea de fuego que alcanzaba 4 kilómetros de frente ofensivo.

Las vanguardias de Aizpuru, reforzadas con dos batallones de Cazadores que se habían lanzado contra el barranco, mantenían el fuego con imperturbable tesón. La pertinaz eficacia del fuego de guerrillas arrojó á

los enemigos, siempre dispuestos á la movili-
129

Crónica de un testigo.

dad más veloz, sobre el otro flanco, que ahora se mostraba más débil. Los heridos de la compañía de Melilla que reforzó á los disciplinarios y entre ellos su capitán Gabriel Gil, gravemente herido de un balazo que le atravesó el vientre-se hallaban aún sin posible socorro en el campo de fuego, como á cien metros de nuestros tiradores.

Los guerreros moros tenían el designio de llegar á ellos para rematarlos y hacerlos botín. Vino á impedirlo la compañía de Infante, que se abalanzó á la línea de fuego, cargó á la bayoneta sobre el enemigo, y rompiendo el contacto con las demás fuerzas españolas, se entró adelante, rebasó el barranco, rehizo la antigua posición, cargó los heridos y los muertos en las camillas y se retiró á su puesto, realizando la operación con un arrojo y una puntualidad que no pudo turbar el fuego enemigo, que descargó sobre ellos una granizada de balas.

Tras tantas peripecias, languideció el combate en la derecha y en el centro de nuestra línea.

Pero no por cansancio ó desistimiento del moro, sino para caer con nuevos bríos y en fuertes núcleos sobre la punta de vanguardia-ahora extrema izquierda-. Después de cuatro horas de un fuego vivísimo, los Cazadores, los disciplinarios, las fuerzas de África que defendían aquel flanco izquierdo tan castigado, seguían haciendo fuego con un ahínco que no decrecía al saber que en mano
130

Diario de la guerra.

humana no estaba ya el arbitrarles refuerzos ni enviar tropas de refresco. Los contingentes disponibles - toda la fuerza de la guarnición-estaba en combate á las diez de la mañana del 23, y el enemigo no cedía un ápice en su furor, en su saña, en su impulso recio y batallador.

Real envió un ayudante á dar tan conciso parte al general Marina, que no había salido aún de la ciudad. Mientras el oficial galopaba hacia los muros de Melilla, el tiroteo chisporrotea como una traca incansable y gigantesca enroscada al basamento ciclópeo del Gurugú.

MARINA EN EL CAMPO

El general estaba convencido de que disponía de bien poca gente para la operación que empeñó al amanecer del 23, y cuya primera fase y preliminar se han relatado antes. Marina aguardaba en el muelle el desembarco de los primeros contingentes de la brigada de Madrid, á los que estaba reservado el trabajoso porvenir de posar el pie en tierra y correr al campo de batalla.

Con su teniente coronel Jiménez Pajare-ro, fué Barbastro de la playa al convoy, con el que se internó hasta la segunda caseta. Poco después, como á las nueve de la mañana, comenzó á desembarcar Figueras. Las murallas del torreón, á cuyo pie sube la es-

131

Crónica de un testigo.

calerilla del muelle militar, eran como un tornavoz de la fatalidad, como un pabellón gigantesco que hacía afluir el eco de las descargas sobre los Cazadores recién llegados. El rumor de las descargas, que se apreciaba en el muelle con tan formidable y temeroso sonido como en el mismo campo del combate, sonaría en el pecho de los soldados como una imprecación de amenaza y de pavor. Sin embargo, la fría serenidad de Ibáñez Marín abrigó á sus soldados con una túnica de estoicismo, y Figueras, formado en el muelle, se municionó cantando el himno guerrero del batallón.

El sabio jefe del batallón erguía su cabeza de apóstol al frente de las secciones de los suyos. Todo lo escudriñaba, todo lo veía; las personas de sus soldados eran para su solicitud y su cariño más que su propia carne, antes que su cansancio: era la esencia de su preocupación y su desvelo.

En la estrecha explanada del muelle militar-lleño de fardos, de cajas, de barriles-, Ibáñez Marín se presentó al general en jefe que lo recibió con los brazos abiertos.

Figueras fué la última esperanza de Marina; cuando los Cazadores madrileños pusieron su planta en tierra, Antonio Zegrí, el bizarro ayudante de D. Pedro del Real, daba pormenores personalmente alcomandante en jefe del desarrollo de la acción. Bajaron los caballos del Estado Mayor y todos caminaron con la escolta de los soldaditos madrile-

132

Diario de la guerra.

1

ños hacia el campo, que atraía con el tableteo de las descargas de fusil.

Nuestra línea tocaba ya por las guerrillas de la extrema izquierda con la aguada del fatídico barranco del Lobo, que en la acción de este día comenzó á ser famoso y sangriento. Hasta allí corrió Figueras, a lo largo de la línea, á sostener, en contacto con los últimos combatientes, el flanco más alejado de nuestros límites, y allí comenzó á hacer fuego con mucho tesón y gran bizarría. El general Marina recorrió luego el extenso frente ocupado por nuestras fuerzas y organizó el abastecimiento de cartuchos á los tiradores y felicitó al general Real por sus disposiciones.

Ante la tenacidad de nuestro fuego efficacísimo, los moros comenzaron á alejarse, desesperanzados y temerosos de mayor castigo. Las fuerzas del convoy comenzaron á organizarse en la segunda caseta para regresar á Melilla, robusteciendo primero la castigadísima columna que, al mando de Aizpuru, hacía fuego desde el amanecer en una línea mucho más extensa de lo que su contingente de soldados debió trazar.

Á media tarde subió una compañía de Zapadores á la loma de los Lavaderos de mineral para construir una trinchera en la dominante de la colina que permitiera conservar la posición y apoyar desde ella la marcha retrógrada de las guerrillas. La guarnición del Hipódromo volvió á su desti-

133

Crónica de un testigo.

no, y la compañía de Estella se replegó á su alojamiento de la Posada. Las caravanas de heridos estaban ya camino de Melilla. El fuego moro se mantenía vivo aún en el centro de nuestra línea; los flancos extremos llegaron á estar ociosos y en apariencia libres de peligro.

Entonces apareció otra vez el cuidado paternal de Ibáñez Marín para con sus soldados, á quienes amaba como á hijos de sus entrañas. Sin fuego en el frente y hundido en el valle, á plomo el sol sobre sus cabezas desde hacía cuatro horas, sin agua y sin comida, Figueras se replegó á una colina que se alzaba á retaguardia de la fuerza y se acogió á las trincheras de piedra de una casa que ha-

bía en la cumbre.

Se repartió á la tropa un rancho fiambre y la ración de pan, y comenzaron á comer-sentados en las piedras, tendidos en el suelo-paladeando con gusto una alimentación que se había hecho esperar y un descanso que bien lo habían de menester.

En los ruedos de la casa hospitalaria nacia una barrancada, perdida entre chumberas y peñascos, que corría más abajo hasta desaguar en la torrentera del barranco de Alfer. Por ahí subieron los moros arrastrándose, con el pecho sobre las jaras, gazapeando como las fieras del monte, con el fusil en las manos y la gumía entre los dientes. Dos docenas de moros, merodeadores más que combatientes, cayeron sobre los vigilantes de

134

Diario de la guerra.

Figueras, sembrando el estupor en las filas y aprovechando la brusca reacción de la sorpresa.

Los soldados, con el estupor de lo imprevisto que se les presentaba por un modo tan estupendo, no hallaban la acción defensiva. El teniente coronel Ibáñez Marín, legítima gloria del Ejército español, fué abandonado por sus amadísimos soldados y pereció á manos del enemigo. Los oficiales llamaron inútilmente al orden á sus tropas y tuvieron que rehacer la moral de la tropa por los medios más contundentes y más incontestables.

Los capitanes de ambas compañías cayeron á tierra gravemente heridos; dos de los tenientes también fueron alcanzados por el plomo ó por la gumía rifeña.

Lejos ya de la acción del moro, logró la oficialidad que quedó en pie restablecer la moral de la tropa, tan lejos, que no hubo modo de volver por los heridos, ni de pensar en dar sepultura á los muertos. Las descargas atrajeron la atención de las fuerzas que combatían cercanas; pero el paso del pelotón enemigo sobre nuestra línea fué tan presuroso, que la noticia les llegó con el parte de la desgracia irremediable ya. A la sazón, la noche principiaba á extender su manto impenetrable sobre este sangriento castigo que el cielo nos enviaba por mano de nuestros enemigos.

La columna de Axó, desde la segunda ca-

135

Crónica de un testigo.

seta, avanzaba flanqueando su izquierda muy por extenso en busca de nuestra línea combatiente. La noche se acercaba también, y el general desparramó sus ayudantes para dar á todos la orden de retirarse del fuego. Noche cerrada ya, la fuerza penetró en nuestros límites, conservando tan sólo, después de tanta sangre, el parapeto trazado por los Zapadores en la colina de los Lavaderos. En las quince horas de fuego que se sostuvieron el día 23 de julio en los propios sitios de nuestro campo exterior, jugaron todas las fuerzas que había en Melilla. Los músicos de los regimientos hicieron guardia de prevención, marineros de la escuadra fondeada en la bahía ocuparon las trincheras junto á Fuerte Camellos; el pánico se mezcló en la plaza con el llanto que se vertía sobre un convoy de heridos, que alcanzó una citra abrumadora.

La jornada nos costó la vida de dos jefes-Álvarez Cabrera é Ibáñez Marín-, los dos nombres quizás más prestigiosos del Ejército en aquella fecha; diez oficiales y más de sesenta soldados perdieron su vida en medio del combate.

Además del comandante Lacanal, quince oficiales heridos - ocho de ellos graves - y unos trescientos soldados fuera de combate, número de bajas que puso á prueba la pericia y la abnegación de la Sanidad Militar que servía en los hospitales de Melilla.

Ni la referencia que acabamos de hacer

136

Diario de la guerra.

del combate, ni otras más detenidas y más autorizadas que salieran de plumas más duchas que la mía en el arte de relatar ó en la ciencia de la guerra, nos sacaron la duda que planteamos al comienzo, causa del objetivo y la finalidad de la operación. ¿Fué la protección de Sidi-Musa amenazada? ¿Fué la defensa de la vía y del paso del convoy? ¿Llevó el designio de ocupar posiciones en Ait-Aixa? Tengo la certeza de que el esclarecimiento de este punto no aportaría ninguna explicación de verdadera importancia. Se sacaron al campo veinte compañías de Infantería y seis secciones de Artillería; trabajaron los Ingenieros bajo el fuego enemigo; se derrochó el cañoneo de los fuertes con mucho tesón

y desprendimiento para batir y castigar á un enemigo que en los mismos límites de nuestro campo, en las mismas barbas de nuestras guarniciones, era capaz, por número y por acometividad, de mantener quince horas un fuego nutridísimo que nos ocasionó cerca de cuatrocientas bajas. No hace falta otro objetivo ni dar más explicación que ésta. La plaza de la ciudad de Melilla se hallaba, no en peligro, pero sí bajo la probabilidad de un ataque. ¿Qué hubiera acaecido en España -con los ánimos tan exaltados-, si el 24 ó el 26 de julio llega hasta ella la noticia de que la harka había caído sobre Melilla? Ya sé que esto no hubiera tenido cotización más que como golpe de efecto, como un valor moral, pero, ¿qué comentarios hubiera alza-

137

Crónica de un testigo.

do en Europa entera el simple rumor de una razzia moruna por el campo interior seguida del pánico y la desbandada en la población civil?

Figueras acuchillado, la compañía de Gil maltrecha y rota, el Disciplinario diezmado y reducido al silencio, ¿no son testigos irrecusables que afirman la pujanza mora como capaz de tener en jaque á más de tres mil fusiles españoles y á seis baterías de todos calibres, á la puerta de nuestro propio campo?

Esto salva y disminuye la cuantía del secreto que se guardó, y que profanos y ciegos no podemos desentrañar. Proclama, en cambio, el valor de nuestros soldados y su doble resistencia para el combate primero y para la adversidad después. Todo ello lo amparó con su túnica enlutada la noche del 23, una noche que no tenía silencio, sino clamor de comentarios, de ayes y de disparos estridentes y silbantes de fusil y de cañón.

El tiroteo nocturno no alcanzó en ningún momento una gran intensidad. Lo más rudo de él se concentró en el reducto de los Lavaderos, á donde por una orden mal interpretada se encaminaron fuerzas de Barbastro, cuando estaba ocupado por tropas de Figueras. Los Cazadores del batallón núm. 4 se estuvieron tiroteando con los moros por encima de las guerrillas del batallón núm. 6. Pronto llegó Barbastro, que, incansable,

Diario de la guerra.

avanzaba briosamente á la loma de la colina, y tropezó allí con sus hermanos de Figueras. Fraternizaron todos alegremente y regresaron las dotaciones de sobra al campamento del Hipódromo.

Y á la madrugada, por fin, reposaban sobre sus mantas los bizarros Cazadores de Madrid, para quienes desde el primer momento se hacía tan madrastra la tierra africana en guerra con España.

LA TIENDA DE MARINA

Melilla 26.

El fuerte de Camellos se alza sobre la línea de límites en la parte que linda con la kabila de la Mezquita. Perfectamente emplazado, domina todo el campo, desde el Hipódromo hasta el Atalayón, y los barrancos del río. El general Marina ha establecido dentro del atrincheramiento exterior del fuerte su tienda, con el cuartel general.

El séquito de los generales ha perdido ya una parte, la más importante de su marcial vistosidad. El comandante en jefe de un Ejército que actualmente asciende á 15.000 hombres lleva solamente detrás de sí un comandante jefe de Estado Mayor, un solo ayudante y dos parejas de Caballería. Toda la poesía épica que pudiéramos desgranar al paso del general vuelve prudentemente á nuestra lira, avergonzada de este austero y

139

Crónica de un testigo.

moderno séquito. Las órdenes se transmiten por teléfono, por heliógrafo, por el tren. La guerra se hace á la moderna. Los caballos de los ayudantes jadean por el sol, por el calor, por la sed; fuera de la tarde del 18, en la cual Ricardo Guerrero salió sin afirmarse los lentes siquiera, á rienda suelta hacia la plaza y reventó su caballo en la carretera del Hipódromo, ningún oficial ha llevado un parte bajo el fuego enemigo ni ha sentido á su escolta tirotearse con el moro. Todo es, pues, orden telefónica, gemelos prismáticos, previsión y aprovisionamiento. Para atender á todo desde su tienda, Marina ha instalado su Estado Mayor en el emplazamiento de Camellos.

La tienda del general es una caseta prismática de lona, de forma ordinaria de campaña. Hacia el Poniente tiene una toldilla

adosada, y la puerta abierta hacia el Norte mira á la población, á Melilla, con el ojo vigilante de un dragón, guardián fidelísimo del tesoro de la Patria.

Un banco con pies de hierro, unas sillas de madera curvada, una mesita baja llena de planos, despachos telegráficos, partes del Estado Mayor y de los Cuerpos, telegramas cifrados... toda la campaña, en todos sus detalles, que en notas y abreviaturas van á donde quiera que va el general.

Ayer tarde, día de Santiago, estuve á visitar al general en su puesto del fuerte de Camellos. Cinco moros de Mezquita, amigos

140

Diario de la guerra.

y confidentes de la plaza, hablaban secretamente con el caudillo.

Detrás de la caseta, sentados en grupo á la sombra de un cañón, hablábamos mientras duraba la confidencia. El moro amigo, con el índice y el pulgar puestos en anillo, que subía y bajaba lentamente ante la mirada del general, explicaba laboriosamente sus palabras. El general, sentado en una silla, con una pierna extendida balanceándose sobre la espuela y las manos sujetas en el fajín, escuchaba atentamente las palabras del moro. Luego el general pidió su caballo y su escolta. Habló un momento con nosotros, alegre y animado.

-¿Qué, vienen, mi general?

-No vienen, no. Ahora nos toca á nosotros ir.

-¿Dónde vamos? - se le preguntó.

-Adelante, ¿dónde vamos á ir?, siempre adelante - repuso Marina firmemente, cayendo á plomo sobre la silla con insignias de su caballo.

Era la hora del crepúsculo. Los moros amigos discurrían entre los oficiales amigablemente. El Gato, un morazo alto, al que se nombrará jefe de la policía indígena en premio de su adhesión y de sus servicios, hacía piruetas sobre su hermoso caballo blanco ante el objetivo de los fotógrafos.

Era la hora del crepúsculo, tranquilo y diáfano, de este verano de África. Los cherahuitas prisioneros salían de su calabozo, pa-

141

Crónica de un testigo.

sando entre los cuchillos de los soldados. La

escolta del general se perdía á lo lejos, levantando nubes de polvo de los paseos con los cascos de sus caballos al galope, camino de la plaza.

EL DIA 27 DE JULIO

DESDE EL PRINCIPIO

Antes de amanecer corrieron por las calles de la ciudad, todavía envueltas por las sombras de la noche, unas figuras presurosas que se perdieron en la cuesta que conduce al pueblo. Entraron los moros amigos en el Gobierno militar y aguardaron pacientemente á que el general se alzara del lecho y pusiera atención á las palabras que le iban á decir.

Cuando un moro trae noticias del campo enemigo se forma luego un rumor y rueda el «se dice» a todos los oídos que lo quieren escuchar. Así acaeció ahora, y la noticia fué creciendo conforme se le añadían eslabones á la cadena de palabras que se iba trenzando.

Según se dice confidencialmente, en la madrugada de hoy tuvieron junta los enemigos en el poblado de Nador.

Afirmaron en la plaza, y fueron los rumores públicos y repetidos al oído de todos, que la harka estaba disuelta y que las excisiones entre los moros guerreros eran pro-

142

Diario de la guerra.

fundísimas. Se habían dividido, y las kabilas aguerridas y perfectamente armadas del campo de Alhucemas y de Beni-Uriaguel y Bocoya se retiraban á sus aduares para siempre, disgustadas con los otros elementos de la tropa del santón.

Pero hoy han celebrado cónclave en el campo, fuera del alcance de nuestros cañones, y parece que el acuerdo es atacar por la derecha, retaguardia de la línea exterior, atravesando terrenos de Beni-Sicar y de Mezquita neutrales ó amigos hasta hoy.

La inminencia se ha sabido hoy confidencialmente por boca de los moros amigos. Tiene sólo el crédito problemático de las confidencias que se refieren á lo futuro; pero esto no dice nada para que no se tenga presente desde ahora tan terrible advertencia.

Hay que recordar el bravío impulso que demostró el enemigo en el combate del 23 de julio. Tanto enardecimiento se habrá aumentado con el botín que en aquel combate nos

arrebataron. Por eso, cuantas precauciones se tomen están puestas en la razón y dentro de la labor propia de un caudillo diligente y acucioso.

Todas las operaciones debieran ser estudiadas con una atención y una meticulosidad crecientes. Poco a poco se va formando en el ambiente la atmósfera densa de los grandes presentimientos. Los días históricos tienen una suma de augurios previos que pasan inadvertidos á su tiempo, pero que des-

143

Crónica de un testigo.

pués del acontecimiento son como una guía del historiador sentimental de los hechos sonoros.

Las guarniciones de la Posada y del Hipódromo, en la descubierta de esta mañana han visto levantada la vía del ferrocarril en el trayecto de la primera á la segunda casetta. Abrigados en las tinieblas, los moros se deslizaron hasta la línea y cargaron cartuchos de pólvora bajo las traviesas y volaron la vía. Se confundió sin duda el miedo de la explosión entre el ruido de los disparos que se han hecho durante la noche.

La atención de los enemigos está fija en interrumpir el convoy. Tienen la aspiración obsesionante de incomunicar las líneas avanzadas y la plaza. Por eso han roto hoy los rieles, por eso cayeron todos los días con nuevo furor sobre la caravana.

Ayer mismo ocurrió un accidente, que, sin la serenidad del oficial que mandaba el convoy, pudo tener consecuencias funestas.

Los moros nos tirotearon vivamente. La tropa contestó y se detuvo el tren para que la fuerza se desplegara y pudiera sostener en mejor condición el fuego. Desapareció, lleno de miedo, el maquinista, y el convoy debía reanudar su marcha. Entonces se ofreció á regir la locomotora el teniente de Administración Militar D. Andrés Barraca. Sin maquinista profesional, y gracias á la pericia y serenidad del oficial administrativo,

144

Diario de la guerra.

se pudo llegar á la estación del Hipódromo sin otro incidente.

En la mañana de hoy había que proveer á la necesidad de recomponer la vía sobre

la marcha, ya que el general no quiso renunciar al convoy diario. Primero salió el teniente de Ingenieros Alzugaray, piloteando una máquina exploradora, y se pudo apreciar la cuantía de los destrozos y trazar un esbozo de la importancia de las reparaciones. Alzugaray regresó pronto y se hizo la organización de una fuerte columna que subviniere con su apoyo á las dos comisiones pendientes: componer la vía y escoltar luego la conducción del tren hasta la segunda caseta.

Serían como las nueve de la mañana cuando salieron de los límites afuera seis compañías de Infantería y una sección de montaña en pos de los ingenieros del capitán Cueto, que, con todo el material necesario, había de enmendar el tendido de rails y dar vía libre al tren-convoy. El coronel que mandaba esta columna se debía encargar del mando en jefe de la guarnición de la segunda caseta. La fuerza que mandaba regresaría luego á Melilla á la media luz de la tarde. Pero cuando salió la columna aún no sabíamos nada de lo que debía acontecer en el trágico 27.

10

145

Crónica de un testigo.

EL GENERAL PINTOS

Antes de mediodía se reunieron en el Hipódromo los generales Marina, Pintos y Del Real. Primero mantuvieron una conversación detenidísima y reposada, en la que se consultaron documentos y notas. Luego subieron á la plataforma del fortín, y desde allí, con potentes anteojos, estuvieron analizando el terreno que sube desde los Lavaderos al Gurugú y desde la Posada hasta el barranco de Alfer.

Bien estudiada la topografía y convenida la línea de marcha que había de ser eje del avance, el comandante en jefe-teniente general desde hacía veinticuatro horas-dió verbalmente órdenes concretas, precisas, terminantes, al general Pintos, jefe de la brigada de Madrid. El plan estaba concebido, y Pintos y Real fueron en busca de sus tropas para realizarlo sin dilación. Todo estaba prevenido y no había más que hacer sino mandar formar y salir andando hacia el enemigo.

Pintos estaba alojado en el fortín de Tria-

na. Á su habitación llegó taciturno y reservado, sin alegría en la cara ni jovialidad en las palabras. Con los suyos abría el pecho en cada momento y ahora rehuía la conversación y se mostraba remiso y triste. Cuando se acercaba el sueño de su vida-mandar una brigada en tiempos de guerra-,

146

Diario de la guerra.

venía el desencanto y apartaba de su plaza los platos del almuerzo, como si ocultaran veneno mortal.

He sabido después que el ánimo del bizarrrísimo general Pintos iba mordido por un presentimiento terrible. Esta congojosa circunstancia no le quitó un ápice de serenidad. Su caballo bayo caracoleó entre las filas de soldados con el garbo y la confianza de todos los días. El intrépido brigadier aceptaba de antemano su sino y no oponía reparo ninguno á su cumplimiento.

El velo del presentimiento se descorrió un instante, cuando el general revistaba á sus tropas en el campo del Hipódromo. La marcialidad de aquellos soldados españoles que tan paternales afectos levantaba en el alma de Pintos, transfiguró la faz del bizarro general.

Las fuerzas maniobraban con soltura.

Cuando sonaban las músicas, recogían el paso los soldaditos con mucho compás y con desenvuelta gallardía. El calor no les vencía y el polvo no les acobardaba. El general los iba mirando con ojos maternales. Desfiló Madrid, pasó Figueras, maniobró Arapiles..., y luego comenzaron á pasar los otros. Un oficial del cuartel general de Marina, que corría con una orden cerca del general Pintos, le felicitó con estas palabras:

-Mi general, qué bien marcha la brigada.

Luego desplegarán perfectamente.

-¡Qué... van á desplegar... si no saben!

147

Crónica de un testigo.

El general, generoso con todos menos consigo mismo, envolvió en una mirada de lástima á los batallones de su mando. El capitán puso á escape su caballo y el general se colocó en su puesto para mandar personalmente la vanguardia del ala derecha.

EL COMBATE

Avanzó la brigada de Cazadores partida

en dos columnas, que formaban una horquilla que se clavó en el barranco, una púa en cada vertiente. La derecha, mandada por Pintos en persona, llevaba á Madrid en vanguardia, y en el grueso, á Barbastro y á Figueras. De los Lavaderos se dirigieron los dos batallones contra la colina y avanzaron en columna de batallón con la impetuosidad y el desahogo que se usa de un campo de maniobras.

El coronel Garrido emplazó sus cañones en un alto y comenzó á hacer un fuego nutridísimo sobre el campo enemigo; era una mano maternal que limpiaba la tierra que habían de pisar los soldados de Madrid, en cuyas avanzadas se veía á Capapé y á Jaramillo caracoleando á caballo entre una lluvia de balas.

Un táctico quizás hubiera opuesto algún reparo á la dirección de maniobras en el avance. Las fuerzas van marchando en columnas dobles de batallón hasta un kiló-
148

Diario de la guerra.

metro de los fuegos enemigos. Allí desplegarán valientemente, pero tal vez sea tarde y el avanzar así nos cueste caro.

La viveza del fuego moro y la calidad de los blancos ocasionaron-una ú otra causa- alguna baja antes de que comenzaran á disparar los Cazadores.

La columna llegó á unos centenares de metros de las abruptas laderas, marchando sin desplegar en guerrillas. El fuego moro se hizo entonces tan intenso, que las guerrillas de Madrid, que acababan de desplegar ante los breñales, tuvieron que ser reforzadas por las compañías de Barbastro, que se tendieron á la derecha de Madrid. La línea se extendió al pie del Gurugú como una cadena que amenazaba esclavizarlo. Figueras quedó de sostén tras de los tiradores y cerca de una batería de montaña que comenzó á batir hacia el monte.

La situación de los batallones de esta línea era insostenible y dominada del enemigo.. Haciendo un esfuerzo, fácil tal vez y menos expuesto, podrían ocuparse las lomas y mantenerse allí, haciendo fuego y á costa de sangre.

Pintos arengó á los suyos. Madrid estaba diezmado; Barbastro, tendido á lo largo de una línea extensísima que los moros querían

cortar con un arrojo temerario.

El general pensó subir con los suyos y andar á su lado y jadear con ellos. Echó pie á tierra y comenzó á caminar entre las seccio-

149

Crónica de un testigo.

nes que escalaban el monte con el cuchillo armado y la cabeza baja.

Una bala traidora y certera bajó de la montaña y se alojó en el cráneo del general. Pintos cayó con la cabeza sobre el pecho, en brazos de su ayudante Luis Carniago y del capellán de Madrid.

Los oficiales de Cazadores intentaron un último esfuerzo para contrarrestar la nueva triste ante la tropa. Con muchas bajas se tomaron las posiciones sobre el barranco, donde Madrid y Barbastro se mantuvieron por un prodigio del tesón y disciplina toda la tarde.

AIT-AIXA

Al trazar el movimiento de ataque, Pintos ordenó que los tres batallones restantes bajaran primero al llano hasta tomar el abrigo de la artillería. Luego llevando á Las Navas en vanguardia, Llerena de grueso y de apoyo tres compañías de Arapiles-, se encaminaron á la izquierda para atacar las lomas que éscarpan la orilla derecha del barranco-nuestra izquierda mirando desde los Lavaderos.

La tropa obedeció matemáticamente lo que se había dispuesto. La gente estaba fresca, agresiva y ligera. Los oficiales sentían un enardecimiento glorioso, que les podría llevar tan lejos como se escondiese la gloria.

150

Diario de la guerra.

Al pronunciarse la cuesta, las guerrillas armaron el cuchillo y se dispusieron á dar á la carrera el avance hacia el monte, que parecía desierto. Los jefes llegaron hasta las avanzadas y arengaban á los dos batallones con gritos y palabras de fortaleza y de coraje.

Los soldados avanzaron en guerrillas hacia la primera línea de chumberas, hasta las piedras castigadas por la Artillería.

De improviso se coronaron de fuego las piedras, se iluminaron las chumberas de unos fulgores lívidos y sonó una descarga cerrada. Las Navas, que estaba más cerca

de las piedras traidoras, se detuvo diezmado, acribillado por las balas moras. Los riñones, bien abroquelados en sus buenas trincheras, aguardaron á disparar á quemarropa. Las Navas avanzó, sin embargo, con bravura, á tomar la cumbre de la loma. Los moros, con tino, herían y mataban. El capitán de una de las compañías de Las Navas animaba á los suyos, que subían á través de una cortina de fuego. El capitán daba ardor á su gente hablándoles, andando delante de ellos, al frente de la primera línea. La compañía de Las Navas estaba enardecida y subía sin disparar, con el cuchillo armado y el fusil contra el pecho. El capitán llegó á ponerse frente a frente con la tropa, tirando de los soldados, dándoles la mano, y andando de espaldas. Entonces bajó una bala de las chumberas de la cumbre y le alcanzó el

151

Crónica de un testigo.
temporal izquierdo, á la altura de la oreja. El noble oficial cayó de bruces sobre la montaña, y aún alzaba la cabeza y profería palabras que no se oyeron. El asistente se abrazó llorando al cuerpo de su jefe, y oyó á su capitán que le decía:

- Oye, dile á los oficiales y á mi compañía que la venganza de mi sangre está en el pico del Gurugú. Que llegue Las Navas á todo lo alto....- y murió.

Llerena, bizarro, como era justicia y compromiso de su nombre, avanzó á la bayoneta por el flanco de Las Navas.

Los soldados, enardecidos, borrachos de combatir, se lanzaron sobre los moros en un arranque épico. El batallón entero se hundió en las filas enemigas. Llerena, en el vértigo de la guerra, rompió el contacto con Las Navas y se vió rodeado de moros, pero no copado, porque él se entraba hasta por sus esfuerzos y se dejaba enemigos en ambos flancos y enemigos á retaguardia.

Cuando apenas faltaban doscientos metros para poner el pie en la cumbre y ganar con la cúspide la posición de Ait-Aixa, unos grupos enemigos venían doblando la divisoria de la loma. Era la cumbre un manantial inagotable de enemigos, que se habían desgajado sobre las tropas de España.

Llerena quedó diezmado por el fuego de sus contrarios.

Á las descargas moras, certeras y asesinas

nas, contestaron los oficiales con gritos de
152

Diario de la guerra.

entusiasmo. Al ver recular á su compañía el
teniente Salcedo, requirió el revólver, y
avanzando hasta la primera línea, gritó: -
No es nada, muchachos. ¡Viva España!

¡¡Arriba, Llerena!!

La guerrilla se echó á tierra y comenzó
un fuego nutrido. La trinchera mora contes-
tó con igual ardor y con mucha puntería. El
teniente Salcedo cayó á tierra con un balazo
de Remington en el hipogastrio.

El capitán Domínguez, ayudante del ba-
tallón, cayó herido también de un balazo en
la cara. Llerena sostenía el fuego con un ar-
dor que hacía gloria otra vez á su nombre.

La segunda media brigada estaba siendo
diezmada. Había que avanzar. Subió Arapi-
les apoyándose en el fuego del otro batallón,
y estableció el contacto con Llerena, aumen-
tando la línea de fuego. Pero no era bastan-
te. Prieto Valero, el bravo teniente coronel
de Llerena, llegó á las avanzadas gritan-
do:-¡Viva España! ¡Muchachos, arriba Lle-
rena! ¡¡Adelante los Cazadores!!

Los soldados se irguieron enardecidos y
comenzaron á avanzar con la cabeza baja y
el fusil armado.

El teniente coronel, animando á los suyos,
avanzó también, Una bala certera le alcan-
zó y cayó en brazos de su asistente y de su
corneta.

El asistente de Salcedo rescató á bayone-
tazos el cuerpo de su teniente, mal herido.
Prieto Valero, mordiéndose los puños, entre

153

Crónica de un testigo.

ternos y maldiciones, fué retirado del com-
bate y entregado á las ambulancias. El va-
liente jefe lloraba por la suerte de sus oficia-
les y de sus soldados.

Las Navas y Llerena estaban triturados,
deshechos por el fuego enemigo. Pero había
que subir á la posición marcada en la con-
ferencia del Hipódromo.

Entonces avanzó Melgar con dos compa-
ñías de Arapiles. Llevaba, según decían los
suyos, emocionados, llorosos, llenos de estu-
por y de rabia, de desaliento y de coraje,
llevaba un gesto digno de Prim. Gritaba á
los suyos, enardecía á los oficiales y electri-

zaba á los soldados. La nueva falange de hombres heroicos rebasó la línea donde habían sido destrozados Llerena y las Navas. El fuego enemigo se hizo más nutrido y más numeroso al ver que los Cazadores, con la vieja tenacidad española, iban á hacer suya la posición.

Los batallones de Cazadores mantenían un fuego vivísimo. Se habían trabado con los moros en forma tal, que la harka y las guerrillas eran un solo cuerpo combatiente actor de una lucha en la que había que atacar al arma blanca bajo un fuego que provenía del enemigo y tal vez de las posiciones ocupadas por la otra columna española. La primera parte del combate se resuelve en una deplorable situación que se expresa así: Barbastro, Madrid, á costa de su sangre, ocuparon las posiciones del barranco, y

154

Diario de la guerra.

allí se mantenían entre un diluvio de balas. Arapiles, Llerena y Las Navas hacían de sus soldados trigo que se pone en la mordiente de la piedra de molino. Las nueve compañías de Cazadores que intentaron coronar con su esfuerzo la cumbre de Ait-Aixa, fueron deshechas - no diezmadas, ni rotas, ni rechazadas, no-; trituradas, desprovistas de su valor ofensivo y hasta de su apariencia militar. Entraron en acción á las dos de la tarde. A las cinco contaban ya doscientos muertos y quinientos heridos. En trances tan duros se le despierta á la tropa un compañerismo caritativo que se esmera mucho en mostrar gran prisa por conducir, entre todos, los heridos á la ambulancia. Con esta misericordia, doscientas cincuenta balas que hagan blanco, no representan doscientas cincuenta bajas, sino que suman mil hombres fuera de combate: el desgraciado herido, los dos que lo conducen y el que lleva los fusiles de los cuatro.

Y más que esta sangría suelta que desmoronaba y llevaba al aniquilamiento á las tropas españolas, hemos de considerar esta otra. El coronel y los tres tenientes coroneles y los tres comandantes, estaban fuera de combate. De los oficiales que mandaban tropas en la línea de fuego, de cuatro que fueron, tres habían mordido el polvo maldito de la malhadada colina.

No había quien mantuviera la disciplina

con la hoja de su sable ó las balas de su re-
155

Crónica de un testigo.

vólver. Las cargas de municiones de fusil, con la acémila y el acemilero, cayeron en poder de los moros. Los artilleros, para evitar mayores males y contener la audacia mora, derramaban botes de metralla sobre los grupos en que se debatían á brazo partido los azorados Cazadores con los intrépidos rifeños.

Demos paz á la descripción de tantas visiones entristecedoras. No quiero poner aquí más que las palabras que evocan mis notas de lo que presencié ó supe en el día luctuoso del 27 de julio.

La emoción que aquel día me embargó y vuelve á atarazarme ahora el corazón puede transmitirse á los ojos del lector y á su alma luego. Ella será la misma emoción que trazó las líneas contundentes, aplastantes, definitivas de un parte oficial, que en cien cuartillas dió la reseña puntual y metódica, justa y minuciosa, de todo lo que ocurrió aquel día.

Acojámonos al campo del Hipódromo para apartar nuestros ojos de la desolación de la batalla.

En el camino hay un hormiguero de camillas, un cordón no interrumpido de grupos desoladores, en que los heridos vienen por su pie á la ciudad, andando abrazados, apoyándose unos á otros, dándose aliento, más con los ojos que con la voz, más ánimo que apoyo.

Llegan las camillas á hombros de solda-
156

Diario de la guerra.

dos, á hombros de paisanos, sudorosos, jadeantes. Nuestro coche, apenas llegó al campamento, fué cedido por nosotros para portear heridos al hospital.

Un oficial de Las Navas, con la ceja partida de un balazo Remington, bebió en mi vaso agua, que le traje de un convoy de cubas que pasaban.

En el Hipódromo había un espectáculo de solador; más que desolador, bárbaro; más que bárbaro, dantesco. Á la izquierda del recinto cercado se alza una tienda de ambulancia sanitaria, donde los médicos van curando de urgencia á los más graves. Resta-

ñar la sangre, desinfectar la herida, aplicar á los bordes un apósito de gasa, y á la camilla. Y la camilla, con el herido, al sol batiente, quejándose, demudado, silencioso y resignado como un cordero, emprendía la peregrinación á la ciudad.

Los carros de las ambulancias, los coches y los carromatos todos de la ciudad, embarcados y traídos á la fuerza por la autoridad militar para prestar auxilios, no daban abasto al transporte de víctimas. Yo no puedo calcular en el momento el número probable de víctimas. Al ir y al volver he visto muchos, muchísimos heridos. En el tiempo en que yo avancé por la derecha de la vía hasta el lugar donde estaban colocados los Cazadores de Melilla y volví luego al Hipódromo, ha debido desfilar una comitiva fúnebre numerosísima. ¡ Trescientos, cuatrocientos

157

Crónica de un testigo.

heridos, seiscientos tal vez! Todo puede afirmarse por verdadero.

Por la barrancada que enfila la salida hacia allá de la primera cañada, volvían los restos de Las Navas, de Llerena, de Madrid, maltrechos, jadeantes, sucios. Los soldados ayudaban á sus compañeros á andar. La barrancada vomitaba-heridos, pesarosos, tristes, avergonzados - á los contingentes de Cazadores. La brigada de Madrid ha tenido, en la tarde de hoy, un bautismo de sangre copioso y rudo; ha pagado á buen precio el honor de entrar en combate por primera vez.

MARINA EN LAS AVANZADAS

Un jinete llegó á todo galope de su caballo al fuerte del general, y con la voz entrecortada hizo á Marina un ligero relato de lo que precede á esta página. Entonces el general se dejó caer los gemelos, que oscilaron sobre su pecho, y salió á escape en busca de los tiros.

Marina no se llama en la plaza más que el general. El respeto que la población le profesa y el cariño que la guarnición le tiene, han hecho de él una antonomasia para denominarlo. Marina es el general.

Bien es verdad que Marina multiplica su atención á todos los asuntos, desciende á todos los detalles; no olvida ni descansa, no se enfurece ni decae, ni se descompone ni des-

|

158

Diario de la guerra.

maya. En todo momento recuerda cada asunto y retiene las órdenes que ha dado, y ha discurrido ya de antemano el trámite seguro de cada negocio de todos y de cada uno. En la tarde de este día 27 estaba inspeccionando la marcha de avance de la columna Pintos. La tropa no avanzaba con aquella velocidad y limpieza que el plan del general requería. ¿Cómo habían de avanzar si los oficiales de la primera línea habían caído y el general Pintos, al morir, había puesto un velo de estupor ante los ojos de sus tropas?

El general frotaba sus gemelos contra la funda de sus pistoleras y del capote pernero. Los Cazadores ya no estaban erguidos bajo el fuego enemigo. El teniente coronel Palacios cayó muerto al frente de su batallón de Las Navas. Prieto Valero, teniente coronel de Llerena, recibió un balazo en el hombro izquierdo que lo desmontó del caballo.

Arapiles entero debía cubrir la línea de fuego que, firme en sus puestos y sin retroceder, se desmoronaba á fuerza de bajas.

Avanzó luego por el otro lado el segundo medio batallón de Madrid, y el comandante Capapé, que lo mandaba, rindió el tributo de su vida ante las balas enemigas.

Además, habían caído ya Carpena, Urbina y Garcia Ruiz, de Las Navas; los capitanes Muñoz y Domínguez y los tenientes Abarren, Gorbea y Salcedo, de Llerena; el capitán

159

Crónica de un testigo.

Moreno Luque y un teniente, de Arapiles; los capitanes Ormachea y Pujol y los tenientes Carlos González, Monet, Barbazán y González Simeoni, de Madrid.

Todos estos oficiales y jefes cayeron en la primera fase del combate. Ante esta razzia de jefes, los soldados, atónitos, mantenían, vacilantes y desconcertados, el fuego, sin oír voces de mando, porque habían caído los que debieran darlas. En este momento avanzó el general con su escolta. Marina dió una orden, y el teniente coronel Morcillo volvió grupas para transmitirla al fortín del Hipódromo. A poco, el capitán en servicio de Estado Mayor, Villa-Abrille, salió en dirección del Parque de campaña de Ingenie-

ros. Más adelante, el bizarro é ilustradísimo Morris, capitán de Infantería, ayudante del general, salió galopando á lo largo de la línea de fuego en busca de Del Real, para transmitirle una orden del general en jefe. Morris recibió un balazo en el hipogastrio, con entrada por la ingle derecha y salida por la región lumbar. La bala se incrustó en el malecón de grupas. Morris, evacuada su comisión, volvió después, sangrando por la bota y por la acción de estribos, al lado del general. Gabriel Morales, comandante jefe del Estado Mayor, fué también enviado á otra comisión. Al llegar á la vanguardia, el general estaba á solas con la pareja de escolta, que echó pie á tierra, porque tenía los caballos heridos.

160

Diario de la guerra.

El general, solo y á pie, llegó hasta las primeras guerrillas. Lo vió todo, lo inspeccionó todo, dió voces de mando á las compañías y aun á las secciones.

Las balas trazaban en la tierra ardorosa y abrupta de la colina la silueta del general. Los tiradores moros estaban á menos de quinientos metros. Las balas silbaban junto á la gorra blanca de Marina un concierto macabro y amenazador.

El general tiene cara apostólica y noble, ceño abierto y franco, voz serena y reposada. En esta ocasión no se contrajo un músculo de su faz ni se veló su voz por la emoción de las órdenes.

El general llevaba la fusta en la mano izquierda, con el brazo caído á lo largo del cuerpo. Una bala enemiga, más certera que las otras, le atravesó la manga por la parte que cubre el antebrazo. Dicen que tiene una contusión del roce del proyectil. Nadie ha sabido la certidumbre de este rumor, pero el rumor corre. Mencionémoslo como rumor y pongámosle todo un rosario de salvedades. El capitán Villa-Abrille llegó hasta el general y se cubría, al llevarse la mano á la visera del ros, la herida de un balazo que había recibido en la escápula derecha.

Me parece recordar un capítulo de Alarcón, en que reseña, si no me engaño, el asalto y toma de Sierra Bullones. Los húsares avanzan, hostigados por las bayonetas de Ciudad Rodrigo, que viene ya á la carrera

Crónica de un testigo.

hacia la cumbre. Los moros se parapetaban arriba con tesón, con heroísmo. Entonces O'Donnell, encorvando su alta estatura, oprimiendo los ijares de su caballo, dando gritos á la tropa y el sable desnudo, cargó al frente del Estado Mayor. La tropa, entusiasmada, vitoreaba al conde de Lucena y subía á la carrera detrás de la vanguardia, que á la bayoneta llegó á las cumbres, hipnotizada por el prestigio intrépido del general Zabala.

Marina, ayer tarde, solo en las avanzadas, no cargó al frente de su Estado Mayor contra los riscos escarpados del Gurugú, porque este general de ahora, también indómito y heroico, no tiene escolta ni tenía entonces más Estado Mayor que los humildes soldados de Llerena, de Las Navas, de Arapiles, los que no podían siquiera agradecer á su general aquella bala que les quitó con la manga de su guerrera de rayadillo.

ELOGIO DEL CAPITÁN MELGAR

Algunos días después del 27 recibí carta de un amigo mío, pariente del capitán don Ángel Melgar, ayudante del batallón de Arapiles y honorario de S. M. el Rey, muerto heroicamente en aquella acción, La carta me pedía noticias del hecho de armas y de lo que pueda haber ocurrido después de la muerte del bizarro oficial. Y

162

Diario de la guerra.

nada más, porque el caso de su muerte no puede ser más claro ni más sencillo: murió en lo alto de la loma, cumpliendo su deber de militar y de caballero.

El que me escribía me hablaba de la ansiedad insaciable de la madre de Melgar.

«No se sabe más-me decía- que lo que han hablado los periódicos, y es esto tan poco, que no satisface á la pobre señora. Al reponerse de la pena que le produjo la primera noticia, no quiere más que saber, saber detalles.>>

Lo he indagado luego en el campamento de Arapiles, y apenas si hay algo que añadir al triste hecho, que es de una sencillez abrumadora. De todos modos el relato quiero incluirlo aquí, porque la hazaña es de la historia de este día.

La brigada, camino de las lomas, desplegó con una precisión admirable. Arapiles subió por cerca de los lavaderos del mineral, junto á la Posada del Cabo Moreno. Los moros, tal vez sobrecogidos por la bizarra serenidad de nuestros soldados, aguardaban agazapados en sus escondrijos con las armas prevenidas y con ánimo de hacer mucho mal.

Por el ímpetu que á sus dos compañías le prestaba Melgar, Arapiles comenzó á subir con mucho ardor. Los moros les dejaron llegar, sin disparar un tiro hasta que estuvieron bien cerca. Arapiles, de improviso, tropezó con una cortina de fuego, una barrera

163

Crónica de un testigo.

de plomo. Todas las balas hicieron blanco y la tropa se detuvo abrasada, diezmada, castigadísima. La gente comenzó á moverse hacia adelante, repuesta de la primera impresión. Y Arapiles subió; pero en el nuevo ataque cayeron muchos hombres, y muchas bajas se sacrificaron á la prez de la bandera y al renombre del batallón.

Melgar cayó muerto y quedó en el campo.

Porque la retirada se hacía con una saña tal por parte de los moros, que apenas si pudieron recogerse los heridos más que con grande exposición de la vida de sus salvadores. El cuerpo de Melgar reposa en tierra española, sagrada hoy por la augusta consagración de la guerra y de la sangre derramada. En el barranco cayó con otros muchos españoles, que consagraron en aquellos sitios el más precioso pedazo de España.

Son estas las únicas noticias que pude adquirir para el comunicante amigo. Los que mueren en el campo de batalla no dictan encargos póstumos ni es posible recoger su último suspiro y ungirse de él como de un sacerdocio. Su muerte tiene la grandeza de las tragedias épicas; la gloria ampara sus nombres bajo un manto de oro... y luego, nada más.

Final.

Marina había tratado de contagiar su serenidad y su valor frío á los soldaditos de la

164

Diario de la guerra.

avanzada. Con su serena presencia de ánimo dirigía el combate y daba órdenes sin

olvidar un detalle.

Fué encargado el coronel Luis Aranda de encauzar los batallones de Ait-Aixa á una retirada serena y ordenada.

El comandante Fajardo salió á escape camino de la segunda caseta á dar orden á Axó de que con su columna, escolta del convoy, saliera al campo y avanzase por la derecha de la vía férrea á apoyar la retirada de los batallones que combatían en Ait-Aixa. El coronel Garrido, que durante el combate había emplazado una batería en la línea de fuego, montándola á brazo de sus artilleros sobre la dominante del barranco, buscó otra vez, entre las balas moras, emplazamiento á sus piezas, con los hercúleos artilleros de montaña, que habían hecho en la jornada del día más de 5.000 disparos. Todo se ordenó y se dió á los combatientes ánimo y esperanza á los menos.

El ala derecha dió media vuelta hacia los límites. Las compañías de Madrid y de Barbastro hacían descargas, libres ya del terrible cerro en que se habían visto durante todo el día en la posición sobre el barranco. Apenas llegó Axó y los soldados de África divisaren á los apurados Cazadores de la colina, la línea comenzó un repliegue, que no fué peligroso porque se acercaba la gente de refresco, aguerrida y valiente.

La tropa dejó de hacer fuego, y al anoche-
165

Crónica de un testigo.

cer la fuerza estaba dentro de los límites, respirando á todo pulmón el aire de la Patria; lo que quedó de la brigada iba á reposar de tanta fatiga en aquel hondo campamento suyo, clavado como una cuña en la estrecha cañada de la vertiente de Camellos. Yo no he de hacer un juicio de la operación que se ha hecho, ni siquiera de la operación que se intentó hacer. Aquí estamos, á la noche del 27, en igual situación que al amanecer. ¿Para qué juzgar ningún plan de ataque? Lo que se había de emplear en sospechar una responsabilidad ó un fracaso, empleémoslo en deplorar la luctuosa y triste jornada de hoy.

¡Las pérdidas que hemos sufrido! Puede que hoy mismo la Sanidad Militar no pueda aunar sus datos á una precisión matemática. Muchos heridos fueron del Hipódromo al muelle. Muchas curas de urgencia se

practicaron a bordo. No se saben cifras, pero se pueden hacer cálculos, que yo encierro en la cifra de mil heridos y cerca de trescientos muertos. Alguno encontrará esta cifra tal vez exagerada. La fuente legítima de ésta no es más que una: la filiación de los Cuerpos que salieron de Madrid completos. Lo demás... los rumores, lo tendencioso, ¿qué importa?

Al menos habrán de reconocer conmigo que diez muertos más ó veinte heridos menos es cantidad sensible y apreciable para el sentimiento individual. Para la bandera y

166

Diario de la guerra.
la Patria, que han jugado tanto en esta jornada, aquel tanteo es demasiado pequeño; no mezquino, pero sí inoportuno.

FUÉ EN LA NOCHE DEL 27

Yo no quiero convencerlos de que el que esto escribe sea un hombre absolutamente imperturbable. Tengo la suficiente serenidad para andar por el mundo sin dejarme abatir por la adversidad ni enloquecer de júbilo por un momento de pasajera bienandanza.

El hábito de llegar á todas partes un poquitín tarde me ha dado cierto dominio sobre las situaciones embarazosas, y la costumbre de escribir poesías me ha dado á conocer el arte de ocultar en una mirada serena la impresión que me debiera enardecer ó el dolor que debiera compungirme, y de hecho me entristece.

Esta es una ventaja innegable para mí en las informaciones que ahora trato de hilvanar. El que lea perderá quizás un poco de fuego en el relato, algún tanto de color y de energía en el estilo; pero, en cambio, mis amigos los lectores pacíficos tendrán la seguridad de que el corresponsal que los informa no ha sido víctima de una sentimentalidad excesiva.

Así, pues, anduve en mis trabajos y salí de los trances en que me veía sin haberme emocionado. La emoción no me embargó

167

Crónica de un testigo.

hasta el 28 de julio por la tarde, de seis y media á siete. Antes sentí dolor, indignación, furor, entusiasmo. Pero la emoción, ese movimiento que arranca del diafragma, nos ataraza y nos achica el corazón, tomán-

dolo por el vértice arriba, y sube á la garganta en un nudo que, si se desatara por nuestro mal, sería un sollozo, eso no lo he sentido hasta ayer, á la hora melancólica del crepúsculo vespertino. Antes de ese momento había sufrido emociones intensas, pero de otra índole. Ante los casos trísticos de Álvarez Cabrera y de Pintos, sentí un dolor profundo. Oyendo hablar á Páez Jaramillo aquella misma tarde del 28, sentí un entusiasmo belicoso que me aceleraba el corazón. En el campamento del Hipódromo, el día 27, al penetrar en el recinto y ver los heridos á centenares tendidos en el suelo, cara al sol, brotó en mis labios, entre mis dientes apretadísimos, un rosario de frases horribles, tolerables sólo en el campamento y en la carretera.

La capilla ardiente del panteón de víctimas, ayer mañana, tiraba de espaldas, por el espectáculo que ofrecía y por la hediondez del ambiente. Ese chico de Málaga, paisano, que cayó en la avanzada con un balazo en el pecho, da una pena enorme cuando se le ve en el lecho, quieto, boca arriba, suspirando, jadeante, con el pulmón atravesado. Pero todos estos rasgos me impresionaron de otra manera.

!

168

Diario de la guerra.

En el fondo de todas estas sensaciones había un sedimento de ira, de vigor, de agresividad. El único momento en que pensé que las lágrimas asomarían á mis ojos, la única emoción de impotencia absolutamente femenina, me la ocasionó ayer tarde, en el campamento de Triana, Cándido Morato Vardillo, soldado del batallón de Barbastro, natural de La Granja, reservista de la última movilización.

Regresábamos ya en nuestro coche mi compañero Sánchez Ocaña, corresponsal de ABC, y yo. Anotábamos en nuestras cuartillas la épica narración de la proeza del día 27.

El coche pasaba por la calle de las tiendas donde se aloja Barbastro. Los soldados nos quisieron enseñar su héroe. Un cabo muy marcial, delgadito y alto, con el gorro flamante puesto sobre la oreja izquierda, trajo al heroico Cándido Morato hasta la portezuela de nuestro coche.

Este soldadito segoviano es un muchacho desmirriado, pálido, raquítico, con unas barbas de seis días. Se cuadró ante nosotros, nos dirigió una mirada humilde y se quitó el gorro, dando al aire una cabellera revuelta y larga.

Veinte soldados de Barbastro comenzaron á hablar á un tiempo para relatarnos la aventura. Yo os la diré brevemente, para que admiréis, como yo, á Cándido Morato, y para que la emoción surja en vuestros pe-

169

Crónica de un testigo.

chos animosos con la misma fuerza con que brotó en el mío.

Barbastro inició su retirada ya por la tarde, haciendo fuego por descargas sobre el enemigo, que bajaba á acosarlo. A la derecha había un peñasco enorme, y de él salían balas certeras que nos ofendían mucho.

Cándido Morato, con la mayor naturalidad, rodeó la piedra, bajó la cabeza ante unos disparos que lo saludaban, recorrió la rampa de una cañada, y se vió solo y lejos de sus compañeros. Puso un cargador en el Mausser y... se vió de repente acometido por tres moros que requirieron sus afiladísimas gummías.

Cándido, como si estuviera en el campo de Carabanchel, echó á tierra la rodilla y se puso el fusil á la cara. El Mausser, cansado de hacer fuego todo el día, se atascó y no disparaba. Cándido armó el cuchillo y bajó tranquilamente al fondo de la cañada. Allí comenzó una lucha desesperada. Los moros, como energúmenos, esgrimían sus porras. Cándido se escudaba con el fusil y agredía á bayonetazos. En la cañada cerró la noche, y Barbastro ya se retiró á sus tiendas sin conocer el trance en que se veía su atribulado compañero.

Á las once de la noche los centinelas y escuchas comenzaron á gritar. Un hombre se acercaba al campamento andando despacito. Los centinelas daban el ¿quién vive?, y el hombre no contestaba. Los soldados lla-

170

Diario de la guerra.

maron al cabo de guardia y se echaron los fusiles á la cara. El soldado que se acercaba era Cándido Morato Vadillo, que arrojaba el gorro al aire, y al reconocer sus tiendas

echó á correr con el fusil puesto en bandolera. No venía herido. Al llegar otra vez á los suyos se abrazó á ellos y luego cayó desmayado. Cándido Morato regresó á su puesto; venía limpio de heridas, con todas sus armas, pero no oía ni hablaba: se había quedado sordo-mudo. La emoción, el terror, la angustia que le ocasionaba aquella grave, inesperada y terrible enfermedad, habían puesto en su rostro una lividez cadavérica y un gesto resignado y dulce como la aflicción de la mujer. Se comunicaba con nosotros escribiendo sus palabras en una cuartilla con un lápiz que le ofrecimos. Se le advirtió que aquello sería un fenómeno nervioso, que curaría pronto y radicalmente, y que sería recompensado. Hizo un gesto de piedad y de desprecio, y escribió con una letra de oficinista, clara y firme: Aquí tienen ustedes un hombre inútil para toda la vida. Ante nuestros gestos de protesta se mordió fuertemente el labio inferior, levantó al cielo los puños crispados, arqueó las cejas imploradoras y corrió un raudal de lágrimas sobre su barba de seis días. Mientras estrechábamos su diestra, apoyó el codo izquierdo en el coche y la frente en el brazo. El único sonido que salió de su boca fué un gemido hondo, largo, entrecortado.

171

Crónica de un testigo.

Los soldados apartaron de allí á su pobre compañero abrazándolo y enjugándole el llanto con las mangas sucias de las guerreras de rayadillo. Yo no encuentro ningún lugar común para remate de estas líneas. Antes enmudecía el mundo ante los héroes españoles; hoy nuestros héroes enmudecen ellos después de cometer su acto heroico. No sólo degenera el vigor de la raza, sino que nos disminuye la resistencia para el dolor, que fué la última fuerza de nuestro pueblo.

Cándido Morato tiene en su recuerdo la proeza más brillante de Barbastro, y aún se le niega el consuelo de relatarla á sus compañeros en las siestas largas, calurosas y claras del campamento.

Nuestro coche partió de entre las tiendas de Barbastro. El héroe nos miraba con la melancolía de una gacela desde la colina de las tiendas, agitando su gorro con dos franjas verdes.

Yo, frente á Sánchez Ocaña, con su extraño sombrero de corcho y tela blanca, me hubiera echado á llorar como un chiquillo, como una mujer, como un héroe.

LOS COMBATIENTES DEL 27

Desde esta madrugada sopla sobre Melilla un poniente brutal. Es un aire violentísimo, huracanado y recio, que levanta nubes de

172

Diario de la guerra.

polvo, que zamarrea los postigos de las ventanas. Las mujeres no salen á la calle. Los hombres tienen blancos de polvo el pelo y los bigotes. Los soldados que vienen del campamento traen una costra oscura que les embadurna la cara como el maquillaje de Pierrot.

Como una consecuencia del 27, tengo que cumplir encargos particulares: que salude, que recomiende, que visite... Un deudo mío me pide en carta de hoy que me haga amigo de un oficial de Infantería, y no me dice qué grado, ni qué regimiento, ni siquiera á qué Cuerpo pertenece. Es un encargo que me honra. El que lo hace me supone un reporter gigantesco, una especie de Sherlock-Holmes metido en Melilla, entre una apoteosis de polvo, de sol y de sudor.

De la visita á las tiendas he deducido muchas cosas. Unas que diré y otras que se quedarán para mí. Hay que poner-hora es ya, me parece á mi-un poquitín de verdad y de crudeza en nuestras noticias. Todos los corresponsales hemos llevado la información con demasiada dulzura: primero, relatar hechos heroicos, que los ha habido á millares, con una profusión consoladora y reconfortante; luego, jalea el fuego tenaz y certero de la Artillería, que ha hecho blancos admirables y se ha batido como en unos combates de leyenda. Pero nada más. Ahí ha terminado nuestra información y acabado con esto nuestras noticias.

173

Crónica de un testigo.

Y no es que yo quiera generalizar, deducir consecuencias, ni hacer fililíes periodísticos, ni traer á cuento las coplas de Caláinos. Sin afirmar conclusión ninguna, sino anotando hechos, palabras, actitudes, se ha podido extender á más nuestra información.

Se pide á gritos la medida de apartar á los reservistas casados y con hijos del grueso de la tropa. Ello será un acierto fundamental en la campaña. Eran, y los que queden en filas lo serán, una rémora, un lastre para la fuerza.

El espíritu de un soldado que ha dejado en su pueblo una familia creada por él y una profesión que le daba de vivir tranquilamente, no es, ni puede ser, el espíritu de un guerrero, de un número de Ejército de ocupación. Olvidada por el desuso la instrucción de recluta que recibió en el cuartel cuando servía, y apagados por los afectos los entusiasmos de ahora, ¿qué materia abonada presenta esta fuerza para que el jefe la levante y el oficial la instruya? La idea de la Patria se siente al combatir, no se explica ni se inculca con la instrucción ni con la disciplina. La idea de Patria es una forma simple del sentimiento, y para ellos la Patria está en su aldea, con su familia y con su trabajo, y no está la Patria sentimental en los lazos de una bandera que ondea bajo un sol africano ni en el sable de un jefe que, como razón suprema de la arenga, arma el revól-

174

Diario de la guerra.

ver y se dirige sólo y á galope contra las chumberas que vomitan fuego.

Un teniente coronel que manda un batallón de Cazadores, un soldado duro, que irá con su gente a todas partes como el primero-son sus palabras-, me decía esta mañana palmoteando en el cuello de su caballo:

<<No tengo soldados, tengo aquí hombres duros, valientes, pero no están preparados.

En Alemania se hace gimnasia y esgrima en el cuartel. Mi batallón perdió el 27 el 60 por 100 de la oficialidad. Yo iré, cuando haya que ir, hasta el fin; me harán polvo, pero iré. Amigo mío, si yo tuviera soldados...»

Otro jefe, también bizarro y entusiasta, me abordó por otro punto:- Ustedes, los periodistas, hacen muchísimo daño al Ejército y á todo el mundo, porque no dicen la verdad.>>>

Yo sé muy bien á qué verdad se refería el jefe que me hablaba. Esa verdad no la diría él, ni la digo yo, porque no es la verdad. Poseemos un día la verdad teórica, la verdad filosófica de un aspecto de la realidad; pero esa afirmación verdadera y cierta, evi-

dente, no es la verdad práctica. Estas son las famosas recapitulaciones de nuestros habladores públicos: -«««Aquí se ha hecho esto, esto y esto - dicen -, y estamos en esta situación. Y no estamos, y Dios nos libre, en aquella que dice, ni mucho menos en la situación en que el nos quiere colocar con sus palabras..

175

Crónica de un testigo.

Ello podrá ser una actitud dialéctica, pero nada más. Lo que tiene dentro esa actitud no se puede decir; otros, no sé por qué no lo dicen; yo no lo digo porque no lo sé. El hecho es que se habla, se habla mucho juzgando acciones de la jornada del 27; unos, con autoridad, como miinterlocutor de hoy; otros, como yo, sin autoridad ninguna. Porque yo, lectores, no tengo autoridad. El día en que yo supiera á ciencia cierta que era yo un técnico, me tomaría, sin vacilar, una caja de fósforos disuelta en una copa de ron.

Por eso quiero que conste que yo no digo la verdad porque no la sé. Sin embargo, como periodista veraz, afirmo estas dos cosas como resumen de lo que aprendí en mi visita de hoy: que la tropa sufre un fenómeno que yo no puedo explicarme, pero que está á la vista de todos; y de otro lado, que la oficialidad y los jefes han demostrado en los combates habidos hasta hoy un tesón, un entusiasmo y un heroísmo iguales, si no superiores al del Ejército japonés. Lo que, por nuestra desgracia, se escribió con sangre fecunda y noble el 23 y el 27 en las lomas del Gurugú. Estos dos casos, que yo ya sabía, los he refrescado hoy en mi paso á través de los campamentos. Podrán no ser la verdad; pero á mí me lo parecen y lo digo con toda ingenuidad.

176

Diario de la guerra.

LOS HERIDOS DEL 27

Como corolario de la información del 27, habría que unir al DIARIO DE LA GUERRA la lista completa de bajas por batallones. Con ello nos acercamos al término de ese capítulo tan triste. El lector no está prevenido, en estos momentos, para relatos estadísticos de tan amargo sabor. El paladar español es ahora demasiado blando para soportar el hueso sangriento de un cuadro de muerte.

La brigada Pintos, que completa en sus plazas entró en fuego en la sangrienta y gloriosa jornada del 27, trajo á Melilla ciento quince destinos cubiertos de jefes y oficiales; hoy, 29 de julio, prestan servicio, de ellos, unos cincuenta entre oficiales y jefes. Algunos están enfermos de fiebre, de insolación y esos hay que descontar de la cifra de bajas. Pero el hecho indudable, escueto, con la elocuencia expresiva de la estadística, es que no prestan servicio hoy más que cincuenta de aquellos ciento quince que atravesaron la plaza cantando y vitoreando unas horas antes de entrar en la dura refriega tan cruenta como gloriosa para nosotros. A propósito de este resumen de desgracias quiero recordar un aspecto que hace referencia á las bajas. No se trata de advertir, que España entera está muy advertida de todos los detalles de la campaña; se trata sólo de recordar.

12

179

Crónica de un testigo.

Se está haciendo, según se murmura, la propuesta de recompensas. Ahora hablo de esto, porque nosotros claro que no podemos influir nada en ello; pero, aunque pudiéramos influir con nuestras humildes palabras, yo no querría que se las tomara en cuenta. Allá las autoridades competentes con su eriterio, su justicia y su equidad. La herida recibida en combate no es un mérito, es una desgracia. Dos jefes, dos oficiales, dos soldados, van juntos, reunidos en la misma línea, en la misma acción. Uno cae herido en el campo y otro retorna ileso al terminar el combate. El uno no tiene más merecimiento que otro; en todo caso habrá una diferencia de suerte, de sino, entre uno y otro; pero de mérito ni de arrojo, no. El que recibe un balazo en la rodilla es seguro que estaba derecho y erguido ante el fuego enemigo, en una postura bizarra que pudo no adoptar nunca aquel que ha muerto de un tiro en la cabeza. El que sube á pecho descubierto por una loma arriba, no es más gallardamente heroico que el artillero que requiere el machete cuando los moros van á llegar á la boca misma de las piezas. El buen cumplimiento de una orden no depende, á mi juicio, del resultado de sangre que cueste, sino del buen talante,

del tesón y de la velocidad con que se verifique.

Se debe recompensar con cruces y empleos lo que ponga cada soldado, cada jefe

178

Diario de la guerra.

en sacrificio y en talento para facilitar el cumplimiento de la operación. Nunca se premia la sangre que se vierte, porque en la misma medida están los veinte mil hombres que hay aquí dispuestos á derramar por la Patria hasta la última gota de sus venas. Creo también que la índole de esta guerra exige que se recompense largamente al Ejército. El caso de luchar con un enemigo fanático, oculto de continuo en los repliegues y defensas naturales del terreno, lleno siempre el soldado de sed y de fatiga, en una tierra abrupta y dura, justificaría el mayor derroche de premios.

De una en otra consideración hemos venido hablando de los heridos á la recompensa. Esta idea salta siempre a nuestra vista pensando en el entusiasmo del Ejército de operaciones y en el empuje del enemigo. Mejor es rematar con estas ligeras consideraciones la información de bajas de oficiales, que pudiera ser, si no, mal interpretada por el lector. Con esa cifra de conjunto y de proporción damos concisamente á entender todo el arrojo y todo el dolor empleados en las últimas jornadas.

Los batallones de Cazadores han sufrido mucho. Unos más, otros menos, según su fortuna. Las Navas ha sido tal vez el más castigado. Mérida, núm. 13, de la brigada Imaz, el más defendido por la suerte: solamente ha tenido una baja: el teniente Roca, mortalmente herido en la noche del 20.

179

Crónica de un testigo.

:

POR QUÉ SON VALIENTES

Alrededor de una de las mesas colocadas á la puerta de casa de Ruiz, comentaba un grupo de oficiales las noticias del día. No digo comentábamos, porque en todo el tiempo que estuvo el tema sobre el tapete yo no dije esta boca es mía. Se habló largo rato de una carta que á un oficial del regimiento de Melilla enviaba su padre, un jefe del Ejército, ya retirado del servicio, y retirado tam-

bién del mundo á un rincón de la tierra navarra.

La misiva venía inspirada en los más nobles y desinteresados conceptos de Patria y de Religión. La carta, impregnada toda de un alma espartana, parecía dictada por Guzmán de Tarifa. Bien pudiera resumirse en estas palabras: «Está orgulloso, hijo mio, del sacrificio que la Patria pueda exigir de ti en estos momentos. Sé prudente hasta donde sea compatible con el valor que debe mostrar todo soldado de España. Piensa durante el combate en la religión de tus mayores, que ha sido la de todos los guerreros y todos los caballeros españoles.>>>

El cónclave hizo el resumen de los comentarios de aquel suceso, afirmando: «Esta es una guerra que ha de hacer la oficialidad con su prestigio, con su esfuerzo y con su sacrificio. Claro es que la oficialidad no necesita el estímulo de nadie; con el conoci-
180

Diario de la guerra.

miento que tiene de sus deberás le basta y aun le sobra para ir á todas partes y para conducir sus tropas hasta el fin.»

Luego se promovió, escalonado con esta primera parte de la conversación, el análisis de un segundo punto muy principal: la importancia que pudiera tener en la conducta heroica de un guerrero los recuerdos de creencias religiosas, la memoria de nuestras oraciones de la niñez.

Se habló mucho y se dijeron palabras contradictorias y se mantuvieron puntos de vista completamente opuestos. Alrededor de las mesas de los cafés se han defendido con calor todas las teorías, se ha desmenuzado el pro y el contra de todas las afirmaciones, cuando se trata de militares y de paisanos. Esto es una virtud dialéctica que nos comunica el mármol del tablero é la vista del terrón de azúcar.

Un teniente de Ingenieros afirmaba que la vista de las balas moras no producía otro efecto que una fuerza máxima en el cierre de las mandíbulas, encajar perfectamente los dientes, entreabrir los labios y fruncir el entrecejo. Recuerdos, ninguno; intranquilidad tampoco; las piernas firmes y el pensamiento quieto, con mucha atención en lo que se está haciendo. «Yo - decía - estuve en lugares de peligro, puesto que todos los fue-

ron en esos días. Tengo, vean ustedes, la visera de la gorra partida de un balazo; otro día se me llevó otra bala el galón del gorro;

181

Crónica de un testigo.

ya me andan tan cerca, que el primer disparo que me salude me va á dar en medio de la cara...» El bizarro oficial de Ingenieros habla de prisa y tiene un tic nervioso en la cara que le acompaña mucho la conversación. Algunas veces parece un guiño picaresco, del todo impropio del uniforme, y otras veces una seña de desvío y de desdén. Me levanté á poco, despidiéndome de aquella agradable tertulia, y me marché por el Parque Hernández, solitario y oscuro. Venía á mi derecha un oficial de Melilla, muy ilustrado y muy vivo, andaluz cerrado, que hace honor á su tierra de Granada. Para hablar se echa atrás la gorra blanca de su cabeza y acciona con toda la mano extendida, separando el índice, como las figuras de los dibujos de Leonardo.

Y á usted, mi teniente, ¿qué le parece...? ¿Se acuerda uno ó no? - Este oficial sufrió el día 20, en el ataque á la segunda caseta, un fuego duro y tenaz, y se comportó como un bravo ante el enemigo.

El teniente se paró frente á mí, se levantó la gorra sobre la frente, y me dijo que iba á hablarme «sin tonterías y en confianza». Primero hizo un párrafo de prelude, ardoroso y lleno de esperanza. Había en todo él un amor grande por la Patria y una confianza en las fuerzas españolas, á prueba de reveses. Luego atacó de frente la cuestión, diciendo:

¡Se acuerda uno, amigo Alarcón; se

182

Diario de la guerra.

acuerda uno! ¿Qué quiere usted que le diga, si se acuerda uno? Mire usted: mi sección son unos cincuenta hombres, duros, valientes, que odian y desprecian á los moros, y que los quisieran exterminar completamente.

La primera vez que entramos en fuego estaba mi sección tendida en el suelo. Yo, separado á unos diez pasos de la cabeza de la guerrilla, daba las órdenes. Mi gorra blanca y la funda de mi sable atraían las balas como una golosina. Era la primera vez que mi gente tenía un contacto con el enemigo.

Los moros se corrían ante nosotros. Mi gente hacía fuego á discreción, pero poco fuego. Arreció la lluvia de balas Entonces mandé que se pusieran en pie. «¡Arriba, muchachos!-grité-. ¡Alinead! ¡Firmes! ¡Vista á la derecha!» Y saqué el sable y me acerqué á la tropa.

Estaba decidido á ponerlos de pie á sablazos. Cuando llegué á ellos, la fuerza estaba en situación de firmes, alineados, sin disparar y dando vista al enemigo, que vomitaba un diluvio de balas sobre nosotros. Entonces comenzó un nutrido fuego por descargas, que les hizo enmudecer y retirarse. Me tiraron mucho, y aquí entra la confidencia: ¡Se acuerda uno, amigo Alarcón, se acuerda uno de todo! Usted ha estado en Granada, ¿verdad? Pues «la que vive en la Carrera» se me puso delante de los ojos... con todo el equipo.

Este equipaje militar con que se acordó de
183

Crónica de un testigo.

la Virgen de las Angustias el oficiali granadino, no es irrespetuoso, es una consecuencia de estos tiempos, en que no se piensa más que en si la tropa ha de salir á la ligera ó con todo el equipo. Además, en Granada todo el mundo tiene una confianza sin límites en la Virgen de las Angustias.

UN CAPITÁN HERIDO EL 27

Hablando de esta pequeña cuestión incidental de la religiosidad de la campaña, vamos como de la mano á referirnos á las Hermanas del Buen Consejo y á su intervención en la guerra.

En el barrio de la Reina Victoria, entre el Polígono y el Parque Hernández, en una casita modesta, baja, de aspecto pobre, limpia y blanca, tienen las Hermanas del Buen Consejo su residencia.

La comunidad está compuesta por cinco monjas humildes y la superiora, sor Luisa, una monja joven, arrogante, con el fuego de Santa Teresa en los ojos y el sello del martirio en la frente. La comunidad se mantiene con los ingresos de la enseñanza que reportan unas treinta niñas de posición modesta, cada una de las cuales, según su voluntad, socorre al convento. La caridad pública, recaudada por suscripción mensual, el trabajo de las Hermanas y el cuidado de enfermos, iba tirando de la vida de la co-

Diario de la guerra.

munidad. Las tocas negras y el negro monjil de las Hermanas del Buen Consejo eran cosas familiares y muy queridas en Melilla. Al acaecer los últimos combates, las monjas salieron de su casa silenciosamente y se encaminaron al Hospital Militar, al Indígena, al teatro, al Casino Militar, á la iglesia, á todos los sitios donde se habían albergado heridos. Allí estuvieron las religiosas, sin reposo, sin desnudar sus cuerpos incansables, deparando consuelo, consejo y fortaleza, repartiendo el alimento y la medicación un día, una semana, dos semanas, sin flaquear, sin preguntar nada, sin dormir un solo minuto, bajando hasta la puerta de los hospitales á despedir á las caravanas de heridos para volver á la cabecera de los que quedaban, y depararles con amor y con humildad la salud y la esperanza.

Ha sido un derroche de esfuerzo, de heroísmo callado, constante, inapreciable casi. El convento abandonado, las monjas soñolientas, cansadas, llenas de debilidad, deslizaban silenciosamente una vez y otra, un día, una semana, su figura entre las camillas, bajando sus caras pálidas, ojerosas, á la cabecera de los heridos.

Sor Antonia, una monja andaluza que permaneció en el Hospital durante quince días de escasez de recursos, multiplicándose en el cuidado y el trabajo, recogió el último suspiro del capitán Sánchez Gómez. Los postremos instantes de este bizarro y joven capitán

185

Crónica de un testigo.

fueron de un sufrimiento enorme. En el delirio de la fiebre suplicaba con insistentes palabras á sor Antonia que no se apartase de su cama. La sujetaba de la mano y le hablaba al alma para que no lo abandonase. Fué una escena desgarradora. El capitán, joven y robusto, luchaba con la muerte á la desesperada. Sor Antonia le prodigaba el consuelo de la religión y el cuidado suave de una mujer abnegada al lado de un enfermo de tanto cuidado.

Luego, cuando llegó á Melilla el coronel Sánchez Noguerras, padre del capitán, en una escena levantadísima y ejemplar dió las gracias, conmovido, á sor Antonia, por

los desvelos que empleó en el cuidado del pobre oficial. Sor Antonia, toda llorosa, había amortajado el cadáver del capitán con su uniforme de campaña, y le cerró los ojos con hondo dolor.

Ya ve el curioso lector que en ambos trances, en la vida y en la muerte, los caballeros oficiales siguen una tradición castizamente española de fe y de religión: el uno, de la mano de su Virgen de las Angustias, <la que vive en la Carrera>; el otro, de la mano de una virgen del Señor, ángel de la caridad y del amor al prójimo.

Estas monjas del Buen Consejo no quieren ninguna recompensa ni agradecimiento. Pero bien se les pudiera favorecer por algún modo. Ellas tienen en Madrid, en el paseo de la Reina María Cristina, una humil-

186

Diario de la guerra.

de residencia de la misma regla y organización que la de aquí. Parece, según he oído decir, que los medios de que disponen son exiguos y modestos. Bien se podría aumentar la subvención oficial que se les da ahora. Bien merecen que se les demuestre el agradecimiento de España, puesto que á él se han hecho acreedoras por méritos de una caridad angélica y de un patriotismo ejemplar.

Estas buenas hermanas han sido tal vez en los hospitales la llama, la causa ocasional que ha avivado el vínculo religioso de nuestro Ejército con aquellas creencias de nuestros mayores. Porque ya veis por estos ejemplos que cito y por otros que sé-yo os lo garantizo-que los oficiales de ahora siguen la vieja tradición de los antiguos guerreros españoles. Todos tienen á la hora de combatir en igual medida la condición de caballero y de cristiano.

LO QUE QUEDA POR HACER

El aspecto y la orientación de nuestras informaciones está á punto de cambiar radicalmente. Se ha dado á entender que alzaremos la opinión, y el censor, tomando un aire inquisitivo que no había observado hasta ahora, conminó á nuestros compañeros para que llevásemos todos á la censura los periódicos que insertaran nuestras correspondencias.

187

Crónica de un testigo.

La fantasía periodística se echó á volar en seguida y supuso que íbamos á ser repatriados al día siguiente. Habíamos, de seguro, echado á rodar la bola del patriotismo que se había depositado sobre la espalda de nuestra discreta conducta.

Antes ya se nos prohibió, por la misma censura, enviar por correo las noticias que se nos tacharan en los telegramas. Yo no sé si alguno ha delinquido. Supongo que no. ¿Para qué? Las noticias, una vez perdida la fragancia del momento, la frescura del día, tienen un valor relativo dentro de los periódicos.

La causa de esta determinación investigadora de exigirnos las noticias ya impresas y circuladas por España, parece que prepara un castigo para todo corresponsal un poco travieso. Al que dé una noticia alarmista, una información sensacional, se le amonestará. Al que insista en la cosa y repita la suerte, se le expulsará violentamente de la plaza.

Este castigo va más bien contra el periódico que contra el redactor. No hay periodista que no sufra gustoso una reprimenda por una noticia única y verdadera, ni quien no suscriba gustoso su pasaporte con tal de averiguar el plan de Marina y darlo á los lectores un día antes de que se empiece á verificar.

Parece que la orden de censura mayor la han motivado unas pequeñas fantasías sobre

188

Diario de la guerra.
el avance próximo. Del avance no puede dejarse de hablar. La población entera de aquí, toda la oficialidad, toda la tropa, vive pendiente del momento supremo en que la fuerza se empieza a poner en movimiento. Si el corresponsal ha de retratar fielmente en sus crónicas lo que aquí se dice, lo que se murmura y lo que se espera, no hay más remedio para él que hacer una alusión constante á los preparativos, á las conjeturas, á las profecías. Si no hablamos de ello no decimos la verdad. Así, en redondo. Todo lo que no se refiera á eso es circunstancial, postizo, ficticio.

Yo no digo que por la impaciencia de todos se precipite el momento, no. Aparte de que suponer tal cosa sería una puerilidad

absurda. Pero como en el espíritu de todos está la idea de que no se mueva hombre, ni pieza, ni carro, ni ración, ni lancha, ni fusil que no sea para avanzar, para ocupar territorio, todos vivimos pensando en ese momento, y se vive el avance, como podría vivirse el pánico, el entusiasmo ó el desaliento. Yo no soy un técnico en materias militares, ni es fácil que llegue á serlo. ¿Para qué? Yo no sé si es imprescindible, para ocupar Seluán y Nador y lo demás, tomar las cumbres del Gurugú. Pero el Ejército tiene un empeño de honor en que la bandera española ondee en la cumbre de esta montaña. Se podrá atacar de frente, de revés, cercando la cordillera, sitiándolos por hambre, yo no

189

Cuónica de un testigo.

lo sé; pero de lo que oigo, y sobre todo de lo que he visto, desprendo que hay que tomarlo. Con una división, con dos divisiones, con poca sangre ó con muchas bajas-siempre con la menos posible-, es forzoso que una brigada acampe y se atrinchere en la cumbre del Gurugú. Primero, porque atenta á nuestro prestigio moral que á menos de tres mil metros de las murallas de Melilla haya una guarida fuerte para nuestro enemigo, y luego, porque hay que vengar la sangre española vertida en aquellos desfiladeros el 18, el 20, el 23 y el 27 de julio.

Es preciso, y será seguramente, más pronto ó más tarde, que el general Marina, que es un soldado bravo y sereno, de un arrojo frío superior á toda ponderación, ponga-él mismo-la bandera de España á que flamee á los aires violentos de la montaña. El espíritu de este Ejército es el de la misma tropa que tomó otros montes muy fuertes, y se conquistaron los Arapiles y Morella y Somorrostro y se tomará el Gurugú también; antes del avance ó mientras ó después del avance, pero se tomará, y el Ejército cobrará su deuda y desaparecerá esa pesadilla que sufre España desde el 93, y Marina y sus hombres se cubrirán otra vez de gloria.

El fondo de estas afirmaciones que repito aquí es lo que guía todas las palabras de los corresponsales. El ardimiento excesivo, la condición de profanos en asuntos militares, la prisa de escribir, pueden haber dado pábu-

190

Diario de la guerra.

lo á una noticia falsa, á una alarma infundada. Pero la intención, siempre buena, de los periódicos, ha sido esta vez inmejorable y de un patriotismo tan aquilatado como el más noble patriotismo.

LAS NOTICIAS DE ESPAÑA

Violación de correo.

La información no ha de concretarse solamente á la narración de los hechos acaecidos. También tienen su poco de interés el proyecto y el comentario. Si el comentario sale de la pluma autorizada de una persona perita, mejor. Si además el corolario que se ha deducido tiene por sí mismo substancia y enjundia, debe ser atrapado por el reporter, aunque haya que recurrir á la indiscreción, á la violencia, al crimen.

Yo no recurro ahora más que á la violación de correspondencia. No he tenido que recurrir á la sustracción de la carta. He tomado los párrafos al oído; pero-joh, costumbre de trenzar pensamientos de otros! - puedo garantiros que éstas que os diré son las palabras textuales.

Un alto personaje de Madrid, prohombre y grave figura del partido conservador, escribía á persona de su intimidad en Melilla y le incluía estos párrafos:

«Vamos siguiendo con todo el interés que

191

Crónica de un testigo.

tienen los sucesos de esa guerra, que ya merece ese nombre. Desgraciadamente, voy cambiando mis impresiones primeras y me temo que nos hayamos metido en un mal paso. Pero ya en él, no hay más remedio que salir á todo trance, y esa es la opinión de cuantos sienten el concepto de la dignidad. Por eso apenas y avergüenza la conducta de los socialistas catalanes, que repercute en la Rioja y Alcoy, y que es deshonrosa y repulsiva. Se lès está castigando duramente, y no tanto como merecen. Más me preocupa á mí ese estado social que la guerra con todas sus tristezas.>>

Luego hacía el importante personaje cargos y encargos de índole privada, y añadía: «La situación política la veo muy mal. En el régimen que vivimos, todo Gobierno que tiene la desgracia de ensangrentar las calles con represiones de fuerza, aunque le sobre razón, es Gobierno muerto. Este durará lo

que duren los conflictos actuales, pero ya es á plazo fijo. Esto es, si no se complican más las cosas y hay que apelar á un Gabinete de fuerza...»

Luego hace nuestro hombre unas efusivas frases de despedida, de las que hago gracia al lector curioso. Pero con lo transcrito hay bastante para que veáis el espíritu de la carta y para que os percatéis de un razonamiento que quiero manifestaros para terminar. Toda la población civil de Melilla piensa como el ilustre político de Madrid. Hay

192

Diario de la guerra.

3.

»

que salir á todo trance como requiere la dignidad más escrupulosa.

Melilla es desde ahora una plaza fuerte especial y distinta de las demás. Vive aquí un núcleo numeroso de ciudadanos de España, de hebreos fieles á nosotros. Hay un comercio poderoso y fuerte, y una riqueza incipiente, á la que es fuerza oír. No basta con protegerla; es preciso tener en cuenta lo que piensa, lo que necesita y lo que espera. Y esa población pide, todo lo fuerte que aquí se puede pedir, la guerra violenta, de destrucción y de conquista. Pide salir del trance apurado como aconseja la dignidad á los que tienen la sangre caliente y el porvenir en peligro. Quieren un escarmiento definitivo y una acción estratégica y justa.

Es grave coincidencia que el hombre público de allá y el pueblo de aquí hayan coincidido en la fórmula de su opinión. Este caso notable y muy digno de aprecio bien merece que el corresponsal se detenga subrepticamente como el que tome notas importantes y oiga una carta y la publique. Este caso excepcional bien disculpará ante vuestros ojos una violación de correspondencia privada y secreta.

UN BALANCE A MI MODO

Ayer, 2 der Agosto, es día para hacer un recuento del mes transcurrido, y revisando

18

193

Crónica de un testigo.

las notas que tengo y amontonando los recuerdos avivados por ellas, sobre cada deta-

lle, hago esta exclamación, que tal vez os pueda parecer un poco incongruente: ¡Seamos supersticiosos!

No he de justificarme ante el lector. Estamos en esta tierra africana y no es de rechazar la especie de que yo crea que todo lo que vaya ocurriendo estaba escrito de antemano en un libro, libro que ha de ser voluminosísimo, porque aquí están pasando muchas cosas.

No tiro esta raya de total para hacer un balance de este mes pasado, el primero de campaña, cediendo á una sugestión de la rutina del almanaque. Este lapso de tiempo de treinta días forma un período bien definido, porque en su solo curso se han reunido aquí dos divisiones, y viene de camino la reforzada, y porque al expirar ese primer mes los moros combatientes han pedido la paz.

Por eso cierro aquí la primera etapa de mi diario, y exclamo como resumen de ella: ¡Seamos supersticiosos!

Todas las influencias maléficas se han dejado sentir sobre nosotros: la del martes, la del viernes y la del número 13. Y aquí á continuación van los hechos, que lo atestiguan con una fuerza incontrastable:

La jettatura del martes es cosa conocida y sabidísima. Ha bajado al dominio común, y los más analfabetos se horripilan ante la posibilidad de casarse ó de emprender un

194

Diario de la guerra.

viaje en este día. La fuerza, la capacidad mágica del viernes, en cambio, ha quedado entre los profesionales de la hechicería, ó al menos entre los más consecuentes aficionados, y es conservada en secreto, como un tesoro que se mancharía sólo con mirarlo. Pero cuando hayáis ido á que una mugrienta sibila de la calle de Silva os eche las cartas, os habrá hecho volver el viernes; cuando hayáis querido obtener algún augurio cierto de lo porvenir, habréis esperado al viernes para encargarlo, porque el viernes es día de una santidad negra indudable y de una aptitud astrológica indiscutible. Los timoratos tiemblan ante el solo nombre de este día, preñado de misterios ocultos y de revelaciones insondables. Ya sabéis todos aquellas coplas populares que rememoran un año afortunado en que San Juan y las Pascuas «cayeron en viernes», frustrando

así la maldad de ese día pavoroso y terrible. El día 9, viernes, los pobres obreros, inermes y descuidados, cayeron muertos á traición por los moros. El viernes siguiente, día del Carmen por cierto, se hundió una casa en obra del barrio del Polígono, y fueron extraídos 14 obreros de entre los escombros. El 23, viernes también, fué atacada por tercera vez la segunda caseta, la posición de Sidi-Musa y muerto Alvarez Cabrera y deshecho el Disciplinario y diezmada una heroica compañía del regimiento de Melilla.

195

Crónica de un testigo.

Una semana entera, mortal, llena de ansiedad y de locura, desde el martes 13 al martes 20, reinó un levante formidable que dificultó la operación del desembarco de la brigada Imaz, que vino por aquellos días. El batallón de cazadores de Mérida, marcado por su fatalidad con el núm. 13, vió hundirse en las aguas á una de sus compañías, de la que se ahogaron cuatro soldados. La fatalidad del 13 está flagrante y clara como la luz meridiana.

¿Y la desolación que ha sembrado el martes? El martes 20 fué atacada con furia sin igual la posición donde estaba el depósito de boca y guerra, y por el «barranco de la Muerte» la posición de Sidi-Musa, nunca bastante codiciada. Y el 27, martes también, el ardor de Pintos sembró de sangre española la ladera del Gurugú. Tres mil hombres entraron en combate y tuvieron más de trescientos muertos. ¡Qué más!

De cada diez combatientes, una víctima; de cada tres soldados, un herido. Pocas jornadas habrán vendido su gloria tan cara y la honra á costa de tanta sangre.

Hoy, martes 3, revistará el general Marina una parte de las tropas. Esta condición buena no contrarresta el mal de tener que leer un capítulo consagrado á tan tristes acaecimientos. Ya os puse sobre aviso de que el martes era un día nocivo y plagado de males.

196

Diario de la guerra.

EL CABO PRESUMIDO

El cabo Mateo Terrón Presumido, de Figueras, se vió arrebatado y prisionero de

los moros el día en que sorprendido el batallón y murió Ibáñez Marín. Desapareció el día 23, y ha vuelto á nuestro campo el día 29, á la segunda caseta, y esta mañana á su campamento del zoco de Triana. Cuenta el cabo una historia fantástica y emocionante de la semana que ha pasado en poder y compañía de los enemigos.

Dice que primero fué maltratado sin piedad. Luego se humanizaron los carceleros y trataron, por la persuasión y el agrado, de atraerlo á su causa.

Ha estado el cabo Presumido en peligro de ser atrapado por el gancho de una mora, que era á la vez una morucha. ¡Qué situación más apurada puede imaginarse que la de un cabo Terrón, á quien se le dice enérgicamente: ¡Presumido, he ahí á tu esposa! El cabo asegura que rechazó la oferta como un casto José con traje de rayadillo; ¿pero quién puede comprobar la certeza de este remilgo, de este último escrúpulo, en el pecho de un prisionero español?

El cabo comía solamente uvas y miel. Parece, sin embargo, que este alimento, demasiado bucólico quizás, no era todo lo substancioso, todo lo nutritivo que la vida de campaña requiere. El cabo se debilitaba y

197

Crónica de un testigo.

perdía fuerzas. ¿Quién sabe si ello será la causa de que haya repudiado á su esposa, aun renunciando á encender en el monte Gurugú la antorcha de Himeneo?

Sin embargo, la debilidad que le acometía no era bastante para borrar de la mente del animoso Presumido la idea de la evasión. ¿Qué medio empleó el llamado Terrón para llegar corriendo hasta la segunda caseta? No lo sabemos. Las historias que cuentan los libertados no se pueden admitir á la hora de trabajar para la Historia.

Es la verdad que estuvo cautivo, que vistió chilaba y que hoy ha requerido de nuevo su gorrillo picaresco y su formidable bayoneta, que le acompañará mientras viva.

Yo no me atrevo á proclamar héroe al cabo Terrón Presumido, pero sí me atrevo á preguntaros: ¿Debemos envidiar á Terrón su morita ó compadecerle por su odisea?

Yo, en el caso del lector, no sé lo que haría. La credulidad es una fuente de goces mentales y de ilusiones á la cual no debemos re-

nunciar. Esta historia de Terrón es ni más ni menos que otra historia cualquiera de las que no hay más remedio que creer.

Para lo que pueda valer transcribo fielmente lo que contaba Presumido por sus propios labios. Mientras anotaba cachazudamente el minucioso relato, algún oyente escéptico me advertía que ello debía de ser falso. ¡No sé porqué! Pero por si acaso, advierto también al lector que algunos decían

198

Diario de la guerra.

:

que los cuentos de Terrón Presumido eran pura patraña, falsedad y mentira.

UN CAPITÁN Y UN TENIENTE

Día 4 de agosto.

Todos los días sale un convoy de víveres, municiones y material desde el Hipódromo hasta la segunda caseta del ferrocarril minero. Es sin duda este tren militar verdadero nervio de la línea de posiciones que se ocuparon el día 9 y que estamos defendiendo desde aquel día con la consigna de «cueste lo que cueste».

Hoy doy de barato el supuesto táctico de que todos conocéis ya este zarandeado ferrocarril como si pasara por la puerta de vuestra casa.

La línea corre desde el Hipódromo hasta la segunda caseta por el centro de un llano de un kilómetro, que se extiende entre la playa y la primera estribación del Gurugú. Ella conduce el convoy desde que sale de los límites hasta que llega al depósito de aprovisionamiento y suministro fijo en la segunda caseta.

Todos los días, al ir y al regresar el convoy, es hostilizado por los rifeños, que bajan en parejas, en pequeños grupos, individualmente, hasta el límite del llano, y allí, apostados en lugares ocultos, tirotean á los sol-

199

Crónica de un testigo,
dados, á los carros y á la fuerza que los escolta.

El día 2, al volver el convoy, el capitán: García Latorre cayó atravesado por un balazo. Los que le socorrían creyeron en un principio que se trataba de un desvanecimiento.

Iba el capitán sentado en su asiento del

tren minero; unos músicos de Alfonso XII y de Alba de Tormes ocupaban las otras plazas del banco. La bala pasó como el engarce de un collar, á través de todos los cuerpos de 9. los músicos y del capitán, dejando sobre las tablas del vagón tres heridos y un muerto: el infortunado García Latorre.

Venía el capitán á la plaza en función de servicio; un furgón de Sanidad lo llevó al cementerio, y un compañero ó un subalterno del capitán realizaría los actos complementarios de la revista «de primeros» que García Latorre vino á evacuar á la plaza. Se dispuso entonces que la vía fuera defendida con una serie de blocaos para evitar sorpresas nocturnas.

Ayer comenzó á emplazarse el parapeto donde clavar las estacas, tirar el relleno y alzar el aspillero. Para precaver el destrozo nocturno se dejó un oficial de Alfonso XII y un sargento con sesenta hombres, y los Ingenieros al mando de otro sargento.

A las doce de la noche se oyó desde la plaza un tiroteo nutridísimo por la parte del blocao. Hacía una luna clarísima, una no-

200

Diario de la guerra.

童

che apacible. Las descargas sonaban como una función de fuegos artificiales.

El fuego se sostuvo hasta el amanecer.

Fusilería, metralla y después fuego de cañón. Con el amanecer vino el silencio, y con él las noticias tristes, desoladoras.

El oficial que mandaba la fuerza de retén en las obras, el teniente Velarde, había muerto de un balazo. Antes y después de esta sensible desgracia, la tropa se defendió con ardor y con dureza. Toda la noche estuvieron atacados por un enemigo invisible, que arrojaba contra nosotros balas, piedras y maldiciones.

A las tres de la madrugada, ante el irresistible tiroteo, salió de la plaza el Disciplinario en columna de socorro, al mando del coronel D. Miguel Primo de Rivera. Al entrar el refuerzo en la línea de fuego huyeron los moros á sus escondites.

Al amanecer se reconoció el terreno. Desde el parapeto, tan bien defendido por los nuestros, hasta la segunda caseta, estaban levantados los rails en una extensión de más de mil metros. Es esta la segunda vez que

los moros levantan la vía.

Desde primera hora comenzaron los obreros y los soldados á recomponer los terraplenes y á enmendar el tendido de vías. Volverán á moverse otra vez los trenes sobre los rieles, y volverán otra vez los moros á alzarlos en la noche oscura. Volverá á pasar el convoy y volverá á ser tiroteado. Y

201

Crónica de un testigo.

caerán los hombres muertos en sus puestos con la pura inflexibilidad de la disciplina, más recta que los rails del tren. Y se repondrán y seguirá pasando el convoy por el mismo lugar todos los días, á la misma hora. Porque España está haciendo una campaña de heroísmo, de defensiva, de país culto y valiente. Pero estos proyectos y esta conducta, que honra al general que la dicta, que la mantiene y la hace cumplir, enardecen un poco á la oficialidad, que se horroriza ante la posibilidad de tomar un balazo en el tren ó en el convoy, cuando no les importa morir en la barrancada, á la cabeza de sus soldados, con la gorra blanca en la cabeza y el sable en la mano.

UN POCO DE FANTASÍA

La conquista de Cabo de Agua ha sido una incubación del coronel Larrea, jefe del Estado Mayor de la plaza. Hay que oír cómo se habla en Melilla del coronel Larrea. La opinión lo diputa como el complemento del general Marina, el primer auxiliar de gabinete y de campaña que hasta hace poco tuvo nuestro bizarro general.

El coronel, delgado, alto, con su barba cana ya, silencioso y un poco esquivo, pasaba á caballo por la población entre el respeto y las miradas curiosas de los transeuntes. El coronel, espigado de cuerpo, con sus

202

Diario de la guerra.

finas gafas de oro, aristocráticamente encorvado, frío, impenetrable, abandonó su gabinete de trabajo para salir al campo el día 9 en pos del general Marina, que esperaba, caracoleando su caballo en nuestros límites, las fuerzas que á toda prisa le iba enviando el general Del Real.

Se dice que aquel día en que el Estado Mayor fué junto á las fuerzas combatientes, una bala mora, demasiado irrespetuosa, cer-

cenó una de las borlas del fajín azul del coronel Larrea. La sangre fría del estudioso jefe no se turbó un momento. Cuatro días después se fué sabiendo poco a poco entre las gentes, por la indiscreción de la servidumbre. Por ello el aprecio público creció para el coronel. Larrea ha hecho el estudio y dirigió la conquista y fortificación de Cabo de Agua, la posición que completa el dominio y la eficacia de las Chafarinas y abrocha esas posiciones con la de Melilla. Cabo de Agua se ocupó felizmente, se fortificó y se dejó en él medio regimiento de Africa para custodiarlo.

Actualmente manda la guarnición el teniente coronel Gavilá, un valenciano muy simpático y muy franco, un soldado muy á la española, con gran afabilidad y mucha bizarría.

La guarnición de Cabo de Agua está, según las confidencias, amenazada de un ataque probable. La posición mandada por Gavilá se tiene por inexpugnable, tanto por el

203

Crónica de un testigo.

trazado de las fortificaciones como por el espíritu de la tropa que lo defiende.

Ayer, á la tarde, fondeó en Melilla el Sevilla, de regreso de Cabo de Agua. Con las noticias de aquella animosa guarnición traía un recuerdo, un presente valioso en estos tiempos de operaciones militares. Amarrado en blanca venía, entre bayonetas, impasible, con la cabeza alta y la capucha sobre la espalda, un prisionero moro.

El día 4 de este mes comenzó á corretear por los aduarez cercanos á Cabo de Agua, anejos á España, un moro de mediana edad, alto y delgado, con una barba rala, larga y sucia. Llevó un caballo y quería venderlo; recorrió todo el campo hasta la orilla del río y se dispuso á reposar en el fondac de Ulat-el-Hask.

La sección de policía indígena que trabaja á las órdenes de Gavilá le siguió la pista al viajero y á poco lo detuvo y lo trajo ante el comandante militar, que comenzó en seguida á interrogar al moro sin intérprete ni ayuda alguna.

El rifeño adoptó, al verse perdido, un continente de moro de drama romántico, muy en situación con el turbante, y se entabló el siguiente diálogo entre el militar español y

el hijo de Mahoma:

El teniente coronel. - ¿Qué traes y á qué vienes por aquí?

El prisionero. -Traigo un caballo, quiero venderlo y emplear el dinero de su precio
204

Diario de la guerra.

en comprar municiones de fusil y de boca.

El teniente coronel. -¿Cómo te llamas?

El prisionero. - Si-Mohamet-ben-Braim.

El teniente coronel. - ¿Eres combatiente de la harka del Chaldy?

El prisionero. - Soy combatiente contra el cristiano infiel.

El teniente coronel. -¿Qué ofensa tienes recibida de España ó de sus gentes?

El prisionero. - Ninguna ofensa; los santones predicán la guerra santa. Alá quiere que exterminemos al cristiano español y será exterminado. Hasta que Alá se aplaque en su ira, no cesará el moro de luchar contra España.

El teniente coronel. ¿Y este caballo que traes?

El prisionero. ---Es mi caballo, y lo vendo para comprar municiones y comida para mí mientras la guerra santa.

El teniente coronel. -¿Y no temes al Ejército español?

El prisionero (sonriendo). -Español estar gallina; cañones no matar moros. Pero en esta guerra se dispara mucho, y hay que comprar municiones.

El teniente coronel. -¿Es que faltan en el campo moro?

El prisionero. - Si no faltaran Melilla sería ya nuestra. El día 23 mi hermano cogió una mula con dos cajas de municiones.

Aquel día murió tu caid Cabrera. Premio á nuestro empuje fué la munición que Alá nos
205

Crónica de un testigo.

trajo en la mula aquélla. Pero los cartuchos se han acabado, porque los españoles disparan muchos tiros y hay que tirar también desde el moro. ¡Alá quiere el exterminio de la España!

Como si con esto hubiera hecho el último esfuerzo, Ben-Braim cayó en un mutismo de piedra. Al conducirlo escoltado al cuerpo de guardia, despojado de su fusil y su caballo, la tropa lloraba porque le dejaran fusi-

larlo. Cuando llegó el Sevilla se le trasladó á bordo. No ha hecho el moro una sola declaración más. Su cabeza, tocada de un turbante de pelo de camello, no se inclina, ni sus ojos se bajan avergonzados.

Después del interrogatorio y el traslado del preso, se desembarcó para la oficialidad un gramófono con muchos discos que les llegaba á bordo del vapor. Fué invitado á oírlo El Chatcha, santón de la mezquita cercana. El Chatcha metía la cabeza por la trompeta del aparato para ver quién cantaba dentro. Los moros que lo oían se quedaban estupefactos y miraban al cielo, pensando quizá que «los cristianos estar diablos». El Chatcha tenía dispuesto para este mes un viaje á Valencia en compañía de Gavilá, su amigo. La guerra ha destruído este proyecto, como habrá destruído tantos otros y segado en flor muchas ilusiones.

Cerró la noche del día de llegada del vapor, y el santón daba vueltas alrededor del aparato parlante.

1

206

Diario de la guerra.

El prisionero, en su encierro, no bajaba por nada su cabeza, tocada de un turbante de pelo de camello, y estaba tranquilo y callado, como si al declarar hubiera hecho un esfuerzo definitivo.

LA SORPRESA DEL 4

A la hora del vermuth en la brasserie de la puerta del campo, hubo una pequeña efervescencia.

Llegó primero el ruido tenue y amortiguado de unas descargas de fusilería. Luego cundió una noticia un poco extraña. Os la quiero exponer detalladamente, más que por la importancia de la refriega, porque creo que esta clase de escaramuzas han de ser la substancia de la segunda parte de la guerra, que está pronta á dar comienzo. Los combates largos, sostenidos, extensos en la línea de fuego y pertinaces en la duración serán ya raros y no se producirán más que á iniciativa nuestra. Lo demás será una incursión violenta, un ataque de sorpresa, una cuadrilla que pasa á la carrera cerca de nosotros haciendo disparos como si corrieran la pólvora.

Anocheciendo, y cerca de las ocho, volvía de proteger el convoy la columna Jaramillo,

llevando en vanguardia el batallón de Segorbe. Llegaba ya á los límites por la Posada del Cabo Moreno.

El general Marina aguardaba con su Es-

207

Crónica de un testigo.

tado Mayor al pie del Hipódromo para revisar la fuerza expedicionaria de Cazadores.

Anocheceía lentamente y una corona de nubes oscuras se aposentaba sobre las cumbres cercanas del Gurugú.

La fuerza comenzó á llegar formada en columna de marcha. Los caballos del escuadrón de Treviño venían formados en la playa al flanco derecho de la columna.

De repente, en los mismos límites, en una cañadita entre el Lavadero de mineral y la Posada, brillaron los fogonazos moros. Los disparos certeros llegaron á la tropa. Segorbe cambió la formación y comenzó á hacer fuego por descargas.

El general Marina, al oír los disparos, huyó á galope tendido hacia la línea de fuego.

De la Posada salió una sección á cruzar su fuego con los disparos de los Cazadores de Jaramillo, y la Caballería avanzó á galope, amparada por los fuegos de la Infantería y cubierta por la loma. No se puede llamar una carga; ello sería ofender la brillante ejecutoria de Treviño. Fué sólo un avance ligero, sin peligro y sin más mira que limpiar de rezagados la gargantilla de las dos colinas.

Un capitán de Segorbe, que hoy está ya en su campamento, perdió el pulpejo de la oreja derecha, cercenada por una bala mora; quince heridos entraron en el hospital por aquella celada incalculable, por la infinita osadía de nuestro enemigo.

208

Diario de la guerra.

Se estableció sobre la marcha un estrecho servicio de vigilancia en aquel terreno tan lleno de peligros, en los mismos límites de nuestro campo. La columna Jaramillo siguió su marcha á reponerse en sus tiendas. Y el general, delante de sus ayudantes, en su fino y lucio caballo rojo, pasó ante nosotros en dirección á la plaza.

LA PAZ

Anoche estuvo la cumbre del Gurugú coronada de candeladas como si fuera víspera

de San Juan. Primero la cumbre central ostentaba una línea de fuego como un cintillo rojo, como la diadema refulgente de una emperatriz. Luego se extinguió. Después brillaron dos hogueras grandes, gemelas, simétricamente colocadas á los lados de la última estribación del monte. Parecían los dos ojos ardientes, refulgentes, brillantes, de un monstruo enorme que estuviera agazapado junto á la ciudad, esperando la alta noche para lanzarse sobre nosotros y devorarnos. A la mañana supimos que fué la señal para una reunión magna de caídes, de todos los capitanes de las tribus del Rif, desde Zejamín hasta Beni-Sicar. Acudirían á la reunión, con sus blancos albornoces, con sus chilabas pardas de guerra, en sus caballos finos, bajitos, como los gamos veloces, y firmes como los gamos de la montaña, los cai-

14

209

Crónica de un testigo.

des de Quebdana, de Settut, de M'Talsa y todos los de Guelaya; los de Bugafar, los de Bu-Ifrur, los de Beni-Gidic y Beni-Sidel, los intrépidos guerreros de la costa llamados Bocoyas y los montañeses de Facian, de Atman y de Youaua; los jinetes del Garle y del Muluya, abastecidos de armas y caballos por mano de la Providencia.

Dicen que los santones se dividieron: los de Sahadora y Cheraut, el de la Puntilla y otros amigos de España apoyaron la voz de los caídes que argumentaron con la carestía para acabar la guerra y con el temor al fuerte Ejército español para firmar las paces.

Otros santones, amigos de Mizzian y del Chaldy, revoltosos y aventureros, con la codicia del pillaje y el temor del castigo, querían la guerra á todo trance, a todo evento, con riesgos y dolor para todos.

¿Quién es capaz de describir, ni siquiera pálidamente, aquel cónclave lleno de color y de poesía? Habríamos de recurrir á la pluma fresca y fastuosa del padre Mariana, á la del mentiroso embaucador Antonio Conde, á la del brillante y frondoso arabista Guillén Robles.

A las diez de la mañana terminó la reunión de notables. A las doce, Marina recibía los pliegos de una embajada, después de la confidencia oficiosa.

Todo esto, claro está que no tiene valor

oficial, no aporta más fuerzas que su aspecto pintoresco y un signo de decadencia y

210

Diario de la guerra.

arrepentimiento en nuestro enemigo. Aquella tarde se cañoneó la cañada de la cumbre, y hubo otras confidencias diciendo que el territorio de Mezquita, antes amigo, podía tomarse como blanco de nuestros certeros cañones. Los moros refugiados en Camellos habían visto arder sus casas.

Los restantes mezquiteños se habían sumado al enemigo. Como remate á este proyecto de negociación se aumentaba el campo enemigo con otro frente hostil para el paso de nuestras tropas en la gran operación de avance que se proyecta.

El automóvil.

Como estamos haciendo una guerra en favor del progreso, quiero anotar un hecho de poca monta en sí, pero muy importante, por lo que alcanza á significar. Hoy ha cruzado por la Marina, por los paseos y las calles, el primer automóvil que corre por estos campos de Africa. El transatlántico lo ha traído aquí. Es propiedad del duque de Medina de Rioseco. Lo dirige un chauffeur moreno, andaluz, despecherado y sucio, como un chauffeur en tiempo de campaña. El coche es reducido, ligero. Va pintado de blanco. Con su bocina, que contrasta con el agrio balido de las trompetas, de los clarines de Artillería, ha dado una nota grata, afable, á esta vida de Melilla, donde se hace ahora una guerra en favor del progreso.

211

Crónica de un testigo.

«La Viuda alegre».

Al constituirse la primera brigada de Cazadores había necesidad de designar una contraseña para añadirla al toque de sus trompetas y distinguirla de los demás toques.

Alguno propuso que se aplicaran notas de la marcha de Tannhäuser; otros propusieron otras músicas para este empleo. Y el general Tovar, que conoce á sus Cazadores, que aprecia la soledad de la vida de campaña y cuán grato es para el soldado el recuerdo alegre de la mujer, ha dispuesto que se elija la entrada del pasodoble de La Viuda alegre.

Entre las piedras de estos montes, ante el silencio pintoresco de los campamentos, las compañías, los batallones, escucharán las órdenes de sus jefes con aquellas notas que tanto nos enardecieron en las localidades del circo de Price.

ELIEZER HA LLEGADO

Un negociante francés, que viene á Melilla desde Casablanca, como los corresponsales del Shalakof, ha contratado con el general en jefe un centenar de camellos para hacer el transporte de municiones. Como Eliezer, criado de Abraham, llegó al algibe bíblico

212

Diario de la guerra.

pidiendo agua para sus camellos á las doncellas de los cántaros, así ha venido este contratista africano á nuestro general. Trae la caravana con que los franceses se vituallaron al avanzar á Casablanca.

Estos son, pues, los animalitos resistentes que tienen por ahora la exclusiva de la penetración armada en Marruecos. Deberían, por tanto, adscribirse á una oficina de La Haya para que los fueran usando las potencias por turno riguroso de ocupación.

El camello es un bicho eminentemente poético. Las más emotivas orientales de nuestra poesía han sido fabricadas á base de camello. El pelo de este rumiante, esencialmente anhidro, ha tejido las telas, los trajes de las más sublimes imaginaciones.

La fantasía mora, tan pródiga para poetizar cómo para usar balas explosivas, llamó al camello «barco del desierto», lo mimo y lo quiso como á una persona de la familia ó á un amigo de la infancia depositario de la confianza y el afecto más sublimados.

Yo estoy seguro de que hoy, que se les ajusta por quintal y kilómetro, como quien descuenta la tara de un tranvía de mineral ó quien ajusta un billete circular para veranear con la familia, los camellos van á gastar en llanto la humedad que antes les mantenía secos y sin sed durante quince días.

Yo me complazco de que vengan aquí los camellos. Melilla nos ofrece la primera defraudación en el color local. Figúrense uste-

213

Crónica de un testigo.

1

des una ciudad africana adonde se viene

con el natural anhelo de lo pintoresco y no hay una sola nota que nos lo meta por los ojos. Con decirnos que no hay en todo el territorio nuestro más que una sola palmera, muy gallarda, muy alta y muy garbosa; pero una sola.

¿Qué Africa es ésta donde las babuchas os las vende un hortera de Jaén, y no hay tiendas de alfanjes y de espingardas, ni se ven moras ni celosías? La idea que se tiene de Africa es la de un país abrasado y silencioso, lleno de dátiles y de gente sentada en el suelo con los pies cruzados, enrollándose al cuerpo la tubería de una pipa oriental. O rasgamos todos los cromos baratos que adornan nuestras paredes, ó disponemos aquí una decoración y un atrezzo realmente africanos.

El general en jefe ha empezado á ocuparse de ello contratando un centenar de camellos; pongamos, pues, nosotros lo demás. Alá se lo premie, y á nosotros que no nos olvide.

EL CAMPAMENTO DE HÚSARES

A la izquierda del camino del Hipódromo, conforme se termina el barrio de Triana, está la Plaza de Toros. Allí hay un campamento muy pintoresco que aguanta el sol y el polvo sobre una explanada lisa como una

214

Diario de la guerra.

mesa de billar. Entre el segundo de montaña y el mar acampan los tres escuadrones de húsares de la Princesa. Yo tenía anunciada mi visita desde dos días antes al teniente Vallés, ayudante del coronel del regimiento.

Eran las dos de la tarde. ¿Para qué voy á encomiar el carácter africano de la hora y el día? Apilen ustedes todos los elementos caloríficos de que dispongan, las comparaciones más dantescas de que tengan conocimiento, y punto concluído. Al subir al coche apareció á la vista de nosotros Ramón Alba, reporter gráfico de Actualidades. Alba tiene en la cabeza, para cubrir su calva excesivamente respetable, una especie de casco prusiano prolongado, de mucha representación y entidad. La cubierta blanca fué embadurnada por el Poniente de un polvo obscuro, irremediable ya. Entonces, Alba, acordándose de su condición de fotógrafo intrépido, «iluminó» el artefacto aquel, lo

calafateó de rojo minio y se lo puso decididamente en la cabeza. Alba, con su sombrero y su máquina, se unió á nosotros, y nos fuimos directamente al campamento.

Entre los oficiales de húsares no se respira más que entusiasmo y ardor. Hablando del armamento de las fuerzas de Caballería, los oficiales se enorgullecían de sus sables rectos y de sus magníficos caballos.

El coronel, que con los quevedos sobre la nariz trabajaba en su pupitre de campaña,

215

Crónica de un testigo.

rodeado de algunos sargentos y auxiliado del capitán ayudante, quiso abandonar sus quehaceres para atendernos, y se acercó al grupo de oficiales. Alba se puso la máquina ante los ojos é impresionó una placa, sin avisar. A la fotografía hay que darle espontaneidad, vida, gracia. No hay que aperebir á los modelos, sino sorprenderlos.

La entrevista de los reporters con los oficiales acampados es más bien una celada de galantería que una información. Preguntan más ellos que nosotros. Nos piden noticias de Madrid, de política, de la guerra; nos exigen comentarios sobre el avance próximo; se nos interroga de lo divino y de lo humano, y nosotros, pobres de nosotros, no sabemos nada de ninguna cosa, y la curiosidad de todos queda en pie.

Entonces recae la conversación sobre las cartas recibidas de España. Una carta en campaña es algo mejor que un tesoro, es un maná bendito que no se paga con ningún agradecimiento; en los papelitos blancos, llenos de letras y de rayas, viene un aliento del hogar y de la Patria. Fenómeno raro y repetidísimo. Delante de mí ha sostenido muy en serio, con la emoción en los labios trémulos, un bizarro capitán de Cazadores, que se puede estar sin agua, sin ración, sin descanso, sin salud, sin seguridad en el peligro; pero que sin correo, no se puede estar un solo día.

Los húsares nos enseñaron cartas pinto-

4

216

Diario de la guerra.

rescas en toda la poética ingenuidad de lo íntimo. Un oficial sacó de su guerrera de rayadillo, con gran parsimonia, un sobre ras-

gado. Dentro de él venía una carta extensa, cruzada, cubierta materialmente de renglones en todos sentidos, y además un pequeño papel también escrito con letra menuda y clara.

-En este papel-dijo agitando la hojita-me ha copiado mi mujer la Salve. Me dice que tal vez no recuerde la oración, que lea el papel á diario hasta que la aprenda de nuevo.

El oficial sonreía suavemente, guardando todo aquello en el sobre otra vez. Yo no sé por qué, apostaría algo á que todas las noches lee el papelito, y que cuando leáis estas líneas vosotros, el bizarro oficial sabe perfectamente rezar la Salve de corrido y que la reza á la noche, tendido sobre su camastro de campaña. El médico del regimiento nos mostró otra carta, en que su esposa le decía: - Cuídate bien y cumple con tu deber en todos los momentos. - En este consejo lacónico se nos revelaba un alto carácter de mujer española, con un espíritu inmarcesible de sacrificio y de renuncia. Otro oficial se acercó á nosotros muy satisfecho. Venía de la cadena de caballos que se alineaba bajo un cobertizo de lona. Había conseguido hacer beber á un caballo rebelde y exquisito que rehusaba el agua porque sabe mal. Por fin, después de sesenta

217

Crónica de un testigo.

horas de sed, llegó á él el teniente y con halagos le hizo beber.

Encendí en seguida un «caruncho» de á tercia con que me obsequiaron y nos despedimos de aquellos bizarros oficiales.

El teniente Vallés salió hasta el coche á hacernos los honores.

-Mañana vamos al convoy con dos escuadrones. Yo tengo muchas esperanzas en los húsares. Son trescientos jinetes...

-Que vienen con las de Caín...-dijo Alba poniéndose en actitud de involucrar las informaciones gráficas.

-Hombre-repuso Vallés-, se hará lo que se pueda. No tenga usted duda.

Volvimos en nuestro coche á Melilla. Yo envolvía á mi amigo en nubes de humo perfumado. El coche trepidaba, desencuadrándose en cada bache y encogiéndose y dando de sí acompasadamente como el fuelle de un acordeón.

LOS TRABAJOS DE MAR CHICA

Ahora se ha puesto ante nuestros ojos, como una interrogación que presume de encerrar la clave del porvenir, el canal de la bocana de Mar Chica. ¿Cuánto tiempo se tardará en abrirlo? ¿Se aguardará á su terminación para comenzar las operaciones de avance? ¿Se puede subsanar la falta del canal haciendo un varadero por la playa del

218

Diario de la guerra.

mar libre y un botadero por Mar Chica? ¿Sería un sistema, de resultado práctico, el transbordo de remolcadores á botes pequeños, pasando las mercancías por encima de la lengua de tierra? Estas preguntas, que son por cierto interesantísimas y graves, no tenían en la plaza contestación alguna. Yo quise buscar la respuesta en el terreno de las obras, y la mañana de ayer la pasé en la bocana de Mar Chica.

Un lobo marino.

El capitán de la draga Huelva, de la matrícula de su nombre, es un andaluz de carácter abierto, decidido y simpático. Cree que la misión del hombre sobre la tierra es servir á sus amigos, aunque el servicio consista en asesinar, en arruinarse, en jugarse á las chapas la cabeza propia contra un par de cabezas ajenas, un par por lo menos. Es de corta estatura, grueso y joven. Ha hecho la navegación de cabotaje en España con toda clase de embarcaciones, y refiere los cruceros de altura más absurdos, itinerarios disparatados, navegaciones interminables que no han podido con su melancolía agotar el tesoro de jovialidad de este muchacho, que no hace más que lo que quieren sus amigos», según repite á cada paso, como si divulgara con esto un aforismo de filosofía fundamental.

219

Crónica de un testigo.

Este lobo marino, pequeño y grueso, que cautiva con su talante servicial y gracioso, se llama Emilio López.

Eduardo Cortés, capitán práctico de la rada de Melilla, me presentó á Emilio López en uno de los cafés del muelle. El capitán de la Huelva comenzó á pedir á voces cerveza «para nosotros, y se puso á mis órdenes absolutamente, hablando á toda prisa y

sin admitir aclaraciones ni insistencias.

-Lo que usted quiera, hombre-me decía -. ¿No he dicho ya que lo que usted quiera? Mañana, á las cuatro y media de la mañana, tiene usted un bote en el muelle... y usted manda.

-Bueno; pues iré mañana á las cuatro y media-dije yo con un poco de timidez.

¡Ni una palabra más!--terminó el capitán.

Me di un atracón formidable de limón con cerveza, y cuando se hizo de noche me despedí de D. Emilio López con vivas frases de agradecimiento por la acogida que me había dispensado citándonos para el amanecer.

-Ni gracias ni nada, hombre. Yo soy un amigo de mis amigos, y lo llevo á usted á Lima mañana mismo.

-Muchas gracias, capitán. Hasta mañana-dije estrechándole la mano.

-¿Usted se marea?

-Hombre... ¡según! -contesté

-Tengo á bordo cuatro arrobas de man-

220

Diario de la guerra.

zanilla y cuatro de «amontillao» Colón, y nos las vamos á beber.

- Entonces desde luego que me mareo.

El canal de la Mar Chica.

Al ocuparse la posición de la Restinga no se pensó inmediatamente en abrir el canal que comunicara Mar Chica con el mar. Los relevos se hacían por tierra, y el aprovisionamiento y el material se enviaba por mar. Hay en la Restinga un muelle provisional que puede utilizarse perfectamente los días en que no sopla Levante.

Hace cuatro ó cinco años estuvo abierto el canal en el sitio que se llama ahora la bocana. Luego se obturó y se cubrió de arena y conchas. Los temporales, aquí tan frecuentes, rehicieron, con sus arrastres, la lengua de tierra, que recobró en la bocana la continuidad, la altura y el ancho uniforme, aislando la Mar Chica del Mediterráneo. En la Mar Chica desembocan algunos ríos torrenciales de las montañas de la costa, que se secan en verano. Ahora están completamente secos.

La laguna de Mar Chica, sin aguas afluentes y separada del mar, baja de nivel sus aguas, arrojando hoy una diferencia de dos

metros entre las superficies líquidas del mar y la laguna.

Hará unos tres meses ó pocos días más se

221

Crónica de un testigo.

pensó en abrir la comunicación de los dos mares. Se hicieron los estudios á toda prisa y se comenzó á trabajar luego de bien madurado el plan de construcción.

La noche antes de mi viaje procuré indagar algunos datos. Nadie sabe nada de lo que se proyecta. Los cálculos que se hacen de la duración de los trabajos son todos disparatados y erróneos. El trazado que ha de tener el canal que se proyecta tampoco se conoce más que por conjeturas.

No me quedaba, pues, más recurso que la inspección del sitio donde se emplazan los trabajos: el madrugón y el viaje.

El programa de una excursión, acompañado de Emilio López, era bien halagüeño. La perspectiva de las cuatro arrobas de manzanilla bebidas mano á mano con un capitán de draga en una sola mañana me ponía los pelos de punta. Tal vez-suponía yo-ha llegado la hora de que yo realice una verdadera heroicidad. En fin, si no hay más remedio-me argüí yo mismo-, sea lo que Dios quiera. Y me deposité con todo cuidado, pero interinamente, en el lecho, que hervía en una temperatura digna del Senegal, suponiendo que en el Senegal sea donde hace más calor de todo el mundo.

El amanecer en el mar.

A las cuatro de la mañana el sereno de mi calle comenzó á tirar piedras á mi balcón.

222

Diario de la guerra.

Primero, como eran pequeñas, ligeras y discretas, daban en el transparente de esterilla verde y se detenían en él. Luego, fueron creciendo en volumen y en velocidad los proyectiles, y ya no se detenían en la cortina y entraban raudamente en la habitación, haciendo al caer en el suelo el mismo ruido de una granizada. Por fin, un medio ladrillo recubierto de su capa de argamasa cayó sobre la cama junto á mi cuerpo. Entonces me incorporé con toda premura, encendi la luz eléctrica, y con el mismo ímpetu con que me echaba de la cama zambullí la cabeza en el agua de una palangana del tamaño de una

bacía de barbero.

A las cuatro y media de la madrugada es noche oscura todavía. A todo lo largo de la marina hay una fila de luces de bombillas eléctricas, que guñan en medio de las tinieblas. El Casino está ya cerrado y los cafés no se han abierto todavía. El muelle está lleno, materialmente lleno de cajas, de sere-tes, de botas de vino, de petrolinas de aceite. A la derecha del muelle civil hay un promontorio altísimo, formado por «pacas» de paja para los piensos del ganado, y alguna vez para cama de los oficiales y de los soldados.

Detrás de la paja, otro promontorio no menos alto de leña para los ranchos, y debajo del cobertizo, muchos sacos de arroz y de habichuelas.

En el cielo brillaba la luz de las estrellas

223

Crónica de un testigo.

como á la media noche. A la puerta de la compañía de mar dormía en una banqueta el cabo de guardia; el centinela daba vueltas y paseos con su fusil sobre el hombro. El bote que me aguardaba partió al golpe vigoroso de los remeros, surcando las aguas, llenas de sombras todavía. Pasó junto á la proa del Almirante Lobo, dejó atrás un barco inglés cargado de moros y vigilado por la Guardia civil, y atracó bajo la escala real de la draga Huelva. Al pisar el puente surgió, cortando la tenue claridad lívida del ambiente, el grito de un silbato y la voz de mi amigo D. Emilio impartiendo órdenes con acento andaluz.

La draga viró graciosamente, levó anclas y zarpamos, tomando rumbo á la Restinga, con un andar muy gallardo. El capitán se sentó junto a mí en el puente. Comenzó á amanecer. Tocaban diana, á lo lejos, en todos los campamentos, con trompetas, clarines y charangas. El capitán se apoyó un catalejo en el ojo derecho, y yo me apoderé de unos gemelos y comencé á escudriñar las casas de las kabilas que se alzan sobre las colinas de la playa.

Como yo estaba dispuesto á no beber ginebra de ninguna manera, ni de grado ni por fuerza, me dieron tres veces café, y el capitán lo tomó conmigo las tres veces. Servían la infusión en unos jarritos de latón-porcelana que harían como medio litro de

cabida. Cuando ya estaba estibado de café

:

224

Diario de la guerra.

hasta la garganta llegamos á la bocana. Habíamos tardado menos de media hora. Al costado de la draga navega un vaporcito auxiliar, muy gallardo y muy ligero, que se llama Odriel. Venía á nuestro lado como un pececillo travieso y juguetón que siguiera á su madre á todas partes. Cuando llegamos era día claro. Por la parte de Cabo de Agua comenzaba á levantarse el disco amarillo, luminoso y bruñido del sol.

Los trabajos del canal.

A unas ochenta brazas de la lengua de tierra que se quiere romper hay dos boyarines rojos, separados como cien metros uno de otro; á treinta brazas de tierra hay otros dos boyarines, separados entre sí unos cien metros. Dentro de este cuadro de mar es donde debe trabajar la draga.

Al acercarse, un hombre de mar, puesto en la proa de la Huelva, tira al agua una sonda llena de nudos, con un peso en la punta inferior, á la que llamamos los navegantes escandallo. El que va escandallando repite en voz muy alta el resultado de sus sondeos: catorce, trece, doce. Cuando se llega al punto en que hay una altura conveniente, el capitán, que está prevenido escuchando, grita: ¡fondo! Y comienza á caer y á hundirse en las aguas el tubo de succión. Entonces comienza á trabajar la draga.

15

225

Crónica de un testigo.

En el depósito central va cayendo un barro oscuro y sucio, cada vez más espeso. Cuando se llena el tanque, vira la draga y pone proa al mar para tirar lo que ha absorbido. Luego, vuelve á acercarse, á escandallar y á colocarse en su sitio y cargar de nuevo para volver á subir al mar.

D. Luis Molini va á traer tres dragas con sus tres remolcadores, además de la que ya hay aquí. Dos de ellas son pequeñas y ligeras, como la Huelva. La tercera, llamada Rosario, la que presta servicio en los muelles de Sevilla, levanta en cada uno de sus arcaduces dos metros cúbicos de cieno, de arena y de agua. La Rosario carga en un

cuarto de hora quinientos metros cúbicos. Hay además en tierra dos secciones, de cincuenta hombres cada una, armados de espuelas y palas, que facilitarán mucho el trabajo, apartando arena de la superficie de lo que ha de ser canal. Claro está que si más adelante se tropezara en el avance de la draga con alguna roca bajaría el buzo á volarla, ó desde tierra el ingeniero proveería el modo de extirpar el obstáculo de su camino.

El canal que se construye tendrá dos riberas de playa. Por eso el trazado tiene una anchura de cien metros. Las orillas tendrán un declive ligero hacia el centro, donde estará la zona navegable del canal, con un fondo de siete metros en una anchura de diez ó doce brazas.

226

Diario de la guerra.

Yo no sé lo que se dispondrá después; ahora no trabaja la Huelva más que de día, haciendo una jornada de doce horas. Hay que desquitar del tiempo disponible para trabajar los días en que sople viento de Levante. Esos días le será imposible atracar, y la draga que lo intente quedará inútil ó, por lo menos, con graves averías. Y téngase en cuenta que septiembre es un mes de vientos en esta costa, en el que las dragas estarán más tiempo al abrigo de las Chafarinas que arriadas á la bocana arrancando fondo.

Téngase en cuenta que una vez abierto el canal habrá una corriente producida por los desniveles de ambas superficies, y téngase en cuenta también que el trayecto desde el canal á la otra orilla de la tierra firme tiene que ser dragado también, porque hoy la laguna no tiene fondo bastante para la navegación. En resumen, que no podemos saber cuándo estará terminado el canal y será navegable por primera vez la Mar Chica, y podremos ofrecer á nuestros conquistados de Seluán la base de un fondeadero que tiene, según dicen, condiciones para ser el primer puerto de todo el Mediterráneo.

¡Á Melilla!

Apenas cargó la Huelva por primera vez y fué á vaciar, saltó de repente un Levante frescachón. La mar, gruesa y larga, tomaba á la Huelva de través y la balanceaba como

227

Crónica de un testigo.

!

una cuna. El capitán dijo una frase que no puedo escribir aquí, porque quién sabe á qué manos llegará este libro. Salió del mar validado con boyarines y se puso en franquía.

¡A Melilla!--dijo, y bajamos á la cámara á almorzar.

Nos balanceábamos con tal violencia, que tuvimos que sujetar á la mesa los vasos y los platos. Yo me vertí, por causa de mi inesperienza, un buen jarro de vino tinto sobre el pantalón.

Fondeamos, por fin, en Melilla, tirando mucho de la cadena del ancla á impulso del viento y del mar. Yo estaba á punto de hacer inútil el esfuerzo de haber almorzado con balanceo en una cámara cerrada.

El piloto de á bordo tenía que bajar á tierra á telegrafiar y á él me agarré como á una tabla salvadora.

- De manera, capitán, que dejamos el amontillado y la manzanilla para otro día--dije, aferrándome á la escala real como á un libertador.

-Ya sabe usted-me repuso-, lo que usted quiera. Yo soy amigo de mis amigos. Cuando usted quiera me avisa y se viene usted á bordo. Yo le mando el remolcador si no es bastante un bote. Yo, con usted, que es mi amigo, voy á Lima mañana.

¡Qué empeño tenía el buen marino en visitar la capital del Perú!

Con el fieltro de mi sombrero, que me quité de un puñado porque me pesaba en la

228

Diario de la guerra.

frente como si fuera de plomo, saludé á mis amigos del barco cuando el bote me alejaba de ellos.

Y cuatro hombres fuertes, que se tendían tirando de los remos, pusieron el bote á toda marcha hacia el muelle civil de Melilla.

EL INFANTE, DE Á PIE

El infante D. Felipe de Borbón es un muchacho alto, fornido, sin barbas en la cara, rubio, que va delatando á voces su condición de extranjero al hablar con una prosodia enrevesada y absolutamente exótica.

D. Felipe observa unas costumbres abiertas y democráticas, y él y su hermano se tutean con sus compañeros los oficiales del regimiento de la Princesa. El simple mortal que

tiene la fortuna de apreciar esta costumbre queda luego un poco estupefacto. Después va comprendiendo mejor, y, por último, produce una intensa alegría cordial ver la buena disposición, la sencillez de costumbres de los dos simpáticos muchachos. Pasa con esto como con la filosofía alemana, que al principio no se comprende, pero que después es una fuente de placeres secretos.

D. Felipe, además de eso, es un jinete consumado, un jinete verdaderamente formidable. Sin embargo de esto, le acaeció un desgraciado lance de equitación, una peripecia verdaderamente lamentable.

229

Crónica de un testigo.

Al pie del barrio de Triana, bajando de la rampa del puente de Río de Oro, hay un charco que nunca se seca, muy trillado por el continuo paso de caballerías. El lodo profundiza ya hasta cerca de media vara.

D. Felipe venía con su caballo al galope por el camino en busca de su campamento.

Tras de bajar la rampa el caballo, brioso y de buenos pies, comenzó á atravesar el lodazal. De repente se hundió en el barro, y con la velocidad de la carrera hincó las manos, levantó la grupa y cayó al otro lado de la tierra cenagosa, revuelto con el jinete.

El infante sacó la pierna derecha de debajo del cuerpo del caballo, que se levantó luego piafando y rebotándose. D. Felipe echó á andar, cojeando ligeramente. Montó de nuevo y llegó al campamento.

Tiene el noble caballero una contusión fuerte en la rodilla derecha, con un poco de inflamación en toda la coyuntura. A falta de otra medicina, que no quiso requerir, se empapó la parte dolorida en agua de Colonia, aplicándose el líquido por encima del pantalón y de la media bota.

Al anochecer refería su desgraciada aventura con una pronunciación enrevesada y arbitraria.

Se encontraba perfectamente, sin cojear apenas y queriendo á toda costa ir al convoy de la mañana, que había de ser escoltado por los húsares y mandado por el coronel Zabalza, el que no guarda ninguna lenidad

220

Diario de la guerra.

en la ordenanza ni con D. Felipe ni con

D. Reniero, á pesar de darles á cada paso el tratamiento de alteza que les corresponde.

NUESTROS AMIGOS LOS MOROS

Toda la actualidad se encauza, ahora hacia la tribu de Quebdana. La operación de la brigada Aguilera, que se extiende por la derecha del territorio de los quebdaníes, y la columna que, compuesta por tres compañías de África, una sección de caballos y una batería al mando del coronel Larrea, les estrecha y los castiga por la parte Norte, les han puesto tan de relieve hoy, que ahora son la primera línea de la información.

Estos quebdaníes vinieron hace poco á conferenciar con Marina. Nadie pensó en penetrar las palabras de la entrevista. Casi coincidió la conferencia de los caídes del Sur quebdanés con el general y la entrada de los soldados españoles en el territorio de la otra punta de la rada. Una imaginación dotada de más perspicacia inventiva que condición táctica, podría muy bien relacionar las dos expediciones que voy á relatar someramente. Yo, no; yo no hago más que referirlas, sin comentarios ni aditamentos. La posición española de Cabo de Agua es casi inexpugnable. Las fortificaciones han aumentado estos últimos días, y se han corrido las alambradas y los parapetos y los

231

Crónica de un testigo.

fosos á todo lo largo del frente atacable, que domina un declive violento, hasta el valle donde están los aduares más cercanos.

El santón El Checha es amigo de España y parece que lo es sinceramente. El mismo hizo la confidencia de que los de la harka se habían corrido hacia la derecha de nuestro campo y que amenazaban á los contingentes pacíficos de Quebdana con razziarles su terreno si no hacían armas contra España.

Entonces el teniente coronel Gavilá comenzó á comunicar con el heliógrafo á Chafarinas, y desde allí por telégrafo con Melilla. Por fin, envió Gavilá al teniente de Ingenieros Redondo á que de palabra explicara al general la situación y el general dictara las disposiciones convenientes. Primero se envió una compañía de refuerzo. Y luego, con más tropa, salió para el punto del peligro el coronel Larrea, factor técnico en las operaciones de esta colonia.

Parece que Larrea, al llegar allí de noche,

sigilosamente y solo, supo que había algunos disidentes entre los moros fronterizos, que querían dejar la amistad de España y hacerse enemigos nuestros. Sabiéndolo ya todo á ciencia cierta, desembarcó la fuerza, se organizó la columna con Artillería y algunos caballos, y al frente de ella salió Larrea del recinto fortificado.

Se dirigieron las fuerzas en busca de los rebeldes para castigarlos en sus personas y en sus propiedades sin piedad y ejemplar-

232

Diario de la guerra.

mente. El castigo debe ser siempre severo y oportuno, inmediato y violento, para que surta sobre los moros el efecto que se apetece.

Parece que la tropa fué recibida á tiros por algunos amigos de los que eran buscados. Entonces se recurrió al cañón y se bombardeó lo que había de incendiarse, y fueron muertos los que sólo debían de ser prisioneros. La columna ocupó terrenos y posiciones á cuatro kilómetros de nuestro fuerte. Aún no se había terminado la operación cuando zarpó el Sevilla para retornar á la plaza. No se habían extinguido los disparos. Parece que no ha tenido eco entre los quebdaníes la actitud levantisca de esta parte de la tribu.

Noticias del moro dicen que de las siete cabilas de que consta Quebdana, cuatro marcharán de acuerdo en la decisión que tome la junta de los cercanos á Cabo de Agua. ¿Quién puede predecir lo que hagan? ¿Quién sabe si aceptarán nuestra actitud ó se rebelarán contra ella á mano armada? Por estos terrenos la palabra de un moro tiene fuerza de escritura; yo creo y Dios me perdone si me engaño - que en amistad de moro, en expulgo de perro y en cariño de mujer, no hay que creer.

Por lo que pueda ocurrir, parece que Gavilá ha retornado á su puesto, y que Larrea con una bien provista columna, camina ya hasta Bufadi y Beni-Kiaten.

233

Crónica de un testigo.

LAS GUITARRAS DE FIGUERAS

Ayer por la mañana, á bordo del Puerto Mahón, llegaron á mi poder unas guitarras que me remitián desde Málaga. Os contaré

detalladamente este episodio, castizamente español, de la vida militar de los últimos días.

Los redactores de El Mundo tuvimos hasta poco hace, como sabéis, la fortuna de que Burguete fuera nuestro compañero de redacción.

De entonces hay en nuestros pechos para el bizarro Burguete un fuego de compañerismo, de simpatía y de admiración. Era preciso, pues, unir, para mientras duraran las operaciones, el nombre de nuestro periódico al del batallón de Figueras, núm. 6, que á la triste muerte de Ibáñez Marín le fué confiado al autor de Mi rebeldía.

Esa misión de entremezclar los dos nombres para siempre - el del batallón y el del periódico madrileño-fué confiada desde luego á cuatro guitarras claras, ligeras, sonoras, alegres y melancólicas, conforme al son que las tocan, como las almas de los soldados en campaña

En el clavijero, al extremo del mástil, llevan una abultada y brillante moña de seda, con seis lazos amarillos y rojos que caen airosamente sobre el brazo del tañedor. En estas seis cintas va impresa la dedicatoria,

234

Diario de la guerra.

que dice así: Los redactores de El Mundo al batallón de Burguete, Figueras, núm. 6. Melilla 1909. Ayer mismo, poco después de anochecido, fuí á entregar las guitarras á Figueras y á fumar un habano con los oficiales. Llegué al Zoco, donde está alojado el batallón, cuando aún estaban de sobremesa.

Yo me roburizo al deciros que mi llegada produjo en todos mucho alborozo. Los soldados agurdaban ya el regalo con impaciencia. Pero fué preciso esperarlo algunos días para que las guitarras fueran iguales absolutamente, y las cintas idénticas, y la inscripción hecha con la misma tinta. No había que promover celos ni malquerencias entre las cuatro compañías del batallón.

Inmediatamente, unas manos vigorosas arrebataron las guitarras, y alrededor de cada una se constituyó un grupo que aplaudía la dedicatoria, que era leída á la luz vacilante de las cerillas.

El proyector del Hipódromo lanzó su cono de luz clarísima sobre el campo de la Mez-

quita, que se iluminó como en un crepúsculo diáfano.

La explanada posterior del Zoco subía, sumida en la sombra, hasta la trinchera de avanzada que se adivinaba en la cresta de la colina. A la luz escasa de las estrellas se veía, á la derecha, el cobertizo de las acémilas. Junto á la larga mesa de comer se formó un grupo de soldados, compacto y numero-

235

Crónica de un testigo.

so. El proyector del Hipódromo pasó sobre nosotros como un relámpago, blanco y lívido.

En un momento trajo el asistente del teniente coronel un farol de aceite que oreaba nuestras frentes con un humo negruzco de olor penetrante, cerveza helada en unos vasos de aluminio relucientes, y coñac y agua en otros vasos de cristal fino y húmedos todavía.

En seguida, los soldados tomaron posesión de sus guitarras, tocándolas y cantando y bailando. El cabo Luna, de la cuarta compañía, es un tañedor consumado. Hace florituras y fililíes inverosímiles con los dedos sobre las cuerdas. Como domina perfectamente su instrumento, lo mismo acompaña jotas, que guajiras, que malagueñas.

Eleuterio Sánchez es el sastre de la cuarta compañía también, y toca la guitarra tan bien como si fuera barbero en vez de sastre.

El soldado Rufino Peña, con un hilito de voz de tenor un poquitín gangosa, pero muy agradable, recorrió toda la gama de los cantos populares en boga, desde los «garrotines» hasta las «marianas». Todos ellos y otros cantadores voluntarios, los cabos Cuelar y Luna, cantaron muy bien, con mucho sentimiento y con una evocación cabal de la Patria lejana. Porque he de deciros que los aplausos estrepitosos y la alegría que falsamente se derramaba después de cada copla eran cosa ficticia y de apariencia nada

236

Diario de la guerra.

más. Los que oíamos las coplas más bien hubiésemos querido permanecer abismados con las manos en las mejillas y los ojos en las estrellas, dentro de nosotros mismos, que comentar los dichos y reir clamorosamente. Mientras duraba la canción se hacía un si-

lencio transparente y profundo; dejaba de oírse hasta la respiración de aquellos doscientos hombres.

Por la obscuridad de la noche, como los pasos de un espectro sonaba el puntear de las cuerdas en una falseta melancólica. Luego se oía un quejido muy bien entonado y comenzaba la copla, y se iban abriendo los veneros de la poesía popular de un acorde á otro, ante la majestad temerosa de los cielos negros.

Luego se alzó un soldadito, natural de Cádiz, con una picardía en la figura y en el gesto capaz de justificar la leyenda de gitanería rufianesca que aplasta á los hombres de aquella tierra. Este soldado es más bien un histrión que un trovador. El número con que nos obsequió, El amolador, tiene una definición teatral marcadísima. El gaditano, Martín Martínez, imitó luego, al compás de un tango «rasgueado», las suertes del toreo y la despedida de los quintos de Cádiz, que es un paso de sainete muy curioso y digno de mención. Martín se puso á la cabeza un pañuelo blanco, y comenzó á gemir y á llorar, moviendo los pies y los brazos á compás del tango; entonces representaba á la madre

237

Crónica de un testigo.

del quinto. Luego, haciendo más varoniles sus ademanes y más bastos, dijo: «No ze apure osté, mare, que m'han zacao pa caba-yería.» En Cádiz debe de ser un consuelo para los viejos saber que sus hijos andan elevados sobre los lomos de un trotón de la Remonta.

Al toque de silencio salí del Zoco en busca de mi coche.

Cómo se vive.

Pero aun en medio de la emoción de los cantos populares aprendí algunas noticias de pura estirpe guerrera que no quiero que se queden sin salir á luz.

Las avanzadas del campamento del Zoco es uno de los sitios donde más vivo se conserva el fuego de la guerra. La guerra no debe ser solamente una situación por la que se atraviesa con gran dignidad, con mucha bravura y con toda resignación. Es preciso que sea además un hábito, un quehacer constante que llegue á acaparar toda la vida, todos los actos del combatiente.

No basta con decir: yo estoy en la guerra,

me han mandado y me han traído á la guerra. Es preciso que se pueda decir con justicia y verdad: yo hago la guerra, yo soy un guerrero.

Este segundo carácter será tal vez una exigencia de los profanos, de la galería. En
238

Diario de la guerra.

ningún reglamento, en ninguna orden del día se puede mandar que la Infantería se distinga por su entusiasmo ni que la Caballería arda en fuego santo de indignación contra el innoble rifeño. Es más; en las guerras se va á prescindir, más cada día, del entusiasmo personal del combatiente. Todo lo que la táctica moderna añade de condición de autómatas á los soldados y á las unidades de combate, les quita de iniciativa propia, del gusto del estrago al enemigo hecho por la propia mano, y en la ocasión propicia, que debe ser la mayor satisfacción de un hombre de lucha.

Seguramente que el cronista tiene de la guerra un criterio demasiado literario, demasiado épico. Informa mis ideas sobre la campaña un concepto absoluto un poco absurdo y que será, tal vez, impracticable. Yo me figuro que el soldado que está en las avanzadas y ve á lo lejos un moro enemigo, debe, en lugar de abstraerse con los ojos fijos en la visión, requerir el fusil, graduar el alza y disparar un tiro. El disparo no debiera producir alarma en las guardias vecinas. Es decir, todo lo contrario de lo que ahora parece que ocurre; en vez de exigirse la orden para disparar, puesto que el disparo produce la alarma, que se exigiese la orden para alarmarse, y que las descargas en el campamento vecino se oyeran como quien oye llover.

Esto va infiltrándose lentamente en el
239

Crónica de un testigo.

ánimo de los soldados. Los disparos hechos por las parejas que vigilan los límites producen más curiosidad que zozobra en el que los escucha. Ya, en todas partes, cuando alguno hace la candida pregunta, la reponen con mucha naturalidad: -Todos los días nos tirotean.

En el campamento del Zoco, el batallón de Figueras tiene establecido delante de sus

avanzadas una especie de cazadero de moros. Como hay Tiro de Pichón, con sus reuniones y sus pugilatos, aquí se ha establecido el tiro al moro, y falta ya muy poco para que se establezcan premios de honor y de provecho para el que tienda una pieza en el campo. Las horas de cazar son las mismas del cazador de conejos: la hora del alba y la del anochecer.

Se destaca delante de las avanzadas el teniente coronel con algunos oficiales armados de Maüßer y diez ó doce tiradores escogidos. Se separan en ala para no hacer grupo al tiro enemigo; los soldados se echan á tierra; Burguete, alzando su figura sobre un peñón, escudriña con los gemelos. Así están en espera un rato largo, con gran paciencia, con el desinterés de un cazador de oficio. Alguna vez avanzan un poco hasta la cumbre de una colina cercana. Y ahí se apostan los soldados, con el fusil abrazado como un tesoro, los ojos clavados en los claros de las chumberas y en las sendas de los riscos.

240

Diario de la guerra.

Alguna vez el jefe da una orden en voz baja: -Á la izquierda de la piedra grande, un punto que se mueve, ¿lo ves, muchacho? Ahora baja el moro. ¿Lo ves?

-Sí, señor, mi teniente coronel.

-Apunta bien, con calma y tira dos balazos seguidos. ¡Apunta bien...! con el alza á 1.500 metros.

---Sí, señor, mi teniente coronel.

Á poco se escucha el ruido casi seguido de dos detonaciones, y Burguete, con los gemelos clavados á los ojos, escudriña la tierra enemiga. Generalmente, otro disparo sale al mismo tiempo de otro fusil. Otro soldado ha seguido las indicaciones del jefe y ha querido coadyuvar también á la muerte del moro.

Después de todo esto, sale de los labios del teniente coronel un insulto para el enemigo a quien tan violentamente se le sorprendió. Y los gemelos escrutadores de Burguete se vuelven á otro punto del campo, y las miradas de sus tiradores también se vuelven. Y este fenómeno se repite todos los días, de madrugada y al anochecer. Anteanoche estuvo destacada en la trinchera de los Lavaderos del mineral una com-

pañía de Figueras, al mando del capitán Berenguer. Al amanecer, los moros comen- zaron á ofender la posición con disparos sueltos, como queriendo indicar que estaban allí para perturbar con sus tiros la hora del relevo.

16

241

Crónica de un testigo.

El capitán Berenguer, que sigue al pie de la letra las teorías de ofensiva absoluta que predica y practica el jefe de Figueras, tomó la más radical y la más eficaz de las medi- das: salir de la trinchera con sesenta hom- bres, subir á la loma, desalojar á los moros de allí, y asegurarse así la tranquilidad á la hora de relevar el destacamento del Lava- dero.

Como se pensó se hizo. La sección de avance se puso en movimiento, rastreando, escondiéndose en los repliegues del terreno, con el cuchillo armado y la cabeza baja. Al trasponer la loma, los moros se fueron reple- gando, haciendo fuego desde detrás de cada pita, de cada piedra, de cada accidente del monte.

Simulaban alejarse para caer con furia sobre los tiradores de Figueras á la hora que se retiraran á la trinchera otra vez. Pero Berenguer, mientras veía un fogonazo tras una piedra, no se retiraba ni cesaba de avan- zar; mientras silbaba una bala enemiga, los Cazadores, sin hacer fuego en vano, avan- zaban hacia los moros. En este ardimiento llegaron hasta el desfiladero derecho del Ba- rranco del Lobo. Los moros, acorralados en aquella posición, desaparecieron, huyendo por la vertiente abajo. Berenguer dió allí algún descanso á su gente, mientras él, con su lápiz y su cartera, hacía un croquis de- tallado y exacto de la topografía de aquel terreno.

242

Diario de la guerra.

---Por lo que pueda servir-decía el capi- tán-cuando subamos al Gurugú.

Volvió la fuerza á su puesto, y á la hora del relevo el frente enemigo estaba en silen- cio y sin hostilizar.

CAMINO DE LA RESTINGA

Los periodistas han roto hace unos días las hostilidades entre sí, por causa del caba-

llo. Armarse corresponsal en operaciones es cosa tan árdua, tan complicada como armarse caballero. Corresponsal hay andando ahora por los campos del Rif, que ha velado sus lápices á la puerta de una tahona donde dormía su caballo. Periodista hubo que se lanzó por el camino de la Restinga-en pos del Rey-con el mismo espíritu de renunciación con que un hombre desgraciado se levantaría la tapa de los sesos.

Ayer me tocó á mí. Os contaré lo que pasó con todo desinterés, como si no fuese yo á un tiempo el protagonista y el cronista de esta verídica historia.

El destino me obsequia con un caballo tordo «rodao», grande, alto, joven y bien parecido. Es fuerte y ligero. Tal vez pudiera ser un buen caballo de guerra; y, sin embargo, pienso regresar á España sin comprobar esta belicosa aptitud del noble bruto. Digo noble y no digo bien. Sería noble si antes de hacer un torniquete, un volatín,

243

Crónica de un testigo.

una empinada, lo advirtiera francamente y sin rodeos.

-Señor-me diría el caballo-: tengo el propósito de ponerme de pie, de levantarme como un solo hombre en cuanto hayamos doblado aquella esquina.

Pero no hay tal. No dice eso el caballo. Se calla como un muerto, y cuando lo tiene pensado, se coloca como una vela, con una esbeltez y una elegancia dignos de la antigüedad clásica.

Este caballito tan simpático y tan entendido se llama Dador. Excuso decir á ustedes que Dador me ha dado un disgusto cada vez que he tenido la dicha de montarlo.

Con caballo y paciencia.

Y me dispuse á completar mi bagaje para transportarme á las avanzadas é incorporarme á los expedicionarios de la división Orozco.

Primero envié, á bordo del Menorquin, un mediano envoltorio, donde se contenía, entre otros trebejos, una cama de campaña y una manta. El envoltorio no ha llegado aún á mis manos y anda dando tumbos desde la Restinga á Chafarinas, de Cabo de Agua á Melilla, sin poder tomar tierra en ninguna parte. Ha bastado que yo deposite en el amplio vientre del barco estos enseres de des-

cansar, para que el barco ni la tripulación
244

Diario de la guerra.

hayan tenido descanso ni un solo momento.

Y puedo asegurar que no es nada agradable dormir en la Restinga teniendo la cama y el colchón fondeados frente a las Chafarinas.

Para que podamos presenciar la guerra nos proporciona el Estado Mayor del Ejército de operaciones unos pasaportes en que se nos autoriza «para acompañar á las columnas que salgan á operaciones, si los jefes de las mismas lo consideran conveniente, y visitar los diferentes campamentos, con prohibición de pernoctar en los de primera línea».

El coronel Jordana, que firma estos papeletos, está desde que Dios amanece atado á su mesa de trabajo en la Subinspección. Es una mesa brillante, limpia y ordenada en todos sus detalles. Sobre ella hay pocas plumas y pocos papeles, porque los papeles están allí poco tiempo. A la derecha, bien cerca de la mano, hay un tintero de cristal diáfano, resplandeciente, y junto al tintero dos timbres, el uno negro, que llama á los ordenanzas y porteros, y el otro rojo, que hace venir á los escribientes de la oficina.

El coronel va examinando lentamente, concienzudamente, los papeles que hay sobre su mesa y añadiendo notas al margen ó poniendo su firma al respaldo de las comunicaciones. Y luego á media voz va diciendo, según las materias á que se refiere el documento: capitán Fanjull, capitán Benedito, capitán Villa Abrille, y se van presentando por una puertecita á la izquierda de la
245

Crónica de un testigo.

mesa los oficiales de Estado Mayor, que reciben de manos del coronel un documento y una aclaración de viva voz.

El coronel Jordana tiene la cabeza redonda y erguida, lleva el pelo entrecano rapado á punta de tijera, como el de un quinto novel, y su bigote, recortado y sin guías, baila sobre los labios, porque el coronel es uno de esos hombres que cuando meditan mueven la boca á compás de sus pensamientos. Al contrario que el comandante Barrera, que, pequeño, flaco y nervioso, mueve, cuando piensa, todos los miembros de su cuerpo y apoya en el tablero de la mesa las rodillas

y hunde su brazo hasta el codo entre los dos muslos, y luego se estira, restregándose contra el espaldar, imprimiéndole á su cuerpo la misma movilidad que á su múltiple y penetrante inteligencia.

El día que yo acudí á recoger mi pase, la mesa de trabajo del teniente coronel Llanos-la tercera que se contiene en esta pieza amplia y ventilada-estaba desierta.

El distintivo de estos jefes y oficiales de Estado Mayor consiste en que su trabajo es tanto de gabinete como de campaña: redactar una orden y estudiarla, para montar inmediatamente á caballo y transmitirla y hacerla cumplir. Hace falta para esta misión valor, talento, serenidad y experiencia.

246

Diario de la guerra.

En el camino de la Restinga.

El camino que más se recomienda para llegar desde la plaza al campamento de la Restinga es el de la orilla del mar. Por la ribera del agua ha ido mil veces del campamento á Melilla el automóvil del sportman malagueño Amaro Duarte, que ha sentado plaza, con su Peugeot 9 H-P, á las órdenes del general Marina; por la orilla del mar van los coches que alguna vez han recorrido ese camino, y por la orilla del mar salí yo montado en el Dador, que me indicó bien á las claras su designio de llegar hasta el zoco El-Arbáa en dos patas, como si fuera un hombre. Este camino practicable de la orilla del mar es una estrecha zona de arena mojada, la parte de playa que cubren las olas cuando sube la marea y que luego queda libre, húmeda y endurecida. Dicho se está, pues, que en las horas de marea alta, con mar de Levante ó de Poniente, este camino es impracticable. El automóvil ha quedado estancado en la arena más de una vez cuando las aguas, cubriendo la capota del motor, han penetrado hasta el magneto. Entonces han ido por él unas gallardas y potentes mulas, que lo han vuelto de nuevo á su garage de campaña.

Al lado de esa pequeña zona de playa arenosa comienza otra faja más ancha, cubierta de conchas de almejas. Allí se hunden los

247

Crónica de un testigo.

caballos hasta la cincha, y los coches hasta

los cubos de las ruedas. Hay millones y millones de conchas, tan zarandeadas por el mar, que les ha ido gastando el filo. Esta que pudiéramos llamar la región de la almeja se extiende á todo lo largo de la lengua de tierra, y se pierde insensiblemente en la playa de la mar libre, por la parte de Quebdana. Al interior de esta faja de conchas se alza, á todo lo largo del camino, una duna arenosa de tres á cuatro metros de altura, pelada de toda vegetación, pero de un marcado sabor africano. Por la cumbre de estas dunas corren los alambres del telégrafo á la Restinga, recientemente instalados por los ingenieros militares.

La parte que da á la Mar Chica tiene una playa llana, baja, de arena fina, cubierta de marismas y pelada también de vegetación. Entre esta playa y la parte derecha de la línea de dunas está el camino que el paso de los convoyes y de las fuerzas y de los carros ha ido marcando.

A la mitad del trayecto, entre la bocana y la Restinga, hay unos aduares, de moros que apacentan sus ganados y cultivan sus sandías en un huertecito minúsculo. Parece mentira que vivan allí cabras, vacas y ovejas; pero si es un problema para nosotros el modo como se alimentan los moros, ¿qué mucho que nos sorprenda cómo se mantienen los animales morunos?

Hasta la bocana se ha tendido una línea

248

Diario de la guerra.

de ferrocarril, que funciona ya regularmente, y entre la vía férrea y el mar, la línea telegráfica.

En la bocana hay un destacamento de cincuenta hombres y un oficial, destacamento que facilita la fuerza de avanzada en el Atalayón.

La vía termina en un embarcadero, alrededor del cual se ven tres ó cuatro embarcaciones: gabarras, canoas automóviles, lanchas de vapor sobre las aguas de la laguna, siempre tranquilas y serenas.

Cuando se haya abierto-si alguna vez se abre - el canal que una los dos mares, la playa se disminuirá, subirá el nivel de Mar Chica más de un metro y la lengua de tierra que separa un mar de otro será 50 metros más estrecha de lo que es hoy.

De la bocana á la Restinga hay 17 kiló-

metros de un camino monótono, a trechos polvoriento, arenoso, y á trechos pantanoso y encharcado. Y á la izquierda de la Restinga, también sobre la Mar Chica, se ve otro embarcadero que, como el de la bocana, está rodeado de pequeñas embarcaciones de vapor, de vela y de remo.

Revoloteando sobre toda la lengua de tierra hay bandadas de cuervos grandes, lustrosos, valientes, que dejan llegar á los hombres á que se les acerquen casi á tocarlos con la mano, y es que por el camino de la Restinga no ha pasado aún ningún cazador caprichoso, certero y exterminador.

249

Crónica de un testigo

1

Este camino de la bocana á la Restinga no tiene más particularidad que su monotonía; son diez y siete kilómetros que le vienen largo á cualquier caballo y á cualquier jinete.

En nuestro campamento.

Al llegar á la Restinga, el jinete que lleva veintidós kilómetros de impaciencia y ajeteo respira satisfecho. El caballo relincha y hace más veloz su galope.

Lo primero que se ve es una tienda rayada de azul, de los periodistas franceses. Está á la izquierda, junto á la playa del Mediterráneo, emplazada sobre un lecho de conchas, abierta al mar y al sol de la mañana. Detrás de ella están los sitios blancos, donde comienza el campamento.

La Restinga está guarnecida por dos compañías del regimiento de Melilla, la quinta compañía de Arapiles, compuesta de reservistas, una sección del Parque móvil, una sección de Ingenieros y una sección de Artillería. Además está allí la fuerza de policía indígena, mandada por el capitán Barbeta, artillero y arabista.

El comandante militar del campamento es el comandante Carrasco, del regimiento de Melilla. Carrasco tiene cabeza y cara de fraile, es hombre de pocos cumplidos y amigo de favorecer y facilitar á los demás. Hay,

250

Diario de la guerra.

además, en la Restinga una importante factoría de Administración Militar que antes mandaba el comandante comisario de gue-

rra Martín Alba, y que hoy está á cargo del teniente coronel del Cuerpo Sr. Bizquerra. Bizquerra, atildado y pulcro, con su uniforme de kaki y sus bigotes blancos puestos á la borgoñona, ha sido la providencia nuestra y de nuestros caballos. Yo pensaba vengarme de las piruetas y brincos de Dador condenándolo á una dieta cruel y prolongada; pero Bizquerra, pródigo y dadivoso, apartó de mí aquellos planes siniestros, y cuando me dió á mí de comer le echó también su pienso al caballo bailarín y revoltoso.

Hoy, la mayor parte de las fuerzas que guarnecen la Restinga están acampadas en la vertiente de la altura. En el antiguo recinto alambrado, atrincherado, rodeado de fosos y con dos puentes levadizos, apenas caben ya los depósitos de víveres, la guardia De la comandancia, el parque, la cantina y comedor de oficiales.

Delante del primer puente se han levantado dos tiendas, una para el general Marina y otra para su Estado Mayor. Son dos tiendas que en nada se diferencian de las demás, sin vistosidad ni distintivo alguno, puestas allí humildemente, junto al foso del campamento, sin denotar en nada que aquellos lienzos guardan en su recinto el plan y la responsabilidad de la campaña, y tal vez

251

Crónica de un testigo.

el porvenir de España en tierra africana.

Entre las dos líneas de alambradas está el cementerio de los naufragos alemanes. Veinticuatro turistas del vapor Leyda, que se estrelló contra la playa llena de arrecifes, tuvieron allí sepultura piadosa y un mausoleo de conchas sobre cada cuerpo. Ninguna tiene cruz ni inscripción, ni se guarda otra formalidad de la misericordia que un acta en que se tomó nota del siniestro y del enterramiento de los veinticuatro cadáveres.

Hay una cosa en la Restinga falsa y engañadora que merece mención especial: la cantina. Ocupa un barracón grande y amplio.

El viajero se dirige á ella como á un puerto seguro; pero, buenos están los puertos seguros. Después de un interrogatorio largo y difícil, vine á comprender, aterrado, que allí no había más que leche condensada y pimientos morrones. Además, había cognac, sidra, Champagne...; de beber, de todo; pero

fuera de eso, ni pan siquiera; leche y pimientos eran los únicos componentes de un menú completamente absurdo, al cual renuncié desde luego con un gesto gallardo y atrevido.

La noche, temerosa y cargada de un temporal de levante, se fué apoderando lentamente del campamento. Dentro de las tiendas se iban encendiendo lucecitas tenues, mortecinas. La patrulla comenzó á recorrer las calles de tiendas.

El comandante Carrasco, con una buena

252

Diario de la guerra.

voluntad que nunca le agradeceremos bastante, puso á nuestra disposición una tienda de campaña. Y yo, después de devorar una colación frugal, digna de los eremitas de la Tebaida, me tendí filosóficamente sobre un jergón de paja, y con botas y espuelas, el sombrero puesto y los brazos cruzados sobre el pecho, á Dios le di gracias por sus inagotables beneficios.

LA BRIGADA AGUILERA

EN EL ZOCO EL ARBÁA

Desde su campamento de los altos de Rostrogordo fué el regimiento del Rey, con el jefe de la primera brigada de la división Orozco, á acampar en nuestra posición de la Restinga. Al día siguiente avanzó hasta el zoco del Arbáa, recorriendo el extremo de la lengua de tierra y vivaqueando á unos seis kilómetros del fortín para ocupar unos aljibes y el terreno cercano, que es rico de agua, para abrir pozos.

Esta es la llave principal de las operaciones: el suministro de agua para los soldados. No hay agua en toda la costa del Rif más que en ciertos puntos ya conocidos, que, para el avance, tienen un gran valor estratégico. Siempre es un artículo el agua de mucha necesidad; aquí hoy, con el calor abrasador, el polvo y la fatiga del verano, sube de pun-

253

Crónica de un testigo.

to el aprecio que se la tiene y se echa de menos con un recuerdo más perenne.

Nuestro Ejército, en esta marcha, se ha puesto en movimiento, ocupando el frente de una llanura que no se interrumpe hasta la alcazaba de Seluán. El terreno que se aiza ahora delante del caballo de nuestro gene-

ral es de naturaleza arenosa; tiene dunas y altozanos de alguna entidad, pero sin valor defensivo, y, por lo tanto, sin que puedan ser un obstáculo para el avance de nuestras tropas, que por fin se han visto á punto de combatir en campo abierto.

Nuestros soldados han esparcido sus pechos al verse avanzar por la llanura, una llanura ingrata, un desierto pequeño de verdadero sabor africano; una explanada de muchos miles de metros de extensión que dejaba entrever la posibilidad de un avance tranquilo, ante la alternativa de batallas campales que en modo alguno aceptarían los moros del Rif.

Apenas hay á la izquierda, mirando al Sur, algunas colinas por la parte de Mayer-Monli-Braim, cerca de una pequeña laguna. Lo demás, hasta la orilla del río Seluán, desde el zoco y desde la Mar Chica, es llano y andadero, tiene la sorpresa difícil y el ataque muy arriesgado.

En dirección á la derecha, avanzando siempre hacia el Sur, están los pozos del Aograz. Colocados muy cerca de la playa, están estos pozos á la altura del fortín de la

Diario de la guerra.

Restinga, á la otra banda de Mar Chica.

La ocupación de estos pozos puede ser el objetivo de la próxima operación. Caminando hacia ellos, la tropa expedicionaria tiene su flanco derecho cubierto por la orilla de la gran laguna, é inexpugnables sus comunicaciones con la base de los pertrechos, puesto que corre la línea por la ribera del agua. Esta posición de los pozos está más cerca aún de Seluán que el zoco del Arbáa. Con unos buenos gemelos y un poco de fantasía se ven ya los muros chatos y sin aspilleras de la vieja alcazaba.

Desde el campamento de la Restinga á las nuevas posiciones de zoco de Arbáa se tarda á caballo una hora y cuarto, de un camino llano, pero, por arenoso, difícil de recorrer.

Á la mañana siguiente salió para la avanzada del Arbáa el regimiento de León con dos baterías Schneider.

El coronel Santa Coloma mandó tocar diana á las tres de la madrugada. Los soldados se levantaron con mucha prisa y gran entusiasmo y abandonan el campamento

mientras tocaba la banda alegres alboradas. Se le sirvió á las compañías un desayuno de café, y al clarear el día salieron, marchando hacia el Hipódromo, donde se le había de incorporar la Artillería y seguir todos para la Restinga á tomar el primer rancho. El camino del Arbáa es el camino de Se-luán. Nador es por hoy el punto de concen-
255

Crónica de un testigo.

tración de las fuerzas moras, que han evacuado casi por completo la vertiente derecha del Gurugú.

En la Restinga se habían mandado construir cuatro hornos para confeccionar cada día diez mil raciones de pan. No ha sido preciso aguardar á la terminación de la fábrica para lanzar al avance la brigada Aguilera, porque se ha ensayado con un resultado satisfactorio la alimentación por medio de galleta traída de España.

Son las galletas unas piezas circulares, de la circunferencia de dos manos apoyadas en anillo y de una altura de dos centímetros y medio. La galleta ésta es bastante dura. Los soldados, para comerla, la tienen dentro del agua un par de horas y luego la mascan un poco más humanizada. Hasta que se terminen los hornos, la fuerza avanzada comerá galleta con su ración de carne... porque la pobreza de nuestra alimentación militar en tiempo de guerra es pura leyenda.

La botadura de la lancha Cartagenera está á punto de realizarse. Por la zanja que corta hoy la bocana se ha corrido una obra muerta para instalar un cabrestante potentísimo, y con este aparejo de dique se pasará de las aguas del mar libre á la Mar Chica la lancha cañonera, sin desmontarle una sola pieza de la caldera ni del artillado. El general Marina volvió anoche satisfecho de su visita al campamento de la Restinga. En el campamento de Rostrogordo se
256

Diario de la guerra.

espera que muy pronto vayan desfilando hacia la Restinga las otras unidades de la división reforzada, todo el regimiento de Artillería 2.º montado y los escuadrones de húsares, y en seguida... al avance.

Día 31

En la acción empeñada ayer por la maña-

ña en el llano del Arbáa se ha conseguido uno de los ideales primeros que se perseguían en la campaña: ver los moros en campo abierto. Por iniciativa nuestra ó del enemigo, esto es lo mismo, el caso era hacer un contacto entre nuestras líneas ofensivas y el moro en campo libre. Ello se ha logrado ayer en zoco de Arbáa.

Los moros rebeldes venían á castigar en su casa y en su hacienda á un caid amigo nuestro del territorio de Arkemán. Á impedir esta correría avanzó la tropa del general Aguilera en orden de combate.

La acción comenzó á las siete de la mañana y duró hasta la una de la tarde, consiguiendo la desaparición total del enemigo á nuestra vista.

Como á las once y media, venía de la parte de Seluán refuerzo enemigo. Parece que entre un grupo de unos sesenta jinetes venía el hijo del Chaldy, llamado Ismael. El grupo de jinetes fué batido por las granadas de las piezas Schneider. Los caballeros moros,

17

257

Crónica de un testigo.

que venían á rienda suelta, fueron arrollados, envueltos por los disparos certerísimos de la Artillería. El ligero escuadrón fué completamente deshecho; pudo verse cómo cinco ó seis caballos volvían grupas y huían despavoridos. Y allí quedó un montón de cuerpos sangrientos, apilados los hombres, los caballos y las armas.

La infantería mora fué envuelta en un hábil movimiento de la Caballería, y un grupo de moros perseguidos de cerca por nuestros caballos tuvo que arrojarse á las aguas de Mar Chica para salvar la vida. Se ha visto, pues, de una manera palpable y clara, que Seluán es ya nuestro cuando alarguemos la mano para tomarlo. La táctica para el llano estaba prevista. La Artillería barrerá las posiciones y las líneas enemigas, y los moros fugitivos del avance ordenado y seguro de las tropas á pie, serán deshechos por nuestros jinetes. Avanzaremos sin dificultades serias y sin bajas.

No hay más que una inquietud para las columnas que vayan avanzando: el ataque nocturno al campamento. Estas escaramuzas han de ser muy duras y muy sangrientas y de mucha zozobra.

Se ha podido apreciar en esta guerra de Melilla cómo los moros avanzan en sus ataques á los campamentos y llegan hasta la boca misma de los cañones con ánimo de herir de arma blanca á los artilleros. Y alguna vez han sido tan intrépidos y de tanta cegue-

253

Diario de la guerra.
dad su ataque, que han llegado á hundir sus gumiás en los pechos de nuestros soldados. Con estas condiciones para atacar, ya veréis cuán peligrosas son sus correrías nocturnas, y cuán temibles sus sorpresas y sus golpes de mano. En la famosa noche de Sidi-Musa, algunos moros avanzaban hacia nuestros parapetos arrastrando el pecho por el suelo y porteando una piedra enorme y un puñado de maleza, que les servía de escondite y de trinchera movable y portátil. Ese es el único peligro serio que amenaza á nuestros soldados en su avance por el llano de Arkeman y sobre Seluán y Nador. En los combates, en la vida de campamento durante el día, cuando la seguridad del soldado está en la boca del fusil y en el filo de las bayonetas, no hay nada temible para nosotros. La prueba está en que ayer se sostuvo un fuego de seis horas con dos regimientos, cuatro baterías y doscientos caballos puestos en batalla, y apenas hubo tres heridos graves y doce ó catorce leves y contusos.

Desde los barcos que había anclados en la playa de la Restinga se vió que llegaban á la lengua de tierra, por la parte de Quebdana, dos ó tres rifeños combatientes, lívidos, despavoridos, á carrera abierta. A la proa de una barca, varada en tierra, se aproximó el moro fugitivo á otros moros pacíficos, que viven allí, y hablaron quedamente unas palabras. Luego, estos moros

259

Crónica de un testigo.
pidieron al comandante Carrasco, jefe de la Restinga, que les enviase á Melilla para dar al general noticias del campo. Y los moros vinieron y hablaron con Marina cosas que nadie sabe ni podemos pensar en averiguar. Es un fenómeno que se repite sin cesar, infaliblemente. Cuando un moro combatiente es aniquilado, reducido á la impotencia y desarmado, en seguida piensa en pedir la

paz, en brindarnos una amistad que le brota de pronto en el pecho. Tanto se repite el fenómeno, que se ha de tener en cuenta como una ley de esta guerra.

A la llegada de León al zoco Arbáa hubo algún tiroteo entre los moros y las avanzadas de la brigada.

Ni la de ayer ni la de hoy, ninguna de las dos escaramuzas sostenidas tienen gran importancia más que como síntomas de una segunda etapa de la guerra, en la que el enemigo luchará en otro pie contra nosotros distinto del que ha guardado hasta aquí.

Siempre se exagera el número de las bajas moras, la eficacia de nuestros fuegos de artillería y de fusil. La exageración se explica por nuestra impaciencia y por nuestra fantasía meridional.

Las noticias del primer momento son desde luego abultadas, pero no en su realización, ni en su brillantez, ni en la precisión de los movimientos, ni en el espíritu de la tropa. Sólo se explica la exageración, disculpable y además irremediable por la premura

260

Diario de la guerra.

de las noticias primeras, al dar proporciones de batalla campal á un movimiento táctico de castigo al contrario, irreprochablemente realizado.

LARREA, EL PACIFICADOR

Las tribus que ocupan la región de Quebdana han quedado sujetas á la paz con España. Larrea, operando con su columna en la parte de Cabo de Agua, y Aguilera, moviendo sus tropas en la parte del llano de Lehedara, han impuesto el yugo de España á los montañeses quebdaníes de una manera que se da por real y positiva, á lo menos por ahora.

El objetivo de esta operación está bien claro y patente. Se trata de pacificar y reducir á los habitantes de una zona del Rif que comienza en las montañas que forman la vertiente occidental del Muluya, si bien no podemos prefijar ahora dónde acabará.

El general ha querido que puesto que una de las bases de operaciones ha de ser la Restinga-para columnas que han de derivar hacia la derecha-no queden enemigos á la izquierda, que bien pudieran ofender la retaguardia de esas columnas.

Por eso la fuerza de Aguilera, que esta-

bleció su campo en el zoco El-Arbáa, posición inhospitalaria y endeble, sin ningún valor positivo ni otra eficacia que la menor

261

Üzónion de un testigo.

distancia de la región donde se ha de operar antes de ir hacia el río Seluán, emprendió una operación de policía y pacificación en la parto Norte del Arkemán, corriéndose hasta Ali-Xerif, en la región de los barrancos de Quebdana, y entrando desde ahí hasta el Moco El-Yemis, de Lehedara.

La movilidad de la columna Aguilera fué tal ver una garantía y una seguridad en la brillantísima marcha realizada por el coronel Larrew.

El coronel ha batido el espíritu de las kabilas, que estuvieron a punto de echar á rodar nuestra amistad por incitaciones de algunos emisarios del interior y otros de los de la harka rebelde. Larrea, entences, al frente de un batallón de Africa con unas seccionias plazas, salió de Cabo de Agaa y malias imponiendo multas y castigos & los una marcha de 80 kilimeros

para mas que enemigo, inexplora

Nouman Jagge la eclamna à la posición de s. I dos dias después salir en

smas pequeña. 3 compañías

n se dos americas, para

& Desde Cabe De Agus Last Dir

海 de cosas be

spor

итрый видиш

Diario de la guerra.

Pasó luego por el destacamento de Kas-Quiviana-un oficial y cincuenta hombres que ocupan un peñón de la playa para vigilar los pozos de agua dulce donde beben las fuerzas de zoco El-Arbáa-, y, por último, acampó en la Restinga, entre el entusiasmo de las tropas y los plácemes del general Marina, que está hoy más que nunca orgulloso de su amigo y subordinado el coronel Larrea.

Aguilera entonces, sin enemigo ni sospecha siquiera en el terreno de los quebdaníes, quedará libre para operar en otra dirección con la división Orozco. La primera parte de estas amplias operaciones queda terminada por ahora, y al acampar completa en Rostrogordo la nueva división Sotomayor, en-

trarán las fuerzas en una segunda fase de operaciones de más interés para los profanos, de menos alcance político tal vez, pero más pintoresca y de más fácil comprensión para el lector, que en la guerra no entiende más que de combates, batallas y tomas de posiciones.

La entrada de Larrea en Melilla fué una apoteosis de triunfo y de entusiasmo. Vítores en todos los pechos, como si quisieran los soldados y el pueblo adelantarle una recompensa que no tardará en premiar un servicio importante, eficaz y brillantísimo.

263

Crónica de un testigo.

HISTORIA DEL MES DE AGOSTO

Este mes de agosto, tras la zozobra y el dolor de julio, fué el mes de la ansiedad y de la espera en España. En el campo de operaciones fué la época del acopio, de la destreza y de los preparativos.

¿No se representa con sólo lo antedicho el cuadro fiel de la labor de agosto? La escuela muda en que se forja el espíritu de las tropas, en que los jefes van entretegiendo una urdimbre recia y poderosa que luego mantenga los laureles inmarcesibles en forma de guirnaldas y de coronas, no tienen ningún punto épico, ninguna acepción pintoresca ni culminante que pueda trasladarse á la crónica. Es de un orden paciente y tenaz que no estalla en colores sino que tiene su definición en las frases escuetas. En el plazo de mes y medio se creó el Ejército. Se alzó la moral de las tropas hasta la virtualidad de la victoria y se atendió á los pormenores del avance. Durante este interregno se acumuló en Melilla toda la fuerza que había de operar en el Rif.

Dentro todavía del mes de julio arribó al muelle la compañía de aerostación, con su material, y acampó en el llano de Triana, cerca del escuadrón de Lusitania. El último día del mes posó su planta en tierra, animosa y valiente, marcial y heroica, la brigada

:

264

Diario de la guerra.

dal campo de Gibraltar, al mando del general Morales.

Inmediatamente después, ya en días de agosto, llegó el batallón de Ferrocarriles

entre las gentes de la división reforzada, que se vió completa y lista, acampada en los altos de Rostrogordo, en la primera semana de agosto.

Detrás de ella, sin intervalo, vinieron los Húsares. Los caballos piafaron en el muelle al saltar de los lanchones. Cada día un escuadrón fué desembarcado.

Y he aquí cómo al mediar el mes de agosto se veían en Melilla veinticinco mil hombres llenos de ardor, de sed de venganza, y entonces se pudo ejercer la acción secundaria sobre los llanos de Arkemán y en los desfiladeros de Quebdana.

Mientras tanto se purificaba más aún el áureo espíritu de las tropas y se maduraba el plan del general, el que había de ser pauta y guía de los combates venideros.

Y aun antes de terminar esta abreviada relación de fechas, se ha de completar la historia del interregno entre las dos épocas de lucha. En los primeros de septiembre vino á la plaza el contingente de la brigada Sotomayor. Tras los castellanos ardorosos que trajo consigo D. Enrique Orozco, vinieron los gallegos melancólicos y los fuertes astures, y otras gentes del Norte de España, en los regimientos de Guipúzcoa y del Príncipe, de Burgos y de Cuenca.

265

Crónica de un testigo.

Al llegar á términos de que comienza septiembre, se marca la cúspide de esta etapa. Los Cazadores de las tres brigadas custodian á Melilla, la división reforzada recorre los campos quebdanies desde Alí-Xerif hasta los límites de Cherahuit. Larrea, con las fuerzas de África, ha ocupado y recorrido Bu-fadis y Beni-Kiaten. El general, llevando consigo á los ginetes de la Princesa, corre de la Restinga al zoco de Arbáa, y entretanto, los soldados de Sotomayor recorren España de Norte á Sur para llegar á completar el núcleo invasor.

Todavía han de venir, después de todo lo que hay acumulado en Melilla, quince mil hombres más. La guerra es sacrificio, lujo y esfuerzo.

UNA REFORMA IMPORTANTE

Hace ya un par de semanas que la orden del día dispuso que desde el toque de oraciones hasta diana los soldados usaran la guerrera de paño. En este clima el anoche-

cer es húmedo y desabrido. Tiene las traiciones de una noche tropical, y la temperatura amable y llevadera da un respiro y un refrigerio después de una jornada de polvo, de sol y de trabajo. La orden del día, provida y certera, velaba por la salud del soldado adoptando unas disposiciones realmente paternales.

266

Diario de la guerra.

Las guerreras, de azul intenso, cubrieron desde entonces el cuerpo de los soldados. El atardecer en los campamentos fué un poco más melancólico, más sombrío. La alegría del panorama se nutre de la luz y de los colores claros, y las guerreras y las mantas tienen un color de bien poca marcialidad, al menos bajo este cielo de África, lleno de una claridad agresiva y rotunda.

El ambiente de las noches iba refrescando poco a poco, y los soldados se veían sin más prenda de abrigo que su manta, esa manta que los oprime y los fríe en las marchas bajo el sol del estío. Entonces acudieron á su discurso propio para arbitrase cama y abrigo en una sola pieza.

Al día siguiente, todas las guardias de avanzadas para la noche tenían en la manta un mediano agujero para la cabeza, y se la ponían compartida sobre los hombros, como un escapulario, como una casulla, cayendo suelta sobre la espalda y el pecho, con el color y la apariencia, á lo lejos, de una chilaba rifeña.

Para llenar esta falta de la tropa, la Administración Militar ha comenzado á pedir con urgencia á los depósitos de España muchos miles de mantas para enmendar el reparto, aumentando á dos la dotación de cada soldado.

Es una medida digna de encomio, puesto que revela que aquellos jefes no pierden de vista un punto la comodidad de las tropas.

267

Crónica de un testigo.

Pero no basta con esto. Es preciso llevar á la medida el paternal radicalismo que reclama una necesidad urgente, y debe tomar la iniciativa el Estado Mayor, y á toda prisa. Es preciso repartir con urgencia uniformes de invierno al Ejército expedicionario de África.

Si no estoy equivocado, hace poco tiempo se aprobó y se ensayó en algún Cuerpo de la Península el nuevo uniforme de campaña: un traje de parda estameña de mucho abrigo y de buenas condiciones estratégicas por su tono de color y la contextura del tejido. Ese modelo de uniforme ú otro más propio debe ser suministrado inmediatamente al Ejército expedicionario, porque el frío y la humedad de la noche son muy nocivos á la salud del soldado.

Entre que se dispone y se ordena y se fabrican y se confeccionan y se almacenan y se traen y se reparten, bien podemos calcular, poniendo todos los plazos por lo más corto, que se invertirá en todo ello sus buenas cinco semanas. ¿Y quién nos garantiza que para mediados de octubre, en pleno otoño ya, no estarán las tierras húmedas por la lluvia y las noches serán intolerables de puro desazonadas? Añádase á esto que en el avance forzosamente ha de dormir la gente en el suelo, sin más amparo que la capa del cielo, que entonces destilará una rociada copiosa, penetrante y fría. Ya han pasado las fuerzas de Larrea dos noches al raso, y

268

Diario de la guerra.

cuentan que no fué la temperatura todo lo apacible que la buena salud del soldado requiere.

Cierto es que aun en octubre y en noviembre, andando con el equipo en marchas forzadas y combatiendo con él sobre la espalda, habrá unas horas del día en que el soldado se sofoque y se acalore y sude; pero bien vale más el calor del sol, que sólo puede ser molesto y desagradable, que el frío y la humedad de la noche, que son, desde luego, peligrosos y malsanos.

Debe procederse al reparto de uniformes de invierno á toda prisa. No es preciso pedirlo, porque el superior conocimiento y larga experiencia de los jefes habrá ya subvenido á esta necesidad. Si no es así, yo entonces lo pido con el modesto título de haber pasado algunas noches en el campamento y haber tiritado bajo mi tienda al mismo compás con que tiritaban los valientes soldados de España.

Otra también urgente.

Hoy han salido á la calle los primeros soldados llevando en la cabeza los nuevos cas-

cos reglamentarios en este Ejército. Se discute aquí en todas partes si son bonitos, si son prácticos, si pesan más que el ros, si presentan blanco al enemigo, si serán impermeables ó chuparán el agua de la lluvia

1

como si fueran esponjas.

269

Crónica de un testigo.

Yo no voto en esa cuestión. El ros que se substituye ahora con este nuevo sombrero no tiene más razón de arraigo que una tradición, más que práctica, gloriosa. El hábito de nuestra vista repugnará al principio las alas bajas y extendidas del casco, como las de una gallina que ampara á sus polluelos. La marcialidad es una condición del soldado, que no está en las prendas, sino que está en el individuo que se las viste.

Depende más esta virtud de la gracia de los movimientos del soldado, de la costumbre que tenga de vestir el uniforme y en la «interior satisfacción» con que lo cuide y lo luzca. Junto á mi casa está el cuartel de los soldados de Africa, que manda el coronel Axó; á cada momento pasa por debajo de mi ventana alguna compañía que sale á relevar á la avanzada, á los fuertes ó al campo de tiro ó á embarcar para Cabo de Agua; yo os fío que cualquier prenda que lleven esos soldaditos bizarros-lo menos marcial entre los tocados posibles de un hombre, un bonete ó una barretina-, tomaría de ellos la virtud ofensiva de levantar el entusiasmo popular y de enredar en sus puntadas los ojos del pueblo que los mire. Y esta virtud está ya extendida á todos los soldados de aquí.

Así, pues, hemos de proclamar que la reforma del casco, con sólo esos inconvenientes puramente decorativos, está como de perlas. Las gafas que, más que contra el sol, contra el polvo, llevan todos los soldados,

270

Diario de la guerra.

son un complemento del lujo cuidadoso y previsor con que se ha comenzado esta campaña. Todos estos esfuerzos, el derroche de buena alimentación que se le facilita al soldado me parecen de justicia y dignos por ello de toda loanza. Las dotaciones sanitarias que sin regateos se están enviando aquí, serán en su día una gloria legítima para el

país que las mantiene, para el Ejército que las merece y para el Gobierno, al que no se le van de las manos por mucha que sea su preocupación.

Pero hay un pequeño complemento de todo esto que tanto nos honrará, y ese complemento no quiero que por mi silencio se nos escape de la vista. Es el cepillo de dientes. Estas aguas, que son de una potabilidad poco refinada; el uso constante de un tabaco poco puro que hacen nuestros soldados; la carne fibrosa de las latas de Chicago, el chorizo, los condimentos de azafrán y pimentón que tanto se prodigan en el rancho, son tres enemigos declarados de la dentadura del soldado. El polvo que se alza en alas del Poniente, aquí tan pertinaz; la galleta dura, todos los elementos de uso diario, son peligros para la sanidad de la boca, completos por el poco tiempo de que el soldado en guerra dispone para aquel su aseo personal que no sea impuesto por la ordenanza ó por el jefe.

Hay, por eso, un tanto por ciento que no puedo precisar ahora-será un diez, será un 271

Crónica de un testigo.

quince por ciento-, de las enfermedades comunes á la campaña que radican en la boca del soldado. Muchas de ellas son contagiosas por el vaso, por la cuchara; casi todas peligrosas, y todas, sin excepción, dolorosas y molestísimas, apocan el espíritu del enfermo. Y ya sabéis que la inmensa mayoría de ellas se pueden mejorar en sus comienzos y casi todas ser prevenidas con uso del cepillo de dientes.

Cuarenta mil cepillos fuertes y bien contruídos remediarían muchas malas noches y algunas enfermedades posibles á nuestros soldados en esta guerra.

Para después, la costumbre de lavarse la boca imprime carácter en la gente del pueblo de España. Al licenciar estas fuerzas, acostumbradas ya á cuidarse los dientes, se arrojaría un torrente de «cultura» sobre España. Pero, aunque no miremos tan lejos, sólo por lo que ahora pudiese consolar, prevenir y valer, merece la pena de surtir de cepillos á nuestros soldados. El cepillo y su uso obligatorio en la campaña. Esta es una reforma que podemos pedir nosotros. Si otro la pidió ya, unamos nuestra voz á la voz que

ya clamaba de antemano.

Cuarenta mil cepillos toscos, de munición, costarían, calculando á primera vista, trece ó catorce mil pesetas. Si yo las tuviera á mi voluntad, yo las daría sin dudar un momento. Como por ahora no me es posible, ¿no hay entre los magníficos patriotas españoles

1

272

Diario de la guerra.

un potentado que tenga un rasgo á la moderna, bien encaminado, sencillo y de mucha utilidad? En todo caso, yo se lo aconsejo como el más esplendente reclamo á los intrépidos gestores de la casa Orive..

EL PABELLÓN DEL OBRERO

A bordo del Cabo San Antonio han llegado á Melilla cien trabajadores españoles.

Hombres menesterosos, sin duda, y en su aspecto lo revelan, parece que allá en su tierra no veían tan claro como se desea el problema de vivir, que tal vez se les planteara rodeado de penalidades y fatigas. El hecho es que esos españoles han supuesto que en la guerra todo es trajín y movimiento, y que en Melilla, en guerra, había plaza, pan y trabajo para todos, y sin más informarse ni medir las consecuencias, vendieron lo poco que tenían, se echaron el hato á la espalda y se encaminaron al vapor que los había de conducir hasta aquí. Y el barco tomó tierra en la rada y los obreros comenzaron á desembarcar con una luz de esperanza en sus rostros curtidos por la fatiga del trabajo.

Ese día del desembarco, uno de los mil problemas que se presentan á la resolución inmediata y urgente del jefe de la policía, teniente Gerardo Alemán, fué la llegada, cuidado y vigilancia de los cien nuevos habitantes de Melilla.

18

273

Crónica de un testigo.

6

¿Hay trabajo actualmente para cien hombres más de buena voluntad? Lo hay. Podemos constestar á esa pregunta por nosotros mismos, sin pretextar nada, ni atar cabos, ni hacer suposiciones. Lo hay desde luego. Ahora, ¿se les puede dar trabajo á cien hombres con la urgencia de jornal y precio que esa aventura de los obreros requiere?

Con esta organización del trabajo, de ninguna manera. Por muy buena voluntad que ponga el general Arizón, por mucho que se vigile la constitución de las cuadrillas contratadas por el Ejército... de ninguna manera.

No hay más que recorrer la Marina para deducir, y que salte á la vista, la necesidad de brazos; los necesita el Estado y los necesita también el comercio. Esta segunda demanda de hombres es la más importante para nosotros, ahora que los servicios militares tienen prontamente lo que necesitan por su previsión y por los recursos extremos que les facilita la ley. En el desembarco y el transporte se han empleado hasta cien obreros, trabajando día y noche y cobrando de cuatro á seis pesetas de jornal sencillo en las horas de sol y el doble en las horas de la noche.

Aparte del Ejército, claro que no habrá preferencia por ninguno ni repudiará á nadie para sus trabajos. El obstáculo está en la contratación particular.

Viven en Melilla cerca de dos mil familias

274

>

Diario de la guerra.

hebreas. Menos de una cuarta parte de ellas comen del comercio, con establecimientos y negocios propios y ajenos. Los demás son jornaleros, camelots, limpiabotas, arrieros de unas recuas minúsculas de borriquillos morunos y de esas mulitas pérfidas que tienen un talante mortecino y al aproximarnos á ellas cocean como energúmenos. Son carreteros, emisarios, criados de ocasión, mozos de cuerda, guías del forastero incauto; todos los oficios que no necesitan aprendizaje ni herramienta, hasta los más bajos, despreciables y punibles, son su manera de vivir. Ellos forman la turba que se mueve en las calles de Melilla y del Polígono, ellos son el enjambre que zumba en el muelle y en los mercados y á la puerta de los cafés y alrededor de los campamentos cercanos.

Entre trabajadores y mendigos luchan á la desesperada, pero firmemente, por su vida, con la ventaja de su lengua hebraica, que les dice en el momento de contratar la tarifa de precios, la condición del que contrata con ellos y la concurrencia de medios que pueden competir con él. Son rapaces, traidores

y cobardes, porque viven muy pobremente.
Tratan siempre de engañarnos en el precio
ó en el salario que nos piden, y cuando se les
ofrece una inverosímil rebaja, aceptan, con
la misma mirada de desprecio frío y rencoroso
con que nos insultan los gitanos de España
cuando no les damos dinero.
No tributan ni están reglamentados, por-

275

Crónica de un testigo.
que parece que son muy pobres, cuando
monopolizan todo el tráfico de Melilla. No
reclaman jamás, porque no se consideran
nunca defraudados, por ínfima que sea su
ganancia. Le tienen al moro un miedo cer-
val, femenino y descompuesto, y al español
cierto desprecio lastimoso, el que le tiene el
timador á su víctima, el tahir al «primo» que
ha caído en sus redes.
Ellos vinieron á Melilla huyendo del inte-
rior del Rif. Se les dió terreno, materiales de
construcción y socorros; acogida benévola y
consideración de humanidad. A los pocos
días se alzaba detrás del Hospital indígena,
á la derecha del camino de Cabrerizas, el
barrio hebreo.
Ellos dieron origen y pábulo á las alar-
mas sufridas aquí en el mes de Julio, ponien-
do á la población en zozobra y en quebranto.
Ellos huyeron á la Argelia y movieron
allí el terror y ocasionaron el envío de
L'Aude á estas aguas con raciones y pabe-
llón de socorro, afrentando con ello al ge-
neral, á sus tropas y á España. Luego vol-
vieron de nuevo á sus casas, como si tal
cosa hubiera pasado, á pasear por las calles
de aquí sus sotanas mugrientas, sus fajas
haraposas y sus sombreros de paja relucien-
tes con la grasa de siete generaciones que
han esperado en vano al Mesías.
El 23 y el 27 de Julio, cuando toda la po-
blación civil de Melilla se estremeció de ho-
rror, llorando con el Ejército de España, y

276

Diario de la guerra.
fueron los hombres á la línea de fuego á re-
partir agua, consuelos y esperanzas y ve-
nían cargados de camillas, hundiéndose has-
ta los tobillos en el polvo de los campos, ni
un solo hebreo salió á Triana á prestar si-
quiera la compunción de su figura en aquel
cuadro de horror.

Y en esos días en que las mujeres españolas, hospitalarias y nobles, se agrupaban en el llano del Zoco-las casas abandonadas, los cántaros en la cadera y el ánimo y la plegaria en los labios-para asistir á los heridos que llegaban á centenares á la plaza, no se vió una mujer hebrea en aquellos grupos de hembras consternadas y tristes, pero valerosas, dignas mujeres de los hombres de España.

Esos son la base en que se apoya una justicia ejecutiva que hoy se pone por la fuerza de los hechos contra el trabajador español. La justicia es buena, pero la base es falsa, y por justicia se debe desechar. Estos no son, sin duda, esos judíos españoles que tanto bien merecen de la Patria y tanta protección de la pluma de generosos sefarditas.

Son avaros, sucios, pobres y cobardes. Tiemblan, escondiéndose como mujeres, cuando las mujeres salen como heroínas, atentas á la voz de la Patria, que habla en su corazón. Odian al moro y menosprecian al cristiano con un desdén frío y pasivo, como el de los gitanos á quienes no dais

277

Crónica de un testigo.

dinero, como el de los gatos ariscos de las mujeres viejas, que parecen hechiceras.

LA CANTINERA

El regimiento del Príncipe, núm. 3, de la división Sotomayor, ha traído consigo su cantinera de España. Perdonadme si al hablaros de ella menoscabo y debilito un poco la leyenda de «las hijas del batallón» y el prestigio universal, poético y folletinesco de las cantineras.

Yo vi por primera vez á esta intrépida mujer en la calle del General Macías, junto á la puerta del Campo. La dama era el eje de un grupo de soldados del regimiento del Príncipe. Hablaron animadamente un momento y luego se separaron, partiendo los soldados hacia el camino de Rostrogordo y la cantinera hacia el muelle de desembarco, donde había de reclamar tres ó cuatro fardos, que eran la impedimenta y la existencia de la cantina.

La cantinera andaba delante de mí con mucha marcialidad, la cabeza alta, un poco retrepada de la cintura, moviendo los brazos como péndulos. Caminaba de prisa é iba á

cuerpo gentil. Llevaba el vuelo trasero de la falda sujeto y prendido entre la cinturilla del vestido. Este ardid la dejaba libre de la enfadosa traba de tener que rocerse las faldas al andar por la calle y daba al aire

278

Diario de la guerra.
unas alpargatas iguales que las de la tropa y unas medias á rayas rojas de mucha bizarria; eran unos bajos de obrera trabajadora y limpia.

Tiene la cantinera la nariz corta, los ojos chicos y la boca grande. Pero su cara indica simpatía y franqueza, y es más picaresca que hermosa. Si os digo, por fin, que representa unos treinta años, queda completo el retrato de esta mujer atrevida, desenfadada y simpática.

La cantinera del Príncipe vivía de su cantina en Gijón, donde esta fuerza tenía un destacamento. Al concentrarse las compañías del Príncipe, la cantinera se movilizó con las tropas á que ella se adscribía, y vino á Melilla.

Viste, para estar en la guerra, falda de cretona gris, tenuamente rameada de negro y una guerrera azul de tropa con el núm. 3 en el cuello. Un verdadero traje de campaña.

Yo la vi luego en el muelle, al día siguiente de llegar el regimiento, reclamando los fardos que había traído consigo; después contrató su carromatillo á un hebreo que andaba de cabeza ante la verbosidad y la decisión de aquella mujer privilegiada, y partió, llevando ella, con su despejo y su ánimo al carromato, al macho y al judío.

Con el carro hizo como una huída presurosa hacia las alturas de su campamento. Yo la dejé que se marchara tranquila, sin preguntarle su nombre ni otros detalles. ¿Para

279

Crónica de un testigo.
qué poner al remate de estas líneas un nombre vulgar que nos acabe de destruir el prestigio de su dueña? Para mí y para mis lectores y para el pueblo entusiasta y pintoresco, estas mujeres se llaman todas lo mismo; todas se llaman Madame Sans-Gené.

ESPERANDO LA ORDEN DE MARCHA

18 de septiembre.

Hace cuatro días que la división de Cazadores está municionada y lista para salir á

operaciones.

Los soldados tienen ración de etapa y galleta para tres jornadas. Hace tres días estaban todas las tropas de la división dispuestas para una minuciosa revista. Formadas ya las compañías en sus campamentos, se desistió de revistarlas. Al día siguiente, á la hora de diana, había de salir la columna; á las once de la noche se revocó la orden y las tropas durmieron tranquilas y permanecieron en sus tiendas.

Estuvo lista la fuerza de Administración Militar con sus dos compañías de transporte á lomo, cargadas de vituallas, y estuvo la curiosidad pública un poco excitada, en espera de los acontecimientos.

Hoy se tiene por artículo de fe que la columna Tovar saldrá por la derecha del Gurugú, por territorios de Benisicar, y que opera-

280

Diario de la guerra.

rá sobre la playa occidental del cabo de Tres Forcas, corriéndose luego á ocupar, por la derecha, los puntos estratégicos de la costa del cabo, reposando la extrema izquierda de su línea en zoco El-Had, cabeza y centro mercantil del territorio de los sicaritas.

Otros más atrevidos y más dados á la fantasía belicosa afirman muy serios y muy solemnes que el objetivo de esta columna es aislar el Gurugú, envolver y cortar, para bloquearlo, el macizo montañoso. Y los delirantes sujetos que hacen de sus labios trampolín para que las noticias salten locamente hasta el quinto cielo de la fantasía, propalan por ahí con la mano en el pecho y el ceño fruncido cabalísticamente, que Tovar marchará recto contra el Gurugú, cayendo sobre los moros con el empuje de una catapulta.

Sea como fuere, la división, con sus dos brigadas, está aquí, racionada y con todos los preparativos hechos para salir... pero sin salir.

Ha circulado la especie de que se detenía todo el movimiento de las tropas hasta que se dieran por concluídas unas negociaciones diplomáticas que se habían comenzado. El trámite, y mucho menos el resultado, no se han podido conocer. El hecho es que los moros vinieron, que entraron y salieron en el despacho del general, que se presentó un hijo del santón de la Puntilla, que Marina se ha

puesto al habla con el propio santón y que
281

Crónica de un testigo.

ha convenido una serie de cosas que á nosotros no nos es dado conocer. Y á todo esto los emisarios se fueron al concluir, y las tropas, racionadas y listas, siguen esperando en sus posiciones, dispuestas á salir todas desde el general hasta el último soldado á una sencilla orden de marchar, sin dilación ni tropiezo alguno.

EL ALOJAMIENTO DEL GENERAL

El general Tovar vive y tiene su despacho en el cuartel de Santiago. La amistad que une á Tovar con el coronel Benedito ha facilitado el alojamiento, supliendo el afecto y la galantería del jefe del regimiento de Melilla lo que la ordenanza no exigía, para mayor comodidad y confort de la instalación del general.

En una pieza cuadrada, llena de retratos de jefes del regimiento, con ventana al sol poniente, se han colocado dos sencillas camas de madera para Tovar y su hijo. A la derecha de la entrada, una gran percha y los lavabos y enseres de tocador y aseo que, como sabéis, en campaña son sencillos y sin complicación. Una fila de maletas y maletines de grupas, polainas, espuelas, fustas, sables y otras mil cosas se alza á los pies de la cama, contra una mesa materialmente cubierta de objetos diferentes.

Á la izquierda de la entrada, puesta junto
282

Diario de la guerra.

á la ventana, la mesa de trabajo y el sillón donde se sienta el general. Allí despacha con sus ayudantes, con sus secretarios y con los jefes de Cuerpos, todos los asuntos que se refieren á la división, por pequeños y minuciosos que sean.

El paternal cuidado para la tropa es la fuente donde manan los héroes.

Cree el general que la condición que lleva más derechamente al triunfo es la calidad de la tropa; el número es asunto secundario y de poca monta. Estima, por tanto, que no aumentan la eficacia ofensiva de su mandola cifra de hombres, sino la cantidad de soldados que pueda llevar.

Para el caso probable de que la columna salga hacia la derecha de la Mezquita, el

general ha hecho, á todo lo largo de las avanzadas de su línea, un amplio reconocimiento en esa dirección. El terreno es fuertemente ondulado, pero no tan abrupto que no se pueda abrir un flanqueo eficaz ni desplegar con comodidad en todas direcciones. Para estos Cazadores de la división, que cuentan dos meses acampados frente al Gurugú, que están curtidos en la tarea de llevar convoyes á las avanzadas, y que tienen, por tanto, hecho el ánimo y acostumbrados los ojos á los impracticables barrancos y á los desfiladeros sin fondo, caminar y operar en ese campo será tarea sencilla y agradable, como una marcha de simulacro. Hoy 18 hay un secreto impenetrable en la

283

Crónica de un testigo.

marcha. Le pregunté al general una y otra vez. - <<<Créame usted que no lo sé>>-me decía-. Y yo, que tengo mucho gusto en complacerlo, porque es amabilísimo, acabé por convencerme de que no lo sabía. Porque á mí, si no me lo ha de decir, ¿qué trabajo me cuesta persuadirme que él tampoco lo sabe? Y con este convencimiento salía yo del despacho del general y me despedía del capitán Tovar, que a pesar de mis protestas me acompañaba amablemente hasta el patio del cuartel de Santiago.

OPERANDO EN BENISICAR

Domingo 19.

Las negociaciones entabladas con los sicaritas han fracasado por completo. Se susurra, ó mejor dicho, se afirma, que el santón de la Puntilla, cuando nos prometió la paz, nos engañaba. Los kabileños del campo de la derecha son nuestros enemigos. este respecto, dejemos el uso de la atención del lector al redactor de El Telegrama del Rif, que hoy habla de eso.

Los Frajanas.

<<Los de esta kabila, que habitan en las inmediaciones del fuerte de Sidi-Guariatx fue-

284

Diario de la guerra.

ron ayer requeridos por los de Benisicar para que se incorporasen á la harka. Esos kabileños, que viven tranquilos en su territorio, que no han sufrido daños y tienen en pie sus casas, negáronse resueltamente, diciendo á los comisionados de la harka:

-Primero nos hacemos españoles y os combatiremos, que acceder á vuestros deseos. Como ya no nos cabe duda, puesto que lo hemos visto con nuestros propios ojos, de que los sicaritas son un peligro para nosotros, sin más dilación empezaremos el lunes á operar contra ellos».

En Benisicar.

«Durante la mañana de ayer viéronse muchos indígenas en las alturas de Benisicar, en el sitio donde acostumbran á celebrar zoco los domingos.

En torno de un santón reuniéronse los kabileños, que parecían escuchar atentamente sus predicaciones. Después pudo percibirse con buenos gemelos que, terminada la arena, quedaron discutiendo los creyentes.

Por la tarde se supo que los grupos se aproximaban á la plaza en actitud hostil, mas al llegar al zoco salióles al encuentro el santón de la Puntilla, exhortándoles á deponer su actitud. Si hacéis fuego, los españoles bombardearán los poblados y sufriréis pérdidas. Deponed las armas, mostráros

285

Crónica de un testigo.

conciliadores y evitaréis derramamiento de sangre. Bastantes de los nuestros han muerto ya para que continuéis esta lucha que tanto daños os irroga.

Las palabras del morabito produjeron viva controversia; pero por el momento evitaron que pusiesen en práctica sus propósitos de romper el fuego por el frente Oeste de la plaza, hasta ahora indemne. Ayer tarde se encontraban en torno del santón Sidi Mahomed Buisón, situado en la vertiente occidental de la loma, donde tiene lugar el zoco del Had.

Benisicar sigue mostrándose altiva, no obstante los trabajos que en pro de la paz hacen significados jefes amigos de España. Los que habitan en los poblados vecinos han retirado al interior las mujeres, el ganado y los efectos de valor.

Esa kabila es la más intransigente, teniendo gran parte de culpa en que los actuales sucesos hayan adquirido la importancia que tienen.>>

Lunes 20.

A las cuatro de la mañana es completamente de noche. Hace frío, y para resguardarme de él me abotono hasta el cuello un

gentil gabancito de un lindo color café con leche, que no me atrevía á usar en Madrid, pero que en la guerra hace un papel de alto

286

Diario de la guerra.

y verdadero «dandismo». Además, me abriga. Y esta ha sido la condición que me ha hecho sacarlo de donde lo tenía y usarlo con la misma dignidad con que me revestiría de un destino sacerdotal.

Sobre el caballo que me ha de acompañar á las operaciones, me dirijo al cuartel de Santiago.

He dicho que me acompaña, y he dicho bien, porque no puedo responderos de que vaya sobre él todo el tiempo que dure mi excursión guerrera. Algunos ratos iré á pie junto á él y otros ratos le hablaré de mis planes y de mis recuerdos. Este es un caballo que ha vivido en Madrid y que cuando joven acudió á la parada de Palacio y á la Castellana, que ha servido en el Ejército de la Península durante la guerra de Cuba y que conoce Madrid palmo á palmo, como yo. ¡Quién sabe si este caballo, ya venerable, añorará en estas operaciones militares los días en que iba siguiendo un lucido coche hacia el Angel Caído, llevando á lomos un gallardo oficial. Fué traído aquí con un jefe de Cataluña, y ahora gozaba de su licencia absoluta hasta que yo he venido á sacarlo del tranquilo vivir burgués!

Aquel otro caballo, Dador, revoltoso, inquieto y dado á buscar la perpendicular, era algo impropio de un tranquilo reporter, que no es, precisamente, un profesor de equitación. He buscado en su lugar este otro venerable bruto, blanco, alto y tranquilo.

287

Crónica de un testigo.

r

A lomos de él me encamino hacia el cuartel de Santiago, donde se aloja el general Tovar, que sale á primera hora con su división de Cazadores y con fuerzas de Africa y Melilla al mando del general Real.

En los campamentos se quedarán cuatro batallones de Cazadores, uno de cada media brigada.

La diana en los batallones que van á operar es animadísima. No hay desorden ni entorpecimiento. Las compañías van formán-

dose, 'y los jefes, en sus caballos, dan disposiciones y órdenes, y tocan las cornetas, y las bandas, después de diana, siguen tocando.
piezas de música.

Se espera al general Marina para revistar las tropas en sus posiciones al incorporarse á la columna. Pero no se sabe si irá con Tovar ó esperará á las fuerzas en el campo de Rostrogordo y al pasar las revistaré. Monto á caballo, y me incorporo al cuartel general, El cielo acompañe á las armas de España que se dirigen á operar en territorio enemigo camino de la playa inhospitalaria de la otra costa de Tres Forcas. Parece que en los barrancos de Benisicar nos van á freir á balazos.

La columna se pone en movimiento por la cuesta de Cabrerizas, por el camino viejo de la caseta del Tiro. A la izquierda se ve el barranco de la Muerte, tristemente famoso en la guerra del 93.

288

Diario de la guerra.

TAXDIRT

Yo quisiera tener ahora una fantasía meridional' frondosa y exuberante, capaz de hacer un poema épico reseñando la operación de ayer.

Os relataré mi viaje desde que llegué al cuartel de Santiago, camino de Rostrogordo. Era un poquitín tarde. Entre que busqué mi caballejo y me debatía en las sombras de la noche y llegué á Santiago, ya iba el general Tovar camino de Rostrogordo.

Conmigo llegaron las fuerzas de África que integran la columna Del Real. Los dejé formando junto al cuartel de Melilla, en medio de la noche, y me encaminé al punto de reunión de las fuerzas.

A la altura del campamento de Chiclana, que estaba desierto y oscuro, me salió al paso el médico Barreiro, comandante de Sanidad Militar, uno de los hombres más listos, más ilustrados y más graciosos de todo el Ejército. El donaire del doctor Barreiro es famoso en todos los Cuerpos expedicionarios y entre todos los paisanos de Melilla. Barreiro había subido jadeante la cuesta del monte para darle un abrazo á Alvarez Manzano. Cuando me vió se agarró á mí como una esperanza, y me transmitió el encargo para el bizarro teniente coronel de Chiclana. Yo entonces partí al galope en

busca de Tovar. Tuve que caminar á cam-

19

289

Crónica de un testigo.

po atraviesa, porque la carretera iba ocupada por completo á la marcha de la tropa.

Frente á la caseta de tiro estaba con su escolta el general Tovar, presenciando la formación de la brigada y revistando la tropa y ordenando por sí mismo la columna.

Entre los distinguidos de la escolta, Gasset, Benidoleig y Fernández Arias, estaba Ocaña, ei intrépido reporter de A B C, subido en un caballo rojizo, con equipo militar completo, y debajo del brazo un envoltorio forrado de un periódico viejo que contenía una tortilla de cuatro huevos y un «chusco.

de pan que metía miedo. A la vera de Ocaña me estacioné. Desfilaron ante nuestros ojos, que miraban entusiasmados, primero Cataluña, luego Tarifa, después Chiclana, y por último Talavera. Después de ellos avanzó el cuartel general, donde íbamos el coronel Garrido, jefe del 2.º de montaña; Zárate, jefe de Ingenieros de la división; Cavalcanti, Tovar, Ardanaz, jefe de Estado Mayor; sus oficiales Velasco y Centaño, los oficiales de Artillería á las órdenes de Garrido, los ordenanzas agregados que antes he dicho, Ocaña y yo.

El general Marina subió con Tovar hasta el campo alto de Rostrogordo. Allí se despidió de nosotros, después de conferenciar con el general de la división, y se quedó rezagado á conferenciar con D. Pedro del Real, que mandaba el sostén de la columna expedicionaria. Llevaba Real dos compa-

290

Diario de la guerra.

ñías de África con el coronel Axó, dos de Melilla y la brigada disciplinaria.

En campo enemigo.

Cuando he escrito campo enemigo para designar al terreno que empieza en los límites, he sentido un poco de rubor. Se esperaba que hostilizaran la columna en los mismos barrancos de Sidi-Guariach. Sin embargo, avanzaba, y nada. Y se recorrió un kilómetro y luego otro kilómetro y otro después, y entramos en las primeras montañas del camino, y nada. Ni un disparo, ni un moro.

En las casas se notaba movimiento apresurado al divisar las avanzadas. Se veían huir moras conduciendo los ganados, llevando sobre sí lo que podían transportar. Junto al coronel Gómez del Rosal iba el general Morales, jefe de la segunda brigada, delante de la batería de montaña del grupo de Gibraltar que, mandada por el capitán Grimas, iba á las órdenes inmediatas del teniente coronel Losada. Comenzó á bajar la columna por el barranco de Taurit. El vadeo se hizo con gran dificultad y se empleó cerca de una hora en poner á la otra vertiente las mil mulas que formaban el acemilaje de impedimenta. Esa hora la invirtió Del Real en ocupar la posición, dominando la loma más alta;

291

Crónica de un testigo.
emplazar la batería Schneider que manda el capitán Trujillo y desalojar y ocupar las dos casas de la otra vertiente, que podían ser un peligro para el paso del barranco en lo futuro.

Al ganar la columna Tovar la otra cara del barranco se tendió la columna en orden de combate, avanzando dos compañías de Cataluña, que desplegaron en punta de vanguardia, una por cada flanco, pisando á la cola de los jinetes exploradores.

Las fuerzas desplegadas subían las pendientes en diagonal, para llegar á las cumbres cubiertas por la línea de viso de las lomas. Cada guerrilla que desplegaba llevaba detrás su fuerza de sostén que le guardaba la espalda.

Hizo alto Cataluña en la primera posición que acababa de tomar, y su teniente coronel, sobre su caballo castaño, avanzó hasta la primera línea, apoyando un papel en la capotera de la montura para tomar el borrador y las referencias de un croquis estratégico de la loma. La brigada volvió á marchar y Cataluña se lanzó sobre la segunda posición.

El batallón de Talavera avanzó para flanquear por la derecha de la columna, yendo á paso ligero á tomar el frente de la brigada, á tiempo que la vanguardia ocupaba la segunda loma con una precisión y una limpieza propias del campo de Carabanchel. La brigada Alfau desfiló entonces más á

292

Diario de la guerra.

la derecha de Talavera, y después de recibir órdenes de Tovar, se encaminó al Norte hacia la punta de Tres Forcas, con el objetivo de ocupar una buena posición montañosa sobre la playa de Sejadi, ensenada de los Pájaros, protegiendo la retaguardia del campo de Gibraltar.

Entonces la brigada Morales, bajo el mando personal de Tovar, se arrojó sobre la tercera posición, que domina el poblado y la aguada de Talfarat. En esta subida encontraron las intrépidas compañías de Cataluña una resistencia más nutrida, que vencieron sin dificultad. Hizo alto en la loma que domina el poblado, reconoció la aguada y las casas de una altura de la izquierda del itinerario, guarneció los pozos con una sección y se lanzó á la carrera sobre la meseta de Taxdirt. Avanzó Talavera á cubrir el frente derecho de la posición, donde el enemigo amenazaba con tiros sueltos. Y apoyada en la línea de los dos batallones entró toda la fuerza y toda la impedimenta en la meseta donde había de combatir.

La columna hizo alto para vivaquear, mirando al Sudoeste porque llevaba orden expresa de Marina para aguardar orden en Taxdirt. Desde la línea de Talavera--flan-co derecho-se veían los acantilados de la playa y el mar en el horizonte. En el frente nuestro estaba Cataluña, tendido en el suelo, hostilizado por tiros sueltos, mirando hacia el barranco de Río del Oro, frente al

293

Crónica de un testigo.

zoco. Tenía delante una región arenosa como de playa, con algunas franjas de regadío y algunas colinas altas onduladas hacia una dirección abierta contra la espalda del Gurugú.

La meseta que ocupamos declinaba por nuestra izquierda hasta una cañada, donde estaba, al revolver de una colina, la aguada que nos podría surtir. En la vertiente contraria había unas cuantas casas, y en el viso, otra que se ocupó inmediatamente con una sola compañía.

Todo el terreno de Taxdirt está cuadriculado por unas corralizas cercadas de unos parapetos de piedra como de un metro. En el centro hay una casa, que al llegar á ella

estaba desierta, vacía y abandonada. En ella se estableció el Estado Mayor para sus trabajos de papeles y de gabinete..

La salida de la casa miraba hacia las guerrillas de Cataluña. Detrás de la vivienda se situó la compañía de Ingenieros, que estableció el heliógrafo sobre el tejado de la casa. Delante de la salida de la vivienda se extendió el «segundo escalón» de las baterías, uno junto á otro, y en la estribación inferior emplazó la Artillería el coronel Garrido, que mandó desde luego romper el fuego de metralla hacia vanguardia y sobre la izquierda enemiga. Más á retaguardia de los Ingenieros se estableció la ambulancia de Sanidad en sitio que entonces pareció el más abrigado. Se distribuyó el ganado de

Diario de la guerra.

impedimenta, se desembastó y se logró establecer comunicación heliográfica.

El batallón de Cataluña había tomado cuatro posiciones sin reposo alguno, y llevaba ya hora y media de fuego en la primera línea. A su izquierda estaba el escuadrón de Alfonso XII, que al aumentar los enemigos echó pie á tierra y comenzó á hacer con las carabinas fuego por descargas. Entonces se dió la orden de que se retirara Cataluña por.. escalones sobre la izquierda, apoyándose en la retaguardia y en el fuego del escuadrón, y que por la derecha de Cataluña avanzase Tarifa, al mando de Díez Moreira, para desplegar luego y ocupar la posición que había conquistado Cataluña.

La retirada de este batallón coincidió con un aumento súbito del enemigo. Los moros, siguiendo su táctica, al notar la retirada arreciaron en el ataque y se lanzaron gaseando sobre la retaguardia de las compañías que se retiraban haciendo fuego despacio y ordenadamente. Tarifa, á media ladera, se echó á tierra para contener con descargas cerradas el avance de los moros, que estaban á punto de doblar el viso de la loma.

En un momento llegó al escuadrón que mandaban el capitán Alvarez y los tenientes Spencer, Gasco, Martos y Rendón la orden de proteger á todo trance la retirada de Cataluña y el avance de Tarifa hasta sus posiciones. La llevó el teniente coronel de

Crónica de un testigo.

Caballería Cavalcanti, que se puso al frente de los jinetes para cumplimentar la orden.

Cataluña, que había tenido ya tres muertos y quince heridos, estaba detenido haciendo fuego al enemigo, y Tarifa avanzaba á través de una cortina de plomo.

Entonces Cavalcanti dirigió una pequeña advertencia á los soldados, que contestaron con un viva á España y otro á la Caballería. Inmediatamente Cavalcanti dió una voz estentórea, diciendo: <<<¡Carguen!», y se lanzó á rienda suelta contra el enemigo. Los oficiales de Caballería animaban á gritos, con interjecciones rotundas, al escuadrón, que con las tercerolas sobre la espalda y los sables amarrados á la muñeca pusieron sus 76 caballos á rienda suelta. La avalancha de jinetes se perdió entre las filas enemigas por la llanura arenosa. El choque fué brutal, ciclópeo, espantoso. Los moros recibían á los caballos con balazos á boca de jarro, esgriemiendo el fusil como una maza, colgándose con las manos y con los dientes de las riendas y de los estribos, dejándose las manos al querer empuñar las hojas de los sables. Al término de la carga se rehizo el escuadrón y volvió á cargar contra los moros, y luego una tercera marcha sobre los cuerpos de un enemigo que no huía, sino que se pegaba á la tierra queriendo detener con sus manos la carrera de los caballos.

En las tres carreras se perdieron siete muertos y 18 heridos. Algunos soldados vol-

296

Diario de la guerra.

vieron á pie y algunos conducían heridos.

El teniente Spencer tuvo la desgracia de que una bala Remington le partiera una pata á su caballo. Jinete y cabalgadura cayeron como una pelota, revueltos, rodando por la tierra. Revólver en mano se dirigió el teniente á los soldados heridos y á los que tenían sus caballos muertos para que recogieran las armas y se auxiliaran unos á otros hasta buscar el abrigo de las guerrillas.

El bizarro oficial tenía en la pierna derecha una contusión enorme, que mostraba al andar. A pie llegó hasta el hospital de urgencia.

Tarifa y Chiclana.

Mientras, se había retirado Cataluña y

Tarifa ocupaba la posición á las diez y media de la mañana. Tarifa permaneció en sus posiciones haciendo fuego hasta las cinco de la tarde, sin ser relevado ni socorrido con sostenes, porque no había con qué. Al ocupar Tarifa su posición, el enemigo amenazó desde la izquierda nuestra, y apareció en una casa que dominaba la cañada y disparaba refugiado en un cañaveral de los arenales. Manzano avanzó al mando de Chiclana. Al tomar contacto con la izquierda de Tarifa hizo tres descargas cerradas y se lanzó á la bayoneta contra la casa. La ocupó; desde ella disparó contra la segunda

297

Crónica de un testigo.
y luego lanzó dos compañías sobre la segunda casa, que era refugio del enemigo. El enemigo hostilizaba á Chiclana desde el cañaveral, y una compañía de Manzano se lanzó á la bayoneta sobre él. Los soldados se replegaron luego á la casa cuando no había ya sobre los arenales ni moro disparando ni caña en su pie. Manzano quería pasar la noche apoyado en las dos casas. Pero el enemigo se corrió á primera hora de la tarde hacia la derecha con ánimo de hacer un esfuerzo supremo y cortar la línea de Tovar con Alfau. Talavera recibió el grueso de la acometida con descargas cerradas, trabándose un tiroteo nutridísimo, en que las balas moras pasaban por encima de la casa del Estado Mayor, del heliógrafo y de la ambulancia de Sanidad, donde habría á esta hora unos sesenta heridos y trece muertos.

Chiclana abandonó su puesto, dejando á Tarifa la extrema izquierda y el frente, y fué á apoyar á Talavera, que se batía pegado á su trinchera con una serenidad sin límites. La alta figura de Guillermo Reina, con los gemelos fijos en los ojos y mascando los vivos con su boca de pocos dientes, cortaba el horizonte, que nos era brutalmente hostil.

Cataluña, con pocas municiones y con los soldados rendidos á la fatiga física, era el sostén de todas las guerrillas de un frente demasiado extenso para una línea de tropas

298

Diario de la guerra.
de dos batallones. Talavera y Tarifa y dos

compañías de Chiclana mantenían un fuego durísimo. Detrás de la fuerza avanzada se multiplicaba el general Morales, que vió caer primero á su jefe de Estado Mayor con un balazo en la pierna y luego á un soldado de su escolta.

Del cuartel general fué herido Antonio Tovar y uno de los ordenanzas. Cuatro caballos estaban también heridos de bala. Al general le andaban muy cerca, y la escolta, con sus tres voluntarios de Lusitania, cubrió el frente del enemigo, protegiendo al Estado Mayor. En las baterías de montaña llovía una granizada de balas; con la primera estaba el teniente coronel Losada, jefe del grupo de montaña. Entonces, el coronel Garrido, impertérrito tras sus gafas avizoras, vió á un artillero herido y arrancó á galope hacia la segunda batería, que vomitaba metralla sobre el enemigo. Al llegar el coronel á las piezas, el caballo de su ordenanza, que le seguía diez pasos atrás, llevaba dos balazos Maüsser. Dió en seguida órdenes al coronel de que avivara el fuego de cañón para proteger la retirada de Tarifa. El sol había empezado á palidecer, ya en crepúsculo. Tovar avanzó un poco á la derecha, conferenció con Morales y pidió luego noticias de su hijo, herido hacía cuatro horas. Aranaz, Velasco y Centaño, de Estado Mayor, recorrían las líneas de fuego con una serenidad y un arrojo pasmosos.

299

Crónica de un testigo.

Se habían disparado ya ciento veinticinco mil tiros de fusil, cuatrocientas balas de cañón y ochenta y cinco cintas de ametralladora, de ciento cincuenta cartuchos cada una.

Un movimiento incomparable.

Entonces empezó á replegarse Tarifa á la segunda estribación de sus posiciones. Habría frente á la línea española más de seis mil moros, que habían ido llegando á la batalla en oleadas de refresco, bien municionados y con mucho ardor. Apenas levantó Tarifa su gente para retirarse, cayó sobre ella una avalancha de plomo que le deshacía la retaguardia. Los moros atacaban entre un fuego nutridísimo, animados por el movimiento de las tropas, que á ellos envalentonaba viendo que era retirada.

Entonces se hizo un movimiento que se

ha de consignar en nuestra memoria, porque revela hasta dónde llega la disciplina de estos soldados. Los moros se venían sobre Tarifa, que se retiraba haciendo descargas con toda calma.

El capitán Grimas, pequeño y rubio, dentro de su uniforme de kaki, daba vueltas tras los sirvientes de los cañones, tras sus cuatro tenientes, que, cuadrados junto á las cuatro piezas, se mordían los bigotes viendo que el enemigo se les venía tan cerca que

300

Diario de la guerra.

iba á escapar por debajo de la parábola del disparo.

Entonces, á una orden de Garrido y de Grimas, se recularon los cañones hasta donde se pudo, tirando los hombres de las cureñas; se puso la espoleta en el fucero, se tiró, y uno detrás de otro, rozando las líneas de Tarifa, cayeron catorce ó quince botes de metralla en el centro de los grupos moros.

Mientras tanto, Tarifa, mandado por Moreira, había hecho el movimiento que es suma y cifra y compendio del valor, de la disciplina y de la bizarría: contener la marcha de retirada, formar en orden cerrado delante del enemigo, dar media vuelta y volver á desplegar para tomar á la bayoneta otra vez su puesto.

El enemigo, contenido por la heroica conducta del batallón de Tarifa, se detuvo como si se parara á recibir la lluvia de fuego que tan certeramente le disparaba la batería de montaña. El frente de Tarifa quedó limpio de enemigos y el batallón continuó retirándose sin otro percance.

El enemigo, maltrecho y roto por nuestra izquierda, cayó como una plaga á intentar de nuevo forzar el paso que defendía Talavera solo, ya retirado Chiclana.

Habían avanzado por aquel lado dos compañías de Talavera, que se vieron de repente atacadas de flanco y de frente. A las primeras descargas se vió que las cajas de municiones estaban vacías. Entonces, por pri-

301

Crónica de un testigo.

mera providencia, sonaron quince ó veinte vivas, luego se caló el cuchillo, y luego vinieron á comunicar al general que no tenían cartuchos.

Inmediatamente se dispuso una carga de municiones perteneciente a Chiclana y otra de Cataluña, y que Manzano, con una compañía, apoyase la izquierda de las dos compañías, que debían retirarse ya.

El fuego de las dos compañías de Talavera y la de Chiclana fué brutal, certero, paciente y eficaz. El enemigo fué sumido en el silencio y en la impotencia. Se les demostró que la posición endeble, mala é insostenible era invulnerable y segura, gracias al valor del soldado, á la serenidad de cuatro tenientes coroneles, que son gala y honra de este Ejército de operaciones; de una Caballería temeraria, de una Artillería heroica y de dos generales-Tovar y Morales-, serenos, generosos, arrojados, para ejemplo y medida de sus tropas.

El enemigo calla.

A las ocho de la noche enmudeció el frente enemigo. Las posiciones avanzadas se contrajeron á un punto más reducido y la tropa se tendió al abrigo de los parapetos de urgencia á comer un rancho frío.

Se recorrió la línea de frentes, se montó el servicio de vigilancia y se tocó orden general.

Diario de la guerra.

En el centro del vivac se aclamaba con vivas á los soldados del escuadrón, que tenían aún los caballos jadeantes y cubiertos de espuma y de sangre. Cavalcanti, trémulo de emoción todavía, nos relataba, con un habla llena de entusiasmo infantil, la carga que había dado con sus jinetes.

El coronel Garrido, silencioso, con sus gafas luminosas y escrutadoras, a pie, un poco encorvado, me dijo al preguntarle los tiros que había disparado: - Quinientos nada más. Se me ha inutilizado una sola pieza, que mañana estará compuesta y montada de nuevo-. Y siguió caminando, imperturbable, hacia el alojamiento del general. Había en el hospital cien heridos para sólo cuatro médicos, ayudados por Víctor Ruiz Albéniz, el discretísimo corresponsal de Diario Universal, que prestó allí valiosísimos servicios como cirujano.

Se dispararon, además de las quinientas granadas, ciento cincuenta y dos mil tiros de fusil y cien cintas de ametralladora. Estando en la orden general se incorporó al vivac un batallón de Guipúzcoa y avisó

Páez Jaramillo de que estaba en contacto con nosotros por el frente de retaguardia. A esos dos batallones se les encomendó la tarea de cubrir la derecha, y la de ocupar el flanco izquierdo y proteger el frente de las dos baterías á las compañías de Guipúzcoa. Los jefes de Cuerpo facilitaron los datos para dar un avance del parte oficial. Y á las 303,

Crónica de un testigo.

diez de la noche, después de diez horas de fuego constante y de haber ocupado seguidas cuatro posiciones, nos dejamos caer desfallecidos, destrozados, en las camas de campaña, después de ganar la batalla de Taxdirt, que nos puede asegurar la posición de todo el territorio desde el Cabo Nuevo hasta el Gurugú y la playa de los Pájaros.

A las once comenzaron á oirse tiros sueltos. Por encima de la pared de piedra silba alguna que otra bala, y como si el agudo silbo nos impusiera silencio, nos vamos durmiendo pesadamente, rebuyendo nuestros cuerpos cansados bajo las gruesas mantas de campaña.

Día 21.

Noche cerrada aún nos echamos de la cama, que van plegando cuidadosamente los asistentes de cuartel general.

El vivac está, al despertar, completamente tranquilo. A la luz lívida del amanecer van viéndose soldados que andan de uno á otro lado. Y va creciendo por instantes el ruido de las voces, de los mandos, de las órdenes, y con la luz del día va haciéndose más desembarazada la charla, que estaba cohibida por la sombra obscurísima de aquella noche del 20, noche de recapitulación y de esperanza.

El general estaba ya de pie, con botas y
304

Diario de la guerra.

espuelas calzadas y el fajín ceñido, dando órdenes á todos y conferenciando con el general Morales. Al salir el sol, un trompeta alto, con unos pulmones de fiera, tocó tres veces orden general. Al remate del toque se oyeron en el clarín los cuatro compases de entrada del can-cán de La Viuda alegre. Por conjuro de aquellos compases se me presentó á los ojos la noche aquella de Price, el palco donde estaba yo y los que me acom-

pañaban. Si yo fuera capaz de emocionarme, me emociono entonces, pero jamás lo hubiera confesado. Esta es una magia del peligro, de la ausencia y del recuerdo. Y nada más.

Luego se pudo ver un cuadro pintoresco y poético, de guerra de verdad: la reunión de los jefes de Cuerpo, presidida por el general Tovar. Junto á los muros de la casita mora se extendió una alfombra grande y se pusieron sobre ella en semicírculo las sillas de campaña y algunas cajas de municiones. Ante los asientos se alzan veladores redondos puestos en sus trípodes. Se sentó el general en el centro; á la derecha Morales con su ayudante, el coronel Gómez del Rosal, de la media brigada, y los tenientes coroneles de Infantería y el de Artillería; Calvalcanti, el comandante de Ingenieros, el Estado Mayor de Tovar, el coronel Garrido y Jaramillo, con Carniago y Bermúdez de Castro, que vinieron con Arapiles y Las Navas.

20

3053

Crónica de un testigo.

Frente al general se sentaron en el suelo tres ó cuatro moros, con las babuchas puestas al filo de la alfombra, y el intérprete Pedro Gestoso, cabo de Cazadores, que habla perfectamente el árabe y el francés. Se montó una guardia de Ingenieros para que nadie se acercara al grupo del consejo, y estuvieron deliberando una hora, que emplearon Arija y Alonso para impresionar placas á su sabor.

A las ocho de la mañana llegó á nosotros la primera compañía del primer batallón de Africa, que manda el capitán Avelino Martínez. Venía á recoger y custodiar el convoy de heridos, que iba á ser transportado por los soldados del batallón de Guipúzcoa.

En la ambulancia sanitaria había un cuadro desgarrador; pero no creo que se haya de ocultar. Como la posición no tenía absolutamente ningún lugar seguro y desenfilado del fuego enemigo, estuvieron durante tres horas pasando balas por encima de los heridos. Los cinco médicos que allí se reunieron- cuando más había continuaron sin vacilar la curación de los soldados «por no perder tiempo ni ocasionar molestias con un traslado de camillas», según decían para dis-

culpar su determinación.

La tarde antes ocurrió un suceso que he de mencionar, porque es de un heroísmo y un entusiasmo dignos del poema. Había ya en la ambulancia muchos heridos cuando trajeron al teniente Vera, de Infantería, que

306

Diario de la guerra.

tenía el torso atravesado por una bala Maüser, que lo desangraba á la carrera.

Al llegar á la Sanidad mandó á los soldados que alzaran su camilla hasta los hombros; reuniendo el herido sus fuerzas se incorporó sobre el varal izquierdo, y con todo su ahinco gritó:

-Heridos del día 20: ¡Viva España!

Y víctima de un síncope cayó sobre la lona de la camilla.

El convoy de heridos comenzó á organizarse bajo el mando del teniente coronel Llanos, que llegó por el parte oficial. Las camillas formaron en hilera sobre la vertiente de la cañada. Alrededor de cada una había nueve soldados de Guipúzcoa para remudarse en la conducción de ellas durante trece ó catorce kilómetros de mal camino.

Delante iban unas parejas de Caballería; á cada lado del triste convoy desplegó en flanco una sección de África. Llanos y el doctor Albéniz montaron á caballo. Las camillas comenzaron á ponerse en marcha ordenadamente. Antonio Tovar lloraba detrás de sus lentes, por tener que marcharse, y oprimía la mano de su padre. El general, recién afeitado, con los guantes de seda calzados, se separaba de la camilla de su hijo para dar órdenes y consejos. El general, imperturbable y sereno, sonreía á los heridos que pasaban. El teniente coronel Moreira, privado de la palabra por un balazo que le penetra por el maxilar derecho y sale por

307

Crónica de un testigo.

la oreja contraria, mandó parar á los que le llevaban para despedirse con el pañuelo al aire del grupo de generales, jefes y oficiales y soldados que estaban firmes y en hilera frente al herido.

Poco después, por la barrancada de Talafar, se perdió el rosario de camillas, y luego las últimas secciones de soldados que las custodiaban.

* *

*

Felipe Vallarino, un teniente de Llerena muy simpático y muy valiente, ha ocupado por ahora el puesto del capitán Tovar. El duque de Medina de Rioseco, oficial de la reserva adscrito á Chiclana, queda de jefe de escolta.

A la una de la tarde almorzamos, siendo acompañado el general por el general francés Torey, que está entusiasmado con las brigadas de Cazadores.

El militar francés es alto, enjuto, tiene unos bigotes entrecanos, marciales y pobladísimos. Lleva lentes en los ojos y en la solapa la insignia roja de la Legión de Honor; juguetea con un latiguito barnizado y ciñe dos bandoleras: una con un «termos» forrado de cuero, y otra con la funda del revólver reglamentario del Ejército francés. Su galante deferencia con Tovar es notoria. El francés está contentísimo de hallarse entre nosotros.

308

Diario de la guerra.

A la hora de almorzar llegó el parte del capitán del escuadrón de Alfonso XII. En él se daba cuenta de haber suprimido una sección - la del teniente Gasco, que se agregó al cuartel general - y de que la fuerza, con tres secciones y revistada de armamento, estaba de nuevo en disposición de prestar servicio.

El general hizo con ese motivo un panegirico de aquella Caballería, comparando la carga del 20 con la memorabilísima de Treviño. Cavalcanti y Gasco estaban trémulos, emocionadísimos.

En la conversación de sobremesa averiguo otra acción meritoria. Con los fuegos del enemigo cruzados en todas direcciones, salió-en momento de apuro de la tarde del 20 - el capitán Velasco, de Estado Mayor, completamente solo y llegó á galope tendido á la brigada Alfau. Al salir de nuestro campo se le despeñó el ordenanza por un barranco y lo volvió al campamento. El capitán continuó solo á evacuar su comisión; en recorrer los cinco kilómetros de camino desconocido, á ciegas y entre balas, dar la orden, aguardar la contestación y desandarlos, tardó menos de una hora.

A primera tarde llegó un convoy de muni-

ciones de fusil y cañón; poco después uno de Administración Militar con pan y raciones, vino y café.

/

Al obscurecer se prendió fuego casualmente á un almiar de paja. El general mandó

309

Crónica de un testigo.

que lo apagaran, y conminó á los soldados con severos castigos si incendiaban ó derribaban.

Cuando se montaba ya el servicio de vigilancia vi en el campo á D. Joaquín Llorens, muy marcial, con su uniforme completo de rayadillo y su gorra de plato, abrazando y felicitando al coronel Garrido.

Comimos á la noche ese delicioso plato de patatas con carne que llama el pueblo de Madrid guisao, queso de bola, salchichón y café de tropa. Y al acostarnos, bajo las mantas, no se oía más que este comentario:

-¿Se acuerda usted de anoche?

--Sí, señor.

-¡Qué diferencia! ¿Verdad?

-Sí, señor.

A las doce en punto, hacia las avanzadas de Las Navas, se oyeron descargas. A la una habíamos vuelto á acostarnos, para dormir de un tirón hasta el otro día.

Se susurra por ahí que ha venido la orden de que avancemos mañana á proteger la toma del zoco de Benisicar por la división Sotomayor, que se nos enviará más Caballería y que hemos de ocupar una posición precisa á una hora fija. A pesar de esa noticia, que ha llegado á mis oídos en el momento de la alarma nocturna, reanudo mi sueño como un bendito.

310

Diario de la guerra.

SELUÁN

Estamos acampados dentro de la alcazaba de Seluán. Cuando llegamos aquí veníamos de Nador, que estaba destruído y arrasado por la Artillería y por el incendio. El objetivo popular de esta guerra está concluído, puesto que han llegado noticias á nosotros de que los soldados y los oficiales de Sidi-Musa, de la segunda caseta y de Sidi-Ahmet-El-Hach han salido en un pacífico y tranquilo paseo y han subido á descansar hasta la cumbre del Gurugú.

No puedo transmitirte la impresión que ha causado en Melilla-anticipo de la impresión que causará en España-porque no la sé. Desde el día 20 de madrugada, fuera de unas horas que me entregué al reposo absoluto, no hago más que marchas y exploraciones, flanqueos y conquistas, conquistas en el sentido guerrero de la palabra, que por otro camino, pobrecito de mí, estoy siempre en perpetuo 27 de julio.

Apenas llegué acompañando á las fuerzas de Cazadores que volvían de Hidum, comenzó á circular en Melilla la noticia insistente de que volvía á salir la división á la otra mañana, como es ya costumbre con rumbo desconocido. Inquirimos la verosimilitud de esta noticia, y era verdad, en efecto.

Adquirir la certidumbre de la marcha para el amanecer y tomar la cama á paso ligero

311

Crónica de un testigo.

y ocupar la posición... horizontal, todo fué uno; más no sin haber encarecido á mi sereno el encargo de que apedrease mi balcón con las mejores piedras de la calle á punto de romper el día.

Parece que la división de Cazadores se ponía de nuevo en movimiento para una importante operación. Orozco, con su división, salió de zoco El-Arbáa, y con poca resistencia ocupó los Pozos de Aograz, junto á la playa de Mar Chica, por frente á la Restinga. De allí partió Aguilera con la primera brigada y tomó á Tauima con alguna resistencia y con muchos moros á la vista. He aquí un comentario: los moros, "cuando ven movilizarse una fuerte columna, pierden la serenidad; la indecisión se apodera de ellos y la hostilidad se convierte en tiros sueltos y los grupos huyen despavoridos al verse aniquilados por los cañones.

Estos moros, para hacer un fuego nutrido y un ataque eficaz y peligroso, tienen que saber el objeto de la operación. Podríamos verificar mil paseos militares por todo el Rif con columnas escasas sin que se nos hiciera un disparo, siempre que no se ocupara territorio ni posición ninguna en región poblada. Todo el ardid de esta guerra consiste en combinar movimientos para amenazar la retaguardia del enemigo. De otro modo no habrá jamás, por ahora, sueño seguro, ni marcha tranquila, ni sumisión bastante

eficaz. El día 20 fué la columna Tovar sin
&
312

Diario de la guerra.

oler pólvora siquiera más de diez kilómetros.

En cuanto se vieron los rifeños con sólo cuatro batallones enfrente, comenzó un movimiento del enemigo, tan eficaz, contra nosotros, que tuvimos que dar una batalla para garantizarnos el uso y disfrute de nuestra posición.

Ayer, en la marcha, vimos unos moritos que nos miraban con interés, con atención. No encontramos resistencia, casi ninguna; en total, hubo cuatro heridos y un contuso. ¡Quién había de figurarse, ¿verdad, lector?, que íbamos á entrar en la famosa alcazaba con cuatro bajas! ¡Quién pudiera pensar, en cambio, que nuestros amigos de Benisicar nos iban á hacer ciento cincuenta heridos en diez horas de fuego por ocupar un montecito sobre el mar que no tenía más aplicación que pernoctar en él!

Nadie se presentó á nosotros, más que á tirar tiros, ni hubo razón de cansancio ni de verdadera dificultad para no continuar en una sola marcha para dar vista á Hidum en un solo día.

Sotomayor, que ha montado sus tiendas y está construyendo reductos y trincheras en sus posiciones de zoco El-Had, fué hostilizado anoche con verdadero furor. A la media noche los moros aparecieron a tiro de las avanzadas y comenzaron á hacer un fuego nutridísimo, arrastrándose por el suelo en una línea cercana á la nuestra. Desde
313

Crónica de un testigo.

esa hora hasta el amanecer se mantuvo un tiroteo vivísimo, y al amanecer se comenzó un cañoneo, sostenido hasta mediodía. La buena gente de la plaza oyó, en medio del silencio de la noche, la violenta fusilería, y se produjo alguna alarma, con grupos en las calles y preguntas en todas las bocas...

Este ataque se esperaba ya desde que la división Tovar deshizo el contacto con Sotomayor y marchó á Melilla, dejando libres las posiciones de Hidum.

Pero no precipitemos los acontecimientos ni mezclemos los comentarios con los re-

cuerdos, ni mucho menos nuestro propio discurso con el relato de los hechos tal como fueron. El cronista no ha venido al Rif en tren de táctico, sino en aire de fiel narrador de cuanto aquí vaya acaeciendo, y hoy tenemos varios sucesos que relatar y, gracias á Dios, son de mucha gloria y de un subido interés para todos.

Orozco había tomado el poblado de Nador. Desde Tauima, ocupada por Aguilera en una brillante operación, se entraron como una seda en el pueblo y ocuparon la montaña, donde se asienta el pueblo á media falda. En lo más alto de la cumbre durmió el regimiento de Saboya. Con una batería de montaña emplazada dominando el llano,

314

Diario de la guerra.

Aguilera aguardaba en Tauima. Al amanecer, la división Tovar se concentró en el Hipódromo y se puso en movimiento; Alfau, en vanguardia, y Morales, protegiendo la impedimenta y cerrando la marcha. En este orden se tendió la división por el camino de la segunda caseta, apoyando la cabeza en la trinchera que la vía española ha recorrido á lo largo del Atalayón, cubriendo la entrada. Tovar debía esperar allí órdenes concretas de Marina, y allí hizo alto la columna, llevando en las vanguardias de las brigadas á los batallones de Madrid y Segorbe.

Después de un alto como de una hora se volvió á poner en movimiento la columna camino de Nador. Jaramillo, con Segorbe y Madrid, desplegó en guerrillas para subir á la montaña, y á su abrigo desfiló lo demás de la tropa en columna de viaje hacia la ladera donde están las casas que ocupan la vertiente oriental, la que mira á la Restinga y á Seluán.

El pueblo de Nador estaba reducido á escombros. La estación de las minas se había venido al suelo á fuerza de granadas. Estaba en ruinas, y la cara de Oriente, la fachada principal, había desaparecido por completo, y cada una de las letras de su nombre estaba marcando un cascote que había rodado por la llanura.

Había entre un laberinto de chumberas muchos huertos regados con agua de pozos, pozos que estaban abrocalados con los railes

315

Crónica de un testigo.

arrancados de la vía española. En las huertas abrevamos los caballos, y fué incendiado cuanto almiar de paja se halló á nuestra vista. El poblado trepaba desde el llano hacia la cumbre y se quedaba á media ladera. De este pueblo conviene, para hablar con propiedad, hablar en pretérito. El poblado pasó á la historia á la ocupación por las tropas españolas. Ya sé yo que el general en jefe tenía dadas órdenes severas y terminantes en contra del incendio y de la destrucción. Pero la guerra, que manda más que el general en estos momentos, ha dispuesto que Nador cierre aquí un período de su historia y abra una era nueva, teniendo coronada la cumbre de sus montañas por las fuerzas españolas y por nuestra bandera.

En las huertas acamparon las dos divisiones: la de Orozco y la de Tovar. Delante de nosotros estaba Tauima ocupada por la brigada Aguilera, y á nuestra espalda monte Arbóx, ocupado por Jaramillo con media brigada en contacto con el Atalayón y Sidi-Ahmet.

Aquí he de hacer una pequeña advertencia á los africanistas que sigan esta guerra con interés, con cartas y con verdadera documentación: La referencia de Tauima en los planos que de esta región se han publicado están equivocados. Tauima está bastante lejos de la playa de Mar Chica. No sé si á siete ó á ocho kilómetros; pero, en fin, no está sobre la playa como parece que se des-

316

Diario de la guerra.

prende del plano que sirve de guía al lector curioso que sigue la guerra desde su casa de España.

Se estableció el vivac del Ejército, con sus dos divisiones y el comandante en jefe, entre las chumberas de las huertas. Había en ellas granados, olivos, hortalizas, algún sitio pintoresco y algunos lugares llenos de sombra y de frescura.

Allí pasamos la noche tiritando bajo nuestras mantas, después de asfixiarnos con 35 grados al sol. Esos son los secretos del clima africano, que tanto se parece al de Madrid. Siempre consuela esto de encontrarse tan lejos de la heroica villa con un clima tan brutal, tan inhospitalario como aquél, ya co-

nocido, padecido y capeado por muchos de nosotros.

Con un sol de justicia y un calor sofocante se puso en movimiento la fuerza expedicionaria - Orozco por la izquierda, sobre la playa, y Tovar por el llano, desplegada en flanco la brigada Alfau-camino de la alcazaba de Seluán.

En el llano no topamos con nadie. A lo largo de la sierra que se extendía á nuestra derecha salían de vez en vez unos disparos sueltos, como si lleváramos el mismo camino de una traca. El fuego moro era ineficaz por suelto y poco nutrido y con cuatro heridos llegamos á dar vista á la alcazaba. Fueron emplazados los cañones montados al mando del comandante Pesteguer, que hicie-

317

Crónica de un testigo.

ron una minuciosa exploración cañoneando los alrededores de la alcazaba.

La Caballería se lanzó luego al galope á verificar lo explorado. En Seluán no había enemigo.

Entonces se puso en movimiento la Infantería. Manzano, con Chiclana, por la izquierda, y Burguete, con Figueras, para envolver la posición, haciendo avanzar su gente al paso ligero. Ninguno penetró entre los muros. Por cada lado se tendieron los centinelas de Infantería, y á la puerta principal formaron los escuadrones de Caballería, mandados por Cavalcanti. En esta disposición aguardamos la llegada del general Tovar, para que él, con su Estado Mayor, penetrase el primero en la fortaleza recién ocupada.

Al mismo tiempo, por el viso de las lomas de la izquierda, se retiró á todo correr, con el cuerpo vuelto sobre la silla, para mirarnos, el último jinete moro.

En el recinto de la alcazaba no queda absolutamente nada. Destruído el palacete del Roghi, cegadas las vertientes de aguas, entre las murallas no hay más que escombros y piedras.

Dentro de los muros, el general Tovar arengó á sus jefes y oficiales con una sencilla peroración. Luego se izó la bandera. Formando en columna de honor la fuerza de vanguardia, tocando las cornetas la Marcha Real y presentando armas. Los periodistas

318

Diario de la guerra.
estábamos mezclados con el Estado Mayor.
Los fotógrafos treparon por el muro arriba
para impresionar sus instantáneas. El sol re-
lumbraba en los sables y en las frentes su-
dorosas y en los herrajes brillantes de los
caballos. Manzano, de pie sobre los estribos,
dió un viva á España y otro al Rey, que
fueron contestados con mucho entusiasmo.
Estábamos ante la bandera de la Patria,
que se alzaba por vez primera sobre un te-
rritorio que sustentaba al Ejército de Espa-
ña. Había en todas las miradas y en todos
los labios un tenue velo de emoción.
Luego se distribuyó la fuerza en las posi-
ciones que habían de ocupar, y se diseminó
la gente en busca de leña para hacer los
ranchos, y bajamos al río de Seluán á beber
con avidez sus aguas salobres, ingratas
como esta campaña dura que estamos ha-
ciendo, casi tan ingratas como la sed que
en las ondas del Seluán habíamos de apagar.
A la izquierda de la alcazaba se alza la
mezquita de Sidi-Hassán, de blanco minare-
te, rodeada de tumbas, entre olivos, higue-
ras y granados. Ante ella, el cementerio se
escurre por la vertiente del río hasta la ori-
lla. Y á la derecha del recinto murado se ve
subir á unas lomas el infatigable batallón de
Figueras á tomar unas lomas para nuestra
mayor seguridad.
Hemos recorrido catorce ó quince kilóme-
tros desde Nador á Seluán, por esta enorme
llanura que costea la Mar Chica, que se tien-
319

Crónica de un testigo.
de por Arkemán y por Lehedara hasta los
barrancos de Quebdana en una extensión
de muchas leguas cuadradas. Hemos mar-
chado sobre rastros de trigo y de cebada,
por huertas mal cultivadas, por un terreno
idéntico á la campiña de Sevilla, tierra de
olivo y de viñedo.
A nuestra derecha hemos dejado las mi-
nas francesas; detrás de ellas el pico de
Huixam, que atesora el hierro de la Compa-
ñía española. A nuestra espalda se adivina,
llenando el horizonte, la línea azulada del
mar.
Para escribir esta nota me siento en una
piedra y pongo el papel sobre un sillar de
la tapia del patio que fué harén del Roghi.

Ataque á las posiciones
del zoco El Had (28 Septiembre).
Refiere un autorizado cronista de la guerra la refriega de zoco El-Had con las palabras que siguen:
Yo no asistí á la posición de Sotomayor en los días del ataque. El capitán Gallego nos da, para subsanar la falta, el testimonio más autorizado.
«Se inicia á las dos y treinta de la madrugada, contra el campamento que ocupaban el primer batallón del regimiento del Príncipe, una batería del 10." montado y el grupo de Ingenieros de la división Sotomayor, á
320

Diario de la guerra.
que estas fuerzas pertenecen, así como contra el reducto del zoco que guarnece el otro batallón de dicho Cuerpo
> Los centinelas que hacían el servicio al exterior de las obras guarnecidas, fueron replegándose á sus puestos; pero una patrulla que mandaba el cabo del regimiento del Príncipe, Luis Noval, y formaban los soldados y tambor del propio regimiento, Cándido Castro, José García y Hermógenes Ríos, vióse sorprendida y obligada á luchar cuerpo á cuerpo, muriendo gloriosamente en tan duro trance todos los soldados de la patrulla.
**>>>Al alborear el 29, salió para hacer la descubierta la primera compañía del primer batallón del Príncipe, con su capitán D. Antonio Álvarez y el comandante D. Álvaro González Martínez, teniendo que sostener fuego con el enemigo, que se encontraba á corta distancia del campamento y que fué ahuyentado, retirándose a lomas inmediatas, desde las cuales y ocultándose en los accidentes del terreno, sostuvo el fuego hasta las siete de la tarde, motivando la intervención comedida de la Artillería.
Tuvimos, durante la noche del 28 y tiroteos del 29, un comandante, González Martínez, y nueve de tropa, muertos; capitán Arias y once de tropa, heridos; el teniente Caravera y dos soldados, contusos, todos del regimiento del Príncipe, así como tres individuos de tropa de Ingenieros y uno de Artillería, heridos. El ataque parece había
21
321

Crónica de un testigo.

sido dirigido por el Mizian con 1.500 hombres de las kabilas de Benisicar, Beni-Sidel, Temsaman y Beni-Burriaga.>>>

El parte del combate fué el primer pregonero de la fama heroica del cabo Noval. Los moros le forzaban á declarar la entrada del reducto, y el cabo dió grandes voces, diciendo á la fuerza:

-¡Disparad sobre mí, que vienen los moros conmigo!

La orden de la división hizo justicia al comportamiento del cabo Noval, escribiendo su nombre entre los de los combatientes heroicos.

DE SELUÁN Á MELILLA

Adosado á la fachada Norte de la alcazaba, dentro del recinto murado, se había hecho construir el Roghi un pabellón para alojarse. Se lo edificó la Compañía española de minas, que estuvo á partir un piñón con el intrépido sultán del Rif. Tres arcos de la más legítima herradura daban acceso á su salón entrelargo, alzado sobre el patio del harem como metro y medio.

La pieza estaba pavimentada de mármol blanco, tenía un zócalo de azulejos de muchos dibujos y brillo contruídos en una fábrica de Málaga. En las paredes había unos adornos pintados «al aceite, según croquis que había dado el propio Muley Mohamed.

322

Diario de la guerra.

El color verde-color de califa, color del Profeta divino, atributo del sultán-, se había derrochado en aquellos medallones, único ornato de las blancas paredes.

Dentro del salón estaba el cuarto de la postera favorita, la que gozó de la última prosperidad y del poderío y del boato de la corte. A la derecha de los tres arcos de herradura se alza la alcoba del Roghi.

Todo ello fué destruído por los moros al abandonar la alcazaba el día que pasó junto á ella la división Orozco. Sobre el montón de escombros, de cascote, de añicos de mármol, de trozos de vigas y de techumbre, puso su tienda el general Marina. Hay en todos los lugares del mundo sitios especiales que ya están ungidos por la tradición como representativos del poder y de la autoridad. Aquel reducido palacete era la cabeza política de la alcazaba, estaba además defendido de nuestras miradas por unos restos de

pared y se alzaba sobre el nivel común. Aquel lugar era, pues, el del jefe supremo de la tropa, para que no se perdiera la tradición externa. Porque el día que se pierda la tradición, ¿qué vamos á hacer nosotros los que vivimos de cosas puramente objetivas, de artificio y de añadidura?

A la derecha, según se mira á las ruinas del chalet del Roghi, alzó dos tiendas el general Tovar para él y sus ayudantes, y enfrente del comandante en jefe armó un tenderete el general Orozco, sosteniendo un en-

323

Crónica de un testigo, cerado cubrecargas desde la pared á dos estaquillas como de un metro de altas, lo que servía de cobertizo á su cama de campaña y á su maleta. A la derecha y á la izquierda, en tinglados iguales á los del general, se albergó el Estado Mayor y los ayudantes de la división reforzada.

A la derecha del general en jefe vivaquean unos quince moros. Han tendido unas telas en el suelo, y en ellas se sientan en círculo cerrado, dejando las babuchas en la tierra, fuera de la alfombra. Alrededor del grupo están trabados y quietos, con las crines y la cola arrastrando, siete ú ocho caballitos finos, esbeltos, siempre alzadas sus cabezas cortas, nerviosas é inquietas.

En medio del patio, y en círculo como los moros, se ven los caballos de Orozco y su escolta. En el rincón de la izquierda, mirando desde las ruinas, está la cocina de los generales, y en el ángulo opuesto los caballos de Tovar y Marina.

Esta es la distribución del patio-harén del Roghi. Fuera de él, dentro siempre de la alcazaba, están los escuadrones de Caballería y el ganado de las baterías de montaña.

Con los generales vivaquean además, en el segundo recinto de la alcazaba, los dos coroneles de Artillería de las divisiones, con sus ayudantes y el parque móvil; las Comisiones topográfica y fotográfica del Estado Mayor; los intérpretes, los ordenanzas, asistentes, cocineros y escoltas de los tres gene-

324

Diario de la guerra. rales y los periodistas que llegamos hasta allí. Además queda sitio para que se desenvuelvan y galopen todos los jinetes que lle-

gan y salen, los ayudantes y los acemileros, y ese recinto no es más que la cuarta parte de la capacidad de terreno encerrado entre los fuertes muros de Seluán.

En el vivac de la alcazaba y sus alrededores había ocho batallones de Cazadores con Tovar, dos regimientos con Orozco, al que se le incorporó ayer el general Díez Vi-cario. Están, además, los tres escuadrones de húsares, las baterías y las ambulancias: unos diez mil hombres, sin incluir en ellos las guarniciones de Nador y Tauima, que también son numerosas. Hay, pues, en la llanura de Seluán, tendido hasta Nador y sus lomas, un verdadero Ejército de invasión, con todos los detalles y requisitos de un Ejército moderno.

Ayer se le dotó de raciones para tres días más, de municiones a todo tirar, y el general en jefe, con su uniforme de rayadillo azul, no se movió de la alcazaba. Todos estábamos allí avisados y curiosos, llenos de inquietud y de ansiedad.

-¿Qué pasará? ¿Qué haremos ahora? nos preguntamos todos, sin poder ninguno responder á las preguntas ni salirnos de la zozobra anhelante.

Por fin se proyectó alguna luz sobre nuestros sesos, ya á medio devanar. El enemigo, á la desbandada, con ganados, mujeres y

Crónica de un testigo.

acémilas, se había corrido hacia el Sur, por las cañadas que van en dirección de M'Talza, á la vertiente oriental de las montañas de Benibuifrur.

En aquella dirección se emplazó una batería Schneider y en las avanzadas una de montaña. Luego se dispuso que Chiclana tomara las alturas donde había dormido Figueras y que Figueras tomase las segundas lomas de la montaña para inmunizar al campamento de todo peligro. Quedó, pues, la fuerza como si la división Tovar hubiese levantado la vanguardia de junto á la alcazaba y la hubiese recostado otra vez más á la derecha, en otra estribación más alta y más segura, para reposar con más comodidad.

Figueras tenía su nueva posición sobre el camino de las minas españolas como si fuerzas de Cazadores fuesen á desfilar hacia el pico Huixán, donde se guarda el hierro español. Yo no anuncio nada. Yo no digo que

se vaya á ir á Benibuifrur, pero sí advierto al lector que si se va desde Seluán al Hui-xam, hay que tomar necesariamente aquella altura, y que Burguete, con su batallón, está ya camino de las minas. Si alguna fuerza va á aquel terreno, ella ha de ser la división Tovar, pensando lógicamente.

Ella, que está compuesta de Cazadores, tiene una organización más ligera y más propia de terreno montuoso y quebrado. Ella tiene además toda su dotación de Artillería de montaña, y la Administración Mili-
326

Diario de la guerra.

tar adscrita es de montaña también. Todo induce á creer que si ha de lanzarse alguna división por los desfiladeros de Atlaten ó por las montañas de Buifrur, han de ser desde luego los Cazadores de Tovar.

Esta consideración, extraída de mi propio discurso, se vió pronto afirmada por el avance escalonado de Chiclana y Figueras, vanguardias de cada una de las dos brigadas de Cazadores.

Además, ayer 29 llegó primero un convoy de un día de razonamiento, á lomo de los mulos, y otro con vituallas para dos días, llevado sobre los camellos. Seluán es hoy una de las bases de nuestro Ejército de ocupación; en aquel punto se reúnen á toda prisa raciones, municiones y elementos para poder lanzar una columna sobre cualquier punto del Rif costero, desde Lehedara hasta la espalda del Gurugú: Mazuza, Benibuifrur, la misma Barraca, la lejana y abrupta Benibu-Gafar están amenazadas desde Seluán por la avanzada de Tauima ó desde la propia Alcazaba.

A pesar de la expectación que todo eso produce, yo, ayer, al conocer la noticia de nuestra operación sobre el Gurugú, cogí mi caballito y me lancé sobre el camino de Melilla. Desde Seluán se hace una jornada de cinco leguas, tan seguras de hecho como si se fuera por la calle de Alcalá, descontando el peligro de los tranvías. Pero a pesar de eso, entregarse á lo desconocido por una
327

Crónica de un testigo.

tierra que ha sido el día antes enemiga, es una empresa de alguna resolución.

Sin meditarlo mucho, Víctor Albéniz sobre un caballo procedente de tropa, caprichoso y altísimo; Arijá cabalgando en una especie de rocinante blanco que galantemente le fue cedido por un panadero del Polígono, y yo sobre mi cabalgadura, cuyo precio con atalaje y todo quiero recataros, nos propusimos seguir al capitán Cabanellas, que, con su ordenanza, se disponía á marchar á Melilla. Dejamos Tauima á la izquierda, también Nador, y nos lanzamos sobre la loma de Sidi- Ahmet.

¿Quién pensaría á fines de Julio que ahora iban á pasar á un mediano trote tres paisanos por aquella cañada? ¿Quién supondría en agosto que tres periodistas inquietos. iban á llegar á la segunda caseta viniendo tranquilamente de la parte de Nador como quien anda por su casa?

Y es que hoy - yo lo he recorrido y lo he visto por mí mismo-hemos puesto un círculo de hierro y de fuerza á todo alrededor de la Mar Chica, y dominamos una extensión de más de 600 kilómetros cuadrados, por donde pululan ya, por legiones, los moros de las cantinas, los paisanos curiosos y los periodistas menos amigos de aventuras.

LA OCUPACIÓN DEL GURUGÚ

He aquí cómo refiere el capitán Gallego,

4

328

Diario de la guerra.

En su libro La campaña del Rif, la operación realizada el 29 de septiembre en las crestas del Gurugú:

<<Decidió el general Marina aprovechar esta natural consecuencia de las anteriores operaciones para ocupar la loma de Ait-Aixa, que domina y bate el barranco del Lobo, encargando de este cometido al general Arizón, con fuerzas de las dejadas en la plaza, el cual la realizó feliz y muy acertadamente el día 29.

>>>Todas las columnas salieron al amanecer, rompiendo la marcha la primera la del coronel Axó, y acompañando á la de Aizpuru el general Arizón. Con las debidas precauciones y sin más resistencia que la opuesta por tan abrupto terreno á infantes y ganado, ocupáronse los puestos convenidos, y á media mañana ondeaba en ambos picos de Kolla y de Basbel la bandera española, que los buques de guerra y baterías de la plaza sa-

ludaban con ruidosas salvas. El coronel Primo de Rivera, siguiendo como camino las lomas de los Lavaderos, había también ocupado sin combate Ait-Aixa, y comenzaba á atrincherarse en dicha posición, destacando una compañía que se estacionó en el extremo de la loma, sobre una cresta rocosa, denominada Taxit-el-Arbi ó también «Gorro > frigio>>, verdadero promontorio que descubre en sus orígenes el barranco de Sidi-Musa y se yergue altivo sobre la ladera derecha del barranco del Lobo.

329

Crónica de un testigo.

>> El coronel Axó se retiró sin esfuerzo sobre Sidi-Musa; pero las fuerzas más avanzadas de la columna Aizpuru viéronse amenazadas de ser envueltas por su derecha al retirarse de Basbel y crestas inmediatas, teniendo que adelantar una compañía de Las Navas é intervenir la batería de montaña para impedirlo, ayudadas por los fuegos de otras dos compañías de Las Navas de la columna de reserva. Pudo así el teniente coronel Aizpuru replegarse sobre Taguen-Manín; pero al hacerlo sobre Frajana independientemente y por cuenta propia los moros adictos, siguieron siendo atacados por los de la harka, que les hicieron siete muertos.

>>>La columna Primo de Rivera tuvo un soldado muerto, un herido y tres contusos; la de Aizpuru, un soldado muerto, teniente Borbón, del Disciplinario, y dos de tropa heridos, tres oficiales y cuatro de tropa contusos; nueve moros leales muertos y tres heridos, y la columna de reserva, tres heridos de tropa y tres contusos. Las fuerzas del coronel Axó regresaron sin novedad.>>>

En una nota dice el mismo cronista de la guerra que el general se sorprendió al ver la transcendencia que se había concedido á esta afortunada operación.

NUESTRAS PENALIDADES

No me refiero ahora, al hablar de las penalidades periodísticas, á los sufrimientos de

330

Diario de la guerra.

la vida de campaña. Todos tenemos verdadero gusto en compartir el vivac con los oficiales y con los jefes, que nos reciben entre ellos con una cordialidad sin límites. Ellos facilitan nuestra información cuanto

pueden, nos obsequian galantemente con cuanto tienen y soportan nuestras preguntas con una paciencia superior á toda ponderación. No es, de seguro, la vida en el campamento lo más penoso de nuestra misión en la guerra.

Lo más amargo de nuestra vida y de toda mi vida periodística, lo he soportado en la oficina de censura. Yo no los censuro á ellos, que son finos, atentos, considerados, intachables. Anoto el hecho y paso adelante sin poner en mis palabras, no ya la hiel de un reproche, ni siquiera la pena de una lamentación. Ayer, á mediodía, llevé á que me autorizasen un telegrama, que dice así:

«Urgente DIAMUNDO. - Al saber combate ayer salí dirección Seluán hoy primera hora mañana. Camino hablé con personas regresaban.-Volví telegrafiar. -Tropas división Tovar tendiéronse anteayer hacia lomas derecha alcazaba, siendo ocupadas vanguardia brigada Alfau sin novedad. Ayer mañana púsose movimiento división hacia términos Barraca sobre montes Benibuifrur. Moros atacaron con enorme ímpetu. Socorro división, que hallábase comprometida, acudió brigada Díez Vicario. Apenas llegó tuvo fuego violentísimo, muriendo ge-
331

Crónica de un testigo.

1

neral brigada, un comandante, varios oficiales.-Grueso moros cayó sobre batallones Madrid, Figueras. Sé positivamente muertos capitanes Bermejo, de Madrid, y Ripoll, de Figueras. La batalla trabóse á cuatro kilómetros alcazaba. Moros amenazaron comunicación yendo romper cerco brigada Vicario. Hubo momentos apuradísimos. Convoy heridos conduce más de doscientos; llegará hoy anochecer. Necesita invertir más de diez horas recorrer veinticinco kilómetros camino. - Viene hombros, artolas, automóviles Gagueneau.

<<<Transmítase de O. de S. E.- El comandante de E. M.»

Sobre ambas cuartillas, cubiertas de letra un poco borrosa pero apretada y llenas de noticias ayer á las doce muy interesantes-, trazó el censor un aspa con su lápiz rojo, y el lugar del sello y de la firma quedó vacío, desamparado, y el telegrama que se me frustraba fué á sepultarse al más pro-

fundo de mis bolsillos.

Al ir á telegrafiar como remate de mi información, había yo visto el pantalón de Leopoldo Bejarano, el entusiasta cronista de El Liberal, tinto en la sangre generosa del capitán Bermejo. Lo demás del telegrama me lo proporcionó un oficial de Cazadores que á asuntos personales y urgentes vino á la plaza y á quien topé á la altura de Nador y á quien acompañé á la plaza.

El comienzo de la operación, ó sea la va-

332

Diario de la guerra.

riación de frente que hizo la brigada Alfau para proteger el avance y luego la retirada de las fuerzas, la salida de Chiclana á tomar las lomas de la derecha, la había yo visto con mis propios ojos la tarde que salí de Seluán. Y para mayor ignominia mía, ayer no había correo. Mi telegrama frustrado ha convivido sobre mi corazón treinta horas, como en una germinación amorosa ó en una prenda de leyenda romántica.

La inconsciencia instintiva del lector no repara, claro está, en estos detalles de la vida periodística. La férrea tirantez de la milicia, mucho menos. En estos momentos tienen las noticias un valor distinto del que tendrán cuatro horas más tarde. Lo que ahora es de una importancia superlativa para nosotros, no tiene á la noche más interés que una apreciación secundaria y puramente accidental y de adorno.

Yo no me quejo de la censura, ¿para qué?

Pero anoto todo lo anterior, y al terminar os advierto que no se ha de ver en mis palabras la hiel de un reproche, sino, cuando más, la impotencia y el dolor de una lamentación.

ENTRE LOS HERIDOS

La población de Melilla recibió con el corazón encogido á los soldados heridos el 30 en el reconocimiento ofensivo sobre el cami-

333

Crónica de un testigo.

no de zoco El-Yemis. Los automóviles llenos de soldados, los carros, los coches, las camillas llevadas á hombros de los paisanos y de los soldados, comenzaron á entrar en la ciudad á las diez de la noche.

La conducción duraba aún á las dos de la mañana. La operación de transbordo era

larga, pesada y laboriosa. El tren los dejaba en el Hipódromo, allí los recogían los hombres y los carruajes. En la cuesta de la Marina emprendían la ascensión hasta el Hospital, y volvían á bajar los conductores para recoger más heridos y volver á conducirlos y á subir.

Hubo cuadros de un horror espeluznante. Un soldado de León tiene la cabeza pasada por una bala Maüsser. Tiene á cada lado del cráneo un orificio pequeñín del diámetro de un lapicero, como esos calados á punzón de las blusas de las mujeres. El pobre soldado vive todavía; cuando se le habla mueve los ojos y los labios, y trata de expresar con su rostro lívido y demacrado una respuesta agradecida. A pesar de que el caso es desesperado, se le prodigan toda clase de cuidados, los más minuciosos, los más eficaces. Se ordenó que el herido tuviese las manos amarradas á la cama con fuertes ligaduras, porque se arranca los vendajes y se golpea la cabeza, donde debe sentir horribles dolores, que no le es dado expresar. Allí se está, amarrado á su cama del Hospital, abriendo los ojos cuando alguno se le

334

Diario de la guerra.
acerca, porque no ha llegado á perder la vista, ni el oído, ni el tacto.
Ha habido también, y á granel, los casos consoladores y tónicos de entusiasmo y de valor hasta el derroche. En los transbordos, en la conducción, que se hacía á prisa y con molestias, no se oyó una queja ni un lamento. Todos los que podían caminar querían ir á pie, sin mirar á su estado ni á su debilidad; todos trataban de componer sus rostros, descoyuntados por el dolor y por el cansancio, que habían recibido durante ocho horas la caricia brutal de un sol de fuego. Ni uno solo de ellos mostraba un ánimo descaecido ó acongojado, ni tristeza ni pena por haber caído ante las balas enemigas. Entre algunos de estos heridos he podido averiguar detalles de mucho interés del combate del Yemis. El batallón de Cazadores de Madrid tiene un cura pequeño y desgarrado, con gafas de oro de mucho carácter clerical, y aunque por su edad no es mozo, por su entusiasmo está aún en la flor de la vida. Este cura fué el que asistió en sus últimos momentos al general Pintos en

el mismo lugar en que cayó mortalmente herido, y el que en los barrancos de Yemis demostró también un comportamiento heroico y de gran serenidad.

El batallón, que mantenía un fuego vivísimo desde hacía tres horas, había agotado las municiones. La situación comenzó á entenebreecerse, porque los moros no cedían en :

335

Crónica de un testigo.

su ataque. Entonces el páter buscó las acémilas, tomó á hombros una caja de municiones y echó á andar por el barranco con su preciosa carga.

La caja pesaba más que las fuerzas del intrépido sacerdote. Entonces discurrió un medio que pudo ser salvador, y lo faé. Golpeando con una piedra rompió la caja, y tomando puñados de cartuchos y cargándose de paquetes de municiones subió á la posición que ocupaba Madrid.

Hizo diez, veinte viajes de ida y vuelta, hasta que municionó completamente á la compañía que había estado en peligro. Extenuado de cansancio, de sed y de debilidad, se retiró á la ambulancia y luego á retaguardia de los Ingenieros, satisfecho de haber cumplido su misión de aquel día, que fué también sagrada y bienhechora.

En ese mismo combate mostraron también un valor enorme los médicos de la ambulancia. Se establecieron en una hondonada que pareció primero lugar seguro. Luego, por un movimiento de los combatientes, quedó enfilado por el fuego moro y empezaron á caer balas dentro del hospital de urgencia. Los médicos se negaron á retirarse hasta que estuvieran curados de primera intención los más graves. Al retirarse la Sanidad del barranco peligroso habían herido á un sanitario y habían muerto de bala enemiga el caballo del capitán de la ambulancia y una acémila de Sanidad.

336

Diario de la guerra.

En el campamento se tuvo por herido al médico primero Gómez Moreno. Luego se comprobó, por fortuna, que el valiente y pundonoroso oficial estaba ileso, sano y salvo.

También han elogiado muchísimo los he-

ridos la conducta del teniente Salazar, que llevaba una sección exploradora del escuadrón de Lusitania, del que manda el capitán Urioste. Realizó trabajos de verdadero peligro en el reconocimiento de casas y chumbras y en la busca del enemigo.

Al llegar á un aduar le hicieron fuego. Entonces mandó echar pie á tierra á sus jinetes y penetrar en la casa y registrarla minuciosamente. Tuvo dos bajas en el ganado y un hombre contuso.

Retiró su fuerza, después de la exploración aventurada, con mucho orden, sin dejar un solo objeto olvidado en el campo y conduciendo los equipos y el armamento de los caballos puestos fuera de combate.

Esta conducta han seguido todos los jefes y oficiales sin excepción. Siendo de admirar que no faltara después del violento combate ni un fusil ni un equipo. Casi toda la fuerza, al retirarse, trajo consigo las vainas de los cartuchos disparados, dentro de sus cajas, y los fusiles y las cartucheras de los heridos.

Los cálculos sobre las bajas que haya experimentado el enemigo son siempre fantásticos y exagerados. Se encierra bajo el elás-

22

337

Crónica de un testigo.

tico vocablo «muchos». Lo cierto es que se disparó bastante, con tino y con serenidad. Lo demás es una cosa aleatoria, y, por lo tanto, de segundo orden. Se les castigó con bravura y con eficacia, que es lo que se quería hacer. Al día siguiente se ocuparon las posiciones que nos convenía ocupar, sin más resistencia que algunos tiros. El camino de Benibuifrur está más expedito que antes del combate, cuando era una incógnita sangrienta é infranqueable.

En la llanura de Bu-Erg, delante de Tauima y en las huertas de Nador, no se ve un moro.

EL ENGAÑO DEL AMOR

La guerra ha entrado en una segunda fase, en un período distinto del que comenzó el día 9 de julio y se cerró con los preparativos en gran escala que se han realizado durante el mes de agosto. La guerra es diferente ahora, y los síntomas son nuevos y la naturaleza de ellos se ha de apreciar por el caso que voy á referir á continuación y que

verá el que pacientemente leyera lo que sigue.

La escena se desarrolla en un puesto de avanzada. El recinto de la posición, encintado por los parapetos, los sacos terreros, las alambradas y las trincheras, dormita bajo un sol pesado y flagelante que cae inhospitalario sobre nosotros, más furioso quizás,

4

338

Diario de la guerra.

porque nos mira sin chilaba ni babuchas.

He de advertiros que el sol del Rif es bárbaro y feroz como un tirador de Benisicar ó un ginete de Benibuifrur.

El campamento de la posición avanzada de mi anécdota duerme la siesta á pierna suelta. El centinela de la alambrada pasea á lo ancho de la puerta. Sobre la pared del reducto se mueve, fusil al brazo, otro centinela. La guardia, tendida en la trinchera, está ojo avizor mirando al campo. Los cañones de montaña, puestos á medio balancín en sus cureñas, parecen los negros mastines, más fuertes que lobos, vigilantes guardianes de aquel trozo de España. Ni los centinelas, ni las guardias, ni los oficiales ven un solo moro en el horizonte. Un vaho soñoliento cae sobre la guarnición toda, rindiéndola como una losa de plomo.

Como el campo enemigo está reducido al silencio, temeroso y desarmado por el fuego de nuestras tropas, crece la confianza de los soldados, que salen descuidadamente del ámbito seguro, de la zona inmune, y se van diseminando por los campos vecinos, y los soldados van siempre tranquilos, y á veces sin armas. Unos van á la recolecta de higos chumbos, de hortalizas, de paja para dormir sobre ella. Otros van al pozo de la aguada á beber. Los más, á estirar y desentumecer las piernas, enmohecidas en el ocio de la quietud del reducto.

Los soldados quieren, además, saciar su

339

Crónica de un testigo.

curiosidad, una curiosidad que les roe el alma: la de ver el sitio que ocupaban los «pacos», el lugar defendido y oculto desde donde tiraban los tenaces «cazadores de hombres», que hicieron tantas bajas en el convoy, en Sidi-Musa, en la segunda ca-

seta.

Y los soldados no pierden el paseo; buscan y hallan botín en los campos, que más les enorgullece que les alimenta. Yo he visto en la vertiente del río Seluán á un soldado de Ingenieros cazar á la carrera, sin piedra ni palo, un polluelo de perdiz. Y no fué lo raro que lo alcanzara, sino que lo «levantó», lo corrió, lo alcanzó y lo guardó dentro de su bolsa de lona blanca, en el tiempo escasísimo en que sus compañeros desaparejaron las mulas y pusieron en línea las cajas del heliógrafo.

Así se explica que los soldados tengan un amor ardiente al campo que está hace tres meses delante de ellos, brindándoles á sus sentidos unas promesas que todavía no pueden satisfacer. Por eso tienen ese deseo de sepultarse en el ambiente bucólico, de bañarse en la soledad de los barrancos, y como si el horizonte fuera una sirena sugestiva y embaucadora, con cualquier pretexto salen del reducto y se van alejando de la posición, hasta aquella casa, hasta las últimas chumberas, hasta el viso del barranco lejano, haciendo, con mucha tranquilidad, unos trayectos verdaderamente temerarios.

340

Diario de la guerra.

Por esto han discurrido los moros ahora un sistema de añagazas y artes astutas que costó la vida á algunos soldados de aquel destacamento que á los comienzos de mi cuento dormía casi derretido por los rayos abrasadores de este sol del Rif.

Un grupito de soldados de aquella compañía estaba en la ribera abrupta de un barranco, llenando de higos chumbos un serete de pleita. Los soldados bromeaban acerca del peligro de su tarea. La sera iba llenándose lentamente del fruto espinoso de las chumberas, que eran, por cierto, dignas del pincel relumbrante de Salvador Rueda, el único poeta capaz de traducir los higos chumbos del Rif al troqueo español.

De improviso, un moro alto y enjuto, con su «fusila» sobre el cogote y una mirada melosa, de gato traidor, en los ojos, se acercó á los soldados de España. Llevaba el moro un trapo rojo y gualdo prendido desde el collarín de la chilaba hasta la fimbria de la manga. Así, grandecita, para que se viese bien.

Habló primero el moro de paz de los accidentes y casos de la guerra. Luego hizo á los soldados la proposición de que se corriese hasta una casa que se veía al otro lado de la aguada del monte. Esa casa tenía, desde que llegó la tropa, bandera blanca. En aquella casa, sagrada hasta entonces para nuestros soldados por la bandera que enarbolaba, había, según el moro, una mori-
341

Crónica de un testigo.
ta joven y bella, ardiente y amorosa, harta de llorar los desdenes de su moro, que al avanzar la tropa huyó cobardemente á los campos dejándola á ella sin pan, sin amparo y sin amor. Con la dulce morita del mucho penar no había, según el moro embaucador, más que una vieja esclava, torpe ó complaciente, que no pondría obstáculo alguno á nuestros soldados. Bien podían, pues-terminó el moro de la bandera con su palabra insinuante y promisoras dar un poco de pan y de consuelo á la morita abandonada, y ella les daría su agradecimiento y tal vez su amor.
Los soldados se miraron unos á otros como en una apoteosis, en un transporte de cuento de hadas. Alguno más osado ó más intrépido lanzó entre ellos el «vamos á verlo» que precede á las grandes desdichas y á las nobles hazañas, y los soldaditos, abandonados los chumbos en la sera, comenzaron á andar con prisa hacia la vivienda de la bandera blanca. Caminaban á la deshilada, con la ansiedad en el pecho y un gesto de interrogación en el rostro, rostros de héroes anónimos, de aventureros meridionales; los que dan la vida por pintar un gesto bello en la cumbre de una loma, hijos del valor heroico que no acaba una guerra, pero que puede trazar un verso de leyenda.
Al doblar la divisoria el moro se adelantó á avisar la llegada. Los soldados, solos ya, enardecidos y vibrantes, siguieron caminan-
342

Diario de la guerra.
do á prisa hacia la casita de la bandera, subiendo hasta la cresta de la colina.
Iban en grupos, animados, gesticulando.
De súbito el borde de la tapia se coronó de unos fulgores lívidos como relámpagos, se oyó el fragor de una descarga, y los solda-

dos rodaron por la pendiente asesinados á traición, á mansalva, como el que acribilla á una codorniz seducida por el reclamo engañador. Sonó luego algún tiro suelto. Los soldados, sin armas, sorprendidos y aterrados, se arremolinaron, palpándose el cuerpo en un anhelo desesperado.

★★★

Se trasladaron á su lugar correspondiente los muertos y los heridos. Fué reconocida la casa, y no se halló en ella ni la mora de los amores vagorosos, ni la esclava morena y complaciente, ni el moro rodrigón, zurcador de amores como una dueña de nuestro teatro, ni los feroces tiradores que se asomaron con sus fusiles al borde de la tapia. Nada había en la casa de perdición. La bandera blanca no guardaba con su santidad de tregua y de armisticio ni criatura mortal, ni riqueza, ni mueble alguno. Y su soledad era tétrica é inhospitalaria, porque la muerte acababa de pasar por allí.

Se hicieron severas advertencias á los soldados para que no salieran más, sin excusa ni pretexto alguno de las trincheras de

:

343

Crónica de un testigo.

las guardias. Fueron enterrados los muertos y transportados al Hospital los heridos.

Y los falaces y sanguinarios tiradores relatarían á sus hermanos, en las cumbres obscuras de las montañas, en la noche tranquila, cómo y cuál fué su hazaña, la que abre un período nuevo, una fase distinta, en el desarrollo de esta campaña, que es una guerra sin cuartel.

¿Y SI HUBIERA ESPÍAS?

Aquí, á la plaza, entran todos los días moros del campo. Unos vienen á vender sus mercancías, otros á negocios diferentes, y algunos vienen, no á cosa determinada que se sepa, sino á pasear por las calles y á hablar con otros moros que ya estaban aquí. Todos ellos salen á la caída de la tarde y se alejan de la plaza y nadie impulsa ni vigila si ellos se quedan en los refugios de Camellos ó si se internan en el territorio de Frajana, de Mezquita ó en los barrancos de Benísicar.

Antes y ahora los refugiados de Camellos han tenido libre la puerta-¡puertas al campo!-para entrar y salir desde sus aduares

al monte, sin que nadie se haya preocupado ni tomado en cuenta la posibilidad de irles á la mano y separarlos de la traición. A la derecha del fuerte de Camellos hay una trinchera de nuestra línea que han defendido tiradores moros-unos de la policía y otros

344

Diario de la guerra.

-

de la harka amiga. -Y estaban allí ellos solos, ó á lo menos dueños del paso. Por ahí hubiera podido marcharse cualquiera de ellos adonde hubiera querido ir, sin que nadie le sujetara. Y hay otra observación más importante. ¿Se sabe de persona alguna, militar ó paisano, que conozca á todos los moros-amigos desde luego que entran y salen en Melilla cada vez que quieren? Pues si no se les conoce-que entre mil ó mil quinientos es imposible, ¿no puede entre ellos deslizarse un espía atrevido que venga á compulsar un preparativo ó á comprobar un rumor que no pueda certificarse desde las atalayas del Gurugú?

No creo en la eficacia de las policías indígenas ni en la franqueza del moro que se pone un trapo amarillo y encarnado en la delantera del turbante ó en la manga de la chilaba. Moros con brazal de España se han visto muertos en las alambradas de Sotomayor el día del ataque á la posición ocupada por el heroico regimiento del Príncipe. Moros alistados con sueldo y armamento en la policía indígena han escapado de las posiciones españolas, antes ó en medio de un combate. Y alguno se llevó, además de su fusil, el de otro compañero suyo, por lo que pudiera tronar.

Claro está que en todas las guerras de invasión y de dominación ha buscado el Ejército invasor la guía y el apoyo de algunos naturales del país. En ésta no hacen falta

345

Crónica de un testigo.

para nada en las operaciones militares, tanto más cuanto que nuestro Ejército está dotado de todos los medios, de todos los servicios de ingeniería y administración, cuya falta habrían de suplir los guías y los confidentes. El camino que ha de seguir una columna se busca en una exploración minuciosa y avanzando con calma y definitivamente.

Las aguadas se alumbran y, cuando no se alcanzan fácilmente, se organizan convoyes de cubas, que no son nuevos en esta guerra ni inoportunos en este terreno, donde no puede prescindirse de ellos absolutamente. Sentimos, además, una repugnancia á creer en la fidelidad mora, que ha llevado un tono general á la opinión que aquí se vive. El soldado, no hay que decir que no distingue moros de moros, y á todos los quiere medir por el rasero de su ira y de sus armas. Los que viven un poco por encima de esta opinión de la tropa, primitiva y un algo inocente, desconfían y temen-con fundamento por cierto-la deserción del moro afecto á España.

Porque pregunto yo una cosa: ¿Qué razón hay para que el moro ó los moros sean nuestros amigos? Creen ellos con toda su alma que somos unos piratas traidores que queremos engañarlos, atemorizarlos con nuestros cañones, con nuestras armas, con nuestros pertrechos, para desposeerles de su territorio, de sus costumbres y de su vida propia.

346

Diario de la guerra.

Y á cambio de eso, ¿qué les damos nosotros? ¿Qué ventajas les trae someterse y vivir de acuerdo con la plaza? Ninguna influencia tutelar desinteresada y justiciera en el campo fronterizo, ninguna mejora en la vida material de la comarca. Ningún camino, ningún pósito, ningún pozo artesiano construido por nosotros, ni un consejo de higiene, ni de educación ni de política emanado de nuestros labios, y el ejemplo luego de que cuando se ha querido favorecer á un moro amigo se le ha autorizado para que traiga de Málaga pólvora, dinamita y municiones, y nada más.

El campo comprendido en los límites no se diferencia por nada en su cultivo y cuidado del campo moro. La Restinga fué ocupada por nosotros diez y siete meses antes de la guerra, y no se había hecho en ella más que un fortín, cuatro barracones y una alambrada. Por lo demás, seguía «tan mora» como cuando estaba en poder del Roghi, y ahora queremos, en una semana, trazar embarcaderos, tender caminos, abrir las bocanás y atraernos á los moros, cuando estamos á tiro limpio con las otras kabilas, ó con sus

mismos hermanos si viene á mano.

Las relaciones de la plaza con los rifeños del campo tampoco se aprovecharon como se debía. El carbón, la paja, la leña, no se compró á los moros, sino al moro Aó al hebreo B, que tenían sus relaciones en el campo. Y, aun así, por el puente que se tendía

347

Crónica de un testigo.

de la ciudad al monte, al cerrar el trato, no pasó nadie que fuera al campo guiado por el camino del interés, con la salvaguardia del negocio, y del campo se trajera una su-
misión, un amigo, un detalle siquiera para enmendar un plano que tiene todas sus referencias por conjeturas y todos sus apuntes hechos á ojo de buen cubero.

De todo esto que digo no se desprende responsabilidad ni remordimiento para las autoridades de aquí ni para el Gobierno de Madrid. Es cosa que arranca de nuestra manera de ser, de nuestra modalidad política actual, y digo actual, para no disgustar á los cuatro románticos que lo esperan todo de un resurgimiento que va tardando demasiado. ¿Qué hubiera podido pasar en España si todo nuestro poder, nuestra influencia y nuestras armas en manos de las Compañías mineras, de alguna Sociedad pesquera, de cuatro negociantes intrépidos, y la opinión se hubiera percatado de ello?

Al moro que se ha de someter no le ofrecemos ninguna ventaja práctica. Al sometido ya no podemos tampoco asegurarle una garantía eficaz en su terreno, sino hacerle que abandone sus negocios y su casa, y venga á refugiarse á un aduar de Camellos, donde vive como de limosna, y el buen moro, altivo y orgulloso, no se aviene con paciencia á ese modo de vida.

Hemos debido tener de antemano, creada sin sangre y sin peligro, una zona de influen-

348

Diario de la guerra.

cia neutralizada por nuestro influjo, para que allí se hubieran acogido los adictos. Si no la hay, estos moros, acogidos, á quienes se llama «leales» en un arrebató de portuguesismo, que se fastidien y vivan en el campo. El puesto del moro es siempre en el campo. Si son enemigos, no hay que decir-
aquí son espías, y si son amigos, también

al monte á disuadir á la harka-con razones
ó á tiros-de que no nos hagan la guerra.
La vista continua, la sola observación del
jaïque, del turbante, de la chilaba, molesta
y preocupa al Ejército que vive y opera en
Melilla. Lo primero que hay que mirar aquí
es el espíritu del soldado, y ese espíritu se
inquieta obligándole á convivir, á soportar
á los moros. Es una cosa infundada, sin
duda, caprichosa, porque es sentimental. Y
á lo sentimental no se le arguye con razones
políticas, porque el sentimiento y la razón
viven en dos planos que no se encuentran
nunca.

Por todo esto, que deshilvanadamente he
ido exponiendo, y por otras consideraciones
más pecaminosas que me reservo, flota estos
días una inquietud en la plaza. Y ha habido
un choque entre moros vendedores y solda-
dos-soldados demasiado impulsivos-, y
un bando sensatísimo y atinado de Arizón, y
otro bando humanitario y noble del general
en jefe.

Pero á pesar de los bandos, hay una cosa
que no podremos desterrar, ni la autoridad
349

Crónica de un testigo.

con sus órdenes ni los hombres de paz con
sus consejos: la repugnancia del Ejército al
moro que entra y sale en Melilla.

Y hay algo más. Y es que no estamos se-
guros del todo de que la autoridad militar
pueda, en un momento dado, responder ca-
tegóricamente á esta pregunta: ¿Y si hubie-
ra espías? ¿Puede, quien corresponda, con-
testar á ella, diciendo yo tengo los medios
bastantes y en veinte minutos lo capturo, lo
sumario y lo fusilo?

Y mucho menos puede desestimar la pre-
gunta y llevar la tranquilidad á nuestro áni-
mo, diciendo:

-¡Ríase usted de tales temores, porque
no los hay ni puede haberlos.

LO PINTORESCO

¿Tienen todavía los lectores la creencia
de que el soldado es un elemento esencial-
mente pintoresco? Al que lo suponga así no
le regatearé su ilusión. Yo no escribo desde
Melilla para destronar ideales ni para cha-
far ensueños.

Vuestras conjeturas sobre la vida de cam-
pamento no son siempre acertadas, permi-
tidme que dude por una vez de vuestra pe-

netración.

Yo mismo traía una idea de estas cosas, que ha resultado luego, al compulsarla con la realidad, completamente absurda. Las lecturas que forman nuestra preparación

350

Diario de la guerra.

para la campaña, son en absoluto fantásticas. Nuestro buen deseo; la simpatía que el Ejército nos inspira; la cantidad de elemento épico que hemos amontonado sobre los guerreros; la conveniencia de hablar siempre á bulto y con un tono levantado sobre ciertas cosas, como el Altar, el Trono, las Armas, la Bandera y la Patria, nos ponen ante los ojos unas gafas de tales colores, que no son siempre la diafanidad misma.

Yo, que no soy sospechoso todavía, y que he tenido siempre en mi lápiz palabras de justicia para ellos, voy a haceros una confesión: los soldados españoles no son alegres. La vida de campamento, fuera del ajetreo de los trabajos, es una vida sedante y soñadora en que los hombres están quietos, callados y silenciosos, como cediendo á la magia de un recuerdo, al embargo de una obsesión melancólica.

Nada hay tan embarazoso en una marcha como el silencio, ni nada tan romántico como un campamento visto de lejos. El monte abrupto y escarpado, sin verdura, sin árboles, lleno de barrancos, de precipicios. Allá, á lo lejos, cerca de la cumbre, como una cerca de piedra y siete ú ocho tiendas de campaña. La alambrada apenas se destaca sobre el suelo. En el filo del parapeto se adivinan los movimientos del centinela. Y monte arriba, subiendo lentamente á la posición alta de la cumbre, una pareja de Caballería ó el rosario lento de las mulas de un convoy.

351

Crónica de un testigo.

Yo no sé si es la falta de agua, la trágica condición de esta guerra, pero nuestro Ejército, si la tuvo alguna vez, que yo creo que no, ha perdido la alegría jaleosa, comunicativa, un poco violenta, un poco forzada, que todos creíamos encontrar aquí.

Las coplas del campamento no aparecen por ninguna parte. Yo las he buscado con tenacidad, porque podría en ellas haberse reflejado algún aspecto interesante, algún

dato gráfico de esta guerra, y he obtenido el más elocuente, quizá el más significativo de todos: que no hay coplas, que no se canta nada, que no se zahiere, que no se recuerda nada con la ingenua rememoración de una copla... que no influye en nosotros la musa festiva que tanto campo tuvo en otras campañas.

Y lo que se canta más le valiera no oirse, y ello es más desolador y más triste que no cantar nada. Un trovador anónimo ha compuesto una letra elegíaca, desconsolada y aplastante, dedicada al barranco del Gurugú, que se canta con música del Vagabundo. Una voz, entre el silencio un poco azorante de los caminos de Melilla á las avanzadas, dejó oír la música quejumbrosa y pausada de la canción húngara, diciendo:

Barranco de Sidi-Musa,
blocao Velarde...

Los que oíamos aquellas palabras, cantadas con acento catalán, sufrimos un encogi-

352

Diario de la guerra.

miento, un temor, una tristeza insoportable. Allí se necesitaba para cantar una canción de circunstancias, la música desgarrada de unas sevillanas, el compás menudito de unas seguidillas, la afirmación brutal de una copla de jota, escoltada por la carrera de unas manos varoniles sobre las cuerdas de las guitarras.

Un soldado que se arrulla con el canto <del vagabundo> no está en condiciones de combatir; un guerrero que mira con arrobó la luz tenue de los crepúsculos y que se tiende en el suelo con la mano sobre los ojos, que calla y que pregunta demasiado, no es un guerrero seguro, ni un soldado atrevido. Si fuese cosa de pedirlo, yo hubiera pedido al general Marina el arresto y la sumaria del que lanzó la copla melancólica al acervo común de las canciones de la tropa. Porque esta es la nota de los soldados que hay aquí: una falta de alegría, de travesura, de conllevar las fatigas con satisfacción, con agrado. Los soldaditos van por las calles con sus mulos, con sus encargos, con su misión siempre por delante, como si la gravedad de su cargo fuera superior á él, como si en su compañía le hubieran encargado que no sonriese, que no hablase alto, que no usase su jovialidad y su natural tranquilo y

regocijado.

No sé á qué achacarlo, ni es ocasión de investigar las causas. Ellos andan por estas calles, por estos campos, solos y en forma-

28

353

Crónica de un testigo.

ción como si estuvieran aquejados de un presentimiento, como si la garra de una profecía tremenda les atarazase el corazón y les secase para siempre las fuentes de la alegría.

No investiguemos, si es preciso no investigar, las causas de esta reversión de la alegría bizarra á la tristeza melancólica y evocadora; pero cuidemos, por todos nuestros medios, que no se pierda por nuestras tropas el gran estímulo del desenfado y la alegría, porque un soldado silencioso, melancólico y que mira como embobado la luz misteriosa del crepúsculo, no es un soldado apto para combatir.

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA

Agarrados á sus maletas han desfilado ya á la fecha en que escribo, camino de Madrid, algunos de los corresponsales que á la guerra vinieron. Se fué D. Pedro de Répide, el noble cronista de la picardía madrileña, y el intrépido doctor Ruiz Albéniz, enviado aquí por el Diario Universal. Se ha ido Betegón, después de hacer dos brillantísimas marchas á pie, en las que «el espíritu de los corresponsales fué excelente». Han emigrado también los fotógrafos Alonso, Goñi y Alfonso, y Mencheta anda ya preparando su equipaje, con una amargura enorme en sus palabras y un gesto tenue de indignación contra... el hado adverso.

354

Diario de la guerra.

Yo me pongo tembloroso y azoradísimo cada vez que se para ante mí un interlocutor espontáneo y me lleva á un aprieto con sus preguntas: -¿Se van todos los periodistas?

-Hombre, ¡todos, no!

-Bueno, usted me comprende.

-No, señor.

-Quiero decir... vamos... ¡á ver si nos entendemos!

-Usted, no, señor-le arguyo con una sonrisita de marcado carácter dialéctico.

-Yo quiero decir que si la marcha de los periodistas corresponde a que la guerra toca á su fin. ¿Usted qué cree?

Yo, que he aprendido de Marina una reserva digna del confesonario, no contesto categóricamente á la última interrogación. Después de una pausa, mi interlocutor comienza á excitarse. Baja la cabeza, sube los hombros, abre los brazos separando los codos del cuerpo, casi me vuelve la espalda para hablarme. Y se entona en un párrafo realmente tribunicio:

<<<-Pues mire usted, yo... ¿qué quiere usted que le diga? Yo creo que esto empieza ahora. Los moritos (mi hombre les llama moritos con una familiaridad y un cariño que no se avienen bien con el empuje sanguinario de que alardea), los moritos nos darán el mejor día un disgusto: será un ataque brutal á un destacamento, será el copo de un convoy; yo no sé lo que será, pero

355

Crónica de un testigo.

será algo grande. Es preciso que hagamos un escarmiento ejemplar en el Rif, que no quede morito con coleta, ni chilaba que se mueva, ni casa con techumbre.»

Yo, mientras habla mi buen amigo, contemplo la rada de Melilla, llena de vapores sobre un mar tranquilo, brillante y oscuro. La atmósfera está tranquila como el mar y es diáfano el ambiente y brillante el sol, que va ya de vencida. Por intervalos iguales le voy atestiguando mi conformidad con sus palabras y afirmando reposadamente frases como ésta: - <<<Es claro, tiene usted razón, pues no faltaba más.» Yo no puedo responderos ciertamente de que me enterara completamente de todas sus palabras. Él, á pesar de todo, continúa con visible enfado y mucha agitación:

<--Tenemos que escarmentar á los moritos. Tenemos que vengar la sangre de las víctimas españolas en los combates pasados. Hay que sentar de un modo fehaciente que España es una Nación con quien no juegan cuatro moritos ladinos á quienes aplastaría yo de una patada.>>

El hombre oratorio da una patada violenta en el suelo, y me saca del profundo éxtasis que me produce la vista de los vapores que están para zarpar. Al volver á la vida lanzo un jes claro!, que me sale del alma,

y me pongo á acariciarme la barba, sin afeitar todavía, con las uñas de la mano izquierda.

356

Diario de la guerra.

-De modo que ya lo sabe usted. Todo lo que acabo de decir lo pone usted en su periódico.-Y haciendo una transición:-¿Usted, de qué periódico es...? - De... - Mejor. Todo, todo lo publica usted, y créame á mí. Todo esto que digo se lo repetiría á Marina, á Linares y á Maura y á...

Hago gracia al lector de los últimos pel-daños de la escala de auditorios que mi amigo se había forjado.

-No podemos colocarnos ya á la defensiva y consagrarnos á la policía de armas y pertrechos; hay que aniquilar, arrasar, triturar. ¿No está usted conforme?

-Naturalmente. ¿Qué menos que arrasar los campos y los pueblos y machacar á las gentes? Vamos á hacerlo desde mañana mismo. En fin, yo voy a transcribir lo que usted me ha dicho, para conocimiento de nuestros lectores y sabia orientación del Gobierno.

No sé lo que puede pensar de este caso de interrogación tan importante. ¿Se acaba la guerra ó estamos en el principio de ella? No podemos contestarnos desde luego, ó al menos yo no puedo salir de la duda.

Solamente nos queda el consuelo de saber positivamente que no estamos á la mitad de las operaciones. No hay término medio: ó han concluído ya ó van á empezar mañana, Es un poco desconcertante la respuesta, pero no hay otra.

Yo, por si no han comenzado aún, he

357

Crónica de un testigo.

transcrito las frases de mi interlocutor, porque su opinión le parece á él tan respetable como otra cualquiera, y desde luego la única digna de tenerse en cuenta.

EN EL CAMPO ENEMIGO

La primera pregunta que brota de todos los labios, cualquiera que ellos sean, al escuchar la noticia de un combate, es ésta:

¿Y había muchos moros?

Es esta una pregunta que no hace más que desahogar la natural curiosidad instintiva del español que se interesa por las tro-

pas que han entrado en combate. Algunos tal vez buscan en ese requerimiento un detalle decisivo para adivinar con toda certeza el fragor de la lucha, la intensidad de la refriega, las dimensiones del fregado, que es como llamamos á todo contacto con el enemigo.

Esa es la gran interrogación, la inquietud constante, la pregunta perenne que nunca se sacia, ni se disminuye ni descansa: ¿cuántos moros hay? Y esto se le demanda á los que regresan de un combate, á los que vienen de una excursión tranquila, á los que se suponen bien enterados.

Todo el que habla con un moro, más ó menos adicto, no tiene para él más anhelo que conocer su cálculo, más autorizado por razón del traje que el que hagamos nosotros, acerca de la densidad del contingente de la

358

Diario de la guerra.

harka. Los moros, que no saben nada-pobrecitos míos-, adoptan un contingente cabalístico y misterioso, y dicen luego:- Como moscas, y juntan y separan las yemas de los dedos.

Todos los que preguntan y todos los que responden á las preguntas saben á qué atenerse en lo fundamental. Es decir, que haya muchos moros y muchos fusiles-un fusil cada moro-, ó pocos combatientes, vamos á ir nosotros adonde tengamos que ir: á las minas si es á las minas, á Alhucemas, al Peñón, á Tetuán. Porque no creo que pueda negarse la eficacia de las operaciones de avance, ni supongo que haya de influir el número de moros enemigos en la continuidad ni en el objetivo de nuestras operaciones.

Es esta consideración de cálculo y conjetura sobre el enemigo una conversación del más puro carácter bizantino, que no pasa de ser una referencia de examen personal, exclusivamente retrospectiva.

Todo esto viene al tanto de una noticia que ha circulado hoy con gran júbilo de todos los optimistas: que «Abdel-Kader, jefe de los rebeldes de Benisicar, situados frente á Sotomayor, ha pedido refuerzos al Chaldy, que está ahora en Benibuifrur, frente á los Cazadores de Tovar. El Chaldy ha contestado que no puede distraer de su fuerza ni un hombre, ni un fusil, ni un cartucho».

Esta contestación y la demanda previa á
359

Crónica de un testigo.

que se refiere suponen quebranto del enemigo. Y no era preciso su confesión implícita. El 20 en Taxdirt, el 30 en El-Yemis, sufrió el enemigo pérdidas y bajas incalculables, que pudieron ver con sus propios ojos nuestros soldados. Pero además de eso, que es innegable y consolador, hay otras cosas que conviene tener en cuenta y no perderlas de vista.

Por la especie de organización de nuestro enemigo, la línea mora no disminuye nunca; establecido el contacto con los moros, si al comienzo había dos mil fusiles disparando, diez horas después hay los mismos dos mil fusiles an actitud de disparar.

Detrás de cada tirador hay por lo menos un par de moros aguardando que caiga herido para apoderarse de las armas y trabar combate con las tropas. Detrás de cada grupo de tiradores hay una cuadrilla de desarrapados que con su porra y su gumía van á la busca del botín, al saqueo, al robo; lo mismo despojan ellos al enemigo que al hermano. Sienten la obsesión del fusil, de las municiones..., de disparar contra nosotros. Tiene además el frente ofensivo de nuestro enemigo una movilidad pasmosa. Habi tuados á recorrer el monte y conocedores palmo á palmo del terreno que pisan, trepan, avanzan, se repliegan, sin perder la <postura de combatir> ni la capacidad de tirar, Han aprendido también que los cañones vomitan sus balas sobre los grupos, y
360

Diario de la guerra.

no se detienen mucho tiempo en un mismo lugar, ni avanzan en línea recta; se van corriendo en zig-zag de un amplio alcance, y gazapeando por entre las matas, jamás se levantan á disparar dos veces en el mismo sitio. Porque hay que destruir la leyenda de que el rifeño hace fuego parapetado y oculto; esto es falso. Ellos se yerguen y apuntan para hacer fuego. Se echan á tierra para armar el fusil, para escoger el blanco. Pero al disparar se levantan y apuntan con todo cuidado y con mucha serenidad.

No basta, pues, con rechazarles; no basta con hacer un fuego nutridísimo de artillería

para deshacer sus ataques; es preciso, además, mostrarles una línea infranqueable, igualmente fuerte en todos los puntos y con más tendencia á avanzar que á levantarse y echar atrás en un movimiento de repliegue. Las retiradas de nuestros soldados les llenan de ardor y de alegría. La eficacia de nuestro fuego disminuye al iniciar la marcha escalonada de las compañías, y entonces se lanzan ellos sobre nosotros con la idea de recoger algunos cargadores olvidados, algún fusil de un herido, algún cuchillo que se abandonó en la premura de la marcha, entre el fragor del combate.

Así, pues, tengan las fuerzas que tuvieren el Chaldy y Abdel-Kader, mantendrán siempre en fuego el mismo número de fusiles, con el mismo ardor y la misma movilidad. Tal vez les escaseen las municiones, tal vez fla-

361

Crónica de un testigo.

quee el espíritu de las hordas que ellos capitaneen; pero por hoy no hay más resultado positivo que lo que se haga para conseguir la entrega de armas. Diez, cien, mil, lo que se le hurte de ellas en número se habrá quitado de fuerza, de eficacia positiva contra nosotros. Todo lo demás que consiga la fuerza ó la diplomacia, serán triunfos, yo no lo niego, ni los menosprecio, ni los desdeño; pero la verdadera paz se consigue sólo descartando fusiles á las filas moras. Mientras subsistan en su poder-hoy ó mañana, tarde ó temprano, por muerte, por venta ó por robo-cada fusil llegará á acomodarse en las manos de un combatiente.

Mizzian, herido.

Hay también la noticia de que el santón Mizzian, el jefe de Benibuifrur, está herido. Esta noticia ha llegado de Cabo de Agua, facilitada allí por nuestro fiel amigo El-Chetcha, que la ha podido adquirir con toda certidumbre.

Parece que Ismail, el hijo del Chaldy, estuvo días pasados á la otra orilla del Mulu-ya á no sé qué negocio de municiones ó de auxilios. El sabrá á lo que fué, que yo no quiero presuponerlo ni adivinarlo. De la orilla derecha del Muluya vinieron á Cabo de Agua las nuevas que trajo el joven guerrero.

Entre ellas había ésta, referente al santón

362

Diario de la guerra.

que tanto nos odia: Mizzian está herido en el muslo izquierdo por un casco de granada. La herida es grave. Tiene fiebres y delirios, y los curanderos moros desconfían de que pueda salvarsele.

La noticia, cuyo conducto de transmisión es corto y conocido, parece cierta. No estamos la impresión que ha producido aquí, para que no se nos tache de crueles y sanguinarios, de verdaderas hienas enemigas de la Humanidad.

EL PARLAMENTARIO

Ayer se presentó en el campamento de Orozco, en las huertas de Nador, un moro parlamentario. Es éste el primer enviado que llega á nuestras tropas con poderes de otros moros que viven en el campo enemigo, y cuya conducta depende de la contestación que demos á su embajador. No era uno de esos moros que manejan las banderas como un comodín, acogiéndose ahora á la blanca, luego á la española. El albo pabellón que lo protegía llevaba ayer la misión de cubrir unos poderes modestos ó decisivos, que eso no lo sé yo, pero poderes - de otros, representación de muchos, de una fracción, de una kabila tal vez.

El nuevo portador de la embajada tendría como unos treinta y cinco años; curtido por el sol y arrugada la tez por la intemperie, parecía un bronce de esos que se están años

363

Crónica de un testigo.

y años en los escaparates de las tiendas, con la cintura llena de puñales y los zarcillos en las orejas, enseñando sus dientes de una nitidez impracticable en el Rif, al menos por ahora. Llevaba nuestro moro una chilaba parda con bastantes jirones, deslucida y sin pelo; iba descalzo, traía el fusil en bandolera y una gumía como un yatagán, capaz de cortar un pelo en el aire.

En su barba rala y larga no se veían aún canas, ni en su cabeza rapada, mal cubierta por un turbante de pelo de camello, estrecho como cuatro bramantes juntos y entrelazados, aspiración al turbante ó trasunto de turbante, ¿quién sabe?

Al extremo de una caña se izaba un trapo blanco, un trozo de alquicel ó un pedazo de la propia camisa del parlamentario. La

substancia y la procedencia de la enseña no es del caso. Lo importante era su analogía, su representación, y no su nitidez ni su ralea.

Ondeando á los aires su bandera y tremolándola, andando de prisa y pisando con la planta desnuda los palmitos y los torbizcos de la llanura, llegó el moro hasta la línea de vigilancia,

Tal vez algún disparo impaciente y cierto estuvo á punto de desarbolar la bandera protectora y de dar en tierra con el embajador y con la embajada. Pero el parlamentario llegó hasta nuestras tropas, y de la guardia pasó á manos del ayudante de Orozco,

364

Diario de la guerra.

que comenzó á interrogarlo por mediación del intérprete.

El intérprete de Orozco es un joven pequeño, robusto, moreno, que apenas cabe en su traje de rayadillo. Tiene un bigotito negro, que es como un guión en la circunferencia de su cara, risueña y siempre jovial. Ha defendido su gorra blanca con mucha tenacidad, y ha habido algunas semanas en que no había más gorra de hilo que la del intérprete en toda la división reforzada. Grueso y pequeñín, detrás del general galopa sobre un caballo altísimo, que da la impresión de que lleva más riendas, más correas que ninguna otra cabalgadura. Tal fué el intermediario de la declaración del moro ante los jefes españoles.

Requerido el intérprete, se dió orden para que el emisario penetrase en el campamento y compareciera y hablara.

Fueron vendados escrupulosamente los ojos del moro embajador, y bien custodiado entre una guardia y desarmado, se sentó en el suelo á la usanza mora, naturalmente, y comenzó á hablar:

<<<--Los enemigos de España no pueden mantener por más tiempo la guerra. No custodian vituallas para sustentarse ni cartuchos para sus fusiles con que disparar. La consternación en el campo moro es inmensa é insuperable ya. Se sabe que á la fatiga y al hambre de ahora seguirán la escasez y la miseria para después, porque no se labra,

365

Crónica de un testigo.

ni se siembra, ni se pastorea, ni se tala la leña, ni se vende la paja ni el grano, ni se rescolda carbón, ni se castran colmenas, ni se aposentan gallinas en los corrales. La bendición de Dios no vendrá sobre los campos, y el invierno será duro y lleno de inclemencia para los hombres.

Los ganados que los fugitivos llevaron consigo no pastan ni se ceban, sino que van siendo devorados por los combatientes, que sienten hambre y debilidad. La ruina de toda la región amenaza de cerca si no se da de mano en lo de hacer la guerra.

Los socorros y refuerzos que le vienen á la harka de otros terrenos son menores, mucho menores que los pertrechos y soldados que España amontona sobre la llanura de Seluán y los barrancos del El-Had y el Gurgú.

La batalla de Taxdirt y el combate del Yemis, en que el soldado ha salido de sus defensas, han sido dos lecciones duras y de mucho dolor para el moro. En la noche del 30 tuvieron que ser rematados más de noventa heridos, porque no había vendas ni asistencia de curanderos para tanta carnicería como allí se produjo. Los muertos-añadía el moro sin mover el rostro, vendado á la altura de los ojos-fueron muchos cientos, porque las balas cristianas llovían en las filas moras como una maldición del Señor.

Yo traigo una súplica de los naturales de Nador para el general Marina. Ellos quieren

366

Diario de la guerra.

volver á sus casas y á sus tierras, ser amigos y criados de España, y vivir aquí con las tropas del Ejército, y que Nador sea español y ellos españoles. Las mujeres lloran por sus huertas y sus casas, y los hombres, los más rudos, los más fuertes, ven con horror sus viviendas destruídas y la labor de sus campos parada y muerta. Quieren venir á su terreno y á su patria, y abandonar el monte, que es país de los chacales y los jabalíes, y no de los hombres y las mujeres.

España es más fuerte y más grande y más poderosa que el moro, y los que me envían reconocen el poder del general y de las tropas de España. Y todos ellos quieren la paz y que no haya hambre, ni dolor ni miseria en el invierno, que viene cercano.>>

Una cosa así dijo el moro, sentado á la

mora y con los ojos vendados. Por las aberturas y los jirones de la chilaba se veía una camisa ó sayo que fué blanco, y se adivinaba un cuerpo fuerte, enjuto, poderoso y ágil. Dijo luego el moro que traía dos cartas, una para Marina y otra para el Gato. El general Orozco mandó que se le custodiara para que no sufriera mal de los soldados, y comunicó con todo detalle al general en jefe lo que acababa de ocurrir. El general prometió proveer para hoy en que él recibiría al moro parlamentario y se vería lo que había de verdad en sus palabras y en su mandato. En Melilla no hay que decir que se ha

367

Crónica de un testigo.
partido las opiniones en dos extremos, que no tienen conciliación posible. Quiénes creyeron que la guerra terminaba hoy por la mañana y que los barcos zarparían sin que los batallones de Carbó desembarcaran. Otros defienden á punta de lanza que precisamente el emisario supone que la harka está más fuerte que nunca, y que van á caer sobre nosotros cien mil moros, mandados por una especie de Atila rifeño, cuyas señas detallan con toda minuciosidad. Yo, por si acaso, os aconsejo que no pongáis un crédito absoluto y definitivo en las palabras del moro ni en las mías tampoco. No diré yo que ese moro sea partícipe de una añagaza, pero tampoco lo tengo por un Catón de babucha y gumía que pueda ofrecernos la guerra ó la paz dentro de una harapada de su chilaba hecha jirones.

UNA OPERACIÓN Y UNA RETIRADA

17 de Octubre.

Vengo de Nador á todo escape para alcanzar el correo y que os lleguen estas palabras, que es el resumen que yo hago de la operación: se ha hecho un nuevo reconocimiento ofensivo sobre el llano que mira al collado de Atlaten y al monte Afra. Hemos salido á las ocho y media; á las doce estábamos otra vez en nuestro puesto, ocupando

368

Diario de la guerra.
nuestras posiciones antiguas, y habíamos tenido veinticinco bajas. Referiré someramente la operación á la cual he tenido la fortuna de asistir. Digo

que he tenido la fortuna-y quiero que conste-porque cada vez estoy más convencido de las grandes aptitudes militares que adornan á la oficialidad de nuestro Ejército. De esta guerra se deben deducir una buena cantidad de enseñanzas. Yo no sé cuáles son; pero sí sé que la tropa, cuando se la dirige bien, se bate con una corrección y un arrojo admirables; que la oficialidad-toda ella: la de línea, la de Cazadores, la que había aquí en Melilla - toda, sin excepción, pelea con un arrojo, con una conciencia de sus deberes, con una reflexión y un conocimiento de la operación que están realizando, que impresiona á los que les ven metidos en fuego. Aquí está la base de un buen Ejército, de un Ejército de gran potencia, con todas las condiciones de una tropa moderna. A las ocho y media se puso en movimiento la columna, compuesta por el regimiento de León, mandada por Federico Santa Coloma; los lanceros, mandados por el coronel Withe, y una batería de Schneider, mandada por el capitán Mota. Se elevó el globo, llevando en la barquilla al capitán Emilio Herrera. Gordejuela iba á caballo mandando la escolta y la dotación de fuerzas de la sección, y estaban al teléfono Montojo y Eduardo Ródenas, los voluntarios de Ingenieros

24

369

Crónica de un testigo.

que han merecido ya la categoría de cabos. Avanzó la columna, haciendo el servicio de exploración una sección de María Cristina, un escuadrón de lanceros en vanguardia y dos compañías del primer batallón por la izquierda.

En las primeras chumberas desplegaron en guerrillas, protegidos por el fuego de monte Nador, que con los Saint Chaumont hacía un fuego vivísimo sobre las laderas del monte Afra.

Desplegaron luego por la derecha, pegadas al monte, las guerrillas del segundo batallón, quedando en el centro la batería Schneider y el cuartel general.

Miguel Feijóo, teniente coronel de lanceros, avanzó con dos escuadrones hasta la vanguardia, y en la línea de sostén se emplazaron las cuatro ametralladoras de la brigada Aguilera, general que dirigía la operación.

En esta posición avanzamos cinco ó seis kilómetros, nada más, sin ocupar ningún punto dominante ni salir del límite del llano. El objetivo era solamente que el capitán Herrera, desde el globo, tomara fotografías y referencias y enfilaciones para la marcha desde Nador al monte Huixam, donde están las minas de hierro. Para proteger las operaciones de la compañía de aerostación iba la columna, como se ha dicho, y á la distancia de una legua del campamento hicimos alto, á la vista de mucho enemigo.

370

Diario de la guerra.

Antes de las doce dió el general la orden de retirarse, después de haber cañoneado las lomas insistentemente. Entre el avance, la retirada y el reconocimiento, habrán disparado de Tauima, de Nador y de la batería de Mota, de la avanzada alta de la izquierda del Seluán y de Sidi Ahmet, unas mil granadas, con las que se han hecho blancos notabilísimos.

Al iniciarse la retirada los moros cayeron sobre las guerrillas, haciéndoles un fuego nutridísimo. Durante el combate había en las cumbres cercanas, que se ven en anfiteatro sobre el llano, muchos centenares de moros que estaban como defendiendo el paso de los barrancos y aguardándonos en el avance.

La retirada nos costó cuatro muertos y veinticinco heridos. Murió en la línea de fuego, pie á tierra, y disponiendo la retirada de su los compañías del primero de León, el cor andante Perinat. Tenía un balazo que le atravesaba el cuerpo á la altura del diafragma. Un momento antes de caer herido, Ramón Alba le había hecho una fotografía en la misma línea de fuego. Jaime Tur transportó, con un soldado, la camilla del infortunado jefe hasta el hospital de sangre. Han muerto también un cabo y un soldado de León, sobrino del teniente coronel Mayorga, del primer batallón.

Las retiradas ya lo sabéis-nos cuestan carísimas. La de hoy ha costado treinta ba-

371

Crónica de un testigo.

jas, y eso que no habíamos avanzado más de cinco kilómetros. Todos los heridos lo han sido en la retirada.

Los moros, enardecidos por la retirada y las bajas, llegaban á las trincheras del regimiento del Rey, que destacó un batallón para rechazarlos y requirió de nuevo los Schneider.

Los moros han bajado al llano y han hecho fuego, y se han visto en grupos. Sumarían unos mil quinientos y estaban á más de dos kilómetros de la montaña. Si se organiza una operación hábil ó enérgica se podrían copar en la llanura muchos centenares de enemigos. Pero hay que hacer la operación sin retiradas.

LAS CATARATAS DEL CIELO

Después de ocho días de interrupción en nuestras comunicaciones, el diario de la guerra, estaría constantemente concebido en estos términos: Lunes: llueve, hace frío y sopla el viento. Martes: sigue lloviendo. La temperatura es baja y el aire fuerte. Miércoles: lluvia, frío, viento. Jueves: viento, lluvia, frío, y así llegaríamos al sábado, bien entrada la noche, jugando esos tres vocablos-frío, viento y lluvia-, suma y compendio de todas las molestias, de todas las fatigas y de todas las penalidades.

Por eso, en vez de detallar una por una

372

Diario de la guerra.

las caballerías ahogadas, los fusiles perdidos entre el fango, los roses y las mochilas desleídas en el agua de los charcos, y de otra parte nuestro cautiverio en el recinto de Melilla, haremos dos pequeñas síntesis para contraponerlas y daros una impresión de estos días, pasados ya por fortuna.

Cuando digo «pequeñas síntesis», me refiero á la extensión que han de tener mis palabras exponiéndolas; por lo demás, serán dos síntesis grandes; no diré que sean completamente «hegelianas», pero, vamos, en su clase, son dos grandes síntesis.

No es la hora ahora de hacer comentarios violentos, ni acerbos censuras, ni deducciones atrevidas. Vamos á exponer los hechos tal como ocurrieron, sin unirlos en una cadena de lógica que nos llevaría tal vez demasiado lejos.

Á los dos días de llover se interrumpió la línea de la Compañía francesa, y poco después la línea española que pone en comunicación la plaza con el embarcadero de la bocana sobre Mar Chica. Quedamos, pues,

de un solo golpe incomunicados con Nador y con la segunda caseta. No había más medio de comunicar con las fuerzas que á lomos de los camellos. Hay ya á disposición del Estado Mayor cerca de trescientos animalitos y unos treinta conductores, de pantalón rojo, chupa azul y fez con borla, que cuando se encaraman sobre la cúspide de un camello cargado parece que forman con

373

Crónica de un testigo.

la carga y con el animal una sola pieza, una porcelana barata, un tintero, una policromía de revista popular y chapucera.

Estas simpáticas organizaciones eran el único lazo que nos unía con los destacamentos avanzados. Los carros llegaron á ser un estorbo; las mulas, un peligro; los automóviles, una ridiculez. El ferrocarril, con sus locomotoras y sus vagonetas hundidas en el barro, relucientes y bruñidas por el agua, gimiendo á los embates del huracán, parecían las ruinas de un castillo fantástico que se hubiese venido al suelo con vergüenza y con deshonra.

Pero los camellos, al entrar á nuestro servicio, han tomado de nosotros algunas de nuestras condiciones más salientes y más malas: se han hecho díscolos, han adoptado un criterio analítico que aplican á cada orden de su conductor y forman opinión sobre las veredas, sobre los arroyos, y los atraviesan ó no, según su voluntad, y á las veces se acuestan, sin que haya razonamiento ni aguijón que les convenza de la prisa ni de la oportunidad de sus movimientos. Esos camellos, que llevan dos meses y medio á nuestro servicio, parecen españoles de nacimiento y ciudadanía, que han visto la bola de Gobernación desde la acera del Oriental y que han hecho tertulia en los cafés de Madrid.

Camellos de esta laya, gentes de tal naturaleza, no son nunca una garantía de segu-

374

Diario de la guerra.

ridad, no son más que una esperanza problemática, remota, y á lomos de esta nostalgia del transporte se enviaban los convoyes de municiones, de vituallas, de correspondencia. Y allá se iba el largo rosario de acémilas, pausadas, serias, inmutables, en bus-

ca de las divisiones, de los destacamentos, como si nos conformáramos con que de todo aquello llegase sólo una carta, una galleta y un cartucho, para poder decir que el convoy había llegado.

Á los tres días de temporal se interrumpió también la comunicación heliográfica. Había tal cargazón en las nubes, que se carecía de claridad para los telégrafos luminosos. Un día entero duró la separación y el aislamiento.

La ciudad flotante.

Melilla es una población en cuyo calendario no entra el pronóstico de la lluvia. Los que vigilan la construcción de sus casas, la disposición de las calles, el ensanche y la reforma del casco de la ciudad, no cuentan con las aguas del cielo.

Puede que piensen estos buenos habitantes de Melilla de igual manera que aquellos griegos austeros semiperfectos que extrañaron de sus códigos la pena para el parricida, y hayan admitido la ficción municipal de que en este país no llueve. Este arranque, 375

Crónica de un testigo.

que yo supongo entre aragonés y tartarinesco, es la única explicación que puedo darme para esta semana que he pasado aquí, que conservaré en mi memoria mientras viva, con el apelativo de la gran semana de Melilla.

Ninguna calle deja de encharcarse, ninguna casa hay que no se cale hasta los ciimientos, ningún arroyo está encauzado ni es vadeable. No hay matemático, por calculador que sea, que pueda encontrar la proporción exacta en que se halla el número de habitantes con la cantidad de paraguas disponibles. No hay espísitu, por bien templado que esté, que pueda mirar sin desolarse el imponente espectáculo de las calles perdidas bajo una sábana de agua quieta y las casas hoscas, y por todo respiro los puntos de coches desiertos y algún impermeable intrépido que se mueve entre las aguas conduciendo dentro de sí á un caminante impertérrito que probablemente irá pensando en Dios, si es que cree en Él. Melilla me debe esta horrible decepción. Ya os advertí hace muchos días, que esto no era África ni nada que se le pareciera. Si había algún resquicio débil en mi argumentación de enton-

ces, ha venido este temporal para que yo
robustezca mis argumentos.
Cesa el temporal.
Después, cuando el sábado cesó de llover,
376

Diario de la guerra.
quedó la desolación y la tristeza. Entonces
se apreció toda la magnitud de la desgra-
cia y el peligro de los rayos del sol, ya
reinante, cuando abrasase los charcos y las
lagunas con sus azotes de fuego. Pero las
penalidades de la desecación y la amenaza
contra la salud de las tropas no son de aho-
ra, son puntos que hemos de tocar más ade-
lante.
Ahora han de venir los detalles de estos
días últimos, los apuros terribles que la tem-
pestad ha llevado á los campamentos.
Dentro de la alcazaba de Seluán había un
metro de agua, que se precipitaba por la
puerta principal como una cascada sobre la
laguna procelosa, que llenaba todo el para-
peto levantado en la fachada occidental del
recinto donde están acampadas la brigada Mo-
rales, las cantinas y una batería Schneider.
El reducto que el batallón de Madrid ha
construído á la derecha de la alcazaba ha
resistido el embate de la lluvia gracias á la
solidez de esta admirable obra de fortifica-
ción. Pero por los puentes del parapeto, por
el borde de los tambores emplazados en los
ángulos del reducto, caía una catarata que
se derramó sobre la llanura buscando el le-
cho del río por delante del edificio blanco
del Morabito.
Las tiendas del general Tovar y de su Es-
tado Mayor se inundaron. Los caballos, me-
tidos en agua hasta más arriba de la rodi-
lla, tiraban de sus ronzales y manoteaban
377

Crónica de un testigo.
en el fango, asustados de la lluvia y teme-
rosos de los relámpagos.
Los centinelas y los servicios de vigilan-
cia, firmes en sus puestos, hundidos en el
barro, atisbaban la llanura y la montaña;
por las alas del shalakof caía como una fal-
deta de agua que les cegaba los ojos. Las
mantas pesaban sobre los hombros de los
soldados, que se mojaban como si estuvie-
ran al descubierto. Los jefes miraban al
cielo con un gesto de interrogación; los sol-

dados, acobardados por la tenacidad de la lluvia, no miraban á ninguna parte.

El marqués del Baztán se lanzó el viernes, con los húsares de Pavía y una compañía de Administración Militar, á la llanura de Bu-Erg. Las acémilas se hundían hasta la cincha en el cieno de la tierra. Los caballos manoteaban, espoleados por sus jinetes. La sección de vanguardia no alcanzaba á ver las parejas de exploración, y la fuerza no podía distinguir á la sección de vanguardia. Así llegaron hasta la orilla del río del Caba-llo, que, seco antes, presentaba ahora una corriente torrencial con cuarenta varas de anchura.

Al margen del río, y bajo la lluvia, hicieron alto los expedicionarios. Baztán y su ayudante y un intrépido trompeta de húsares se ataron á la cintura una larga cuerda

378

Diario de la guerra.

y se lanzaron con sus caballos entre las aguas.

Fué un momento de ansiedad y de valor.

El caballo del marqués, una jaquita negra, de media sangre, inquieta y poderosa, se debatía valientemente entre las aguas, poniéndose de pie, con los ojos espantados y las orejas hacia delante. Los jinetes, con la esclavina de los capotes flotando en las aguas, espoleaban sus caballos, animándolos con voces y halagos y guiándolos contra la corriente. Por fin, después de un cuarto de hora de lucha y de ansiedad, tomaron tierra en la otra orilla, cien metros más abajo de donde salieron.

Por el vado que marcaba la cuerda tendida de orilla á orilla, fuertemente sujeta, fueron pasando los hombres y las caballerías. En el vadeo del torrente perdieron cinco mulos y dos caballos de tropa, que, aterrorizados, se entregaron a la corriente, pereciendo ahogados.

Siete horas después, los escuadrones y la compañía de Administración llegaron á Nador.

En los campamentos.

El campamento de la división Orozco estaba emplazado en el llano de las huertas y sobre la orilla de Mar Chica, á la izquierda del camino.

379

Crónica de un testigo.

En el reducto de Saboya había una vara de agua. Los centinelas eran relevados después de hora y media de vigilancia, y se les transportaba á segunda línea en brazos, porque sus piernas se negaban á conducirlos, entumecidas, agarrotadas por la humedad y el frío. Las avanzadas tenían que hacer la guardia de pie y á cuerpo descubierto, porque el agua no les dejaba tenderse.

En el vivac de Caballería se ahogaron algunos caballos atados á sus plazas de las cadenas de escuadrón. El terreno era en esos puntos más blando, y los caballos, sujetos por las cabezadas, perdían pie y se sumergían en el agua de las charcas.

Las tiendas de los generales eran balsas donde flotaban las maletas, los banquillos de campaña y las cajas vacías que se utilizan como mesas para escribir. El general Orozco enfermó de fiebres reumáticas por pasar la noche al raso sin recatarse de la intemperie. Los tres generales se entregaron sin excusa ni defensa alguna á soportar las mismas fatigas que el último de los soldados. Pero no podían dar á sus tropas más que consuelos morales, de ánimo, de disciplina, de abnegación y de valor. No era posible remediar sus males ni intentar siquiera el traslado á una altura, porque de las cumbres de los montes bajaba una sábana torrencial que todo lo arrollaba.

En estas condiciones de espíritu soportaron los soldados de Orozco un tremendo ata-

380

Diario de la guerra.

que nocturno. El enemigo, tras de sufrir un destrozo grande, fué rechazado.

En todos los campamentos se ha sufrido brutalmente por las lluvias pasadas. En la avanzada de la posición de Aid-Aixa se vinieron al suelo los parapetos, desmoronados por la acción de las aguas. En esta contemplación estaban los jefes cuando se les advirtió que posiblemente, casi de seguro, serían atacados. Desde aquel momento se redobló la vigilancia y se comenzó febrilmente á elevar los parapetos.

Los soldaditos de África y de Melilla, que la guarnecían, empezaron un trabajo brutal, que duró treinta y seis horas, sin descanso,

ni alivio, ni más esperanza que la de verlo terminado; una sección, rodilla en tierra, puesta de vigilancia, y otra sección haciendo trincheras, y al relevo... la de trincheras á la avanzada y la de vigilancia á construir parapetos.

Otros mil detalles hay que podría referiros. Pero todos los suprimo, y hasta la segunda síntesis, que á ésta se ha de contraponer, la dejo para otro día. Tal vez mañana, en que haya más espacio y tenga menos castigo la paciencia del lector.

Esta primera parte se puede resumir así: nuestros soldados han venido aquí á combatir á los rifeños, no con los elementos; pero

381

Crónica de un testigo.

contra éstos han luchado con tanta bravura y tanta disciplina como contra las tribus del Rif.

Esta frase mía no es una palabra vana ni un lugar común de adulación y de patriotismo. Es la verdad escueta, porque ¿qué interés puedo tener yo en decir una cosa por otra?

DECÍAMOS AYER...

Dimos de mano en nuestra gacetilla última, que titulábamos con cierta petulancia «Las cataratas del cielo», para borrar nuestra voz y dar suelta á la imaginación del lector, que pudiera á sus anchas completar el cuadro que yo quería describir.

También influyó en nuestro designio de suspender la tarea y reducir al espectador á sus propias conjeturas y fantasías el propósito que he de tener siempre de no incurrir en la penalidad impuesta por el artículo 2.º. ¿Tengo que explicaros lo que es el artículo 2.º? ¿No comprendéis que si lo analizo y lo expongo caigo dentro de él? ¿Para qué voy á discutir ahora si es una cortapisa ó una mordaza? La frase gruesa, las palabras violentas están-á Dios gracias-tan lejos de nosotros como estamos nosotros de las estrellas. Ello es que por el art. 2.º tantas veces citado, se dejan de saber algunas cosas. Yo no diré que sean las más impor-

382

Diario de la guerra.

tantes, ni siquiera que son las más pintorescas; pero aquella condición pecaminosa que la prohibición les da, nos las hace más su-

gestivas, más incitantes, más atrayentes. Y ya que de esto se habla, he de deciros que ese terrible espectro de Torquemada, que se llama ahora art. 2.º, es un parapeto que manejamos con una esgrima singular los corresponsales.

-¿Por qué no hablan ustedes de esto?- nos pregunta un señor gordo, ó un contertulio espontáneo con bigote negro y nariz afilada.

-¡Por el art. 2.º!-- contestamos nosotros en seguida con un tono enfático y dogmatizante.

-Y tal noticia, ¿por qué no llegó á publicarse?-arguye implacable el hombre preguntón, balanceándose dulcemente en su mecedora de rejilla,

-¡Por el art. 2.º!-repone el periodista subiendo los hombros y arrugando la frente.

¿Qué quisiéramos nosotros más que informar al lector? Pero, amigo, el art. 2.º...

-Pero, bueno-sigue diciendo el terrible dialéctico de casino-, ¿ese artículo qué es? ¿Qué se ha hecho de él?

El corresponsal no contesta á esa pregunta, que tiene una contestación tan precisa, tan concreta, siendo la pregunta tan vaga, tan amplia, tan filosófica.

Pero yo, que no contesto casi nunca al preguntón de la mecedora, os voy á decir lo

Crónica de un testigo.

que es el art. 2.º, con aquella franqueza que tanto persigo en mis escritos. El art. 2.º es nuestra defensa, es el escudo del corresponsal, es el segundo filo del arma con que se hiere la curiosidad pública cuando nos demanda demasiada premura, una cantidad de noticias que, por excesiva, está más allá de las fuerzas periodísticas.

El buen corresponsal que no posee, en todos sus detalles, la referencia de una operación, emite un juicio sobre ella á continuación de un relato demasiado somero. Aquel juicio se queda entre los rasgos del lápiz rojo, y la conciencia profesional del reporter se acuesta sobre un lecho de cuartillas y duerme arrullada por un espíritu blando que le dice: «estate tranquilo, estate tranquilo».

Yo no defiendo la censura ni el bando de Marina; ¿para que? Ellos se defienden solos sobradamente. Pero sí os digo una cosa que

nadie me desmentirá: si el art. 2.º no se hubiera dictado, lo hubiéramos tenido que inventar nosotros. Lo más difícil que hay ahora en Melilla es reunir y concordar las voluntades de los periodistas, pues se hubieran acordado para ello.

Hay alguno que no es precisamente un Telleyrand con sus maneras suaves, afables, ecuánimes; algún otro, que no es precisamente el sutil Scoto, cree que ha heredado la misión estupenda de unir la visión épica de Jornandes con la tersa y sencilla prosa

384

Diario de la guerra.

:

de Tácito. Y otros mil errores que anidan en las mentes fantasmagóricas de nosotros los periodistas, y que nos tuercen la intención, y las palabras, y los gestos, y los ademanes, y en esta vida común que tanto tiempo llevamos, van saliendo á flor de labio, á ras de piel, cargando un ambiente que no es del compañerismo más cordial, la fraternidad más impetuosa, más fiel, más leal. Ya lo advirtió Répide en su última crónica, y otros lo han comentado también.

Yo lo deploro, pero no lo echo de menos. Con mi lapicito y mis cuartillas por todo auxiliar, voy hilvanando mis informaciones; ya sé yo que són desmañadas, sin garbo y sin brío, pero la luz de la inteligencia la da Dios y la buena voluntad la conserva y la cultiva el que así lo quiere, y el que no, no la tiene ni la encuentra jamás.

Pues á pesar de todo, nosotros, los cronistas y los reporters, nos hubiésemos tenido que reunir en areópago para inventar un artículo 2.º; la mano pródiga del general en jefe nos lo ha dado ya hecho. El cielo se lo premie y á nosotros no nos quite la voluntad de usarlo como nos convenga.

Pues bien; para no incurrir en las iras del mencionado precepto, no hemos de aclarar más penalidades ni más fatigas del temporal pasado. Ya vino el regimiento del Rey y

25

385

Crónica de un testigo.

hoy ha llegado el de León á repostarse de mantas, uniformes, calzado, armamento, prendas de cabeza y municiones, dentro del

campo de Melilla.

La brigada Aguilera fué relevada por la brigada Carbó. Dejémosles estar, sin más zarandear á los pobres soldaditos de España; sólo diremos esta frase que todo lo compendia: al compás de músicas marciales han desfilado ante nuestros ojos los batallones. Parece que han soportado, no una semana de tempestad, sino un año de guerra. Así venían.

Y con esta última pincelada cerramos la pintura de lo que fué el temporal en los campos.

TAUIMA

Las tenazas.

Nos consumimos de impaciencia aguardando el movimiento grande, el avance último, y el movimiento y el avance no llegan. Continúa el aprovisionamiento hacia Nador y la Bocana, y se ha activado la labor de fortificación de campamento. La alcazaba de Seluán será pronto-casi lo es ya-un punto inexpugnable. Los montes de Nador, fortaleza natural importantísima, están artillados y se emplazarán en seguida dos baterías de obuses de 15 centímetros

386

Diario de la guerra.

que podrán batir las lomas del SE. del pueblo con mucha eficacia.

En la alcazaba se ha de reunir completa la división de Cazadores. Ya fueron allá el batallón de Las Navas y las músicas y guardias de los demás batallones, después de entregar los campamentos á la brigada Carbó. Arapiles, que se quedó en Tauima, irá á incorporarse á Seluán, y se espera que el de Barbastro, que está en la playa de Tres Forcas, cerca de la ensenada de los Pájaros, será relevado de aquel punto para que marche también á su puesto.

En el campamento de Figueras se dió ayer-día del Pilar-una fiesta espléndida, espléndida por la alegría bulliciosa, por el derroche de espíritu y de alegría que se hizo allí.

Burguete tiene no más de una docena de soldados aragoneses en su batallón; pero él, en uso de su autoridad, ha naturalizado aragonés á todo el batallón, ha declarado á la jota himno de circunstancias y ha secuestrado al alcalde de Zaragoza para inundarlo de Champagne y de color local del más

subido tono baturro.

En aquella juerga se festejaba, además, el triunfo del batallón en el reconocimiento ofensivo del 30 de septiembre sobre zoco El-Yemis. Figueras tuvo dos compañías en fuego y una de sostén durante toda la retirada; tuvo ochenta y siete bajas, y se vieron de los dos bizarros capitanes de las compa-

387

Crónica de un testigo.

ñías avanzadas, al uno muerto, Ripoll, y al otro, Pepe Sanjurjo, herido. Burguete alzó, durante todo el combate, su figura erguida y noble en primera línea, en el punto de contacto de dos líneas de tiradores, animando á su gente y dando, en persona, las órdenes de mando. Al batallón se le ha abierto juicio contradictorio para la corbata de San Fernando, y al teniente coronel juicio de votación para otorgarle, por su mérito, el empleo de coronel. El batallón de Figueras se incorporará á su brigada pasado mañana. Tarifa núm. 5, que se cubrió de gloria en Taxdirt, está hoy bajo el mando de su nuevo teniente coronel, Muñoz Medina. Moreira, bien mejorado de su terrible herida en la cabeza, embarcó hace unos días para la Península. Fué al embarcadero por su pie, sin ayuda ni sostén de nadie, y al despedirse de nosotros hablaba con cierta facilidad. La herida está en vías de curación y puede prometerse que, con grandes cuidados y mucha vigilancia, el heroico jefe entrará pronto en una franca convalecencia.

La división de Cazadores con sus doce batallones estará, en esta semana tal vez, reunida en Seluán, con la alcazaba bien defendida, las tiendas allí y bien abastecidas las fuerzas.

En Nador está toda la división reforzada. Sobre los montes, el regimiento de Wad-Rás, mandado por su coronel, D. Gabino Aranda; en las huertas, el regimiento de Saboya, y

388

Diario de la guerra.

delante de ellas, sobre la orilla de Mar Chica, la brigada Aguilera; mirando al llano, en línea quebrada con Saboya, el regimiento de León, y sobre la playa, más avanzado aún, el Rey.

En la playa de Nador se ha construído un embarcadero fácil, y casi frente á las chum-

beras de las huertas hay siempre algunos remolcadores, algunos lanchones, haciendo las faenas de descarga.

El camino de Melilla á Nador-y á Seluán luego-es bueno y suave de andar. Con facilidad y sin contratiempo van á diario automóviles y carros en muy poco tiempo de marcha.

El contacto de Nador con el Atalayón es inseguro y poco eficaz. Esos cinco kilómetros que hay entre las antiguas avanzadas y el pueblo recién ocupado tienen unas cañadas muy temibles. La vigilancia de ellas ahora es imposible y tienen un fácil acceso al monte, que ha animado mucho á los moros. Allí se han realizado algunos atentados á nuestras tropas, y las casitas y las chumberas de aquellas lomas guardan de continuo un misterio de muerte y de emboscada.

En aquellos barrancos hay casi siempre moros, cuya significación podemos determinar diciendo que son amigos de las tropas y enemigos de los soldados que van á la deshilada y deshechamente. Adictos á España cuando hablan con un batallón, con una compañía, y enemigos feroces, cuyos fusiles

1

389

Crónica de un testigo.

hablan cuando va sólo un acemilero con su mula, cuatro soldados sin armas ó algún cantinero atrevido con su carga y sus vituallas.

De otra parte, ninguno desconfía de ver á la división Sotomayor, que tiene hoy, relativamente, á raya á los de Benisicar, avanzar un buen día por la espalda del Gurugú, recorrer el territorio de Beni-bu-Gafar y establecer contacto con Orozco. Nadie se apea de que aquella es una posición de paso y para avanzar, puesto que sólo para la ocupación del zoco El-Had es un derroche de fuerza una división, especialmente en esta guerra, en que Marina maneja con tanto gusto una compañía por aquí, medio regimiento por allá, y en la que siempre que se ha tendido una alambrada han comenzado á funcionar las secciones y se han retirado las brigadas.

Tenemos así, en la línea de Seluán al mar, las tres divisiones del Ejército formando unas tenazas que amenazan á todo el Rif. Y

dicen los técnicos que aquellas unidades que las forman están muy separadas entre sí, y las tenazas, por consiguiente, demasiado abiertas.

El monte Tauima no está donde se creyó en un principio que estaba. No es, por tanto, una posición intermedia entre Seluán y

390

Diario de la guerra.

Nador, sino una dependencia, una avanzada de la división Orozco; pero tiene la comunicación con Nador batida demasiado eficazmente por la colocación de los montes próximos y por el paso de la garganta de Atlaten, demasiado cercana á Tauima. Porque se creyó-dando fe á los planos-que Tauima estaba cinco kilómetros más cerca de la playa de lo que está en realidad.

Dan los tácticos otras razones que yo no puedo retener en la memoria, porque el discurso de ellas me es completamente ajeno. Pero aseguran, bajo su autorizada palabra, y extendiendo en ángulo el índice y el dedo del corazón, que las tenazas están muy abiertas y es fuerza cerrarlas.

Cerrar las tenazas es avanzar dos de los tres puntos y tomar posiciones más cercanas y más en contacto unas con otras, para evitar el merodeo y las sorpresas del enemigo. Ahora bien. ¿Es á cerrar las tenazas á lo que se tiende en una operación grande que se espera para dentro de unos días? Bien es verdad que se viene aguardando hace más de una semana y no llega.

Los más perspicaces, los más fantásticos, aseguran que esa gran operación combinada, que será un triunfo formidable y sin una sola baja, se guarda para que coincida con la reapertura de Cortes.

Por hoy puedo aseguráros, porque lo veo, que no cesan los pertrechos, los abastecimientos ni las fortificaciones.

391

Crónica de un testigo.

LA PAZ

Es un concepto, una palabra que tarde ó temprano tenía que aparecer en las crónicas de la guerra: la paz. Toda la campaña se ha hecho mirando á la pacificación; todas las operaciones se han dispuesto marcando siempre el tiempo oportuno para una negociación que cambiaría nuestro itinerario. No diré yo

que los moros han intervenido tanto como el Estado Mayor en la dirección de la campaña, pero sí que se ha tenido en una mano la pluma que ordena la invasión del territorio y la otra en pantalla sobre la oreja para oír todos los alegatos y todas las objeciones y todas las treguas que los moros nos proponían y nos oponían y nos disponían. Rotas las hostilidades con los moros fronterizos de Melilla, no había más término que la victoria. No por la consideración del valor y la disciplina de nuestro Ejército, ni por la mayor ó menor finura de nuestro espíritu militar, ni por la riqueza de nuestro material de guerra y de boca, sino por una razón de filosofía militar anterior á todo esto que se enumera, porque á un Ejército regular invasor no lo baten ni lo pueden batir las harkas, ni las guerrillas; no lo bate y lo arroja del territorio más que otro Ejército regular y organizado como el que invade. Nuestra guerra de la Independencia, que tiene grandes puntos de semejanza con esta

392

Diario de la guerra.
guerra del Riff, no se hubiera terminado por el solo esfuerzo de los guerrilleros. Si los franceses hubieran logrado batir al Ejército aliado en Ciudad Rodrigo y á las tropas de Castaños en Bailén, nuestra epopeya hubiera sido un poema «del revés», con todas las inmortalidades y heroísmo y la inmarcescibilidad que se quiera, pero con la misma eficacia que un ladrido á la luna, fiero, mantenido, imponente, pero completamente ineficaz. Así, pues, la entidad harka, que tanto hemos zarandeado en los periódicos, era un valor militar de un alcance muy relativo. Ella no impedía la ocupación de territorio. Ella tiene un valor dinámico que no varía con mil fusiles de más ó de menos. Ella no era más que un cociente moral que arrojaba la opinión del Riff, dividida por nuestras balas, por el temor de la guerra, por las negociaciones parciales que se afirmaban con nosotros. Llegamos á Seluán y á zoco El-Had, y hubiéramos llegado á Fez y á Rabat, y delante de nuestras mismas avanzadas - sin esquivarlas ni detenerlas-hubiera ido la harka del Chaldy. Fuéramos en esta marcha que yo supongo negociando la paz, y la harka iría ante nosotros; iríamos arrasando

y quemando y fusilando, y la harka iría también á la vista nuestra.

La convivencia con los moros no se con-
sigue más que evitando que nos hagan daño;
evitando todo el mal que pueda emanar de
393

Crónica de un testigo.

ellos para nosotros. Y se precave esto por
dos maneras exclusivamente: al que tenga
intereses, en su casa, en su negocio, en su
caudal. Al que nada tenga, por el temor, que
en teoría política no es lo mismo que el te-
rror, pero que en la práctica de la guerra se
le parece tanto como una gota á otra gota.

Nuestro porvenir en Melilia.

Al hablar de la paz, hay que tener en
cuenta otro aspecto de la cuestión suma-
mente lógico, y la precaución es hija de la
lógica.

Todo diplomático se esfuerza en saber lo
que piensa el otro beligerante, ó digámosle
contratante. Es entonces nuestra misión adi-
vinar aquellas ideas que surjan en la mente
del moro que viene á negociar su sumisión.
¿No cree el lector pío que la sola mención
de la palabra paz suscitará en la imagina-
ción del moro el recuerdo de la vida ante-
rior al 9 de julio? Y admitido esto, ¿no
creéis que ese recuerdo es el principal ene-
migo para nosotros y el más difícil de ven-
cer con razones, con subterfugios y con ar-
gucias?

Melilla, como toda plaza fuerte, entregada
á la autoridad y á la vida militar, es una cosa
hosca, severa, dura. La vida de Melilla, es
demasiado oficial, poco democrática, en la
que los aventureros y los negociantes tienen
394

Diario de la guerra.

una dependencia ó al menos una condición
secundaria de otros elementos. Es una plaza
en que las figuras principales y más aristo-
cráticas tienen un carácter transeunte y mu-
dable, de temporada. La vida toda tiene
allí un aspecto de provisional, de inestable,
que no puede atraer á nadie, á nada, por-
que la atracción de que se trata no se rea-
liza más que creando intereses, con una po-
lítica fija en las personas y estable en la
orientación.

De otro modo que es el modo que se
practica -, la tramitación y el expedienteo

ahoga la iniciativa y agota la buena voluntad. Vamos á decirlo más claro.

¿Y Marina, termina su misión?

Marina, por ejemplo, que hasta ahora no ha hecho nada práctico ni definitivo para la vida de Melilla, fuera de la guerra, ni para nuestro porvenir en Africa, está ahora, á la terminación de la guerra, en condiciones de intentarlo, de desarrollarlo y de coronar su gestión también con un éxito político definitivo. Marina, después de cuatro años de mando en Melilla, después de una guerra discutida y poco brillante para el general en jefe, pero que ha sido eficaz para el bien del país y de un resultado positivo que no hay más remedio que reconocer, está ahora en condiciones de comenzar una etapa de

395

Crónica de un testigo.

mando en la paz verdaderamente provechosa, de dominio, de influencia, de anexión moral.

Marina hoy, después de muchos triunfos y de algunos fracasos, de muchos sinsabores y de bastantes alegrías, puede hoy desenvolver un plan difícil, largo y complicado, en cuya realización se invierten cinco, diez años, ¡quién sabe lo que se tardará! Y Marina, que es ahora un teniente general joven y prestigioso, que termina una guerra en la que el Ejército y el país se han rehabilitado ante Europa, ¿va á sacrificar este general la última parte de su vida á una labor apartada, oscura, ingrata y larga? ¿No querrá más bien venir á Madrid, cotizar su valor y su importancia y sus méritos en un partido político, y ser ministro de la Guerra ó embajador, ó quién sabe lo que querrá? Porque el general tiene sesenta y un años y está muy vivido y ha trabajado mucho, y no hay razón ni para esperar que él haga un sacrificio si nadie se lo exige, ni para suponer que nuestro ambiente político haga contrición y se purifique excepcionalmente para Melilla.

Filosofías sobre el sacrificio.

Se hará la paz, se nombrará un gobernador general muy listo, muy trabajador y muy brillante que los hay en el Ejército-,

396

Diario de la guerra.

pero cuando estudie los asuntos y tenga un

criterio para cada contingencia y una solución para cada conflicto, un cambio político lo trasladará ó un ascenso en su carrera lo apartará de allí para siempre, y volveremos á empezar otra vez.

Esto me parece más importante que las mismas negociaciones, y esto es lo que más debe preocuparnos.

Se ha adquirido un territorio con sangre y con dinero, se ha librado materialmente á Melilla de una vecindad peligrosa y molesta. Hoy está la ciudad en condiciones de irradiar una influencia sobre el campo que antes no podía irradiar, entre otras razones porque no existía la influencia.

Estos tiempos que corren no son días en que las guerras se terminan por el solo afán de terminarlas. Se concluyen cuando deben concluirse, cuando hay unas gestiones que no pueden realizarse entre el estruendo de las armas. Deben cesar las operaciones cuando esté en sazón la fruta de la pacificación y el trabajo. La guerra no es ya una calamidad pública que debe evitarse á todo trance, á la forzosa y como se pueda. La guerra es un período inevitable del engrandecimiento de los pueblos, y ese período no puede precipitarse ni retrasarse caprichosamente, sino cuando deba dar comienzo el período subsiguiente.

Y esta es la doctrina sana para los negociadores de la paz. ¿Es ya la ocasión de que

397

Crónica de un testigo.

la paz sea fructífera y provechosa realmente? Porque España deploraría mucho que el sacrificio que está haciendo se prolongara unos meses más; pero sería mucho más deplorable, infinitamente más triste, que ese sacrificio tan cruento, tan doloroso, que hemos hecho, resultara á la postre absolutamente estéril.

Recuerdo de un viaje.

Dicen que nuestras tropas volverán otra vez á ocupar posiciones á la margen izquierda del río de Oro. Se habla de una expedición formada por la brigada Morales, con fuerzas de la brigada Del Real, y puestas al mando del general Tovar. Parece que van á ocuparse de nuevo aquellas posiciones de Hidum que ya estuvieron en nuestro poder el día 22 de septiembre, en las que invertimos tres días de marcha y mucha sangre

generosa. Cinco mil fusiles que se amontonaron el 20 ante nuestras avanzadas fueron reducidos al silencio con la rudeza de una lección sangrienta y aplastante. El 21 no sonó un tiro en la conducción penosísima del nutrido convoy de heridos, y el 22 no se vió un moro en ninguna de las dos orillas del río; Sotomayor ocupó el zoco sin un disparo y Tovar vivaqueó en Hidum sin más que una pequeña escaramuza mantenida en la extrema derecha por la media brigada de Jaramillo.

398

Diario de la guerra.

Hidum se abandonó. La posición avanzada de Sotomayor se vió á poco batida peligrosamente por los moros, y ahora se habla de volver á ocuparla nuevamente.

Yo no refiero estas palabras á modo de censura. La guerra es cosa mudable y esta guerra requiere una estrategia de ocasión y un plan modificado siempre por las necesidades del momento. Pudo en septiembre ser inútil la posición de Hidum, aunque las bajas sufridas por Sotomayor parece que indican lo contrario, y ahora sernos muy precisa para la continuación de la guerra ó la preparación de la paz. ¿Quién puede penetrar el designio directivo de la campaña, si algún cambio acació? Es posible también que abandonáramos los montes de Benisicar para la operación de Seluán y zoco El-Yemis de Benibuifrur el 30 de septiembre, y que creyera Marina que Hidum volvería á tomarse y que la segunda vez no costaría tantas bajas como el primer día. ¿Por qué no costaría bajas ya? ¿Qué razón nos abroquelaría contra las balas moras? Eso no lo sé yo; Marina, sí. En eso se diferencia el general en jefe de un simple cronista.

No digo nada de esto, sino al tanto solamente de acusar que aquellos terrenos vuelven á estar dentro de la más, palpitante actualidad, y sobre esa actualidad voy á fabricar una pequeña historia, en la que se entremezclan la realidad con la fantasía, el suceso con el comentario y la conciencia

399

Crónica de un testigo.

del historiador con la caprichosa inquisi- *
dad del reporter.

Preparemos los acontecimientos.

El 22 por la noche, unos periodistas prácticamente intrépidos-si la frase es bastante expresiva y se me permite-abandonamos el campamento. Ocupado Hidum, nuestra misión no estaba ya allí, estaba en el telégrafo, en el correo; en las cuartillas, en una palabra.

Ascensión llegó á zoco El-Had atravesando la cuenca del Oro. Ritwagen, por la orilla del río, llegó también á Melilla, entrando en terreno seguro por el barranco de Sidi-Guariax. Otra parte de la expedición donde iba yo, compuesta por tres jinetes-jinetes, por llamarles algo-, se perdió por los barrancos de Taxdirt. ¡Aquello fué más para observado que para referido!

¿Recuerdan ustedes que yo me negué á proveerme de una buena pistola el día que salí para la guerra? ¡Cuántas gracias le he dado al cielo de mi prudente razonamiento, de mi abstención de armarme durante la guerra!

El uno de mis acompañantes es silencioso y enérgico, duro y arrojado. El otro, más grueso, más irreflexivo, menos amigo del falso pudor, que tanto nos salva á los demás, nos dió la noche. Este periodista, quizá por-

400

Diario de la guerra.
que es valenciano, ama el ejercicio de las instituciones democráticas. En el filo de un barranco quería deliberar en vez de buscar el vado; ante la luz de una casa mora que brillaba en el campo como una amenaza, quería tomar un acuerdo por votación nominal, en vez de galopar con heroísmo abrazado tiernamente á la capotera de su montura. Los tres corrimos aquella noche por el campo sicarita y traspusimos un barranco y salvamos el segundo no sin grandes penas. En el tercero de los barrancos-el que no pudimos vadear-, á la tercera exigencia de reunir capítulo en vez de caminar, tuvimos que echarle mano al cuello y amenazarle de muerte para que se redujese al silencio y ocultase sus condiciones parlamentarias. Si hubiese yo llevado una pistola, una gumia ú otra arma cualquiera, aquella noche debutó en clase de asesino, y á estas horas estaría yo en Cabrerizas aguardando un consejo de guerra

9

電

Como á las nueve de la noche regresamos al vivac de Tovar, y después de comer nos acostamos, abrigando con nuestras mantas el proyecto de marcharnos al día siguiente. Ya seguro y entre centinelas, la vena oratoria del corresponsal tribunicio se vió suelta; pero mi contestación brusca, contundente y rotunda invocó las amenazas de antes con nuevo brío.

El 23 por la mañana llegó á Hidum la sección del parque móvil que mandan el capi-

26

401

Crónica de un testigo.

tán Velarde y los oficiales de Artillería Freyre y García Guerrero. Velarde se presentó al general Tovar, y mantuvieron este diálogo:

-Mi general, acabo de llegar con veinte acémilas del parque móvil de Artillería.

-¿Qué escolta ha traído usted?

-Ninguna.

-¿Quién le ha enseñado á usted el camino de la posición?

-Nadie.

-¿A qué hora ha salido usted de Melilla?

- Cuando la tropa tomó el café.

-¿Y qué va usted á hacer? ¿Trae usted alguna orden?

-Marcharme, con la venia de usted, cuando cargue las cajas con cartuchos vacíos, para regresar hoy mismo con las cajas de cartuchos llenos.

-¿Necesita usted escolta?

-No, señor, mi general.

-Le felicito á usted calurosamente-le dijo Tovar, alargándole la mano.

El capitán Velarde se marchó luego; preguntó al general si le mandaba alguna cosa, dió media vuelta y desapareció velozmente de nuestra vista.

Repito este incidente, no porque mis palabras añadan una sola brizna de gloria á los bizarros oficiales de Artillería que han hecho la labor propia del parque móvil, sino para atestiguar á los lectores que era utilísima reforma ésta, ya estudiada y practicada

402

Diario de la guerra.

con toda la brillantez, precisión y oportunidad de los Ejércitos modernos.

Cuando supimos los tres anabaptistas de

la marcha nocturna que el parque regresaba á Melilla, armamos los arzones de nuestros caballos, y tras tomar alguna mejor referencia del itinerario, nos lanzamos ante el rosario de acémilas, en busca de Taurit.

-La referencia-nos dijo Velarde-es aquella casa grande, blanca, que se alza en el viso de la loma.

-¡A la casa!-gritó Bejarano-. ¡Carguemos contra el moro en sus propios cubiles! Alguna oposición juiciosa de Sánchez Ocaña no pudo ser oída, porque su caballo, trocando, hacía trepidar el diafragma del jinete con demasiada violencia.

La casa del Mesian-Ben-Albal.

Hicimos alto y nos apeamos á la puerta de la corralada de la casa.

Era una mansión realmente espléndida.

La puerta estaba en el lienzo de muro que mira al sol saliente. Los dos cuerpos de casa adosados á dos paredes de la corraliza tenían por los huecos de sus puertas sol de la mañana el uno, el que parecía habitación, y sol de la tarde el que era granero y almacén y ropero y despacho.

Tienen estas casas moras la misma construcción y análogo reparto que los lagares

403

Crónica de un testigo.

del campo de Andalucía, con la diferencia de que los moros entran por el corral, puesto que lo importante son las personas, y los andaluces entran por la vivienda, porque lo importante para ellos es el ganado, el grano y las bestias de labor.

Estábamos á la puerta de Mesian-ben-Albal como ante un misterio que bien podía penetrarse si teníamos fortuna y decisión. La casa estaba intacta. Las puertas, abiertas. Todas las gallinas - unas doscientas - en su corral, y cuatro colmenas en el ruedo entre higueras, vides, olivos y granados. Había un mastín negro muy respetable plantado en medio de la corralada. En el rincón del patio, entre los dos cuerpos de casa, había un montón de haces de leña. A la izquierda de la entrada, un horno de pan construido con piedra y adobe. Las gallinas discurrían por el patio, andando con arrogancia, con garbo, con coquetería, buscando porfiadamente unos granos que las manos amorosas de la esclava, al salir por última vez, no tuvo la precaución de derramar.

Haciendo un pequeño esfuerzo para romper ese velo tan resistente que se antepone á cerrar el camino de todas las aventuras, penetramos en la casa, con el ojo avizor y el ademán tan resuelto como suspicaz. Todo lo vimos y lo examinamos todo: el granero, con muchas espuelas de cebada; otra pieza contigua, donde había un depósito de hortalizas traídas del llano, á lomos de

404

Diario de la guerra.

1

alguna mula, ó quizás de alguna mora ya envejecida. Había en otra pieza alfombras tejidas de lana, con largas borlitas de tapicería, rojas y azules. Había una mesita baja, como para escribir sentado en el suelo, con su tintero y su pluma y algunos papeles rayados de azul. Había en una banasta de palma algunas prendas de vestir, entre ellas una camisa blanca, fina, con listas transparentes, que estaba muy limpia, limpia en el Rif y en todas partes. Había montones de fruta seca y tarros de miel blanca, y orzas de manteca y sacos de arroz, y cuatro cántaros llenos de agua clara y fresca. Y había otra cuadra, por fin, cuyo contenido comentaremos más adelante.

Cada uno de los tres conquistadores vandálicos nos apropiamos un objeto de la casa, no tanto para recordar aquella excursión como para acallar el legítimo afán de saqueo que sienten todos los vencedores. Bejarano prohibió á un perrito recién nacido, bastante sucio y suficientemente feo, y lo instaló en el borrén de su caballo.

Sánchez Ocaña esgrimía melancólicamente una porra de palo, como de una vara. Estaba teñida de sangre por el extremo más pesado, donde aparecían algunos clavos. Y yo, abierto el escritorio bajito, extraje de él un papel cubierto de caracteres árabes. Yo acuso este hecho, cubriendo mi rostro de rubor: donde había miel y gallinas, y alfombras y camisas y frutas y arroz, tomanos

405

Crónica de un testigo.

los periodistas una porra, una carta y un perro. ¡Fiera tiranía de un dejo romántico que entre las fatigas y la abstinencia nos lleva á tomar el más frugal de todos los alimentos: el manjar representativo! Bejarano quería har-

tarse de caricias del fiel amigo del hombre. Ocaña, ponerse ahito de recuerdos con aquel trofeo de guerra. Yo, que cambiaba la nutrición por la sorpresa de un secreto rifeño, por un matiz del alma mora, me arrepiento y me avergüenzo de mi conducta. Cuando vuelva á entrar en alguna casa nunca volveré á llevarme cartas, sino que me traeré cosa de más valor y entidad.

Lo fundamental de la vida.

En aquellos días en que ocurrían estos sucesos entraba el capitán Riquelme en franca convalecencia. Este cultísimo y bizarro oficial, que servía á las órdenes de Marina, recibió el día 9 de julio, en la toma de Sidi-Ahmet, un balazo en el muslo derecho. Tenía la herida entrada y salida y había esquilado el fémur, diseminando los añicos entre la musculatura de la pierna, sembrando semilla de atroces dolores, imponderables sufrimientos para la curación del simpático herido.

Riquelme se ha consagrado en Melilla al estudio del idioma del país, dominándolo por fin y hablándolo ahora con gran soltura

406

Diario de la guerra.

y naturalidad. Riquelme, ya convaleciente, tuvo la bondad de traducirme el papelito árabe que yo había conquistado.

Se trata de una carta particular y privadísima, que dice así:

<<Alabado sea el Dios único: Que Dios conceda sus bendiciones á nuestro Señor el Profeta.

>>Para quien en este mundo todo lo puede y en la otra vida será lámpara brillante y árbol de almizcle. Para quien Dios fortifique con su gracia y nos favorezca á vosotras y á nosotros con sus beneficios divinos y su perdón. Para aquel á quien va dirigida esta carta y ha de contestar, es decir, caballero entre los caballeros y amigo del corazón, el Señor Mesian, hijo de Al-bál Ben Mohammed Abd-Es-Selam. Tesaluda muy afectuosamente tu hermano en Dios El-Hadi Uld-El-Mojtar y te desea seas favorecido con la generosidad y favor divinos. Si deseas saber alguna noticia y tener amistad, entregarás trece duros á Aomar Uld-Mohammed Azgáa el de Frajana. Es cuanto tengo que decirte, por nuestra amistad. Y la paz.»

¡Qué mundo de ideas, lector, te habrá su-

gerido la lectura de la carta!

En primer lugar, nos demuestra que el salvajismo de los Benisicar es profundísimo, cordial, irredimible. Una carta de esta naturaleza debe ser destruída ó rota en el momento en que se recibe. ¿Qué dirá Uld-el-Mojtar cuando sepa que Mesian, el de los de

407

Crónica de un testigo.

Es-Selam, guarda las cartas en que le piden dinero para desacreditar á sus amigos en las mezquitas y en los cafés? Me estoy representando á Mesian en un zooo cualquiera dándose tono con la carta de Mojtar y diciéndoles á los moros, cuando pase Mojtar fantaseando en su caballo árabe: - Ese Hadi me. ha pedido á mí trece duros este mes para pagar la casa.

Además, quiero hacer al lector amable otra consideración que se nos viene a la cara sólo con la lectura: entre los frajaníes amigos y los sicaritas enemigos hay cartas y favores de cierta índole. No creo que el odio de Benisicar á Frajana sea tan mortal como dice Marina. Frajana tampoco despreciará del todo á Benisicar, porque no le deberá suficiente dinero para ello. Amigos y enemigos, Frajana y Benisicar son, pues, si no lobos de la misma camada, al menos los mismos perros, el uno con collar de sumisión y el otro de rebeldía. ¡Y el general que creyó que la amistad de Frajana era cordial! ¿Qué dirá cuando sepa que la sumisión de aquella kabila ha sido para burlar el pago de 65 pesetas, calderilla, á un montañés de Benisicar, que tal vez ahora echará de menos su dinero para comprar unas municioncitas? Y otra consideración fundamental, de un relieve principalísimo, es la de que si en España el Gobierno fuera realmente bien intencionado, se acababa la guerra con este artículo, se derribaban las murallas y los

408

Diario de la guerra.

fuertes, y fraternizaríamos con los madrileños de Benisicar los marroquíes de la calle de Alcalá. ¿Qué vamos á llevar al Riff, si allí se escriben en árabe las mismas cartas que nosotros escribimos en castellano, cuando llega el momento de sembrar ó cuando nos sentimos farrucos?

Ya sé yo que el sablazo es una flor de to-

dos los pensiles, hábito de todas las latitudes, fuerza constante de todos los ingenios; pero en este caso hay algo más que el cultivo de una institución tan respetable, tan veneranda, tan insubstituible. Es que aquí conviven las fórmulas, el espíritu de la redacción. ¿Qué más da escribir con membrete del <<<Continental>>: «Querido D. Fulano: Usted, que es un hombre de mundo y tan buena amistad me dispensa, entregue al mismo botones que lleva ésta tantas pesetas», etc., que poner: «Caballero entre los caballeros, amigo del alma?» Es más, yo creo que lo literal de la carta mora tendría un gran éxito en Madrid; que ellos han afinado más certeramente que nosotros esta fracción de la literatura epistolar tan de primera necesidad. Si los de Benisicar saben ya el arte subidísimo y complicado del parasitismo, ¿qué le vamos á enseñar nosotros? ¿Política? ¿Administración? ¿Moral pública y privada? ¿Progreso en las costumbres? Las carcajadas de los rifeños se van á oír en Groenlandia.

Nada, lo más derecho es unir el original

409

Crónica de un testigo.

de esta carta que yo facilitaré - al Libro Amarillo, ó al Libro Rojo, y dar por terminada la guerra, con un acto que se llamará en la Historia «El abrazo de Rostrogordo». Eso es lo mejor, lo más político y lo más diplomático.

La pieza misteriosa.

Al terminar uno de los capítulos precedentes, dejamos en suspenso la descripción de la casa, renunciando entonces á una de las partes de la vivienda, para no tratarla incidentalmente y de paso, sino con la medida y el reposo que nos ofrece un párrafo aparte. Hora es ya de que aquel misterio se desentrañe, y la incógnita se despeje, y la curiosidad del lector halle el pasto que necesita. A la derecha de la puerta de entrada, en aquella parte de la casa que mira al sol que sale, había un apartijo de cuadra, el más lóbrego y tenebroso, el más recatado de toda la vivienda. No había allí muebles, ni adornos, ni alfombras, ni frutos. Por la disposición de la pieza parecía más bien un taller que habitación, mejor era almacén que vivienda. El suelo era terrizo y se hallaba - óá mí me lo parecía-removido y deshecho. Sobre

un rincón, agrupadas dos á dos, como á la derecha y á la siniestra de un obrero que había de venir, se ven cuatro cajas de municiones de las que usa nuestro Ejército expedicionario.

410

Diario de la guerra.

Los envases estaban nuevos é intactos.

La madera, limpia todavía; el forro de hoja de lata de las cajas, brillante, pulido, como si fuera recién salido del depósito.

Eran la cajas del Parque de pirotecnia de Sevilla, y las municiones que contuvieron estaban cargadas con pólvora construída en Granada en 1907. La carga se había hecho en noviembre de 1908, y las municiones, según mis notas, que tomé sobre el terreno, eran para Maüsser de siete milímetros.

Estas municiones, ¿se perdieron el 27 de julio? ¿El 23? Es, por lo contrario, probable que no fueran á poder del moro en ningún desastre español y fueran adquiridas las cajas de desecho de algún batallón. Demasiado cercana es para eso la fecha de la fabricación y la del hallazgo en Benisicar.

De estas cajas, dos de ellas estaban llenas de vainas de Maüsser, cuidadosamente recolectadas después de disparar. En una tercera había como quince ó veinte cargadores nuevos y llenos de munición sin usar. Las cajas tenían todas sus tapas de corredera y sus asas de cáñamo en perfecto estado de conservación y uso.

Abandonemos ya las cajas, que fueron á poder de la sección del parque móvil que manda Velarde. Dejemos también á un lado la consideración de que en la casa del noble Mesian parece, por lo que se ve, que estaba un depósito de municiones. Y abandonemos también la hipótesis que se nos

411

Crónica de un testigo.

brinda de que debajo de aquella tierra removida hubiera algunos fusiles, tal vez un cargador de cartuchos, con su prensa y su medidor y su troquel. Atengámonos sólo al hecho escueto de que en la casa de un moro de Benisicar había cuatro cajas de municiones, tal vez apresadas en el campo de combate en un momento desdichado para las armas españolas.

Todo el mes de Septiembre lo pasó el ge-

neral Marina de cabildeos, componendas y amaños con los jefes de Benisicar. Mientras tanto, las cajas estaban allí, en casa del moro rico, en poder de los moros que nos abrasaron á tiros antes y después de la tentativa de componenda. Y si se hace entonces la paz, ¿qué castigo hubieran recibido aquellos rebeldes? Y si luego se abandonó Hidum, ¿qué forma de azote se le aplicó á aquella kabila tan belicosa? ¿No habíamos quedado ya en que hacíamos una guerra para castigar á moros agresores? ¿No eran, por ventura, agresores los de Benisicar? En otras casas se encontraron también municiones y cajas y sacos de azufre y otros enseres de fabricar cartuchos ó pólvora. ¿Por qué no se arrasó hasta los cimientos aquella casa donde se hallaba, sin ningún recato, sin disculpa alguna, un menestar tan comprometedor? ¿No quedamos en que hacíamos una guerra de policía meramente justiciera y ejemplar?

Lector, como no puedo contestarme á tan-

412

Diario de la guerra.

ta pregunta embarazosa, dejo el comentario y la respuesta á la libre imaginación de los otros, de los que vengan á ser comentaristas de esta reseña de un viaje que comenzó en aventura atrevida y acaba en una pequeña función de pequeño reporterismo y alta política.

FINAL

Me remuerde un poco la conciencia al escribir este titulejo, advocación general de mis impresiones de la campaña. Perpetrar unas líneas guerreras escribiendo dentro de un despacho de la redacción, algunos días después de haber contemplado el último rayadillo, es cosa que pugnaría con nuestra buena fe, con nuestra sencilla y modesta veracidad, propias, hasta ahora, de este cronista.

Pero, ¿quién se sustrae al imperioso deseo de manifestarle al lector que aquí terminan estas noticias de los combates, de las fatigas, de las operaciones militares? Es vicio corriente el de no darse por satisfecho con concluir una obra cualquiera, hasta que se afirma que está concluída.

Sin esta humana propensión á descubrir lo que se halla junto a nuestras narices; sin este afán de poner remates y colofones á

nuestros esfuerzos, las catedrales no tendrían airoas agujas en sus techumbres, ni
413

Crónica de un testigo.

los banquetes melosos brindis entre sus postres, sus habanos y sus copas de champagne. Esta es la causa de mis palabras: el deseo de poner unas frases finales á las últimas hojas de mi DIARIO DE LA GUERA, que estaban en blanco aún, un blanco relativo, influido quizás por un trasunto de alquitrán y de humo de las locomotoras; pero sobre ellas pueden muy bien destacarse aún las tres letras rotundas de la palabra «fin».

Ni aun en estos momentos podría decirsi esta enérgica y sonora palabra encubre una idea triste ó consoladora; yo no sé, no afirmo nada; pero advertid que el concepto de término y de remate es una de aquellas ideas definitivas, absolutas, y ¡tenemos tan pocas ideas con este carácter y aquella condición! Conviene también poner cuantos obstáculos hallemos á mano entre nuestro corazón y las emociones fuertes que hemos sufrido antes. El recuerdo es un tormento propio de los débiles; la emoción por las venturas ó los dolores pasados es achaque de los espíritus de poco esfuerzo. Yo, por mí, os afirmo que el pájaro azul de la melancolía encuentra siempre cerradas las ventanas de mi alma.

1

Si acaso la estirpe del ave proterva anida alguna vez dentro de mí, será que ha transmitido su casta en polvo impalpable por los aires, como el polen de algunos arbustos malignos y bravíos.

Irán, por eso, borrándose de mí los re-

414

Diario de la guerra.

cuerdos de aquellos días emocionantes, ruidos, que hacen trepidar el sentimiento humano con la brusca reacción de la hoja de un florete, y me ayudará en ello el tráfico de la vida de hoy y el trabajo y la emoción de la vida de mañana; todo me ayudará á ello.

Ayer mismo se comenzaron en los campos de Seluán los trabajos para abandonar el puesto que se llama Corazón del Toro. Corazón de león debiera llamarse, puesto que allí hizo el general Vicario la ofrenda á la Patria de su pecho generoso. Y todo se irá

perdiendo. Los lugares donde vertieron su sangre estoica el capitán Bermejo y el capitán Ripoll, serán tierra de paz y de trabajo y campos de siembra y de provecho.

Y estos primeros tiempos sollozará tal vez la tierra, arañada por los labriegos moros, y las arpas verdes de los trigales, verdes como la aljuba del profeta, dirán, por primavera, una canción de elegía. Y después se olvidará el sollozo y la fúnebre voz, y los trigos venideros serán joviales y jóvenes, con la germinación hosca y agresiva del que no tiene más dios que su juventud, su pujanza y su brío, el único tesoro que puede ser productivo, sean regados con sangre de héroes ó con el agua escasa é insegura de los cielos.

Si lo olvida la tierra y el aire y el sol y las plantas, ¿qué tiene de malo que yo me ree y me abroquele contra unos recuerdos demasiado violentos, demasiado duros para

Crónica de un testigo.

mi ánimo sentimental y sencillo, apocado y pobre de corazón?

Ello será al cabo como tiene que ser. Solamente que yo quiero que conste mi advertencia y para eso la repito aquí. He llenado las últimas páginas, todavía blancas, de mi DIARIO DE LA GUERRA, para exponeros la idea del final. El que guste de la rememoración, que levante, como un «diablo cojuelo», la techumbre de este edificio y observe el interior de él.

Quizás se tope entonces con alguna frase emocionante y triste. Yo, por la parte mía, remato y sigo adelante, porque, como os digo, quiero entonarme con el aire, con el sol, con los campos del exterior, y cerrar todas las ventanas de mi alma al ave funerària de los recuerdos tristes.

416

10.940

Editado

por

El Mundo Militar.

This book should be returned to
the Library on the last date stamped
below.

A fine of five cents a day is incurred

by retaining it beyond the specified
time.
Please return promptly.